



«Karen Chance reúne en sus novelas todas las cualidades que han hecho grandes a Sherrilyn Kenyon, Christine Feehan y Stephenie Meyer»  
—Romantic@s al Horizonte

*La llamada de las sombras*

*Karen Chance*

Segunda entrega de las aventuras de Cassandra Palmer



**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Un legado reciente convirtió a Cassandra Palmer en heredera del título de pitia, la vidente más poderosa del mundo. Normalmente, el puesto se consigue después de años de entrenamiento, pero las circunstancias que rodean a Cassie son un tanto anormales. Ahora, Cassie se ve atrapada en una situación en la que dispone de una cantidad ingente de poder que los vampiros, duendes y magos de la ciudad quieren monopolizar o erradicar a toda costa... y que ella misma no se atreve a usar.

Es más, Cassandra acaba de descubrir que cierto maestro vampiro un tanto arrogante le ha lanzado un hechizo mágico que advierte a cualquier posible pretendiente para que no se acerque a ella... y que podría explicar la incomprensible atracción que existe entre ellos.

**L**≡**LIBROS**

Karen Chance

**La llamada de las sombras**  
**Cassandra Palmer - 2**

## Agradecimientos

Debo dar las gracias a Marlin y Mary por proporcionarme literalmente un refugio en medio de la tormenta. El Katrina fue una pesadilla, pero vosotros me ayudasteis a convertir aquel año en algo positivo. Mi agradecimiento especial a Anne Sowards, mi editora, que vio desfilar ante sus ojos las múltiples versiones de este libro con una paciencia interminable. Te mereces un estatus de colaboradora en todo lo concerniente a las grandes ideas; pero, como no van a poner tu nombre en la portada, lo pongo yo aquí.

Cualquier día que comience en el interior del bar de un casino repleto de demonios y diseñado para parecerse al infierno no tiene pinta de acabar bien. Aun así, lo único que pensé en ese momento fue que un burdel habría sido más divertido, sobre todo si el personal hubiese estado formado por un puñado de apuestas incubos. Sin embargo, los amantes demoníacos se derrumbaron miserablemente sobre sus mesas, sujetándose la cabeza como si les fuese a estallar de dolor e ignorando completamente a sus acompañantes. Hasta Casanova, que se encontraba en el extremo opuesto al mío, no parecía muy feliz. Su pose era inconscientemente seductora, una cuestión de costumbre, supongo; pero su expresión no era tan agradable.

—¡Está bien, Cassie! —intervino con brusquedad, mientras uno de sus chicos empezaba a sollozar sin control—. ¡Dime qué es lo que quieres y déjalos en paz! ¡Tengo un negocio que vigilar!

Se refería a las tres viejas que estaban repantigadas en unos taburetes del bar. Le estaban poniendo al sátiro que servía las bebidas una cosa mustia, una cosa que raramente se ve en otros seres, pero que llamaba poderosamente la atención en alguien de su especie. Tampoco era como para sorprenderse: ninguna de ellas parecía tener menos de cien años y su atributo físico más destacable era una mata de cabello grasiento y enredado, gris de nacimiento, que desembocaba en una maraña de pelos que llegaba hasta el suelo. La noche anterior había intentado lavarle el pelo a Enio, cuyo nombre estrictamente significa «horror», pero el champú del hotel tampoco había ayudado a dejárselo mucho mejor. Me di por vencida después de encontrarle algo que parecía una rata medio descompuesta escondida entre un enredón debajo de su oreja izquierda.

Con todo, el pelo tenía la ventaja de distraer la atención de sus caras, lo que permitía que uno no se diese cuenta de manera inmediata de que solo tenían un ojo y un diente entre las tres. En ese momento, Enio estaba intentando recuperar el ojo de su hermana Dino («pavor») porque quería comprobar por sí misma lo aterrado que estaba el camarero. Mientras tanto, Penfredo («alarma») usaba el diente para abrir una bolsa de cacahuets. Al final lo dejó por imposible y se metió en la boca la bolsa entera, envoltorio de celofán incluido, tras lo cual empezó a masticarlo tan contenta.

En cierta ocasión di por supuesto que las Grayas eran simples mitos ideados por griegos aburridos (y bastante peculiares) unos cuantos miles de años antes de la invención de la televisión. Sin embargo, según parece no era así. Recientemente había adquirido —vale, robado— unos cuantos enseres procedentes del Senado Vampiro, el organismo que controla las acciones de todos los vampiros norteamericanos, y me había estado preguntando qué serían. El primero que examiné, una pequeña esfera iridiscente metida en un estuche de madera negra, empezó a resplandecer en cuanto la cogí. Después, se produjo un fognazo de luz.

Tenía invitadas.

No me podía imaginar por qué habían apresado a aquel trío, sobre todo en un lugar tan importante como el sanctasanctórum de una fortaleza vampira. Eran más pesadas que una vaca en brazos; pero no parecían especialmente peligrosas, excepto para la factura de mi servicio de habitaciones. Las había traído conmigo porque era o eso o dejarlas campar a sus anchas por mi habitación del hotel. Tenían mucha energía para ser tan mayores y a mí me había llevado ya mucho tiempo tenerlas entretenidas hasta ese momento.

Las había dejado sentadas delante de tres maquinitas expendedoras para que se entretuvieran mientras iba a hacer mi recado; pero no se habían quedado allí, por supuesto. Como si fueran tres bebés ancianos, su atención permanecía fija durante periodos de tiempo muy cortos. Por eso se metieron en el bar poco después de que yo lo hiciera, cargadas con un montón de recuerdos obtenidos sin duda con malas artes. Dino, que sujetaba un pequeño diablo rojo de peluche bajo el brazo, me dejó una bola de cristal antes de irse a la barra. Dentro había una figura de plástico que recreaba el casino, pero que, en lugar de envolverlo en nieve artificial, tenía unas llamas diminutas que chisporroteaban cuando agitabas la bola. En ese momento pensé que era muy típico de mi suerte acabar arrestada por robar algo tan hortera.

A pesar de las molestias que suponía hacer de canguro de las extrañas hermanas, la expresión que tenía Casanova en la cara al mirarlas me dio a entender que tenerlas allí iba a jugar a mi favor. Sonreí y observé cómo las llamas del infierno consumían el diminuto casino otra vez.

—Si no me ayudas, quizá las deje ahí sin más. Igual pueden usar un poco de maquillaje —espeté, sin molestarme en absoluto en resaltar lo malo que aquello podría resultar para el negocio.

Casanova hizo una mueca y se metió entre pecho y espalda lo que le quedaba de bebida, lo cual descubrió brevemente ante mis ojos un cuello fornido y bronceado que se escondía bajo el cuello ancho de su camisa. Técnicamente, desde luego, no era el Casanova histórico. Ser poseído por un incubo tiende a incrementar el tiempo de vida mortal, pero no tanto. El clérigo italiano recordado por su éxito inigualable con las mujeres había muerto varios siglos atrás, pero lo

que motivó su reputación seguía con vida. Y la verdad es que no podía haber quejas respecto de la última apariencia bajo la que se había encarnado. Me tenía que recordar a mí misma con regularidad que si estaba allí era para hacer negocios y que él ni siquiera lo estaba intentando.

—No me importan tus problemas —repuso con fiereza—. ¿Cuánto quieres por llevártelas de aquí?

—No es una cuestión de dinero. Ya sabes lo que quiero.

Yo intentaba discretamente colocarme los pantaloncitos cortos de satén de alguna manera que me permitiera estar más cómoda, pero creo que él se dio cuenta. Resulta difícil parecer intimidante enfundada en un traje de diablesa de lentejuelas rematado por una cola puntiaguda. El rojo demoníaco tampoco pegaba demasiado ni con mis rizos rubios rojizos ni con mi tez, la más blanca entre las blancas. Mi aspecto era más bien el de una muñeca barriguita que intentaba parecer una chica dura, así que ni que decir tiene que a Casanova no le había impresionado en absoluto. El caso es que tuve que pensar en alguna manera de llegar hasta él sin que me pudieran reconocer, así que coger prestado un traje del vestuario de empleados me pareció una buena idea en aquel momento.

Casanova encendió un pequeño cigarrillo con un encendedor de oro cepillado.

—Si tienes ganas de morir, es cosa tuya; pero yo no voy a ponerme la soga al cuello cruzándome en el camino de Antonio. Ese hombre tiene unas ganas locas de vengarse, deberías saberlo.

Teniendo en cuenta que Tony, maestro vampiro y a la sazón mi antiguo tutor, estaba a la cabeza de la lista de gente que quería verme metida en una urna bien colocada encima de la repisa de su chimenea, no pude refutar lo que me estaba diciendo. Aun así, tenía que encontrar a Tony y a la persona que yo tanto sospechaba que estaría con él; de lo contrario la urna no haría falta para nada. Si no daba con ellos, no quedaría nada de mí como para montar un funeral. Y dado que Casanova fue en su día la mano derecha de Tony, fijo que sabía dónde se escondía ese astuto viejo cabrón.

—Creo que Myra está con él —apunté escuetamente.

Casanova no pidió más detalles. No era lo que se dice un secreto que Myra era la persona que más recientemente había intentado mandarme al otro barrio. No había sido nada personal, se podría decir que más bien se trataba de un intento por su parte de dar un salto profesional; pero la cosa cambió cuando le abrí un par de boquetes en el torso. Ahora ya sí que se podía dar por sentado que la cosa había llegado al terreno personal.

—Mis disculpas —murmuró Casanova—. Pero me temo que esto es lo único que puedo ofrecerte. Debes comprender que mi posición es en cierto modo... delicada.

Era una forma de verlo. Que Casanova hubiera ocupado un puesto tan

importante en la organización criminal de Tony era algo inusual, cuanto menos. A los demonios, los vampiros los consideraban normalmente competencia no deseada; pero los incubos no son exactamente lo más en la escala de poder demoníaca. De hecho, la mayoría del resto de demonios los consideran como una vergüenza. No obstante, Casanova tampoco era un incubo al uso.

Hace siglos, Casanova se hospedó en el cuerpo de un atractivo catedrático español pensando que no hacía más que intercambiar un recipiente corporal viejo por una versión más nueva. No se dio cuenta hasta que la posesión ya estaba en curso de que lo que estaba haciendo era invadir a un bebé vampiro, demasiado joven como para saber cómo expulsarlo de allí. Antes de que el vampiro supiera a ciencia cierta qué estaba pasando, ya habían llegado a un acuerdo. Los siglos de práctica que tenía Casanova en el arte de la seducción ayudaron al vampiro a alimentarse fácilmente y, por otro lado, tener un cuerpo que no envejecería ni moriría era algo que a Casanova le venía estupendamente. Por eso, cuando Tony decidió organizar a los incubos estadounidenses para que se pusieran a hacer dinero para él, Casanova se reveló como el candidato perfecto para poner en marcha el negocio.

Su balneario Sueños Decadentes está ubicado en un edificio descomunal adyacente al casino de Tony en Las Vegas, el Dante. Mientras los maridos despilfarran durante sus vacaciones las fortunas familiares en la ruleta, sus esposas desatendidas se consuelan con los extravagantes tratamientos de balneario que, junto con otras cosas, se ofrecen en la puerta de al lado. Tony se enriquece con estos ingresos, los incubos consiguen más estímulos lujuriosos de los que jamás necesitarían y las mujeres salen de allí con un resplandor que les dura varios días. No en vano, es uno de los negocios menos reprobables de Tony, si no fuera por que es extremadamente ilegal: al contrario de lo que algunos parecen creer, la prostitución no es algo a lo que el Departamento de Policía de Las Vegas haya dado su visto bueno. Sin embargo, nunca antes los vampiros habían tenido tanto cuidado con las leyes humanas.

—¿Cuánto podría caerte por promover la esclavitud en nuestros días? — pregunté maliciosamente—. Apuesto a que, si lo piensas, te parecerá que la saga te queda bastante bien.

Por primera vez, Casanova dejó de tener aquella mirada de superioridad. Dejó caer su cigarrillo y las cenizas aún calientes salpicaron su traje, dejando pequeñas marcas de quemazón en la seda antes de que pudiera quitárselas de encima.

—¡Nunca he tenido que ver con algo así!

Su reacción no me sorprendió. Al meterse en el muy rentable pero extremadamente peligroso negocio de la venta de usuarios de magia, Tony había estado infringiendo tanto las leyes humanas como las vampíricas. El Círculo Plateado, el consejo de magos que intercede en la comunidad mágica del mismo

modo que el Senado lo hace con los vampiros, se opone radicalmente a algo así y su tratado con los vampiros especifica claramente que tales actos quedan fuera de los límites de la legalidad. Ignorar el tratado supone arriesgarse a entrar en guerra y solo por eso el Senado ya habría sentenciado a Tony a morir bajo la estaca; pero el caso es que en aquel momento ya tenían muchas otras razones para querer verlo muerto.

—Te va a costar mucho convencer de eso al Senado si tu jefe intenta echarte el muerto a ti.

A juzgar por su expresión, a Casanova le dio la impresión de que aquello era muy posible. Él conocía a su jefe tan bien como yo.

—Pero si lo encuentro primero, Tony desaparecerá del mapa y tú estarás limpio. Si me ayudas, te estarás ayudando a ti mismo —añadió.

Espiraba que esa última frase funcionara, porque el interés propio era normalmente la mejor manera de conseguir que un vampiro cooperase; pero Casanova se recuperó rápidamente.

Con sus dedos firmes encendió otro cigarro.

—¿Por qué estás tan segura de que sé dónde está? Él no me lo cuenta todo. Ahora tiene a ese tal Alphonse para ayudarle.

Alphonse era la mano derecha de Tony, además de su guardaespaldas personal. No me arriesgo mucho si digo que era el vampiro más feo que he visto nunca y su personalidad no era mucho más atractiva que su cara. Sin embargo, le prefería a él antes que a su jefe, con mucho. A Alphonse yo no le gustaba, pero dudaba de que me fuese a dar caza si Tony no estuviese ahí para dar la orden.

—Tony tuvo que dejar a alguien al mando cuando desapareció. Apuesto a que tú eres esa persona y a que sabes dónde está.

Él se me quedó mirando entre una nube de humo durante un buen rato.

—Estoy temporalmente al mando —reconoció, finalmente—; pero solo en Las Vegas. Tú lo que quieres es contactar con la sede en Philly.

Meneé la cabeza con grandes aspavientos. Eso era precisamente lo que yo quería evitar a toda costa. Había demasiada gente en Filadelfia, la principal base de operaciones de Tony, que me recordaba cuanto menos con poco aprecio. Mucho menos que eso.

—Nanay. Es probable que me dieran algo, eso es cierto; pero no sería precisamente información.

Los labios de Casanova se movieron nerviosamente y la mirada divertida de esos ojos color grisqui se me antojó más atractiva que su habitual seducción provocativa. Tragué saliva y fingí indiferencia, lo que me granjeó una sonrisa de oreja a oreja. Pero no información.

—Tú sabes tan bien como yo que la familia no se toma bien la deslealtad —murmuró—. Lo cual es especialmente cierto para un híbrido demonio-vampiro

al que muchos ven como un monstruo estrafalario. Y el haberme hecho temporalmente de esta costa no me ha hecho ganar muchos más admiradores. Hay demasiada gente esperando a que pise donde no debo y traicionar al jefe sería algo así.

No había venido preparada para tanta sinceridad, así que aquello me dejó confundida. Me quedé mirándole mientras una oleada de pavor comenzaba a revolotear en mi interior desde el estómago hasta la garganta. Me la guardé para mis adentros, no podía permitirme mostrar incertidumbre en ese momento. Si no conseguía encontrar alguna forma de que Casanova se abriese, muy pronto Myra me estaría haciendo lo mismo a mí... pero con un cuchillo.

Me apoyé en la mesa y jugué mi mejor baza.

—Puedo entender todo eso de la idea de venganza que tienen en la familia. Pero piénsalo bien. Si Tony acaba con una estaca clavada, bien por mí o por el Senado, estarás en una posición perfecta para quedarte con algo. ¿No te gustaría ser tú el dueño de esta propiedad?

Casanova deslizó una mano entre su cabello castaño y largo hasta los hombros, que caía describiendo ondas perfectas sin que mediase en ello ningún artificio visible. Estaba vestido con un traje de seda cruda de un color marrón intenso que combinaba casi a la perfección con sus ojos. No era una experta en ropa de hombres, pero su corbata color azafrán parecía cara, lo mismo que su reloj de oro y los gemelos a juego. Casanova tenía unos gustos muy refinados y yo dudaba de que Tony le pagase de más; la generosidad no era uno de los rasgos característicos de su personalidad.

Casanova miró a su alrededor con nostalgia.

—Lo que no daría por redecorar esto... —musitó—. ¿Tienes idea de lo difícil que es conseguir clientes fuera de estos círculos?

Ya veía por dónde iba. El interior tenebroso tipo madriguera de opio y la cabeza de dragón de la barra, rematada por una columna de vaho que emanaba de las fosas nasales de aquel ente esculpido, no recreaban lo que se dice un ambiente romántico.

—Mis chicos tienen que trabajar el doble de lo que deberían. El mes pasado creé una gotera a posta para tener una excusa que me permitiera destrozar el vestíbulo; pero queda tanto por hacer ¡y ni siquiera he empezado con la entrada! ¡Si asusta a los posibles clientes antes siquiera de que hayan puesto un pie en la puerta!

—Entonces, ayúdame con esto.

Casanova meneó la cabeza con pesar, expeliendo una fina columna de humo con su suspiro.

—No es posible, *chica*\*<sup>[1]</sup>. Si Tony se entera, será mi perdición. Tendría que encontrar un nuevo cuerpo después de que le clavara una estaca a este y en cierto modo le he cogido cariño al que ya tengo.

Parecía que Casanova no quería ponerlo en riesgo. Quedarse detrás de la barrera, esperando a ver quién ganaba, era la apuesta más práctica y la practicidad sí que es la característica definitoria de los vampiros. Por desgracia, yo no tenía esa opción.

El legado de una excéntrica vidente me había convertido recientemente en pitia, el título que reconoce a la vidente más poderosa del mundo. El regalo de Agnes puso en mis manos una cantidad ingente de poder que todo el mundo quiere o bien monopolizar o bien erradicar; pero el caso es que he sido yo la que se ha quedado con él por el momento, porque ella murió sin preocuparse demasiado por las consecuencias y, sobre todo, antes de que yo pudiera pensar en algún modo de devolverle todo este poder. Esperaba poder pasárselo a alguien, suponiendo que viviese lo suficiente como para hacerlo, pero por el camino me encontré con que Tony quería matarme, el Senado quería convertirme en su mascota y, ah, sí, también descubrí que había conseguido enfurecer a los magos. ¿Qué puedo decir? Me las llevo todas.

—Tony no va a ganarle la partida a seis senados —señalé con rotundidad—. Todos tienen acuerdos recíprocos: si uno de ellos está detrás de él, todos lo están. Antes o después, lo atraparán y él empezará a culpar a todo el mundo de lo ocurrido. Él va a acabar con una estaca clavada, fijo; pero te apuesto diez a uno a que, antes de que eso ocurra, te incriminará a ti y a muchos otros. Ayúdame y quizá pueda llegar hasta él antes que ellos.

Casanova me escrutaba mientras apagaba su cigarrillo en un cenicero lacado negro. Sus ojos oscuros recorrieron mi modelito y una ligera sonrisa brotó de sus labios.

—Corre el rumor de que ahora eres pitia —aseveré finalmente, rozando mi mano con el dorso de la suya, rematada con unos dedos largos—. ¿No puedes usar tu poder para resolver esto? A mi me vendría muy bien.

Tenía la sensación de que la parte de piel que él me estaba tocando estaba más caliente que de costumbre y la impresión acabó extendiéndose a todo el brazo.

—Yo podría ser un muy buen amigo, Cassandra —añadió.

Dicho eso, Casanova me levantó la mano y la giró para acabar deslizando ligeramente un dedo hasta la mitad de la palma de mi mano. Estaba a punto de hacer un comentario sarcástico sobre el poder que decían que tenía, pero entonces él inclinó la cabeza. Sus labios chocaron contra la línea que acababa de describir, un tacto sedoso pero que daba la impresión de haber dejado una marca y olvidé lo que iba a decir. Él me miró a través de sus oscuras pestañas y para mí fue como verle la cara a un extraño, uno de esos que tienen un rostro oscuro y hermoso, y una mirada hipnótica. Me acordé de que se decía que la única diferencia entre Don Juan y Casanova, los dos galanes más reputados del mundo, era que cuando Don Juan terminaba sus relaciones, las mujeres lo odiaban;

mientras que, cuando lo hacía Casanova, las mujeres aún lo adoraban. Empezaba a comprender porqué.

Devolví mi mano a su sitio antes de que me entrara la tentación de arrastrarlo encima de la mesa.

—¡Para el carro!

Él pestañeó sorprendido y se volvió hacia mí. Esta vez, la sensación de calidez era más fuerte cuando nos tocábamos; me hacía estremecer con fogonazos de calor que danzaban por mi piel. Me pasó por la mente una fugaz imagen de sensuales noches españolas, la fragancia de jazmín y la piel cálida y dorada deslizándose contra la mía. Cerré los ojos, haciendo esfuerzos por tragar saliva, intentando rechazar aquellas sensaciones, pero parecía que lo único que estaba consiguiendo con aquello era que se convirtiera en algo más real. Alguien me empujaba contra un espeso colchón de plumas, casi enterrándome entre sus mullidos pliegues, hasta el punto de que, de hecho, podía sentir el tacto suave de las sábanas bajo mis manos. Un torrente de pelo sedoso se derramó en torno a mí y unas manos fuertes me rozaron a ambos lados, con un tacto provocador que apenas se notaba, pero que incendió de pasión mis venas.

Entonces, sin previo aviso, la sensación cambió, pasando de una calidez seductora a un calor abrasador. Por un momento, pensé que el tacto de Casanova me iba a acabar quemando de verdad, pero él me soltó la mano antes de que aquello se convirtiera en dolor real. Abrí los ojos y me di cuenta de que seguíamos sentados en el bar; las únicas señales de que algo había ocurrido eran mi cara sonrojada y mi pulso palpitante.

Casanova suspiró y se recostó en su sitio.

—Quienquiera que te lanzase el *geis* sabía lo que hacía —me dijo, haciendo señas para que nos trajeran otra copa—. Por curiosidad, ¿quién fue? Habría jurado que no había ninguna a quien no pudiese quebrar.

—No tengo ni la menor idea de qué me estás hablando.

Me froté la mano en la parte en la que parecía que había dejado marcados sus dedos debajo de mi piel y me quedé mirándolo. No me parecía bien su intento de distracción, y yo no era ningún aperitivo de media tarde, ni tampoco me había gustado que acabara de un modo tan brusco.

—El *geis*. No sabía que nadie hubiese puesto una advertencia previa, si no yo no habría...

—¿Qué es un *gesh*? —pregunté yo.

Él me lo deletreó, pero aquello tampoco fue de gran ayuda. Un camarero nos trajo bebidas a los dos y yo le pegué un trago a la mía. La segunda copa me deprimió un poco más.

—No juegues conmigo, Cassie; ya sabes quién soy. ¿Qué creías, que no lo vería? —me preguntó impacientemente. Entonces algo en mi expresión le hizo abrir los ojos como platos—. Entonces es verdad que no lo sabes, ¿no?

Lo miré con resentimiento. Más complicaciones; justo lo que me hacía falta ahora mismo.

—O me lo explicas un poco o...

—Alguien, un poderoso usuario de magia o un maestro vampiro, te ha puesto una advertencia —explicó con paciencia, antes de corregir sus palabras—. No, no una advertencia. Más bien una inmensa señal de «No tocar» como de un kilómetro de alta.

Me quedé allí sentada, sintiendo que una nueva oleada de calor me invadía hasta el cuello. Recordé una voz culta y divertida que me decía que yo le pertenecía, que siempre había sido así y que siempre lo sería. Iba a matarlo.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Un *geis* es un vínculo mágico, que normalmente implica un tabú o una prohibición respecto al comportamiento de alguien —explicó, aunque al ver mi confusión, siguió insistiendo—. ¿Recuerdas la historia de Melusina?

Un recuerdo de la infancia me vino a la memoria, pero era vago.

—Un cuento de hadas; francés, creo. Era una medio hada que se convirtió en un dragón, ¿verdad?

Casanova suspiró, meneando su cabeza, desesperado por mi ignorancia.

—Melusina era una mujer hermosa seis días a la semana, pero una maldición la hacía parecer medio serpiente el séptimo. Se casó con Raimundo de Lusignan después de que él aceptara un *geis* que le prohibía verla los sábados, a pesar de que ella se negó a contarle la razón. Juntos fueron felices durante muchos años hasta que uno de los primos de Raimundo le convenció de que el sábado era el día que ella pasaba con su amante, lo que le empujó a espiarla y descubrir la verdad. Aquello rompió el *geis* y eso provocó que Melusina se transformara en un dragón de manera permanente y perdiera a Raimundo, el amor de su vida.

—¿Me estás diciendo que esa historia pasó de verdad?

—No tengo ni idea. Lo importante es que es así como funciona un *geis*. —Su mano planeó sobre la mía, pero esta vez no intentó tocarme—. Éste es el más fuerte que he sentido jamás y lo llevas puesto ya desde hace algún tiempo. Está bien sujeto.

—Define «algún tiempo».

—Años —repuso él, concentrándose—. Al menos una década, quizá más. Y con una década no quiero decir diez años. En términos de encantamientos, una se mide como un porcentaje de tu vida. Tú tienes..., cuántos, ¿poco más de veinte?

—Mañana cumpla veinticuatro.

Casanova se encogió.

—Pues ahí lo tienes. Durante aproximadamente la mitad de tu vida, has pertenecido a alguien.

Un nuevo torrente de sangre me inundó la cara.

—Yo no le pertenezco a nadie —protesté escuetamente, pero a Casanova

aquello no pareció impresionarle—. ¿Qué es lo que hace este *geis*, aparte de avisar a la gente para que se aleje?

Enseguida deseé no haber hecho esa pregunta.

—El *dúthracht geis* es una fuerte conexión mágica, una de las más fuertes. Durante la Edad Media, magos paranoicos casados con mujeres que no pertenecían al mundo de la magia lo emplearon como una variante del cinturón de castidad. También he oído que se usaba en matrimonios de conveniencia, para limar las reticencias iniciales que pudiera haber.

Casanova se concentró durante un momento antes de continuar.

—Hasta donde yo sé, permite que quienquiera que te lo haya lanzado conozca cuáles son tus emociones, las de verdad, no las que estés intentando proyectar, así que no puedes mentirle. También le da una ligera idea sobre dónde te encuentras exactamente, pero desde luego que sería capaz de estrechar el cerco hasta llegar al nivel de una ciudad, o incluso ir más allá.

Me vino a la cabeza el bastardo arrogante que, según todas mis sospechas, estaba detrás de esto; diciéndome que me había conseguido encontrar en una ocasión porque había recibido ayuda de la red de inteligencia del Senado. Quizá fuese así, pero parecía que había algo más detrás de aquello. Me preguntaba cuántas veces más me había contado solo parte de la verdad.

—Y por último, pero no menos importante —continuó Casanova—, eleva la atracción entre los dos, lo que provoca que cada encuentro sea más intenso. Al final, ya no desearás salir corriendo.

Me quedé fría.

—Entonces nada de lo que siento es real.

No me podía creer que hubiera caído tan bajo. Joder, él sabía de sobra cómo me sentaba que alterasen mis pensamientos o mis sentimientos. El bastardo en cuestión era Mircea, un vampiro de quinientos años cuyo mayor vínculo con la fama era ser el hermano mayor de Drácula. También fue el primero por el que perdí la cabeza. A mi no me importaba su apellido, ni que fuera un maestro de primer nivel y, a la par, miembro del Senado. Lo que había despertado más mi atención era la manera en la que esos ojos de un marrón intenso se estrechaban en los extremos cuando se reía, su pelo color caoba que caía sobre sus amplios hombros y aquella boca perversamente perfecta que era a la vez la más sensual que había visto nunca. Entre otros títulos, Mircea era también el vampiro al que Tony llamaba Maestro. Era algo que debería haberme hecho cuestionar la sinceridad de aquel hermoso rostro mucho antes.

—El *dúthracht* no crea emociones —me corrigió Casanova—. No es un hechizo de amor. Sólo puede fortalecer lo que ya está ahí. Y eso es precisamente lo que hace extraño que alguien lo haya usado en ti a qué edad, ¿once, doce?

Asentí con indecisión, pero la verdad es que a mí aquello no me parecía extraño. Mi madre había sido nombrada heredera del trono de la pitia antes de

fugarse con mi padre. No obstante, el hecho de que la hubieran desheredado no afectaba para nada a mis opciones de sucederla, porque no es la vieja pitia la que elige a la nueva, es el poder mismo el que realiza la selección final. En todos los casos, salvo raras excepciones, el poder había elegido a la heredera designada, aquella a la que la pitia había preparado para sucederla. Pero Mircea se la había jugado a que yo sería una de las excepciones y no había escatimado esfuerzos para asegurarse de que seguiría siendo elegible cuando llegase el momento.

Por razones que yo no llegaba a comprender del todo, la heredera tenía que mantener su castidad hasta que comenzase el ritual del cambio y Mircea no había querido arriesgarse a que un calentón adolescente me hubiese apartado de la competición. Por eso me marcó poniéndome una advertencia encima. Cabrón.

—Dices que dispara las emociones —murmuré, pensando en la primera vez que me encontré con Mircea, ya como adulta—. ¿Te refieres sólo a mí?

Mircea no pareció carente de interés cuando lo vi por última vez, pero resultaba difícil saberlo a ciencia cierta. La mayoría de los vampiros son excelentes mentirosos, pero él es el número uno sin discusión; quizá porque es su trabajo. Es el jefe de la diplomacia del Senado, el tipo al que envían a las situaciones más comprometidas para que consiga lo que quieren mediante la persuasión, la seducción o el engaño. Es muy bueno en lo suyo.

—No, es una carretera de doble sentido y eso para la mayoría supone uno de los mayores inconvenientes del hechizo —explicó Casanova, inclinándose hacia adelante como si aparentemente le agradase ilustrarme—. Tómalo como el amplificador de un aparato estéreo: cada encuentro sube un poquito la intensidad. Tiene que haber una base; pero, una vez que está en marcha, ya estáis metidos en una espiral de obsesión, lo queráis los dos o no.

Me di la vuelta para que no pudiese ver mi expresión, e intenté ignorar el nudo que se me había formado en el pecho y el dolor que me oprimía la garganta. No sabía por qué me sentía tan traicionada. No es que hubiese creído a Mircea por completo. Sabía que ningún maestro vampiro, sobre todo un miembro del Senado, podía pertenecer a la categoría de buen tipo. No podía haber logrado su puesto actual siendo menos que despiadado. Pero yo habría apostado a que no haría una cosa así. Tony, sí; hasta ahí llegaba, pero había creído estúpidamente que su jefe era diferente. Estúpida. ¿Quién me iba a decir que lo había entrenado?

Volví la vista hacia Casanova y vi que se había preocupado al no mostrar yo ningún tipo de expresión.

—Estás diciendo que esto es peligroso.

—Todo lo que es mágico es peligroso, *chica*\* —me dijo cariñosamente—, si se dan las circunstancias adecuadas.

—¡No te andes por las ramas!

No necesitaba que tratase de evitar herir mis sentimientos, necesitaba

respuestas. Algo que me ayudara a pensar en una manera de salir de todo esto.

—No me ando por las ramas —insistió.

Entonces una mujer soltó un grito estridente y la mirada de Casanova se trasladó hacia algún punto detrás de mí.

—¡Joder!

Miré por encima de mi hombro y encontré que mis tres compañeras de piso habían decidido empezar a jugar a los dardos, a pesar del hecho de que el bar no estaba equipado con una diana. Mientras yo estaba distraída, Dino se había situado en un extremo del bar y Penfredo en el otro, mientras que Enio estaba de pie delante soplando mondadientes contra el desdichado camarero. Antes de que pudiéramos realizar ningún movimiento, Enio lanzó otra andanada de pequeños proyectiles, lo que dejó al pobre sátiro con un aspecto de infeliz acerico. La mujer volvió a gritar al ver que un bosque de pequeños puntos rojos brotaba en el pecho del sátiro, mientras Casanova hacía gestos para que su acompañante se la llevase de allí. Al final salió al rescate de su empleado y yo lo seguí para rescatarle a él. Las chicas a veces me escuchan, cuando están de humor, aunque me da la impresión de que me consideran una aguafiestas.

Casanova le dio al tembloroso camarero un descanso más que merecido, mientras que yo apaciguaba a las chicas rebuscando unas cartas en mi bolso. Se trata de una baraja de tarot estándar que me regalaron por mi cumpleaños hace tiempo y que tiene un hechizo que hace que actúe como una especie de anillo kármico del humor. No es que sea muy específico, pero sus predicciones sobre el clima general que envuelve una situación tienden a ser inquietantemente certeras. No me gustó demasiado la carta que vi salir del mazo en cuanto lo toqué.

A pesar de la creencia erróneamente extendida, los amantes rara vez tienen algo que ver con encontrar a tu media naranja o siquiera pasar un buen rato. El dos de copas normalmente indica que hay un asunto amoroso de camino, pero la carta de los amantes es más compleja. Señala una elección inminente, una de esas que implican tentación y dolor. Y, como el dibujo de la carta de mi mazo (Adán y Eva expulsados del Edén), la decisión final tendrá consecuencias terribles para todo lo que venga después. Huelga decir que nunca ha sido una de mis cartas favoritas.

Mientras confiscaba los palillos restantes y les daba a las chicas su nuevo juguete, Casanova se las apañó para conseguir otro camarero. Finalmente, nos volvimos a reunir en nuestra mesa.

—Todo depende de tu punto de vista —expuso, retomando la conversación como si nada hubiera pasado. Supongo que, a lo largo de los siglos, había tenido que lidiar con cosas peores que unas abuelas aburridas.

—En sí mismo —continuó—, el *geis* es inofensivo. Pero lo cierto es que el de Melusina también lo era, siempre y cuando no se rompiera. Tu versión sólo

provoca devoción hacia una persona. Si no hay nada que interfiera en esa relación, ambos viviréis felices en el futuro.

El hecho de que quizá yo no quisiese vivir, feliz o no, en un estado mental tergiversado mágicamente, obviamente, no importaba.

—¿Y si hay algo que interfiera?

Casanova parecía ligeramente incómodo.

—El amor es algo espléndido, como yo mismo sé bien. Pero tiene su lado desagradable, también. Si se percibe que alguien o algo puede suponer una amenaza para el vínculo, el *geis* actuará para eliminar esa amenaza.

Al ver mi impaciencia, precisó sus palabras.

—Pon que una persona, ajena al mundo mágico, obviamente, se interesa por ti —prosiguió—. Una persona normal no podría sentir el *geis*, así que la advertencia no sería atendida.

—¿Qué pasaría entonces?

—Depende. Si el vínculo fuera nuevo y los dos implicados no hubierais pasado mucho tiempo juntos, si el volumen, en otras palabras, fuera muy bajo, quizá no ocurriría nada. Pero cuanto más alto sea, la interferencia se considerará como una ofensa mayor. Finalmente, uno de vosotros, o incluso los dos, haríais algún movimiento para eliminar la amenaza.

—¿Eliminar? ¿Quieres decir matar? —Me quedé con la boca abierta. Mircea se le tenía que haber ido la olla.

—Probablemente no llegaría a ese punto —aseguró Casanova y, acto seguido, noté cómo mi estómago dejaba de estar tan encogido—. La mayoría de pretendientes saldrían corriendo bastante rápido en cuanto comenzaras a proferirles insultos, o en cuanto tu amante empezara a amenazarlos.

*Estupendo*, pensé, mientras mi estómago volvía a su encogimiento anterior. Podía volverme loca en cualquier momento, gracias a lo que Mircea entendía por seguridad.

—Pero ¿y si el que originó el *geis* quisiera que alguien me sedujera?

No era una pregunta baladí. Mircea había mandado a un vampiro llamado Tomas para que se hiciera amigo mío cuando la salud de la pitia empezó a resentirse. Lady Femonee, la pitia que yo conocía como Agnes, se había dado cuenta de que se estaba muriendo y había empezado los ritos que liberarían el poder para que este acabase yendo hacia una sucesora.

Aquello habría dado pie a toda una nueva partida. Agnes podía dar comienzo al ritual ancestral, pero yo era la única que podía completarlo, perdiendo la virginidad que Mircea había guardado con tanto esmero. Él había escogido a Tomas para que cuidase de esa cosita suya y evitase así acabar cayendo en su propia trampa. Mircea había nacido antes de que la idea de que una mujer pudiera escoger a su pareja sexual estuviera de moda y Tomas era el sirvo de otro maestro vampiro, así que de él se esperaba que obedeciese órdenes. Así

pues, desde luego, a ninguno de los dos se nos consultó nada de esto.

Tomas era uno de esos vampiros raros capaces de mimetizar la condición humana de una manera tan perfecta que llegamos a vivir como compañeros de piso durante seis meses sin que me enterase de lo que era. Llegamos a estar cerca el uno del otro, si bien no tanto como Mircea hubiera deseado. Me mostraba reacia a involucrar a nadie en mi vida loca, así que pensé que si mantenía a Tomas a una cierta distancia, en realidad lo estaría protegiendo. Sin embargo, lo único que conseguí de ese modo fue obligar a que el propio Mircea tuviese que personarse en el ritual.

Al final, resultó que nos interrumpieron antes de la traca final, algo por lo que me sentí muy agradecida una vez que mi mente consiguió despejarse un poquito. Si hubiera completado el ritual, ahora estaría atrapada en el puesto de pitia el resto de mi vida, un periodo que sin duda sería extremadamente breve teniendo en cuenta que tal posición me situaba en el punto de mira de tanta gente. Tampoco es que mi esperanza de vida en ese momento fuera demasiado grande, eso también es verdad.

—Quien originó el *geis* puede suspenderlo para una persona en concreto — confirmó Casanova—. He oído que ha habido casos en los que los tutores los usaban con ciertas herederas para asegurarse de que mantenían la castidad hasta que se seleccionaba a la pareja adecuada para ellas. Se suponía que el carácter devoto del hechizo garantizaría que iban a aceptar tranquilamente a quienquiera que resultase escogido.

La expresión que se dibujó en el rostro de Casanova en ese momento no me gustó un pelo.

—¿Qué pasó?

Casanova empezó a rebuscar torpemente hasta que sacó un cigarrillo de una delgada pitillera de oro. Teniendo en cuenta lo elegantes que solían ser sus movimientos, me dio la impresión de que no me iba a gustar su respuesta.

—El *geis* dejó de estar de moda porque solía salir mal —explicó mientras encendía el cigarrillo—. A veces funcionaba, pero había casos en los que las chicas acababan suicidándose para no casarse con otro que no fuera su tutor.

Al ver mi gesto de terror, Casanova se apresuró en continuar con la explicación.

—Es un hechizo que cuesta mucho lanzar de manera adecuada, Cassie. La devoción puede significar tantas cosas... El *geis* se diseña para asegurar lealtad, pero ¿cuántas emociones humanas conoces que tengan solo una cara? La lealtad se convierte fácilmente en admiración; piénsalo, ¿por qué crees que sería leal a alguien que no es, en cierto modo, admirable? La admiración pasa a ser atracción, la atracción se dispara hasta el amor y el amor normalmente conduce a un deseo de poseer a quien se ama. ¿Me sigues?

—Sí.

Según parecía, mi cuerpo iba unos pasos por delante de mi cerebro, porque se me había puesto la piel de gallina en los brazos.

—El sentimiento de posesión comúnmente desarrolla un carácter de exclusividad: esta persona debe pertenecerme a mí y a nadie más. Estamos hechos el uno para el otro... ese tipo de cosas.

Casanova agitó la mano, lo que provocó que el humo de su cigarrillo fuese dando tumbos hacia el techo. Yo también me sentía un poco como el humo.

Mi cerebro se tambaleaba, intentando encontrarle el sentido a todo aquel lío y mis emociones estaban completamente confusas.

—Lo cual conduce a la codicia —prosiguió Casanova—, que a su vez se puede convertir en desesperación o en odio en caso de rechazo. Incluso cuando el hechizo se pronuncia de manera adecuada, a menudo causa problemas; la cantidad y el tipo dependen de las personalidades de aquellos unidos por el vínculo. Y como es tan complejo, es fácil que acabe saliendo mal. La mayoría de los magos ya no se atreverían ni siquiera a intentarlo. Tu admirador es o un poderoso mago o conoce a alguien que lo es.

—Puede permitirse lo mejor —apunte yo, distraída.

Tuvo que parecerle la solución perfecta: me dejaba con Tony, supuestamente uno de sus leales siervos y me ponía bajo el *geis* para que nadie me tocara hasta que él comprobase si el poder iba a ir hacia mí. Era un gran plan, siempre y cuando mis sentimientos no importaran para nada. Y, por supuesto, así había sido. Los maestros vampiros tienden a tratar a sus siervos como piezas de un tablero de ajedrez, moviéndolas sin preocuparse por las pequeñas cosas, como la voluntad de la pieza.

—No puede haber sido Antonio —meditaba Casanova, mirándome con aire especulativo—. Tú estuviste en su corte durante años antes de escapar. El hechizo nunca te habría permitido abandonarlo y tú tampoco lo habrías intentado.

Le hice una mueca de disgusto. Solo pensar en la idea de estar embobada por Tony me ponía enferma.

—¿No se puede quitar?

—La persona que lo originó sí puede, ciertamente.

—No, sin él.

Casanova meneó la cabeza.

—Yo no podría y soy muy bueno, *chica*\* —Me miró, arqueando las cejas—. Desde luego me sería de ayuda saber algo más sobre la persona de la que estamos hablando. Quizá alguno de mis contactos...

Yo no quería contárselo. Tony era su jefe inmediato, pero Mircea era el maestro de Tony. Por tanto, debía hacer todo lo que Tony estuviera obligado a hacer y debía fidelidad a todo aquel a quien Tony se la debiese. Normalmente había que hacer una serie de maniobras antes de que un maestro de alto rango pudiese hacerse con alguna posesión de un siervo, al menos si ese subordinado

había alcanzado el tercer nivel de maestría, y Tony lo había hecho. Sin embargo, dado que Tony había desafiado abiertamente tanto a Mircea como al Senado, todo lo que poseía había pasado a ser controlado por su maestro. Esa era la manera larga de decir que Mircea era el maestro de Casanova. Tampoco parecía que el incubo fuera a desafiarlo, pero obviamente no me iba a ayudar si no obtenía más información.

Solté un suspiro. No me gustaba verme entre la espada y la pared, pero ¿a quién le iba a preguntar si no?

—Mircea —reconocí tras comprobar que nadie nos escuchaba.

Casanova se puso blanco por un momento, después pegó un salto como si alguien le hubiese dado un pisotón.

—¡Tenías que habérmelo dicho antes, Cassie! —susurró alarmado—. ¡No tenía previsto en mi agenda de hoy que me despellejaran vivo!

—¡Siéntate! —musité irritada—. Dime cómo me puedo liberar de esa cosa.

—No puedes. Atiende, *chica*\* —me dijo todo serio—. Vete a casa del buen maestro vampiro, implora perdón por cualquier contratiempo que le hayas podido causar y haz lo que te diga. Te aseguro que no vas a querer tenerlo de uñas contigo.

—A Mircea ya lo he visto enfadado —repliqué yo.

Era verdad, aunque hasta el momento nunca había sido conmigo. Le di una patadita a la silla de Casanova con mi pie.

—Siéntate —insistí—. La gente está empezando a quedarse mirando.

—Sí, la verdad es que sí —asintió Casanova— y esa es la razón por la que ahora mismo me voy a ir derecho a mi despacho, voy a coger el teléfono y voy a llamar al gran jefe. Si no quieres que te encuentre, te sugiero que emplees este tiempo para correr a toda pastilla. No quiero decir tampoco que eso te vaya a venir muy bien.

—¡Le tienes miedo!

—Espera que piense —ironizó—. ¡Sí! Y tú también deberías tenérselo.

Me quedé mirándolo confundida. El vampiro que yo conocía no era alguien con quien se pudiese jugar, pero tampoco le había visto nunca hacer nada que pudiera explicar por qué un demonio de tanta edad tenía los pies temblando en sus zapatos de marca.

—Hablamos de Mircea, ¿verdad?

Casanova echó un vistazo a su alrededor, después se deslizó hacia el asiento que estaba al lado del mío, con un gesto que casi parecía cómicamente solemne.

—Escúchame, niña, y presta atención, porque no voy a repetirte esto. Mircea es el manipulador más grande que he conocido jamás. Si es el jefe negociador del Senado es por algo: siempre consigue lo que quiere. Mi consejo: no le cabrees y quizá él no sea demasiado duro contigo.

Lo agarré por la corbata para impedir que saliese corriendo hacia el teléfono

y le acerqué la cara hasta la mía. Normalmente no soy una mujer violenta, he visto demasiada cuando era niña como para desear reproducirla en forma alguna, pero en ese momento estaba demasiado furiosa como para preocuparme por esas cosas.

—¿Has acabado? Pues ahora escúchame a mí. Lo sé todo sobre manipulación. Todos los días de mi vida ha habido alguien moviéndome los hilos. ¡Si ni siquiera todo este rollo de la pitia ha sido idea mía! Pero ¿sabes qué?, que algunas cosas han cambiado con esto, ¿no? No pertenezco a Mircea, da igual lo que él piense. No pertenezco a nadie. Y cualquiera que intente jugar conmigo de ahora en adelante se va enterar de que puedo ser un enemigo muy poco deseable. ¿Te enteras?

Casanova fingió que se asfixiaba y lo solté. Se cayó de nuevo sobre su silla, con un gesto que parecía más divertido que asustado.

—Si eres tan poderosa, ¿por qué necesitas mi ayuda? —preguntó maliciosamente—. ¿Por qué no eliminas tú misma el *geis* y descargas tu ira sobre Antonio mientras?

—Las cosas no funcionan exactamente así —respondí secamente—. ¿Y qué coño te parece tan gracioso?

La sonrisa que Casanova había estado intentando contener sin éxito, acabó rompiendo en su cara.

—Me estaba acordando de un chiste —murmuró con una risa ahogada—. Tendrías que ser un incubo para comprenderlo.

—Cuéntame la versión rápida.

Casanova parecía cortado. La expresión debería haber parecido extraña en su rostro, plagado de rasgos fuertes, pero al final acabó soltándolo.

—Anticipación, podría decirse. Es como esperar ansiosamente el próximo combate por el título de los pesos pesados. En una esquina —prosiguió, poniendo voz de veterano comentarista de boxeo— tenemos al señor Mircea, cero derrotas en quinientos años de tejemanejes políticos y sociales. Y en la otra, su oponente, la aparentemente dulce Cassandra, recién ascendida al trono de la pitia.

La sonrisa de Casanova casi se convirtió en carcajada antes de poder seguir.

—Tienes que comprenderlo, Cassie. Para un incubo, habría pocas cosas mejores que esta. Si no quisiese proteger tanto a este cuerpo, me estaría pegando por un asiento junto al cuadrilátero.

—No haces más que parlotear —le recriminé disgustada—. ¡Cuéntame algo que pueda utilizar!

—¿Por qué no me cuentas tú algo a mí, para variar? —repuso él—. Concretamente, ¿qué crees que vas a hacer si encuentras a Tony? Lleva muchos años en danza. No será fácil matarlo. ¿Por qué no te relajas y dejas que Mircea se encargue? Acabará encontrándolo antes o después, y entonces tú y yo seremos...

—¡Mircea no puede apañárselas con Myra! —vociferé, sin creerme que Casanova todavía no fuese capaz de entenderlo—. Quizá pueda protegerme aquí y ahora, pero no es el presente lo que me preocupa.

Myra había sido la heredera de Agnes hasta que se rodeó de muy malas compañías y fue desheredada. No obstante, su caída no provocó que perdiese sus aptitudes, lo que significa que podía ir hacia atrás en el tiempo y atacarme mucho antes de que yo supiera siquiera quién era. Podría incluso matar a uno de mis padres para asegurarse de que no naciera. Y, joder, Mircea no podría hacer nada para evitarlo.

—Pero si Antonio la está protegiendo, ¿cómo esperas que...?

—Tengo unas cuantas sorpresas para Tony. Lo que necesito de ti...

—Tiene pinta de que me va a costar caro. No creerás...

Casanova se detuvo al ver mi expresión.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Me puse de pie de un salto, con ligeros problemas para mantener el equilibrio sobre los tacones y miré por encima de su hombro para ver quién estaba asomándose por la entrada del bar.

Mi mago más denostado se abalanzaba por el vestíbulo a una velocidad infernal. Parecía como si le hubieran cortado ese pelo rubio a machetazos y sus ojos color verde glacial denotaban enfado. No es que fuese inusual: nunca le había visto sonreír y normalmente bastaba con que no tuviese intención de matarme para que yo diese el día por bueno. Teniendo en cuenta que llevaba su habitual abrigo de piel que le llegaba hasta la altura de la rodilla, el mismo que estaba repleto de armas ocultas, no parecía que hoy fuese a ser uno de esos días.

—¿Ese es quien y o creo que es?

Casanova lanzó una mirada de pánico al mago, que al abrir su abrigo descubrió un arsenal suficiente como para hacer saltar por los aires todo un batallón entero. Hasta los vampiros son precavidos con los magos de la guerra, hechiceros y brujas a los que el Círculo ha preparado en técnicas de combate humanas y mágicas. Tienen esa mentalidad del «Dispara primero, pregunta después si ves que tal», que las leyes humanas dejaron atrás en el Salvaje Oeste. Por supuesto, los agentes de policía no tienen que hacer frente a la clase de sorpresas que frecuentemente se encuentran los magos.

Por mi parte, ya había visto todo lo que podía desear de este mago y, por lo que parecía, a Casanova le pasaba tres cuartos de lo mismo. Sin esperar a que le contestara, apartó a un lado su dignidad y se metió debajo de la mesa.

Me preguntaba si merecía la pena tratar de huir a la carrera. En ese momento Enio saltó de su taburete y corrió hacia nosotros. Le hizo un gesto al mago y elevó sus cejas pobladas que, en su caso, solo protegían arrugas y pellejos. No estoy segura de cómo supe lo que estaba pensando, porque no dijo ni una palabra, pero el caso es que fue así. Meneé la cabeza ostensiblemente. En realidad no sabía en qué plan venía el mago, pero su condición no parecía muy amistosa.

Enio se abalanzó hasta llegar a la altura del mago, que se encontraba tan solo unas cuantas mesas más allá. Entonces se quedó quieto como un muerto y un segundo más tarde me di cuenta del motivo. Las tres hermanas no eran lo que se dice guapas a los ojos de nadie, pero también parecían bastante inofensivas. El rostro enjuto de Enio, tan plagado de arrugas que hacía que la ausencia de ojos no fuera reseñable, su boca desdentada y su mata de pelo desordenada, la hacían parecer una vagabunda especialmente poco agraciada. Sin embargo, ahora no tenía ese aspecto.

Mi conocimiento mitológico no es extenso; lo componen principalmente recuerdos puntuales de mis clases con Eugenie, mi antigua institutriz. Éste era uno de esos momentos en los que deseaba haber prestado entonces más atención. Y es que donde había una minúscula vieja apareció una despampanante amazona cubierta tan solo por una cabellera enmarañada que le llegaba hasta los tobillos y

un montón de sangre. La transformación de Enio fue tan rápida que ni siquiera vi cómo se producía, pero la cara de Pritkin, que se había tornado completamente pálida, cercana al aspecto que solía tener cuando estaba aterrado de verdad, me desvelaba que la historia de las Grayas escondía más cosas de las que yo recordaba. Llegué a la conclusión de que tampoco quería saberlas.

Nunca he dicho que fuese una heroína. Además, Casanova había empezado a huir a gatas, utilizando las mesas a modo de protección y yo aún no sabía dónde estaba Tony. Por eso, me deslicé hasta el suelo y seguí el rastro de los zapatos de Casanova. Un segundo después, sonó como si el infierno al completo se hubiese desatado a nuestras espaldas, pero no estaba tan loca como para mirar qué había pasado. Tenía mucha práctica en temas de huida y si algo había aprendido era que lo mejor es mantener la mente centrada en el objetivo.

La mitad de una silla negra lacada voló sobre mi cabeza, pero me limité a agacharme más y gatear más deprisa. Casanova parecía estar yendo directo contra una pared, pero sabía que no podía ser solo eso. Éste era uno de los antros de Tony y él nunca construía nada que no tuviera por lo menos una docena de salidas de emergencia. Estaba bastante segura de que en algún punto tenía que haber una puerta escondida, así que cuando la mitad superior del cuerpo de Casanova desapareció a través del papel pintado chino de color rojo, para mí no fue una sorpresa. Estiré la mano para agarrarlo por la chaqueta, cerré los ojos y lo seguí. Cuando los volví a abrir, vi que estábamos en un pasillo de servicio con iluminación industrial fluorescente.

Casanova intentó escabullirse, pero me agarré a él como si mi vida dependiera de ello. No fue fácil, porque la huida improvisada me había dejado la ropa hecha un gurrño, a lo que había que sumar que él era más fuerte que yo. Con todo, él era mi pasaporte más directo hacia Tony y no iba a dejarlo escapar.

—¡Oh, está bien! —refunfuñó mientras me ayudaba a incorporarme—. ¡Por aquí!

Corrimos hacia una puerta que conducía a un pasillo mucho más lujoso, cubierto con una moqueta de un color rojo intenso. El brocado dorado de las paredes estaba adornado con una hilera de dibujos salaces y desprendía un tufo tremendo a un perfume almizclado. Solté un carraspeo, pero Casanova estaba demasiado ocupado pulsando el botón de llamada del ascensor unas doce veces como para enterarse. El ascensor apareció justo cuando estaba a punto de llegar a la conclusión de que era mejor que no respirásemos a la vez, y nos montamos en él. Casanova presionó el botón del quinto piso y yo me las compuse para gruñir una protesta.

—¿No deberíamos ir hacia abajo, al aparcamiento? Si nos quedamos en el edificio, nos encontrará.

Casanova me lanzó una mirada.

—¿De verdad crees que ha venido solo?

Me encogí de hombros. Nunca había visto a Pritkin trabajar con otros magos, así que parecía posible. Ya provocaba él suficiente barullo por su cuenta.

—Casi seguro que tiene refuerzos —me informó Casanova, deslizándose sus manos temblorosas por su traje ligeramente arrugado—. Dejemos que sean las defensas internas las que se ocupen de él.

El ascensor se abrió para dar paso a un amplio despacho que se parecía bastante a un tocador. Había espejos y mullidos sillones por todas partes, además de una barra casi tan grande como la de abajo. Una guapa secretaria, que probablemente estaba a punto de ser reclutada por los incubos si no lo había sido ya, intentó ofrecernos refrescos; pero Casanova la despidió con la mano.

Nos adentramos en un carrusel de puertas que nos condujo a un lujoso despacho interior. Casanova ignoró la enorme cama con dosel y se sentó inexplicablemente en la esquina, mientras dos mujeres ligeras de ropa se reclinaban sobre ella. Se adentró en una pintura modernista multicolor que cubría la mayor parte de una de las paredes y yo lo seguí, sin hacer caso a las chicas, que fruncían el ceño a mi paso. Al otro lado había una estrecha habitación sin más mobiliario que una mesa, una silla y un gran espejo que colgaba de la pared. Casanova agitó una mano delante de la superficie del espejo y ésta refulgió como si fuese un espejismo en el desierto. Supuse que esta era la manera en la que vigilaba a sus empleados.

Ya había visto artilugios similares antes. Tony nunca había sido capaz de emplear cámaras de seguridad, ya que cualquier cosa que funcione con electricidad no suele ser compatible con las protecciones más poderosas; así que su fortín de Filadelfia estaba repleto de estos otros artefactos. Me había enterado de cómo funcionaba su sistema de vigilancia porque quería saber cómo evitarlo cuando estuviera metida en cosas que prefería que él no supiera, como cuando le robé sus archivos personales para dejarle en paños menores ante los federales. No es que aquello funcionara demasiado bien; pero, al menos, conseguí que no me cogieran mientras lo preparaba. Así descubrí que cualquier superficie reflectante puede quedar hechizada para funcionar como un monitor vinculado a otras superficies brillantes que se encontraran dentro de un radio determinado. Teniendo en cuenta la cantidad de espejos y de mármol pulido que había en aquel lugar, Casanova podría probablemente, enterarse de cualquier cosa que sucediera en el balneario.

Entonces farfulló una palabra y apareció una imagen del bar. Me preguntaba por qué estaría tan distorsionada hasta que me di cuenta que estaba usando el enorme gong chino que había detrás de la barra como mirilla. Como era convexo, la imagen también era así, además de estar tintada con un color ligeramente bronceo. Vi las espaldas de tres personas a las que identifiqué como magos de la guerra por la cantidad de arsenal que llevaban encima. Al que no veía era a Pritkin y me asustaba un poco pensar en la posibilidad de que Enio

se lo hubiera comido.

Lo cierto era que parecía capaz de hacer algo así. La menuda viejecilla había sido sustituida por una salvaje cubierta de sangre cuya cabeza rozaba el borde de los faroles que balanceaban colgados de la araña central. Todavía tenía el pelo gris, pero el cuerpo definitivamente había experimentado una mejoría notable, amén de que ahora ya tenía los ojos y dientes que le correspondían. Los primeros eran más largos y estaban más afilados que los de un vampiro y los posteriores eran amarillos y cortantes como los de un gato. Parecía enfadada, quizá porque estaba atrapada en una red mágica, cortesía de los magos. Ella la rajó drásticamente con unas garras de diez centímetros que hicieron que pareciera estar hecha de papel; pero, antes de que se pudiera mover, las finas cuerdas volvieron a entretrejerse, sujetándola con más fuerza aún.

Me dio la impresión de que se encontraban en un punto muerto y me preguntaba por qué sus hermanas, que estaban aún tiradas en el bar, no intervenían. No había acabado casi de pensar en eso cuando Penfredo elevó la vista hacia el gong. Como le tocaba a ella llevar el ojo en ese momento, me pudo hacer un guiño antes de desmelenarse.

Recordé que, cuando busqué información sobre las hermanas después de encontrármelas, descubrí que a Penfredo la llamaban «la madre de todas las sorpresas alarmantes». No estaba muy segura de qué significaba aquello cuando lo leí, pero como a las tres les habían encomendado la tarea de proteger a las Gorgonas, había dado por sentado que cada una de ellas tenía alguna aptitud belicosa. Aun así, teniendo en cuenta lo que le ocurrió a Medusa, no parecía que hubieran sido muy efectivas.

Como si me hubiera podido oír, Penfredo volvió la vista hacia la maga más cercana que tenía, una afable mujer asiática que no tuvo ni tiempo de gritar antes de que la pesada araña lacada se estrellara contra su cabeza. Por todas partes cayeron piezas de madera astillada y la mujer desapareció bajo una pila de faroles de seda roja. Parecía que las chicas habían estado entrenando.

La maga se las apañó para salir a gatas de debajo de los escombros unos segundos después, maltrecha y ensangrentada, pero todavía con vida. Aun así, no estaba en condiciones de retomar la pelea y sus compañeros ya tenían suficientes problemas con tratar de contener a Enio. La graya desgarraba la red casi en menos tiempo que el que los magos tardaban en reconstruirla, así que empezaba a parecer que era una cuestión de quién se cansaría antes. No podía decir si ella se estaba agotando, pero los magos, aunque solo podía verlos por detrás, sí que parecían exhaustos, con los brazos en alto visiblemente temblorosos.

—Tenemos un problema —espetó Casanova.

—No fastidies —farfullé yo.

Seguí observando en el espejo mientras Penfredo miraba a uno de los magos restantes, que inmediatamente se disparó a sí mismo en el pie. Dino le estaba

pegando sorbos a una cerveza mientras intentaba flirtear con el nuevo camarero, que se había escondido en cuclillas detrás de la barra con los brazos encima de la cabeza. A Casanova probablemente le pedirían un plus de peligrosidad después de hoy. En ese instante llegué a la conclusión de que podía vivir sin saber cuál era la aptitud especial de Dino.

—No. Quiero decir que realmente tenemos un problema —insistió.

Al escuchar el tono de voz de Casanova, me di la vuelta y vi que teníamos en la puerta a un mago enfurecido que nos apuntaba con una recortada.

Solté un suspiro.

—Hola, Pritkin.

—Decidle a vuestras arpias que se detengan o esta será una conversación muy breve.

Suspiré de nuevo. Pritkin tenía la capacidad de provocar ese efecto en mí.

—No son arpias. Son las Grayas, semidiosas de la Antigua Grecia. O algo así.

Pritkin puso su cara sarcástica. Era lo que sabía hacer mejor, además de matar cosas.

—Era de esperar que te pusieras del lado de los monstruos. Diles que se detengan.

Entre sus palabras se atisbaba un resquemor de ira que amenazaba con convertirse en algo peor en breve.

—No puedo.

Era la verdad, pero no me sorprendía que no me creyese. No podía recordar ninguna vez que Pritkin me hubiera creído nada de lo que le decía; en cierto modo hacía que me preguntara por qué se molestaba siquiera en hablarme. Por supuesto, la conversación no estaba a la cabeza de su lista de prioridades. Estaría en algún lugar después de arrastrarme de vuelta al Círculo Plateado, meterme en una mazmorra bien profunda y perder la llave.

En ese momento descubrí que el sonido de una recortada de doble cañón es atronador cuando se dispara en una habitación pequeña.

—Haz lo que dice, Cassie —intervino Casanova—. Este cuerpo me gusta tal cual es. Si le hacen un gran agujero, me molestará bastante.

—Claro, y eso es lo que realmente nos preocupa.

El comentario procedía del fantasma que acababa de colarse a través de la pared. Casanova pegó un manotazo en su dirección como si fuera una mosca pesada, pero falló el golpe.

—Creí que se suponía que los incubos eran agradables —protestó Billy apartándose.

Casanova no podía ver a Billy, pero sus sentidos demoníacos sí que podían oírlo, obviamente. Su hermosa frente dibujó una arruga de fastidio, pero no se dignó a responder. Y me alegraba de ello, porque significaba que Pritkin no podría estar seguro de que Billy estuviera allí.

Billy Joe es lo que queda de un tahúr irlandés americano devoto de las mujeres de mala vida, los chistes verdes y las trampas a las cartas. Fue por esto último por lo que lo mandaron al otro barrio a la tierna edad de veintinueve años. A un par de vaqueros no les había gustado su vago acento irlandés, su camisa de chorreras y el hecho de que las chicas del salón le estaban prestando un montón de atención. Pero lo que realmente colmó el vaso fue que ganara demasiadas manos a las cartas y que le acabaran pillando con un as en la manga. Justo después, a Billy lo metieron en el interior de un saco de pescador, lo que le permitió conocer bien el fondo del Misisipi.

Así debería haber terminado una vida pintoresca, a la par que breve. Pero el caso es que unas semanas antes, Billy había conseguido una serie de favores de una condesa (al menos él aseguraba que ella tenía un título) que se encontraba de visita en la zona, uno de los cuales era un horrible colgante de rubí que funcionaba como talismán. El colgante conseguía energía del mundo natural y se la transmitía a su propietario, o en este caso, al fantasma de su propietario. El espíritu de Billy pasó a residir en el colgante, que estuvo acumulando polvo hasta que di con él por casualidad buscando en una tienda de antigüedades un regalo para mi institutriz, que era bastante selecta. Desde siempre estaba acostumbrada a ver fantasmas, pero aun así no pude evitar cierta sorpresa por el regalo que se incluía con la compra.

Enseguida descubrimos que no solo era la primera persona en años que podía verlo a él, sino que también era la única propietaria del colgante que podía donar energía más allá del nivel de subsistencia habitual. Con donaciones regulares por mi parte, Billy era capaz de estar mucho más activo. A cambio, yo conseguía que me ayudase con mis múltiples problemas. Al menos, en teoría.

Su mirada se cruzó con la mía y se encogió de hombros.

—Este sitio tiene demasiadas entradas. No puedo vigilarlas todas.

Antes de continuar, lanzó una mirada detrás del mago.

—Su ayudante está con él —apostilló.

Billy estaba mirando a lo que parecía ser una estatua de arcilla del tamaño de un hombre. De hecho lo confundí con una la primera vez que lo vi, pero en realidad era un golem. Se supone que los habían inventado los rabinos de los que se hablaba en los versos sobre la magia de la cábala, pero hoy en día eran populares entre los magos de la guerra, que los usaban como asistentes (quizá porque resulta difícil hacer daño a algo que no tiene órganos internos).

Repasé las posibles estrategias, pero ninguna de mis defensas habituales parecía una buena idea. El pentáculo torcido que tenía tatuado en mi espalda es en realidad una protección que puede detener la mayoría de ataques mágicos. Fue el propio Círculo Plateado el que lo creó y había llegado a verlo hacer algunas cosas bastante sorprendentes. Pese a ello, no sabía si podría parar un asalto no mágico de ese calibre. Tampoco parecía que este fuera el mejor

momento de ponerlo a prueba.

También tenía un brazalete hecho de dagas entrelazadas que parecía que a Pritkin le gustaba aún menos que a mí. En una ocasión perteneció a un mago oscuro que lo había usado principalmente para destruir cosas. Aquel mago era maligno y yo sospechaba que sus joyas también lo eran, pero no parecía que pudiera deshacerme del brazalete. Había intentado enterrarlo, tirarlo por el retrete y arrojarlo a la basura, pero no había manera. Daba igual lo que hiciera, en cuanto volvía a mirar, ahí estaba de nuevo en mi muñeca, enterito, brillante y nuevo, lanzándome centelleos como si tal cosa. A veces era manejable y en general obedecía mis órdenes, pero nunca dejaba pasar una oportunidad de revivir los viejos tiempos. La última vez que nos encontramos con Pritkin, le lanzó por su cuenta dos puñales fantasmas que acabaron incrustados en su cuerpo. La mano en la que tenía el brazalete estaba bien guardada en mi bolsillo por el momento; no hacía falta ir a más.

Afortunadamente, tenía otra opción.

—Oye, Billy. ¿Crees que puedes poseer a un golem?

Los ojos de Pritkin no vacilaron, pero sus hombros sí que empezaron a temblar ligeramente.

—No he probado nunca.

Billy revoloteó mirando al golem sin mucho entusiasmo. No le gustaban las posesiones. Le chupaban la energía y a menudo no servían para nada. En lugar de eso, su truco favorito era colarse en el cuerpo de alguien, cogerle algún pensamiento extraviado que tuviera por ahí y dejarle uno o dos de los suyos propios. Sin embargo, algo así no iba a ayudarnos ahora.

—Supongo que sólo hay una manera de descubrirlo —murmuró.

En cuanto Billy se metió dentro de la cosa, me di cuenta de por qué los experimentos se realizan en situaciones bajo control. El golem empezó a dar vueltas a lo loco por el despacho de fuera, llevándose por delante los tientos y largando a las chicas a la habitación contigua entre gritos. Después cambió de rumbo y se estrelló contra Pritkin, al que acabó lanzando por los aires.

No sabía decir si fue deliberado, pero en cierto modo lo dudaba a juzgar por el modo en el que la criatura empezó a rebotar dentro de nuestro diminuto cubículo como si fuera una bola de *pinball* a la carrera. Poco antes de destrozar la mesa me llevó a mí por delante; lo que provocó que saliese trastabillada y acabara encima del mago. Empecé a gritarle a Billy que saliera de aquella cosa, pero la rodilla de Pritkin, que chocó con mi estómago cuando caí encima de él, me había dejado sin respiración. Seamos sinceros, es probable que mis tacones lo hubieran golpeado a él también en una parte sensible, pero fue totalmente accidental. Lo de su rodilla no creía que lo fuera.

Mientras me esforzaba por conseguir el suficiente aliento como para volver a decirle a Billy que saliera de allí, empecé a notar una sensación muy familiar y

extremadamente desagradable dentro de mí. Se supone que los viajes en el tiempo son algo que debe estar bajo el control de la pitia, y no al revés, pero alguien debería decirselo a mi poder. Sólo tuve tiempo de pensar: « Oh no, ahora no », antes de verme envuelta en esa zona fría y gris en medio del tiempo.

Después de mi pequeña caída libre, el suelo se precipitó y me golpeó en la cara. Cuando se me despejó la vista, identifiqué la superficie como una moqueta de estampado oriental rojo y negro que habían ajustado estrechamente sobre un suelo de madera muy dura. Durante un minuto de aturdimiento pensé que había acabado de nuevo en el bar, pero después me di cuenta de que tenía dos pares de pies delante de mí. No parecían pertenecer a turistas.

La mujer llevaba minúsculos tacones de seda negra con una serie de abalorios de azabache en el dedo gordo. Los abalorios combinaban con los que también había en su vestido negro de noche, cuyo dobladillo estaba a menos de medio metro de mi cara. La hilera de abalorios ascendía por el vestido hasta llegar a una cintura tan pequeña que resultaba imposible; después desaparecían, supuse que para no restar mérito a la fortuna en diamantes que llevaba puestos alrededor de su cuello delgado y engarzados en sus rizos dorados. Me quedé mirando a sus encantadores ojos azules, que se estrecharon con un gesto de disgusto al verme y rápidamente aparté la vista. No es una buena idea quedarse mirando a un vampiro a los ojos demasiado tiempo y no cabía duda de que ella lo era.

Intenté incorporarme a gatas y antes de que acabara de hacerlo me llevé otra sorpresa que casi me hace caer de nuevo. Solo Tony podía ser tan sádico como para obligar a sus camareras a llevar tacones de ocho centímetros; menos mal que una mano me sujetó para que no me cayera. Una mano muy familiar.

Como la mujer, su acompañante estaba obviamente vestido para algún evento nocturno, con un chaqué negro de cola de golondrina por encima de un chaleco de talle bajo, camisa blanca y pajarita blanca. Les habían sacado tanto brillo a sus zapatos que refulgían más que sus joyas, no por sencillas menos valiosas: gemelos de oro puro que combinaban con la horquilla que sujetaba su pelo en una coleta a la altura de la nuca. La discreción de los accesorios no me sorprendía: a Mircea nunca le habían gustado los fastos en la indumentaria. Lo que sí me llamó la atención fue esa sensación abrupta y desbordante de alegría que me inundó en cuanto nuestros ojos se entrecruzaron.

De repente me sentí impactada por esa belleza suya, masculina y pura. Le habían hecho con tanta gracilidad que contuve la respiración al contemplar ese conjunto de extremidades largas y líneas elegantes, como las de un bailarín o un corredor de fondo (o lo que era en realidad, un producto de sangre noble remontándose atrás varias generaciones). Sólo había una cosa que no encajaba en su retrato: la boca no tenía esa versión aristocrática de labios finos, sino la sensual de labios hermosamente esculpidos.

Quizá el almacén genético tenía más producto campesino del que la familia podría admitir; gente que no tendría los aires o la gracia de sus señores, pero que sabía reírse, bailar y beber con la pasión que los aristócratas habían olvidado. Se suponía que Drácula era el que había nacido del vientre de una ardiente gitana, pero a veces me asaltaba la duda de si los viejos rumores habían mezclado las cosas y, en lugar de ser así, era Mircea el que tenía sangre romaní por sus venas. Si era así, le sentaba bien.

Su mano estaba bajo mi codo con un tacto ligero e impersonal; pero, por alguna razón, me hacía sentir un hormigueo en todo el brazo. Traté de sentir el *geis* del que Casanova había estado hablando, pero no noté nada.

Si no hubiera sabido nada, habría podido jurar que no había ningún hechizo.

Vagamente me di cuenta de que mis manos habían comenzado a acariciar la espesa seda del chaleco de Mircea. Era de un color carmesí con dragones rojos bordados y parecía un poco llamativo para él, si bien el contraste de tonos hacía que los dibujos fueran casi invisibles, a no ser que la luz incidiese justamente sobre ellos. Los bordados, de un diseño hermoso e intrincado, tenían un tacto suave bajo las yemas de mis dedos. Hasta podía ver las minúsculas escamas de los dragones. Poco después, mis manos errantes descubrieron algo de más interés: el ligero despunte de sus pezones, que apenas se discernía bajo varias capas de tejido.

Las yemas de mis dedos los examinaron con delicadeza, mientras todo mi cuerpo vibraba de placer por aquella pequeña sensación. Estar cerca de Mircea no me adormecía la mente como me ocurrió cuando Casanova intentó seducirme. Me podría haber retirado; solo que no se me ocurría ninguna otra cosa que me apeteciese menos.

Mircea tampoco se iba a ningún sitio. Simplemente estaba allí de pie, con un aire de perplejidad, pero la mano que tenía en mi brazo empezó a empujarme con suavidad hacia él.

Acudí ansiosa, perdida en la admiración que me provocaba la manera en que la luz gaseosa reverberaba en su pelo y una energía vibrante de repente ascendió por mi brazo. Primero me golpeó en el hombro, después revoloteó hasta llegar a las yemas de mis dedos. Mircea se arqueó ligeramente al sentir cómo aquello le golpeaba, pero no se retiró. La sensación rebotó una y otra vez, envolviéndonos a los dos en un carrusel de sensaciones que provocó que se me erizara el vello del brazo y que se me tensara todo el cuerpo.

Sus ojos oscuros me examinaron tan lenta y concienzudamente como yo lo había inspeccionado a él. La sensación de esa mirada me hizo sentir escalofríos y Mircea arqueó ligeramente la ceja al ver mi reacción. Su mano se movió hacia la parte baja de mi espalda pero se topó con la dura terminación del corsé. Sus yemas se deslizaron hasta la curva de mis caderas y, al oprimirme contra él, sus dedos se hundieron en el fino satén de mis pantalones cortos.

Respiré hondo e intenté resistir las oleadas emocionales que pasaban por encima de mí, pero aquello no me hizo bien. Mircea no me ayudaba mucho tampoco, pues por entonces el dorso de sus dedos acariciaba delicadamente mi mejilla. Por sus pupilas atravesó un centelleo dorado, un color que sabía por experiencia que indicaba una emoción intensa. Cuando estaba enfadado o excitado de verdad, una luz mezcla de ámbar y canela ascendía vertiginosamente por sus ojos hasta inundarlos por completo, lo que les daba un brillo de otro mundo que a los demás les parecía aterrador, pero que yo siempre había encontrado hermoso.

Alguien se aclaró la garganta con un carraspeo áspero. La voz de Pritkin se dejó oír por encima de mi hombro.

—Mis más sinceras disculpas, señor, señora. Me temo que una de nuestras actrices no se encuentra bien. ¿Espero no haya causado ninguna molestia?

—En absoluto —replicó Mircea, por cuya voz parecía distraído, si bien no hizo ademán alguno de soltarme.

—Me la llevaré entre bastidores, allí podrá descansar.

Pritkin me puso la mano en el brazo para sacarme de allí, pero Mircea estrechó la suya sobre mi cadera. Los ojos empezaban a brillarle, las manchas de color verde y marrón claro habían desaparecido por completo ante el avance implacable del oro rojizo.

—La muchacha no tiene buen aspecto, conde Basarab —intervino la vampiresa, cogiéndolo por el brazo que le quedaba libre y reproduciendo así la postura que Pritkin había adoptado conmigo—. No la retengamos más.

Mircea la ignoró.

—¿Quién eres? —inquirió él.

Su acento era más fuerte de lo que yo jamás le había oído, y su tono de voz estaba repleto de la misma intriga que yo misma sentía.

Tragué saliva y meneé la cabeza. No había respuesta segura. No sabía ni donde estaba ni en qué época; si bien es verdad que, como la vampiresa llevaba un pequeño polisón bajo el vestido, estaba segura de que no me encontraba en ningún tiempo que me resultase familiar. Había muchas opciones de que ni siquiera hubiera nacido.

—Nadie —susurré.

La acompañante de Mircea soltó lo que en una persona menos elegante hubiera sido el equivalente a un resoplido.

—Nos vamos a perder la inauguración —protestó, tirándole de la manga.

Después de una pausa prolongada, Mircea acabó soltándome, si bien la energía invisible seguía estirándose entre nosotros como hilillos de chicle según retiraba la mano. Mircea dejó que su acompañante le guiase por el pasillo, pero miró hacia atrás varias veces con cara de confusión. La energía se arqueó entre nosotros, pero no llegó a romperse, como si hubiera un cordel invisible que nos

uniere en la distancia. Después, desaparecieron tras un pequeño pasaje abovedado rodeado de cortinas que iba a dar a algo que identifiqué vagamente como un palco de teatro.

En cuanto las cortinas de terciopelo rojo se cerraron a su paso, impidiéndome ver más, la conexión entre nosotros se rompió. Inmediatamente tuve una sensación de añoranza tan intensa que llegaba a doler. Me oprimía el estómago como si me estuvieran pegando puñetazos y me originó un dolor de cabeza que me machacaba detrás de los ojos. Apenas me di cuenta de que Pritkin me estaba llevando hacia el final del pasillo, hasta el punto en el que había unas escaleras ascendentes que, presumiblemente, conducían a otro grupo de palcos. Una orquesta empezó a sonar en algún sitio cerca de donde nos encontrábamos, lo que explicaba por qué no se veía más gente por allí. El espectáculo estaba a punto de comenzar.

Las escaleras estaban iluminadas por una serie de pequeños faroles que colgaban a lo largo de la pared y dejaban grandes partes de sombra entre unos y otros. Como escondite no era gran cosa, pero estaba demasiado preocupada como para que aquello me importase. Me temblaban las manos y el sudor había empezado a brotar en mi rostro. Me sentía como una drogadicta a la que le habían enseñado la aguja para después negarle el chute. Era horrible.

—¿Qué has hecho?

Pritkin se me quedó mirando, con el pelo corto y rubio arremolinado en mechones como si también el cabello estuviera enfadado. Su expresión era bastante fiera, pero ya la había visto antes. Y comparada con lo que acababa de pasar, era casi trivial.

—Estaba a punto de hacerte la misma pregunta —repliqué yo, masajeándome el cuello para intentar que mi cabeza se aclarase.

El otro brazo lo tenía alrededor de mi estómago, donde sentía como si me hubieran hecho un agujero a raíz de la ausencia de Mircea. Esto no podía estar pasando, no iba a dejar que pasara. No iba a pasar el resto de mi vida salivando por él como una adolescente con una estrella de rock ¡Yo no era ninguna *groupie*, joder!

Pritkin me meneó levemente y yo le miré sin inmutarme. En las pocas ocasiones en las que me había visto arrojada al pasado, el viaje se extendía por proximidad hacia una persona cuyo pasado se estaba viendo amenazado.

—He de decirte —confesé con franqueza— que si alguien está intentando alterar tu concepción o algo, no me siento precisamente con necesidad imperiosa de intervenir.

Su cara, normalmente rubicunda en cualquier caso, se encendió con un rojo aún más profundo.

—¡Devuélvenos a nuestro tiempo antes de que cambiemos algo! —bramó.

No me gustaba que me diesen órdenes, pero tenía razón en parte. Y el hecho

de que sentía una necesidad urgente de correr pasillo abajo y lanzarme a los brazos de Mircea era otra buena razón para salir de allí. Cerré los ojos y me concentré en el despacho de Casanova en el Dante; pero, aunque podía verlo con nitidez, no había ningún torbellino de poder que me lanzase de vuelta allí. Lo intenté de nuevo, pero supongo que me hacía falta recargar las pilas porque no pasaba nada.

—Puede que se produzca un pequeño retraso en este vuelo —musité algo marcada.

Mi cerebro se empezó a ver inundado por todo tipo de miedos. ¿Y si el ritual tenía un límite de tiempo que la pitia había olvidado mencionar? ¿Y si no podía volver a viajar en el tiempo porque el poder se había cansado de esperar a que cerrara el trato y había ido a parar a otra? Podía ser que estuviéramos atrapados en dondequiera que estuviéramos permanentemente.

—¿Qué cojones me estás contando? —rugió Pritkin—. ¡Devuélvenos inmediatamente!

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes? ¡Todo el tiempo que pasemos aquí es un peligro!

Pritkin me estaba meneando de nuevo y creo que estaba empezando a preocuparse, porque la voz se le había vuelto más áspera. Tampoco me daba pena; fuera lo que fuera lo que estuviese sintiendo, no tenía ni punto de comparación con mi estado de ánimo. ¿No tenía mi vida ya suficientes líos como para tener que hacerme cargo también de las responsabilidades de la pitia? ¿No podía quienquiera que estuviese moviendo los hilos de este espectáculo permitir que me ocupara de alguno de los problemas de mi lista personal antes de mandarme a resolver los de los demás? No era justo y mi paciencia estaba a punto de colmarse. Si se suponía que debía hacer algo, perfecto. Pero que me dijeran qué ahora mismo.

—Déjame que te lo explique —le dije a Pritkin zafándome de su sujeción—. No he sido yo la que nos ha traído aquí. Ni siquiera sé dónde estamos. Lo único que sé es que no puedo hacernos volver, bien porque el poder ha llegado a la conclusión de que ya no le gusta, o porque quiere que haga algo antes de marcharme.

Si hubiera tenido que apostar por algo, habría sido por lo segundo, porque no creía que aterrizar a los pies de Mircea hubiera sido un accidente.

Pritkin no tenía pinta de estar creyéndose lo que le decía, pero tampoco me importaba. Me aparté de él, intentando pensar en si Mircea había tenido alguna idea aprovechable, pero Pritkin me sujetó con su mano por la cintura como si fuera una abrazadera.

—Tú no te vas a ningún lado —musitó con voz lúgubre.

—Tengo que descubrir cuál es el problema y cómo solucionarlo, o ninguno de los dos va a ir a ninguna parte —espeté—. Así que, a no ser que sepas decirme

dónde estamos y por qué estamos aquí, no veo muchas más opciones que salir a explorar por ahí, ¿no crees?

—Estamos en Londres, a finales de 1888 o principios de 1889.

Arqueé la caja. No había visto ningún indicio que me permitiera acotar la búsqueda, aparte de la indumentaria de la mujer (el de Mircea era un atuendo formal estándar que podría proceder de cualquier periodo en un intervalo de tiempo muy amplio). Resultaba un poco desconcertante comprobar que Pritkin era todo un entendido en moda femenina. Así se lo hice saber y él me soltó un gruñido antes de lanzarme un papel a las manos.

—¡Aquí! Alguien tiró esto.

Aparté la vista de su perpetua mirada iracunda y examiné detenidamente el folleto negro y amarillo que me había dado. Mostraba a un hombre con la mirada clavada en tres brujas que se encontraban montaña arriba. En cierto modo me recordaban a las Grayas, sólo que tenían mejor pelo. Gracias a él pude saber que se trataba de un recuerdo de la función de Macbeth en el Teatro Liceo, que comenzó el 29 de diciembre de 1888.

—Vale, perfecto. Sabemos la fecha. Es un comienzo, pero no veo que nos lleve muy lejos —repuse, intentando marcharme de nuevo; pero él me detuvo, en esta ocasión con palabras.

—Cuanto más alimentos el *geis*, más fuerte se hará. Por no mencionar que las prostitutas de esta época llevan más ropa de la que tú tienes encima. No puedes ir a ninguna parte sin provocar un altercado.

—¿Cómo lo sabías?

Resultaba desconcertante enterarse de que había estado llevando el equivalente a una señal en mi espalda durante años. ¿Todos lo veían menos yo?

Pritkin encogió un solo hombro.

—Lo supe la primera vez que os vi juntos.

Reconsideré la situación y llegué a la conclusión de que merecía la pena echarle un tiento.

—¿Y supongo que no puedes hacer nada al respecto? Estamos en esto juntos, después de todo, y probablemente podría pensar con más nitidez si...

—Sólo Mircea puede eliminarlo —me interrumpió Pritkin, acabando con las pocas esperanzas que me quedaban—. Ni siquiera el mago que te lo echó en su nombre podría hacerlo sin su consentimiento. Lo mejor que puedes hacer ahora mismo es mantenerte alejada de él.

Yo fruncí el ceño. Era más o menos lo mismo que me había dicho Casanova, pero yo no me lo tragaba.

—No es que sepa mucho de magia, pero hasta yo sé que no existe ningún hechizo que no se pueda romper. ¡Tiene que haber alguna forma!

Pritkin no cambió en absoluto su gesto, pero un destello fugaz en sus ojos me permitió saber que no iba desencaminada.

—Tú sabes algo —inquirí acusadoramente.

Al principio pareció adoptar una postura evasiva, pero al final contestó. Supongo que pensó que las cosas irían más rápidas si me tenía contenta.

—Todos los *geasa* son diferentes, pero la mayoría tienen una cosa en común. Cada uno de ellos tiene en su interior una... una red de seguridad, si quieres llamarla así. Lo que Mircea tampoco quería era acabar saltando por los aires a causa de su propio artefacto, así que diseñó el *geis* con una escapatoria, por si algo salía mal.

—¿Y la escapatoria es?

—Sólo Mircea y el mago que lanzó el conjuro lo saben.

Me quedé mirándole, tratando de discernir si estaba mintiéndome. Sus palabras parecían decir la verdad, entonces ¿por qué tenía la sensación de que no me lo estaba contando todo? Quizá porque nadie lo había hecho nunca.

—Si estamos en 1888, Mircea no ha hecho nada aún. No hay *geis*. O no debería haberlo —añadí, ya que obviamente algo pasaba.

—Tienes la costumbre de meterte en situaciones sin precedentes —musitó Pritkin frunciéndome el ceño—. Nunca había oído hablar de unas circunstancias como estas. No sé que ocurrirá si vosotros dos pasáis algún tiempo juntos en esta época, pero tengo dudas de que te gustasen las consecuencias.

Pritkin se ajustó su abrigo largo para minimizar el efecto de los siniestros bultos que asomaban por debajo.

—Quédate aquí —prosiguió—. Voy a echar un vistazo a ver si hay algo que me llama la atención. He vivido en esta época y es más probable que repare en algo que pueda estar fuera de lugar que tú. Volveré enseguida y veremos qué opciones tenemos.

Dicho eso se marchó antes de que pudiera reaccionar y yo me quedé mirando estúpidamente como se iba. Los usuarios de magia viven más que las personas normales, es verdad, pero no tanto como para aparentar treinta y cinco cuando tienen un siglo más. Poco después de conocer a Pritkin supe que debajo de su apariencia había más cosas que las que mostraba, pero esto se estaba poniendo muy raro.

Me senté en uno de los escalones y me rodeé las rodillas con los brazos mientras me quedaba mirando un trozo de alfombra raída. Me estaba helando con aquel atuendo mínimo y los cuernos estaban añadiendo más presión a mi dolor de cabeza. Me los quité y mi mirada pasó a quedarse perdida en ellos. El brillo dorado empezaba a desconcharse y dejaba entrever la gruesa espuma blanca del interior. Me sentía un poco mal por aquello. Suponiendo que consiguiésemos volver a nuestro tiempo, la chica a la que había robado el vestuario iba a tener que comprarse uno nuevo. Por supuesto, si no regresábamos, necesitaría comprarse un conjunto entero.

Me di cuenta de que la escalera se estaba volviendo cada vez más fría, pero

no me preocupé mucho hasta que, de repente, una mujer apareció delante de mí. Estaba envuelta en un largo vestido azul y parecía tan sólida como cualquier persona normal, pero inmediatamente supe que era un fantasma. Me di cuenta no tanto por mi gran instinto para lo paranormal, sino por el hecho de que llevaba bajo el brazo una cabeza degollada. La cabeza, que tenía una barba estilo Van Dyck que combinaba con su pelo marrón oscuro, tenía unos ojos color azul claro que se habían quedado clavados en mí.

—¡Mucho mejor que Fausto! —exclamó, volviendo la vista a su portadora.

La mujer me miraba sin ninguna expresión en concreto; pero, cuando comenzó a hablar, no pareció muy contenta.

—¿Por qué nos molestas?

Suspiré todo lo hondo que pude con aquel condenado corsé partiéndome en dos. Justo lo que me hacía falta, un fantasma encabronado. Sólo podía dar gracias por no haber acabado convirtiéndome yo también en un espíritu, porque en ese caso si que habría tenido más razones para preocuparme. Ya había viajado en el tiempo sin mi cuerpo, apareciendo en otra época como espíritu o poseyendo a alguien, y ambos casos conllevaron más problemas que intentar mantener el tipo con un disfraz incómodo durante un rato.

Abandonar mi cuerpo implicaba correr un riesgo mortal, a no ser que encontrase otro espíritu que pudiese cuidar de él mientras yo estaba fuera. Como el único que solía estar disponible era Billy Joe, es algo que intentaba evitar. Sobre todo en Las Vegas, donde están tan a mano todos sus vicios favoritos. El otro inconveniente es que viajar en forma de espíritu me absorbe la energía demasiado rápido como para permitirme hacer gran cosa a no ser que posea a alguien de quien pueda recobrar energía. Sin embargo, no me gusta ni siquiera beber de la misma taza que nadie, así que mucho menos usar el cuerpo de otros.

Después de convertirme en la heredera de la pitia, adquirí la habilidad de poder transportarme en el tiempo con mi propio cuerpo, si bien eso también tiene un inconveniente. Una vez poseí el cuerpo de una mujer que acabó herida mientras yo estaba dentro (casi le cortan un dedo del pie), pero cuando regresé a mi cuerpo yo no tenía ningún daño. Sin embargo, si ahora me pasaba algo me lo quedaba para mí. La parte buena de mi situación actual era que los fantasmas no tienen demasiado poder sobre los vivos. Pueden engullir a otros espíritus en determinadas circunstancias, pero si atacaban a una persona viva normalmente perdían más poder del que ganaban. Con todo, no había razón alguna para provocarla.

—Me iré pronto —comenté, deseando que fuera cierto—. Tengo que hacer un recado y después me largaré.

—¿Entonces no formas parte del espectáculo? —preguntó la cabeza, con decepción.

—Sólo estoy de visita —repose rápidamente, porque los ojos de la mujer

habían empezado a brillar. Esa no es una buena señal en un fantasma (significa que están invocando de verdad su poder, lo cual normalmente sucede segundos antes de dejar que lo pruebes)—. De verdad que me quiero ir, pero todavía no puedo. Esperemos que no tarde mucho.

—La otra dijo lo mismo —recitó, mientras su pelo oscuro empezaba a agitarse alrededor de su cara según crecía su poder—. Pero después de echarle veneno en el vino, no se marchó. Ahora tú estás aquí. Esto tiene que acabar.

—¿La otra? —salté, porque no me gustaba nada cómo sonaba aquello—. La única persona que traje conmigo es un hombre. Quizá lo hayáis visto. ¿Metro setenta más o menos, rubio, vestido como *Terminator*? Perdón —me disculpé al ver que la frente se le arrugaba ligeramente—. Quiero decir que lleva un abrigo largo con un montón de armas debajo. Está a punto de volver y cuando llegue solucionaremos esto.

—No es el mago el que nos preocupa —aseveró el fantasma de la mujer—. Tú y la otra mujer sois la amenaza. Tenéis que marcharos.

—La señora es un poco territorial, me temo —intervino la cabeza, que parecía entender mi situación—. Llevamos aquí bastante tiempo, ya sabes. Esta tierra perteneció a mi familia desde mucho antes de que construyeran un teatro sobre ella y es nuestro sustento —explicó, lanzándome una mirada maliciosa—. Hoy en día esto es más divertido. Los malditos parlamentaristas cerraron todos los teatros, pubs, casas de putas y en general todo lo que no fuese una iglesia. ¡Si hasta prohibieron que hubiera deportes los domingos! Por suerte fueron tan amables como para cortarme la cabeza antes de hacerme pasar por algo así. Pero al final salimos victoriosos, ¿no?

—Ajá —farfullé.

Apenas le estaba escuchando. Todos los fantasmas con los que me encontraba querían contarme la historia de su vida y si no hubiera aprendido a asentir y sonreír mientras pensaba en otras cosas, me habría vuelto loca hace tiempo. Además, tenía mucho sobre lo que reflexionar.

De lo poco que había conseguido descubrir sobre mi puesto, casi todo a través de rumores que Billy Joe había escuchado a hurtadillas, la cosa estaba más o menos así: si alguien de mi propio tiempo estaba armando jaleo con el curso del tiempo, la pelota estaba en mi tejado. Era un problema mío, y tenía que solucionarlo yo. Sin embargo, si era alguien de otra época el que estaba intentando interferir, era un asunto de la pitia que hubiese en el tiempo de aquella persona. Si aquello era así, la interferencia que me había llevado hasta allí tenía que proceder de mi propia época. Pero la única persona que conocía que pudiese saltar entre un siglo y otro no estaba en posición de poder hacerlo. Billy lo había contrastado con alguno de sus contactos fantasmas y me había asegurado que las heridas que le había causado al espíritu de Myra se tenían que haber manifestado como lesiones físicas en cuanto regresase a su cuerpo, y no era posible que se

hubiese podido recuperar de algo así en una semana.

Sin embargo, si la mujer que habían mencionado los fantasmas no era Myra, sólo podía ser otra pitia. Quizá mi poder había llegado a un estado de confusión o tal vez se me hubiera invocado como refuerzo para solventar algún problema difícil. Como no sabía cómo funcionaba todo este rollo, cualquier cosa era posible. Si podía dar con ella, podría pedirle que mostrase un poco de cortesía profesional y que nos devolviese a Pritkin y a mí a nuestra época.

—¿Puedes llevarme hasta esa otra mujer? Quizá pueda convencerla para que se marche y para que me mande a casa a mí también.

La mujer parecía recelar, pero la cabeza tenía pinta de estar contenta de poder ayudar.

—¡Claro que podemos! No está lejos —parloteó alegremente—. Está en uno de los palcos de más atrás.

El entusiasmo del hombre pareció ayudar a que la mujer se decidiese y esta acabó asintiendo bruscamente.

—Rápido, entonces.

Los fantasmas me siguieron escaleras abajo y tuvieron la amabilidad de no pasar a través de mí para después indicarme el camino hacia el palco que estaba al lado del de Mircea. Aparté las cortinas y me metí en su interior, pero estaba vacío. Sobre el escenario había una mujer vestida con un traje medieval verde de enormes mangas a listas rojas que gesticulaba con gran teatralidad. Apenas reparé en ella. Mis ojos estaban fijos en Mircea, que no parecía concentrado en la actriz, sino en el recargado marco color oro que envolvía el escenario, con la mirada fija de quien no está muy atento. A mí me pasaba lo mismo. Con mirarle una sola vez todo lo demás me parecía de repente irrelevante. Me habían hechizado otras veces, pero nunca me había sentido como ahora. Después de haberme enterado de que todo era falso, la verdad es que no me importaba en absoluto. Ni siquiera sabiendo que aquello se debía a un *geis*, seguía pareciendo increíblemente real. Podía odiar que me hubiera hecho esto a mí, pero no podía odiarle a él. El mero hecho de pensarlo se me antojaba absurdo.

—Ahí. —La mujer fantasma señaló con un dedo delante de mi cara—. Acaban de echarle el vino.

Lo que estaba señalando era una bandeja con una botella y varios vasos que reposaban en una pequeña mesa detrás de los asientos que ocupaban Mircea y la rubia.

—¿De qué estás hablando? —hice esfuerzos para mirar a la mujer fantasma en lugar de a Mircea y una especie de pensamiento racional volvió hacia mí—. ¿Me estás diciendo que esa botella está envenenada?

—Ella dijo que se quedaría hasta que se consumiera la botella, pero quizá su poder era insuficiente.

Por primera vez la mujer fantasma parecía contenta. Casi podía oír su

pensamiento: « Ya cayó una, sólo queda otra ».

La ignoré, pues el pánico que me producía la idea de que le pudiera pasar algo a Mircea era tan desbordante que apenas podía soportarlo. Salí corriendo del palco y me choqué con Pritkin, que estaba allí de pie con cara de pocos amigos.

Menos mal que nos sujetó, porque si no los dos habríamos acabado besando el suelo.

—¡Déjame! —vociferé mientras trataba de zafarme de sus manos, que me agarraban la parte superior de mis brazos hasta hacerme sentir dolor—. ¡Tengo que entrar ahí!

—Te dije que te quedaras lejos de él. ¿Quieres acabar completamente loca por él?

—Vale, pues entonces hazlo tú —repuse yo.

Quizá tenía razón en lo que decía. Si quería entrar en ese palco no era precisamente porque fuera una buena idea.

—Hay una botella de vino ahí dentro, y puede que esté envenenada —le expliqué—. ¡Tienes que hacerte con ella!

No tenía ni idea de si el veneno podía matar a un vampiro, pero tampoco quería descubrirlo ahora.

Pritkin me lanzó su mirada habitual durante un segundo, después su rostro cambió de gesto y me di cuenta de que teníamos problemas.

—Si hago esto, ¿juras hablar conmigo todo el tiempo que desee sin dar saltos en el tiempo, intentar matarme o lanzarme algún conjuro, maldición o cualquier otro impedimento que se te ocurra poner en mi camino?

Mis ojos parpadearon sin dejar de mirarle.

—¿Quieres hablar?

Nunca hablábamos. Apuñalarnos, dispararnos e intentar hacernos saltar por los aires el uno al otro, eso sí, pero hablar nunca.

—¿Sobre qué? —pregunté llena de nervios, pero Pritkin se limitó a lanzarme una sonrisa maliciosa. Me tenía entre la espada y la pared y lo sabía—. Vale, da igual. Hablaremos todo el tiempo que quieras siempre que des tu palabra de que no vas a intentar matarme, apresarme o llevarme a rastras ante el Círculo... o ante nadie más. Y tampoco tendrás un tiempo indefinido. Una hora, lo tomas o lo dejas.

—Trato hecho.

En su favor hay que decir que no perdió más tiempo una vez que sellamos el trato, se limitó a soltarme y a desaparecer tras las cortinas. Durante varios minutos esperé ansiosa, pero no pasó nada. Al final no pude aguantar más y me metí en el palco vacío para ver qué pasaba. Nada bueno.

Sobre el escenario, un Macbeth huesudo al que le colgaba el bigote estaba empezando el monólogo de la daga flotante, mientras en el palco Pritkin tenía una daga de verdad en el cuello, por cortesía de la rubia. Mircea estaba de pie

ocultando a la rubia de las miradas del público, pero mi palco estaba más cerca del escenario y yo les veía con nitidez.

Antes de que se me ocurriera nada para ayudar a Pritkin, las cosas empeoraron cuando Mircea empezó a abrir la botella. Tenía los ojos puestos sobre el mago y esbozaba una ligera sonrisa en los labios. No me gustaba esa mirada. Mircea siempre había defendido a ultranza que el castigo debía ser acorde al delito. Si había llegado a la conclusión de que Pritkin estaba intentando envenenarles, era totalmente capaz de obligar a que el mago se tragara por completo el contenido de la botella y esperar a ver qué pasaba.

Normalmente, Pritkin habría sido capaz de salir de una cosa así por su cuenta, pero en ese momento intentaba no llamar la atención sobre lo que estaba pasando. A mí me parecía encomiable su empeño en mantener a rajatabla lo de la integridad del curso temporal, pero acabar muerto a cuenta de ello parecía un poco extremo. Yo era la pitia, al menos temporalmente, y no estaba dispuesta a llegar tan lejos. En condiciones normales la muerte de Pritkin no me quitaría el sueño, pero si se había metido en ese palco era porque yo se lo había pedido. Si moría, sería en parte culpa mía.

Solté un suspiro y levanté la muñeca. Una daga que brillaba ligeramente saltó de mi brazaletes para quedarse flotando junto a mi brazo. Parecía bastante animada ante la perspectiva de una pelea, pero no estaba segura de que fuese a ser un gran plan. Entre otras cosas, tenía la sensación de que igual le parecía mejor apuñalar a Pritkin en lugar de destrozar la botella. Todavía tenían cuentas pendientes y, hasta donde yo sabía, todavía no habían luchado en el mismo bando.

—Limitate a destruir sólo la botella —le advertí sin rodeos—. No ataques al mago, y a sabes cómo se pone. Lo digo en serio.

Antes de despegar, la daga se balanceó ligeramente a modo de respuesta y yo deseé con todas mis fuerzas que eso quisiera decir que estaba de acuerdo con lo que le había dicho. Acto seguido sobrevoló la galería y se fue directo hacia la botella, que Mircea había levantado ya para ponerla a la altura de los labios de Pritkin. Después reventó el grueso cristal de la botella con facilidad, lo que provocó que el vino tinto se derramase por completo sobre el abrigo del mago y acabara salpicando la camisa de Mircea, que hasta ese momento lucía un blanco prístino. Mircea empezó a dar vueltas con el cuello de la botella aún en la mano y acabó viéndome. Abrió la boca como si fuera a decir algo, después se detuvo y simplemente se quedó allí quieto, con aire confundido.

Por desgracia, mi cuchillo no siguió su ejemplo y decidió sobrereactuar un poco. Sobre el escenario, Macbeth se preguntaba si era una daga lo que tenía ante sus ojos. Mi cuchillo centelleante y luminiscente se contoneó por encima de la multitud asombrada, provocando carraspeos y hasta algún que otro grito para finalmente detenerse delante de la cara perpleja del actor. Se balanceó arriba y

abajo durante un minuto, como si estuviese haciendo una reverencia, y después volvió volando hacia donde me encontraba yo. Entonces el público prorrumpió en un aplauso atronador que inundó todo el teatro y dejó en un segundo plano el resto del monólogo del actor.

En cuanto la estrella de la fiesta volvió a fundirse en mi brazaletes, sentí que me invadía una sensación de desorientación que indicaba que estaba a punto de producirse un salto temporal.

—¡Cógeme de la mano, rápido! —le grité a Pritkin—. Vamos a despegar en cualquier momento.

Pritkin se había aprovechado del momento de distracción para zafarse de la rubia. La mujer se interponía entre Pritkin y la salida, pero él consiguió sortear el problema catapultándose sobre un asiento vacío y lanzándose al espacio que había entre palcos. Estuvo a punto de resbalarse cuando se encontraba en el borde, pero conseguí agarrarle la mano para impedirlo. Al minuto siguiente, estábamos una vez más en la espiral del tiempo.

Aterrizamos el uno sobre el otro sobre un suelo de baldosas blancas y algo hizo *plaf* al caer justo delante de mis narices. Mis ojos miraron fijamente para intentar identificar aquel objeto color rosa palo. En cuanto me di cuenta de lo que era pegué un grito y retrocedí, desequilibrando a Pritkin por el camino. Una mano encorvada del color y la textura de la piedra vieja cogió el objeto ofensivo y lo volvió a poner sobre una bandeja de plata.

—No se admiten huéspedes —se me informó en un tono grave como el de un barítono.

No articulé respuesta alguna, estaba demasiado ocupada observando la bandeja de dedos amputados que el propietario de la voz sujetaba entre sus garras largas y curvadas. Debería haberme preocupado más por la cara gris verdosa, como piedra enmohecida, que me escrutaba por encima de la bandeja. Tenía una herida profunda que le recorría desde la sien hasta el cuello y su único ojo, un globo estrecho y amarillo, pugnaba con dos cuernos negros en espiral por un poco de espacio en la frente, lo cual no es algo que se vea todos los días. Sin embargo, podía apartar mi atención de los dedos amputados.

Tenía que haber veinte o más, todos ellos dedos índice hasta donde podía ver, y estaban intercalados con trozos de pan. Les habían retirado la corteza y después habían envuelto cuidadosamente cada uno de ellos con un trozo de lechuga romana. *Sándwiches de dedo*, apuntó una parte de mi cerebro. Me quedé bloqueada, a medio camino entre las arcadas y el ataque de histeria.

Miré a mi alrededor y pude identificar una cocina bulliciosa. Había otro ente con un color también parecido al de las piedras, aunque en esta ocasión lucía refulgentes ojos verdes y alas de murciélago, sentado en un taburete cercano, amasando algo dentro de unos pequeños moldes con la forma de un dedo. Mi cerebro, aún paralizado, acabó por despertar lo suficiente como para reconocer el olor.

—Oh, gracias a Dios —suspiré aliviada apoyándome sobre Pritkin—. ¡Es paté!

—¿Dónde estamos? —preguntó, ayudándome a incorporarme de nuevo.

Tenía dificultades para mantenerme en pie, tanto porque en algún momento había perdido un zapato como porque algo gris y más grande me pasó por

encima golpeándome al menear la cola. Iba vestido con la indumentaria de lino blanca y almidonada del chef, completada con un pequeño pañuelo rojo y un sombrero alto. En el pecho de la casaca había un escudo que me era muy familiar grabado en rojo brillante, amarillo y negro: los colores de Tony.

—En el Dante —respondí.

Cuando Pritkin se cayó encima de mí en el teatro, mi capacidad de concentración debió de tambalearse. Habíamos acabado desviándonos un poco.

—¿Estás segura de que esto es el casino? —insistió Pritkin sin dejar de mirar una bandeja cercana que contenía rábanos pelados parcialmente para que tuviesen el aspecto de ojos humanos. En lugar de pupilas, tenían aceitunas, y casi parecía que los pimientos nos miraban con rabia. Miré más detenidamente el escudo, que adornaba todos y cada uno de los uniformes que estaban a la vista, además de estar presente también encima del conjunto de puertas giratorias que atravesaba la sala. Me resultaba muy familiar.

Antonio Gallina había nacido en una familia de granjeros de pollos de los alrededores de Florencia más o menos en la época en la que Miguel Ángel se estaba ganando el respeto de los antiguos Medici. Unos doscientos años después, cuando el rey inglés Carlos I comprobó que su fortuna no permitía costear su obsesión por el arte y empezó a vender títulos nobiliarios, el hijo ilegítimo del granjero convertido en maestro vampiro había conseguido amasar dinero más que suficiente como para comprarse una baronía.

Personalmente creía que los heraldos, los hombres que le habían diseñado el escudo de armas a Tony, se habían tirado un poquito más tiempo de la cuenta en el bar la noche antes. Supongo que podía haber sido peor, como pasó con el pobre boticario francés al que le pusieron tres orinales de plata en el emblema; pero la gallina amarilla que le habían plantado cómicamente a Tony en el medio del escudo era ya bastante horrible. Se suponía que era un juego de palabras con su apellido, pero lo cierto es que aquel pájaro gordo tenía un misterioso parecido con su propietario.

—Bastante segura —respondí.

Le habría dado una contestación más elaborada, pero justo entonces una de las criaturas que estaban cocinando, un espécimen diminuto que llevaba una redcilla en la cabeza que le cubría sus largas y flexibles orejas de burro, pasó corriendo a toda prisa; Me pegó un pisotón con sus pezuñas en el pie que llevaba descalzo, lo que me hizo gesticular de dolor y retroceder. Todo ello acabó con Pritkin estampado contra un carrito repleto de compartimentos en los que se guardaban bandejas con pequeños calderos negros.

—¿Qué son esas cosas? —pregunté.

Me quité el zapato que me quedaba para evitar romperme el cuello en caso de que tuviéramos que salir corriendo. Seguí observando a la criatura que teníamos delante, pero no parecía abiertamente hostil, a pesar de su aspecto. Lo

único que estaba haciendo para respaldar su petición era señalar enérgicamente a las puertas abatibles con una cuchara.

—Tarta al ron —vociferó un minúsculo chef que pasaba por allí.

Sólo llevaba la parte de arriba de la indumentaria habitual de casaca y pantalón, que en este caso iba barriendo el suelo. Debajo de ella sobresalía una cola larga, como de lagartija.

Se parecía a la mayor parte de criaturas que había en la habitación, que en su mayoría tenían alas de murciélago, garras en vez de manos y colas largas; pero el parecido acababa ahí. Sus cabezas se movían por un extenso rango entre aves y reptiles, unas pocas con pelo aquí y allá. Algunas tenían cuernos y otras, orejas colgantes, y su altura variaba desde los sesenta centímetros hasta los que eran lo suficientemente altos como para mirarme a la altura del pecho. Sus ojos diferían en color y tamaño, pero todos ellos parecían brillar como si los iluminase por dentro una bombilla de alta intensidad. Era enervante, sobre todo porque me recordaban a algo, y no sabía muy bien qué era.

—Gárgolas —farfulló Pritkin mientras salíamos trastabillados por las puertas abatibles hacia un pequeño vestíbulo. Estaba repleto de armamento medieval y armaduras cubiertas de telarañas, amén de escasamente iluminado por antorchas flameantes (de pega, por supuesto). Las protecciones del Dante eran mínimas en las plantas de arriba, así que la electricidad funcionaba bien, excepción hecha de los chisporroteos ocasionales. Habría resultado difícil conseguir burlar los códigos de fuego con antorchas reales.

Me quedé quieta y miré al mago, que observaba a su alrededor como si esperase que alguien fuese a saltar sobre él en cualquier momento. Sería realmente estupendo si el universo pudiera dejar de tirarme criaturas sacadas de fábulas, mitos y pesadillas.

—¡Las gárgolas no existen! —protesté al mismo tiempo que dos pequeños monstruos aparecían con carrito por la puerta y empezaban a arrastrarlo vestíbulo abajo. El suelo, pintado de tal forma que pareciese piedra envejecida, estaba cubierto con una franja de felpa vieja y marrón que apenas superaba el medio metro de ancho y que estaba colocada justo en el centro. No servía mucho como elemento decorativo y amenazaba con provocar el descarrilamiento del carrito en cuanto una de las ruedas se topase con ella.

—No son más que canalones decorativos —insistí, aunque mis ojos me indicaban lo contrario—. Todo el mundo lo sabe.

—¿Cómo puedes haber vivido tanto tiempo en nuestro mundo y saber tan poco de él? —inquirió Pritkin—. ¡Pero si te criaste en una corte de vampiros!

Por aquel entonces, los pequeños monstruos habían atravesado el pasillo y se habían detenido delante de un ascensor. Uno de ellos pulsó el botón de llamada con el extremo de una cola puntiaguda. Tenía cara de perro y cuerpo de murciélago, mientras que su acompañante estaba cubierto de escamas grisáceas

y tenía una lengua de más de medio metro que no paraba de babear.

—Lo más raro de nuestro cocinero en Philly —le confesé a Pritkin aturdida— era que se había quedado casi completamente sordo después de años de escuchar *heavy metal* a todo trapo. Pero era humano. Bueno —rectifiqué un momento después—, lo fue hasta aquella vez que Tony le prometió *fettuccine* Alfredo a un huésped importante y el cocinero le entendió que quería beicon, lechuga y tomate... En cualquier caso, ¿no deberían estar decorando alguna catedral?

—Las criaturas de las catedrales no son gárgolas, son grutescos —replicó pedantemente mientras se movía en dirección al carrito.

—¡Basta! ¡Ya sabes qué quiero decir! ¿Por qué están ahí?

—Alienígenas ilegales —repuso escuetamente—. Mano de obra barata.

Me quedé mirándole con suspicacia, pero si el mago estaba bromeando y yo no atisé ningún indicio de ello.

—¿Alienígenas? ¿De dónde?

—Del Reino de la Fantasía —contestó con ese tono hosco de cuando está molesto, lo cual parecía ser la mayoría del tiempo, al menos cuando estaba conmigo—. Llevan siglos viniendo a nuestro mundo. Sin embargo, recientemente el número se ha incrementado mucho porque los duendes de la luz les han estado poniendo las cosas difíciles a los oscuros, entre los que las criaturas que llamamos gárgolas están contadas. Los magos que se ocupan de los asuntos de los duendes se han venido quejando del número de llegadas sin autorización que hemos estado recibiendo a consecuencia de eso.

—¿Entonces vienen aquí y se encargan del servicio de habitaciones?

El ascensor llegó a la planta y las gárgolas empujaron su carrito repleto hacia el interior, ignorando a los humanos que merodeaban por allí.

—Normalmente se les empleaba como guardianes de templos en el mundo antiguo y de edificios mágicos en los últimos siglos. Pero los avances en materia de protección han hecho decrecer la demanda de ese tipo de cosas. Al contrario que los duendes de la luz, no se pueden hacer pasar por humanos, así que se les restringe la entrada —frunció el ceño—. Su entrada legal —agregó.

—Supongo que aquí más o menos se confunden con el entorno —apunté yo, aunque Pritkin no estaba escuchando. Se había puesto de cuclillas y estaba mirando a la vuelta de una esquina con tanta precaución que parecía que esperase encontrar un ejército al otro lado.

—Quédate aquí —ordenó—. Voy a inspeccionar la zona. Cuando vuelva, tendremos la charla que me prometiste; si no, la próxima vez que nos veamos no será tan agradable.

—¿Agradable? ¿Qué extraña definición de esa palabra estás...?

Dejé de hablar porque ya se había marchado, desapareciendo a la vuelta de la esquina y fundiéndose con las sombras como si fuera un personaje de videojuego. El tipo estaba de la olla, obviamente; pero yo había prometido

escuchar lo que me tuviera que contar. Y si había alguna oportunidad de sellar un acuerdo para que tanto él como su Círculo dejaran de seguir mis pasos, quería aprovecharla.

No creí que volver a la cocina fuese una buena idea, así que me quedé esperando en el vestíbulo. Las armaduras estaban intercaladas con tapices horrorosos y el más cercano a donde estaba yo mostraba un Cíclope abriéndose paso entre un ejército humano y comiéndose a sus integrantes, con un soldado a cada mano y un brazo asomando por su boca llena de sangre. Llegué a la conclusión de que era mejor que me concentrara en la armadura.

Aquello resultó ser más divertido de lo que me esperaba. Las armaduras se asentaban sobre plataformas de madera individuales que tenían placas de latón, cada una de ellas con una inscripción en latín. Tuve que aprender latín de pequeña gracias a la idea que tenía mi institutriz de lo que constituía una educación adecuada, pero la única vez que lo utilicé fuera de clase fue cuando Laura, una amiga fantasma, y yo decidimos divertirnos pensando lemas para Tony. El que más le gustaba a ella era *Nunquam reliquiae redire: carpe omnem impremis* (Nunca vuelvas a por el segundo: quédatelo todo a la primera). Yo prefería *Mundus vult decipi* (Cada minuto nace un idiota), pero al final nos quedamos con *Revelare pecunia!* (¡Enséñame el dinero!) porque encajaba mejor en el escudo. Mi latín estaba algo oxidado, pero no tardé mucho en descubrir que, como en nuestras intenciones, las inscripciones del Dante no eran tan serias como parecían.

*Prehende uxorem meam, sis!* (¡Quédese con mi mujer, por favor!), imploraba la inscripción del caballero que estaba más cerca de mí. Sonreí abiertamente y continué bajando por la sala, traduciendo según me movía. Algunas de las más divertidas eran *Certe, toto, sentio nos in kansate non iam adesse* (En verdad, Toto, me da la sensación de que ya no estamos en Kansas), *Elvem vivere* (Elvis vive), y *Estne volumen in amiculum, an solum tibi libet me videre?* (¿Lleva un pergamino bajo la capa o es que se alegra de verme?).

Estaba de cuclillas delante de un caballero, más o menos hacia la mitad del vestíbulo, intentando pillar el chiste, cuando Pritkin apareció por la esquina corriendo a toda pastilla. Sabía que había algún problema antes de que abriera la boca: el hecho de que le persiguiera un pelotón de armas flotantes me lo dio a entender.

—¡Levanta! —vociferó justo cuando una de las armas flotantes, un cuchillo lo suficientemente largo como para poder ser considerado espada corta, le asestó un viaje.

Si no lo hubiera esquivado en el último segundo, le habría rebanado la cabeza. Lo que no pudo evitar fue un medio tajo en la oreja, de la que empezó a manar un chorro de sangre roja y brillante.

Admito que por un momento me limité a quedarme allí de pie. En mi defensa diré que la última vez que había visto a Pritkin rodeado de armas que levitaban eran las suyas propias. Antes de que pudiera plantearme por qué le estaba atacando su cuchillo, otras dos figuras doblaron la esquina. Les identifiqué como los magos que se habían estado enfrentando antes a Enio en el garito de Casanova.

—¿No están contigo? —pregunté estúpidamente.

Pritkin ni se molestó en responder.

—¡Sácanos de aquí! —bramó, agitando un brazo como un mal bailarín en una pista de discoteca.

Los otros magos se pararon de repente. No supe por qué hasta que mi mano extendida se topó con un muro de energía muy tangible. Los escudos de Pritkin brillaban a nuestro alrededor, ligeramente azules y ondulantes por la luz centelleante que procedía de una antorcha cercana.

—¡Ya! —insistió.

—Entrérganos a la bruja, Pritkin —exigió uno de los magos.

Era alto, con una nuez prominente, piel pálida y una voz retumbante que no encajaba en esa figura huesuda

—No merece tanto esfuerzo —añadió el mago.

—Tendrá un juicio justo —agregó el mago afroamericano, más voluminoso, que estaba a su lado, si bien la mirada que me estaba dedicando no era precisamente amistosa—. Entrérganosla voluntariamente ahora que puedes.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

La única respuesta que obtuve fue la de una cosa grande que pasó zumbando por delante de mi cara, a un milímetro de mi nariz. Salté hacia atrás pegando un grito y vi como una maza colisionaba con una armadura cercana. Tuve suerte, porque aquel montón de metal viejo estuvo a punto de clavarme la espada en toda la cabeza. La maza golpeó a aquella cosa en el pecho y le dejó una buena abolladura que le hizo tambalearse contra un tapiz.

Miré a mi alrededor presa de los nervios, sin comprender qué estaba ocurriendo. La maza había atravesado los escudos de Pritkin como si no estuvieran allí. Más preocupante aún era el hecho de que los magos no habían lanzado aquella cosa, procedía de algún sitio a nuestras espaldas, pero no había nadie detrás. A uno de los caballeros le faltaba su arma, pero no había nadie por allí que pareciera haberla lanzado.

Un sonido metálico me hizo volver la cabeza y, por un segundo, pensé que los magos estaban atacando. Sin embargo, aunque su gesto parecía aún más severo, yo ya no era su foco de atención. Sus ojos y armas apuntaban a la armadura dañada. En lugar de caer sin más, parecía que intentaba encontrar una salida por el tapiz. Una vez que se quitó todo el material pesado, empezó a buscar su espada, que había salido despedida por el impacto de la maza. Sin embargo, Pritkin

consiguió hacerse con el arma primero y, a pesar de que era tan alta como él, la blandió amenazante, apuntando a la criatura.

El caballero no parecía desconcertado. Se enderezó, arrancó un escudo de la pared y lo mandó volando hacia nosotros como si fuera un *frisbee* de cincuenta kilos. Pritkin se tiró encima de mí, lo que nos hizo empotrarnos contra la pared justo en el momento en el que el pesado círculo de hierro cortaba el aire en el que habíamos estado segundos antes. Acabó estampándose contra una vidriera de colores que había al final de la sala, lo que hizo estallar una lluvia de fragmentos multicolores alrededor de la escalera trasera.

No había tenido tiempo siquiera de recuperar la respiración cuando Pritkin se arrojó al suelo y me colocó bruscamente a su lado, empujándome la cabeza tanto que pude experimentar en mis propias carnes lo dura que puede llegar a estar la piedra falsa. Con todo, no me quejé porque al instante noté cómo se me ondulaba el pelo al paso de otro escudo por encima de nuestras cabezas. Al final acabó descañando la pared que había en el otro extremo de la habitación y quedó encajado a medio camino entre la escayola y las losetas de piedra.

Los dos magos de la guerra debían haber estado haciendo algo que llamó la atención de la armadura, porque la antigua reliquia empezó a moverse hacia ellos vertiendo trozos de óxido al suelo a su paso. Cogí a Pritkin por el brazo, aturrida y sin creerme lo que estaba viendo.

—¿Cómo pudo esa cosa atravesar mi protección?—musité.

El primer escudo se había quedado a menos de medio metro de nosotros y el segundo no me había dado por un centímetro. ¿Cuánto tenía que acercarse una amenaza para que mi estrella decidiese prestar atención?

Pritkin me ignoró. Se incorporó y volvió a coger la espada que había tirado cuando intimábamos con la pared. Resultó ser un mal movimiento. El caballero, con la cara cubierta por una visera, se dio inmediatamente la vuelta para dirigirse hacia nosotros. Supongo que no le gustaba que nadie tocara su arma. No podía luchar con tres magos a la vez, pero en cierto modo aquello no me hacía sentir mejor.

La sensación de malestar se incrementó un segundo después cuando en el pasillo resonó el eco del sonido de un par de docenas de figuras metálicas bajándose de sus pedestales. Parecía que las defensas internas de las que había hablado Casanova habían decidido subir la apuesta. El ejército metálico que se aproximaba hacia nosotros parecía la versión medieval de un coro de danzas, con todos los soldados moviéndose en perfecta armonía; lo único que, en lugar de saltar patadas altas, cargaban con armas a los hombros.

—El Círculo encontró la manera de bloquear tu protección, no va a funcionar—espetó Pritkin brevemente mientras yo me ponía a gatear ignorando el dolor de mi nariz maltrecha y mis rodillas repletas de arañazos.

Pritkin escrutaba la fila en busca de alguna señal de debilidad. De verdad que

esperaba que la encontrase, porque los caballeros más cercanos habían empezado a hacer girar enormes mazas alrededor de su cabeza a tanta velocidad que casi era imposible verlas. Los que estaban justo detrás habían desenfundado unas espadas que tenían pinta de ser muy afiladas. Entonces tomé conciencia de lo que me había dicho Pritkin. Me llevé la mano a la espalda hasta tocar la punta superior de mi pentáculo torcido. Seguía ahí, pero sus leves bordes permanecían inactivos bajo mis dedos.

—El Círculo no puede quitarlo a no ser que te tengan en su poder —añadió—. Pero no se encenderá. No puedes depender de él.

—¿Y cuándo tenías pensado decírmelo?

Pritkin no contestó, estaba ocupado ocupado desenfundando de su cinturón una anticuada arma del calibre 45 y soltando una ráfaga de disparos sobre los caballeros que estaban más cerca de nosotros. Todas las balas impactaron en sus cuerpos, dejándoles agujeros de un tamaño considerable, pero no salió ni un chorro de sangre ni había rastro de daño corporal. La luz de las antorchas que refulgía a través de los agujeros de la armadura más cercana a nosotros tenía la respuesta a aquel enigma: lo único que veía era el interior vacío del casco y una parte del tapiz de la pared más alejada de nuestra posición. No había nadie dentro de la armadura al que poder hacer daño.

Pritkin debió imaginárselo, pues volvió a enfundar la pistola en el cinturón y lanzó una brillante bola de fuego naranja al pelotón. Tenía tanta fuerza que prendió uno de los estandartes que colgaban del techo y que en pocos momentos se convirtió en un montón de pedacitos envueltos en llamas. Sin embargo, cuando las llamaradas se disiparon, vi que la bola de fuego había tenido un efecto nulo sobre los caballeros. Los dos más cercanos a nosotros emergieron como participantes en una carrera sobre tres piernas, dando bandazos con sus cuerpos fundidos de caderas para abajo. Con todo, seguían acercándose a nosotros, y los demás solo habían quedado un poco chamuscados y aturdidos.

—Sus armas están encantadas —gruñó Pritkin con aire adusto—. Y yo llevo usando mis escudos casi sin parar todo el día. No durarán mucho, y serán pocos los hechizos que funcionen con las protecciones del casino. ¡Sácanos de aquí!

Nada me habría gustado más, pero había un pequeño problema. Podía estar en posesión de una cantidad ingente de poder, al menos de forma temporal, pero realmente no quería usarlo. El poder no se daba a cambio de nada, sobre todo en estas cantidades tan grandes. Había estado rodeada de suficientes usuarios de magia como para saber que si te prestan poder, al final te acaban pasando la factura. No me gustaba la idea de no saber cuál sería la factura, o quién me la podría mandar.

—¿Por qué nos están atacando los caballeros? —pregunté, esperando que hubiera otra solución, cualquiera que fuese—. ¡Si no hemos hecho nada!

Quizá estuviera malinterpretando la situación y las defensas del casino

estuvieran en realidad intentando quitarnos a los magos de encima. Si era así, lo único que teníamos que hacer era quitarnos de en medio.

Pritkin me borró inmediatamente tal esperanza.

—Andrew y Stephan activaron las defensas automáticas al empuñar armas dentro del casino. Yo no respondí a aquello, así que deberíamos habernos quedado a salvo, pero se acercaron demasiado. Las defensas nos han confundido con los agresores, y ahora todos somos objetivos suyos. ¡Sácanos ya!

No tuve tiempo para exponer mi opinión sobre mi nuevo poder, porque tuve que esquivar una lanza que me había arrojado un caballero desde el otro lado del pasillo. Salté hacia un lado justo antes de que se clavara justo contra el suelo que acababa de estar pisando, lanzando pedacitos de hormigón pintado que salieron volando hacia mí. Noté que tenía un líquido que se deslizaba por mi mejilla izquierda y traté de quitármelo con la mano. Cuando me miré las yemas de los dedos, estaban teñidas de rojo; pero mi protección no hizo mucho más que dar punzadas. Yo me quedé mirando incrédula a mi mano manchada de sangre. Demasiado para una protección sobrenatural.

—¡Hazlo! —vociferó Pritkin.

—¡No puedo!

Sólo cambiaría de opinión si estuviera segura de que la única alternativa que quedaba era la muerte. Si alguien me mandaba una factura por lo de Londres, podría alegar razonablemente que había usado el poder para sacarme de un lío en el que me había visto metida contra mi voluntad. No tendría tal excusa para invocar el poder ahora, y no tenía intención de acabar debiéndole a nadie mi vida si podía evitarlo. Esa clase de deudas en términos mágicos puede ser algo muy malo.

Pritkin podía haberme contestado algo, pero los caballeros achicharrados estaban consiguiendo volver en sí rápidamente. Pritkin reaccionó lanzando su arsenal animado contra la multitud, para que los cuchillos volantes se convirtieran en nuevos objetivos para los caballeros. Yo añadí mis dagas al popurrí, justo a tiempo para interceptar una maza que iba dando vueltas, directa hacia el cráneo de Pritkin. No se había enterado porque estaba rechazando el ataque de una pica que había estado a punto de atravesarle por el lado contrario. La última vez que había tenido la oportunidad de ver a Pritkin luchar parecía que se estaba divirtiendo. Su cara no reflejaba esa emoción esta vez. Por supuesto, la oreja que le colgaba podía tener algo que ver con eso.

Miré a mi alrededor tratando de buscar una salida, pero no parecía que hubiese ninguna. Las escaleras traseras estaban rodeadas por un campo minado de cristales rotos, aunque tampoco es que aquello fuese un obstáculo insalvable. A mis pies desnudos no les habría hecho gracia, pero si Pritkin podía levantar aquella espada enorme, probablemente también podría llevarme en volandas. Sin embargo, tenía mis dudas de que pudiera conseguirlo mientras mantenía a raya

al pelotón de caballeros que estaba entre nosotros y aquella parte de la sala. Se podía decir que ocurría lo mismo con la puerta que daba a la cocina. Estaba bloqueada por una armadura caída, que había quedado desmembrada por uno de mis cuchillos gaseosos, así como por sus tres acompañantes, que aún estaban en pie.

—¿Hay escaleras ocultas? —preguntó Pritkin con una voz calmada que sonó realmente fuera de lugar en ese momento—. A ellos debería resultarles difícil atravesarlas.

—¿Y cómo lo voy a saber yo?

Miré a mi alrededor azoradamente, pero lo que monopolizaba mi atención era un caballero que blandía un hacha de doble filo con muy mala pinta.

Alphonse, que coleccionaba armas de todo tipo, tenía una idéntica en la pared de su habitación del pánico. Si ya parecía amenazante allí colgada, era mucho peor ahora que estaba casi lo suficientemente cerca como para rebanarle el cuello a Pritkin, o a mí misma.

—¡Prueba con los tapices! —ordenó Pritkin, moviéndose rápidamente hacia adelante para tratar de asestarle un golpe a la armadura a la altura de las rodillas—. ¡Podría haber una puerta secreta!

Su espada le arrancó la pierna a uno de nuestros atacantes, lo que le hizo tambalearse. Aun así, continuó viniendo hacia nosotros, arrastrándose con los brazos y empleando la pierna que le quedaba para empujarse. Aun más desconcertante era su miembro amputado, que reptaba detrás de la armadura intentando reincorporarse a la fiesta. Para poder detener a uno de estos tendríamos que desmembrarlo por completo, y ellos eran muchos y nosotros muy pocos para que tal solución fuese viable. Acabaríamos hechos pedazos mucho antes que ellos.

Corrí la cortina que me quedaba más cerca, pero mis ojos no vieron más que piedra falsa. Recorrí el lugar con las manos con la esperanza de encontrar una puerta oculta, pero no hubo suerte. Volví la vista hacia el ascensor, pero la luz indicaba que estaba a cinco plantas de distancia. Por no mencionar que los dos magos estaban librando la madre de todas las batallas justo delante de él.

Mientras arrancaba el resto de los tapices que quedaban en nuestra manguante zona segura buscando salidas que no existían, la pierna amputada de la armadura se volvió a unir al cuerpo. El metal que había en la parte superior del muslo se hizo líquido, como si fuera mercurio, y las dos partes acabaron soldándose sin dejar ni rastro de la fusión. Un segundo después, nadie habría podido decir que allí había habido una herida. Finalmente acepté que nos encontrábamos en una situación imposible. Hasta el desmembramiento no era sino un ligero inconveniente para aquellas cosas. Tony era un tacaño cabrón, pero no en temas de seguridad. Mierda.

—¡No hay escaleras! —grité.

Pritkin giró sobre sí mismo barriéndole los pies a otro caballero y me golpeó con el codo. Caí delante de un pedestal vacío, con los oídos pitándome. Mi cerebro tradujo automáticamente la frase que tenía delante de los ojos: *Medio tutissimus ibis* (Por el medio irás muy seguro). Era una cita de Ovidio que aconsejaba moderación y sonaba realmente extraña en el Dante, hogar de lo extremo.

Mientras hacía esfuerzos para incorporarme, los seis caballeros que había en la parte más alejada del pasillo y que se habían ido acercando con paso pesado hacia nosotros llegaron a ponerse a tiro. Aquello nos dejaba la opción de acabar ensartados por ellos o desmembrados por sus colegas del otro lado, porque era obvio que no íbamos a conseguir contenerlos mucho más tiempo. Estaba a punto de mandar a tomar por culo las consecuencias y hacer que nos largáramos de allí cuando me percaté de algo interesante.

Uno de los cuchillos más grandes de Pritkin estaba rebanando afanosamente a un caballero que había por allí cerca. La armadura había perdido su arma, que se había quedado en el puño recién amputado a la altura de la muñeca. Pero no estaba haciendo esfuerzo alguno por recuperarlo, a pesar del hecho de que estaba tirado en la tira de moqueta a no muchos centímetros de la armadura. La mano con cota de malla tampoco se movía ni intentaba reincorporarse al cuerpo como había hecho la pierna del otro caballero. De repente me di cuenta de que podía ver aquello con claridad porque no había ni un solo caballero cerca del centro de la sala.

Estaban agrupados a los dos lados de la estrecha tira de moqueta, que trataban de evitar tocar a toda costa. Volví la vista hacia la pelea que tenía lugar a nuestras espaldas y la historia se repetía. A un lado, un grupo de caballeros había ido a por los magos, mientras que los que estaban en el otro habían venido a por nosotros. Ninguno de los grupos había entrado en contacto con la moqueta andrajosa del centro. Durante un breve instante, casi me sentí con ganas de gritar tres hurras por el paranoico de Tony, que siempre diseñaba una salida para cada trampa, incluso las suyas propias.

Pritkin repelía de rodillas otro ataque de pica mientras otros dos caballeros convergían en su posición con espadas en alto. En lugar de esperar a ver si sería lo suficientemente rápido como para salir él solito del aprieto, me abalancé sobre él con un golpe seco que nos hizo rodar sobre la tira de moqueta. Aterrizamos en diagonal, con la pierna izquierda de Pritkin y todo mi lado derecho balanceándose en el borde de la moqueta. Antes de que pudiera hacer nada al respecto, uno de los caballeros hizo bajar la espada, ensartando la pantorrilla de Pritkin justo en la parte que sobresalía de entre mis piernas.

—¡No te muevas! —grité mientras el mago me empujaba hacia un lado y clavaba su espada en el vientre del caballero.

El golpe obligó a retroceder al pesado ente, pero también desgarró

brutalmente la pierna de Pritkín con la espada. Él carraspeó, pero se lanzó a perseguir al caballero como si no hubiera casi una docena más que nos tuvieran a tiro a ambos lados de donde nos encontrábamos. Me subí encima de su cuerpo, me senté sobre él y le agarré por el pelo para que girase la cabeza hacia mí.

—¡A salvo! —grité para que me pudiera oír en medio del fragor metálico de la batalla—. ¡En el medio estamos a salvo!

Empujé su pierna sangrante hasta ponerla sobre la felpa granate y coloqué todo mi peso sobre las partes de su cuerpo que no estaban dañadas. Aunque estaba herido, no habría podido sujetarle mucho tiempo; pero, en cuanto dejamos de tocar el suelo, fue como si los caballeros simple y llanamente no nos vieran. Empezaron a moverse pesadamente por la sala hacia la esquina en la que se habían atrincherado los magos. Pritkín parecía aturdido, pero siguió con la mirada mi dedo, que señalaba la inscripción del pedestal, y lo entendió todo.

—Tenemos que volver a la cocina —espetó, poniéndose de rodillas.

Tuvo cuidado de no tocar nada que no fuese moqueta, pero su ligero tambaleo me asustó. Miré hacia abajo y vi cual era el problema. La pernera de su pantalón estaba empapada de rojo, a juego con la parte de la chaqueta que estaba debajo de su oreja dañada. Había tanta sangre que tenía mis sospechas de que le hubieran dado en una arteria principal. Se apoyó pesadamente sobre mí mientras salíamos por el estrecho pasillo de seguridad, lo que reforzó mi teoría.

A la vuelta de la esquina se oían sonidos de una batalla encarnizada; sin duda alguna serían los magos, pero los ignoramos. Personalmente, apostaba por el casino. Ahora sabía cómo arreglármelas, pero los magos no tenían una zona de seguridad.

Nos volvimos a adentrar en la cocina.

—¡Necesitamos una ambulancia! —vociferé, mirando a mi alrededor.

Resultaba difícil ver algo, porque la sala tenía una iluminación deslumbrante, pero me dio la vaga impresión de que un grupo de figuras rechonchas se detenía para mirarnos con sus ojos enormes y encendidos.

—No. Ya me las apaño yo.

Pritkín se derrumbó justo después de atravesar la puerta. Se quitó la bota y el suelo de la cocina, antes prístino, se vio inundado por gotas de sangre de un color rojo púrpura. Su cara perdió el poco color que tenía.

Agarré un paño de cocina que había por allí cerca y se lo coloqué en la herida. Fuesen cuales fuesen las consecuencias, no iba a quedarme allí viendo cómo se desangraba hasta morir.

—Voy a hacer que nos transportemos hasta un hospital —le expliqué, pero él se zafó.

—¡Que no! Puedo curármelo.

Farfulló algo entre dientes y el flujo de sangre disminuyó, pero no me gustaban los jadeos entrecortados que emitía ni el tono pálido y húmedo de su

rostro. También me dio cosa ver que la oreja que le colgaba empezaba a erguirse lentamente en dirección a su cara para volver a unirse a ella.

—¿Por qué no quieres ir a un hospital? —le pregunté, tratando de ignorar la oreja, que dio un tirón final para alinearse con la otra. De repente, algunas piezas del puzle empezaron a encajar—. Espera un momento. Esos magos no iban sólo detrás de mí, ¿verdad? ¡El Círculo también te quiere dar caza a ti!

Pritkin no contestó, estaba demasiado ocupado entonando algún cántico inaudible. Noté la presencia de algo que nos sobrevolaba y, al mirar hacia arriba, vi una gárgola de ojos rojos que, incongruentemente, llevaba unos pendientes de finos rubíes que le colgaban de sus orejas puntiagudas, como de gato. Me empujó hacia fuera delicadamente, pero con firmeza.

Yo me quedé allí torpemente, sin estar muy segura de si protestar o no. No dije nada, sobre todo porque aquella cosa no me daba la sensación de ser un ente maligno. Aquello podía deberse a las joyas o al hecho de que tenía cacaos espolvoreado por la barbilla. Y parece que no me equivoqué. Una mano que parecía más una zarpa planeó sobre la pierna de Pritkin durante un momento y después, lentamente, la herida dentada empezó a cerrarse.

Aquel proceso parecía estar ayudándole a curarse, pero, a juzgar por la manera en la que le sobresalían los ojos, no debía ser muy agradable. Parecía como si quisiera decir algo, así que me incliné un poquito, siempre lo justo como para estar fuera del alcance de sus puños cerrados.

—*Me oportet propter praeceptum te nocere* (mis principios me dicen que voy a tener que darte tu merecido) —carraspeó.

—Muy gracioso.

—¡Podías habernos sacado de allí en cualquier momento!

—No sin pagar un precio por ello.

La mirada de Pritkin alcanzó nuevas cotas de indignación.

—¿Qué precio? ¡Podían haberte matado! ¡Y a mí también!

—*Stercus accidit* (cosas que pasan).

Mientras él descifraba mi latín barriobajero, yo me fui a buscar otra salida. No tenía intención de volver a poner el pie en ese pasillo otra vez, ni tampoco entraba en mis planes hacer que nos transportáramos a ningún sitio después de haber pasado por tantas cosas para evitarlo.

Lo que encontré fue muy satisfactorio. Si no me hubiera quedado tan flipada con las gárgolas, quizá se me habría ocurrido echar un vistazo por allí antes, lo que nos habría ahorrado toda la escenita del vestíbulo. Después de pasar por un par de enormes congeladores empotrados, una cámara frigorífica y un almacén para artículos no perecederos, encontré un muelle de carga que iba a parar a la parte trasera del casino.

Eché un vistazo al aparcamiento, iluminado por la luz del sol, y me entraron muchas ganas de largarme mientras el mago se curaba. Yo tampoco tenía

tiempo para esto, fuera lo que fuera. Tenía que persuadir a Casanova para que me dijera dónde se escondía su jefe. No es que estuviese segura al cien por cien de que Myra se encontrase con él, pero no era una apuesta muy arriesgada. Los dos trabajaban para el mismo tipo, el líder de la mafia rusa de los vampiros, al que se conoce como «Rasputín» en los libros de historia. Lo que los libros no cuentan es que Rasputín encontró otras aplicaciones para su formidable capacidad de persuasión una vez que un príncipe ruso lo «mató». Después de un tiempo en los bajos fondos, Rasputín se hizo con el control de gran parte del tráfico de drogas y los chanchullos de falsificaciones y venta de armas mágicas ilegales de la Europa del Este. Recientemente había decidido extender su floreciente imperio de negocios controlando a los vampiros norteamericanos, para lo cual había planeado hacerse con el control de su Senado. De momento había conseguido cargarse a cuatro de sus miembros. Sin embargo, aquello no le llevaba a ninguna parte a no ser que consiguiese deshacerse también de su líder, y la Cónsul había demostrado ser más dura de lo que se esperaba. Todo este asunto tenía un aire muy de guerra fría y no me interesaba demasiado, excepto por el hecho de que, accidentalmente, me había visto metida de lleno en todo el lío.

Después de la fallida intentona golpista, Rasputín simplemente había desaparecido. Miles de vampiros y magos estaban detrás de sus pasos, pero de momento no habían tenido suerte. Como no hay demasiados sitios buenos donde esconderse, y como Tony y Myra se habían esfumado al mismo tiempo, mi apuesta era que estaban todos juntos. Sin embargo, independientemente de donde estuviera Myra, tenía que encontrarla antes de que se recuperase de las heridas que sufrió en nuestro último encuentro, o definitivamente ella acabaría dando conmigo. Y tenía mis dudas de que me fuese a gustar la experiencia. O de que sobreviviese a ella.

Pero había hecho una promesa y resultaba intrigante pensar que Pritkin y yo podríamos estar en el mismo bando por una vez. El enemigo de mi enemigo quizá no era, en este caso, precisamente mi amigo; pero lo que desde luego no se me pasaba por la cabeza era enfrentarme abiertamente a Pritkin. Toda la ayuda que pudiera conseguir era bienvenida y me dio la impresión de que antes Casanova se puso muy nervioso cuando vio aparecer a Pritkin. Eso podía serme útil. Esquivé a un par de gárgolas que se estaban pegando por un cajón de verduras en lo alto de la rampa y comencé mi regreso. Ahí fue donde empezó la diversión de verdad.

—¡Cassie!

Casanova subió por la rampa de carga, intentando minimizar su tiempo de exposición al sol. Un momento después, mis tres delincuentes aparecieron delante de mí, siguiendo tranquilamente su estela. Estupendo. Ahora que había conseguido olvidarme de ellos por un momento.

Las gárgolas echaron un vistazo al trío y empezaron a emitir un sonido estridente que me hizo taparme los oídos.

—¿Has visto lo que han conseguido tus estúpidos encantamientos? —le pregunté furiosa a Casanova mientras él patinaba antes de detenerse justo delante de mí—. ¡Me podían haber matado!

—Tenemos problemas peores.

Aparté a Enio de la gárgola más pequeña, a la que había estado pinchando con un palito. La criatura encogida, con aspecto de pájaro, y su acompañante, se fueron para dentro corriendo, graznando bien alto.

—¿Y vosotras dónde os habíais metido? —inquirí, demasiado enfadada como para preocuparme por el hecho de que enfadar a una diosa antigua no era muy inteligente por mi parte—. Las tres siempre os estáis muriendo de ganas por meteros en una pelea, pero la primera vez que necesito ayuda, ¿os vais a hacer la manicura!

Era cierto, Dino tenía las uñas recién pintadas de rojo vivo, pero también era bastante justo, teniendo en cuenta que me habían echado una mano en el bar.

Sin embargo, no estaba de humor como para preocuparme por esas cosas. Que el Círculo consiguiese bloquear mi protección me había puesto muy nerviosa, ahora que tenía tiempo de pensar en ello. Era la única arma defensiva que tenía, y estar sin ella me hacía sentir extremadamente vulnerable.

Enio parecía ofendida, pero dejó que me quedara con el palito. Penfredo y Dino se agolparon a mi alrededor cuando retomé mi bronca a Casanova.

—Ahora Pritkin está medio muerto —le informé— y los magos seguro que están...

Casanova me agarró por el brazo con tanta fuerza que aullé de dolor.

—¿Dónde está? —preguntó, mientras empezaba a rebuscar frenéticamente en su abrigo—. ¿Por qué nunca encuentro mi puto móvil cuando me hace falta?

Tenemos que conseguir que le vea un médico, ¡rápido!

Por un momento pensé que estaba siendo sarcástico, pero con mirarle una vez a la cara me di cuenta de que no era así. El tipo parecía absolutamente aterrado.

—¿Qué pasa contigo? ¿Desde cuándo te preocupas por...?

Casanova me dejó allí hablando sola mientras él se metía dentro a toda prisa. Le seguí y las Grayas hicieron lo mismo conmigo. Enio cogió una escoba por el camino y la convirtió en un arma quitándole la cabeza, lo que dejó una punta dentada en el extremo. Ni me molesté en intentar quitársela. Había vuelto a ponerse en el modo viejecita, pero probablemente me habría ganado de todos modos.

Volví a entrar en la cocina y me encontré a un Pritkin furioso al que un Casanova muy azorado trataba de calmar con la mano. El mago apartó al vampiro con tanta fuerza que le lanzó por los aires y se quedó mirando a la gárgola que le había ayudado. Como estaba otra vez de pie, tuve que dar por sentado que el remedio de la gárgola, fuera cual fuera, había funcionado.

—Quítamelo de encima —ladró Pritkin—. ¡Ya!

Casanova se levantó del suelo. No solo no le respondió en sus mismos términos, sino que hasta pareció encogerse ligeramente.

—¡Puedo traer a un curandero aquí en cinco minutos!

Me quedé mirando al vampiro como si hubiera perdido la cabeza, lo cual era posible. Vampiros y magos mantienen una relación de confrontación, cuyo origen está en el hecho de que ambos aseguran ser la principal fuerza del mundo sobrenatural. Ver a un vampiro de tanta edad como Casanova haciéndole la pelota al mago de la guerra que acababa de meterle un viaje era surrealista.

—No me hace falta ningún curandero. Lo que me hace falta es que desaparezca el puto *geis* —replicó Pritkin furioso.

Aquello me llamó la atención.

—¿Ella puede eliminarlo?

Salí corriendo hacia adelante, casi sin atreverme a creer que fuera tan simple, y las Grayas se movieron conmigo. No obtuve ninguna respuesta porque las gárgolas empezaron de repente a chillar como si hubiera llegado el armagedón, con sus voces empastadas en una escala lo suficientemente alta como para hacer estallar varios vasos que había por allí cerca.

Me tapé los oídos y caí de rodillas por la impresión que me producía aquello y justo después Dino se colocó encima de mí. No estoy segura de si se cayó o si estaba intentando protegerme de la lluvia de comida (panecillos, bollos y diversas partes del cuerpo moldeadas en paté) que nos estaban tirando de todas partes. Fuera como fuese, el aterrizaje provocó que se le saliera el ojo de la cara y que acabase rodando por el suelo. Ella soltó un chillido y salió en su búsqueda a gatas, apartándose las gárgolas que se cruzaban en su camino a derecha e izquierda. Sus

hermanas se metieron de lleno en la refriega como refuerzos y yo me refugié bajo la mesa de preparación, donde me encontré a Casanova y a Pritkin.

—¡Puedes resultar herido! ¡No puedo permitirte que salgas ahí fuera! — Casanova estaba prácticamente gritando para que se le escuchase bien y sujetaba el brazo derecho de Pritkin con ambas manos—. Las gárgolas consideran las cocinas como un lugar sagrado, igual que ocurrió antiguamente con los templos que las alimentaban. Ven a las Grayas como una amenaza, pero yo les explicaré...

—Me importan una mierda tus problemas personales —gruñó Pritkin, agarrando al vampiro por la pechera de su camisa de diseño—. Haz que me quite mi *geis* o tendrás más problemas de los que jamás hayas soñado.

—Eh, que soy yo la que tiene un *geis* aquí —interrumpí yo—, ¿recordáis? Si a alguien le tienen que quitar algo es a mí.

—Esto no va contigo —refunfuñó Pritkin mientras algo pesado golpeaba el tablero de la mesa y caía rodando al suelo. Era la pequeña gárgola que llevaba la redecilla en el pelo y tenía orejas de burro, y no se movía.

La arrastré hasta nuestro escondite de debajo de la mesa pero no estaba segura de cómo tomarle el pulso, o siquiera si se suponía que tenía que tenerlo. De lo que sí estaba segura era de que la sangre de color verdoso que estaba vertiendo sobre los azulejos no era una buena señal.

—Vale, ya está bien.

Salí de debajo de la mesa y me quedé de pie. El nivel de ruido era increíble. En los pocos segundos que me había ausentado habían destrozado completamente la cocina. Dino había recuperado el ojo, pero estaba tambaleándose en el extremo más lejano de la sala, con cuatro gárgolas colgándole de cada brazo y una más asida a su espalda, golpeándola en la cabeza repetidamente con un rodillo de cocina. Enio, en plena apoteosis sangrienta, tenía a la gárgola de los pendientes sujeta en alto por encima de su cabeza y estaba a punto de lanzarla por los aires. Sólo tirarla podría bastar para acabar con ella; pero, si no era así, aterrizar en los cuchillos que blandía una sonriente y maliciosa Penfredo sí que lo haría.

Respiré hondo y grité, más alto de lo que creía posible. Las gárgolas me ignoraron, pero las tres Grayas se detuvieron y me miraron inquisitivamente. Ninguna de ellas parecía demasiado enfadada. La única expresión que se dibujaba en una de las tres caras era la sonrisa torcida de Penfredo.

—Basta —les ordené en un tono ligeramente más normal—. Cuando dije que me hacíais falta para pelear no quería decir contra ellas.

Penfredo se rió para sus adentros y agitó el puño en el aire. Enio me miró con gesto agrio, pero en cualquier caso acabó soltando a la gárgola, que le siseó y se marchó dando tumbos, como aturdida. Dino se las apañó para llegar a tientas hasta donde estaba Enio y darle el ojo, pero su hermana se deshizo de ella sin

muchos miramientos. Penfredo llegó dando saltos y se lo quitó a Dino de las manos, con aire triunfal. De repente me di cuenta.

—¿Estabais apostando por mí?

Enio se desplomó sobre la mesa de preparación, lo que provocó que algunos ojos de rábano salieran despedidos. Tenía un aspecto abatido. No estaba segura de cuál era la razón, obviamente podía ver sin el ojo, o algo parecido; pero parecía que le deprimía mucho perder su turno.

Las gárgolas detuvieron el ataque una vez que su líder estuvo a salvo, pero seguían viendo a las Grayas con una preocupación comprensible. Algunas de las que se encontraban cerca estaban empezando a comprobar el estado de sus camaradas caídas y una de ellas se estaba quitando las orejas de burro. Se le había soltado la redecilla del pelo, pero al menos estaba empezando a volver en sí. Esperaba que se recuperase, pero lo único que podía hacer por ella era asegurarme de que no le causáramos ningún daño más. Me metí debajo de la mesa y saqué a Casanova, agarrándole por su extravagante corbata.

—Diles que nos vamos a ir ahora mismo.

—¡Y una mierda nos vamos! —espetó Pritkin saliendo a gatas de su escondrijo. Tenía pinta de loco con esa ropa manchada de sangre y el pelo enmarañado. Echó un vistazo a su alrededor hasta que localizó a la gárgola hembra que acababa de soltar Enio—. ¡No nos vamos a ninguna parte hasta que ella me quite el *geis*!

—¡Miranda! —exclamó Casanova con un tono de voz ahogado, momento en el que me di cuenta de que quizá le estaba tirando un poco fuerte de la corbata.

La gárgola se acercó; pero, aunque resultaba difícil descifrar su cara cubierta de pelo, su lenguaje corporal no parecía muy cooperativo. Si alguien pudiera caminar de manera hosca, ella lo estaba consiguiendo. Le pegó un codazo a Pritkin en el estómago, quizá porque no podía llegar a su pecho.

—Tú bien. Nosotros a *sssalvo*. Buen trato.

Pritkin trató de agarrarla, pero ella esquivó sus manos con un movimiento ágil que parecía imposible a no ser que se hubiera dislocado algo. Quizá había sido así, porque las orejas se le retrajeron y le soltó un siseo, mostrando una lengua bífida nada felina. Ella se cruzó de brazos y se colocó detrás de Casanova con las piernas estiradas, con la cola alargada meneándose a ambos lados.

—Yo no me meto en los asuntos de los duendes —repuso Pritkin con arrogancia, como si él estuviera por encima de esas cosas—. Que estéis aquí de manera legal o no, no es algo que concierna a mi persona. No tienes nada que temer. Y ahora, ¡quítamelo!

—¿Qué ocurre? —le pregunté a Casanova, que se estaba colocando la corbata. La mirada que me devolvió no era muy amistosa, cosa que me parecía normal, teniendo en cuenta las circunstancias.

—A cambio de curarle, Miranda le echó un *geis* para que no revelase su

existencia a nadie. Si el Círculo se entera de que están aquí, las deportarán.

—¿Eso es todo? —insistí, volviendo la vista hacia Pritkin con enfado, aunque él no se enteró porque toda su atención estaba centrada en Miranda. Teniendo en cuenta el ingente *geis* que yo tenía encima, uno tan pequeñito como el de Pritkin no me daba ninguna pena—. Si no vas a contarlo en ningún caso, ¿cuál es la diferencia? Vámonos. Esos magos podrían volver en cualquier momento.

—Yo no me voy a ninguna parte hasta que me lo quite —repite obstinadamente. El tono que empleaba me hacía desear darle una patada. En lugar de eso, golpeé a Casanova, que alzó la vista hacia arriba desesperado.

—Miranda... —comenzó a decir con una voz de sufrimiento, pero ella no abrió la boca. No dijo nada, aunque tampoco tenía por qué hacerlo.

—¡Joder, Pritkin! —exclamé enfadada—. No me voy a quedar aquí hasta que el Círculo mande a alguien más a por nosotros. Quieres hablar, perfecto. Vamos a hablar. Si no, me largo de aquí.

—Buena idea —intervino Casanova alegremente—. Llamaré a un coche para que venga a recogeros.

Billy Joe apareció por la puerta y acabó aplastado por media docena de gárgolas. En condiciones normales, me habría sorprendido que pudieran verle, pero después del día que había tenido ni siquiera pestañeé.

—Viene conmigo —le dije a Miranda; que, pese a todo, empezó a farfullar algo a Casanova en la extraña lengua que empleaban las gárgolas. Obviamente, y a habían tenido suficientes visitantes no deseados en lo que iba de día.

—Nanay de coches —se opuso Billy, con aire preocupado—. ¿Hay alguna salida que no pase por la puerta delantera, la trasera o las de los laterales? Porque todas están *vigilás*.

—¿Por quién? ¿Qué pasa ahora?

—Oh, lo ignoro —replicó Billy con sarcasmo—. ¿A quién pertenecían los magos a los que les pateasteis el culo? El Círculo sabe que estáis aquí y siguen ahí fuera apiñados. Habrá dos, tres docenas... La verdad, dejé de contar. El trio que nos encontramos en el bar era la avanzadilla, supongo, por su manera de pedirte por las buenas que te entregaras. Sin embargo, teniendo en cuenta tu respuesta, no creo que estén interesados en seguir negociando.

—Ellos atacaron primero —me defendí, aunque luego me paré a pensar si aquello era estrictamente cierto. No había visto lo que pasó en el bar entre el momento en el que yo me fui y el momento en el que Casanova y yo nos conectamos para ver a Enio batiéndose el cobre con los magos. Si Pritkin no había estado con ellos, entonces se habían visto metidos en un lío que no habían provocado. No hacía falta preguntarse por qué estaban de tan mal humor cuando nos volvimos a encontrar.

—No importa —irrumpió Pritkin, casi como si me hubiese estado leyendo la mente—. Te quieren muerta. Facilitarles las cosas no cambiará eso.

Tragué saliva. Tenía mis sospechas de que el Círculo no iba a ponerse a llorar si yo tenía un accidente, pero oírlo decir así de rotundo era duro. Se podría pensar que, a estas alturas, tendría que estar acostumbrada a que la gente intentase matarme; pero, por alguna razón, es algo a lo que no me acabo de hacer.

—Pareces seguro de lo que dices.

—Lo estoy. En parte, es de eso de lo que tenemos que hablar —añadió Pritkin observando a Casanova, que soltó un suspiro.

—Hay varias salidas de emergencia, pero ninguna es una opción deseable —comentó, dándome palmaditas con una mano—. ¿No podéis hacerlo que hicisteis antes, fuera lo que fuese, y largaros de aquí? Las defensas internas os tienen a vosotros y a ellos en el punto de mira, puedo alegar que vinisteis aquí para presionarme y conseguir información sobre Antonio, y que os marchasteis después de destrozar todo. —Eché un vistazo a su alrededor—. Y eso último no sería mentira.

—Hablando de eso, me vas a decir dónde está Tony.

—No. Si no recuerdo mal, no se me estaba dando mal no decírtelo —repuso, ofreciéndome un pañuelo, supongo que para limpiarme el trozo de tarta que había llegado a mi pelo en algún momento; pero yo pasé de él—. Te ayudaré a salir de aquí, *chica\** y con mucho gusto le contaré unas cuantas mentiras al Círculo para que no sigan la pista correcta, pero en lo que se refiere a Antonio...

—Ese vampiro. —Miranda escupió en el suelo—. Él en Reino de Fantasía. Él trae *nosotross* aquí, luego traiciona. Nosotros trabaja como *essssclavossss*.

A Casanova aquello no pareció sentarle muy bien. Sonreí a la gárgola, que ciertamente era bastante atractiva si uno se concentraba en sus ojos rojos sesgados.

—¡Gracias, Miranda! Cuéntame más cosas.

Miranda se encogió cual felino.

—No mucho que contar. El en Reino de Fantasía —miró a Casanova—. Este *sssírculo*, ¿vienen para aquí?

Casanova se pasó una mano por su pelo ligeramente despeinado. De alguna forma se las había apañado para evitar que le impactara la comida que voló durante un buen rato por la cocina. El único daño visible eran las pequeñas arrugas que le había hecho yo en su corbata.

—Es posible. Parece que tenemos nuestro día de invitados no deseados.

—¡No! —gritó la gárgola, pinchándole en la pierna con sus garras extendidas—. ¡Tenemos trabajar! ¡No más *liosss*!

En ese momento vi como un par de pequeñas gárgolas valientes intentaban empujar un carrito repleto, que de alguna manera había conseguido sobrevivir al desastre, a través del desorden formado en torno a la puerta; mientras, otra gruñía por el teléfono y garabateaba un pedido en una libreta. Estaba a punto de darle la razón a Miranda cuando decía que lo mejor era que no se nos viera el

pelo (o los cuernos, o lo que fuera) cuando llegase el próximo invitado. Entonces el golem de Pritkin asomó por la puerta y volvieron a escucharse los chillidos ensordecedores por todas partes.

Solté un gruñido de disgusto y me volví a tapar mis maltrechos oídos. Pritkin miró atentamente al golem durante un minuto, como si estuviese teniendo lugar alguna clase de comunicación no verbal entre ellos, y después me miró a mí. Hizo un gesto y se hizo un bendito silencio. Sabía que tenía que ser alguna clase de conjuro, porque el alboroto no disminuyó, pero los chillidos sí se convirtieron en un débil ruido de fondo.

—Vienen hacia aquí. Tenemos que marcharnos —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Perfecto. En ese caso, tráete al rompecorazones para que nos diga dónde está el pasadizo de Tony hacia el Reino de la Fantasía. Y no mientas —advertí a Casanova—. Sé que tiene uno.

—Sí, lo tiene, pero no sé dónde está —respondió Casanova distraído—. ¡Miranda! ¿Puedes decirle a tu gente que se calme? ¡No va a destrozar nada! —miró a Pritkin—. No lo va a hacer, ¿no?

—Lo hará si no nos dices la verdad —intervine con severidad.

Casanova miró por el rabillo del ojo al golem, que devolvió la mirada todo lo que las vagas hendiduras que tenía por ojos lo permitían. Era simplemente una estatua mal hecha, como si un alfarero hubiera empezado a hacerla y se hubiera olvidado de terminarla. El caso es que cuando volvió sus ojos hacia mí no me gustó mucho más de lo que le había gustado a Casanova.

—¡Que no sé donde está el puto pasadizo! —insistió Casanova—. Tony les vendía brujas a los duendes, pero tenía un grupo especial que se ocupaba de esa parte del negocio y yo no era uno de ellos. Se llevó a la mayoría cuando desapareció y el resto se marchó en la última remesa hace una semana. No están aquí.

Volví la vista hacia Miranda.

—Tú tienes que haber llegado aquí a través del pasadizo. ¡Tienes que saber dónde se encuentra!

Miranda meneó la cabeza.

—En otro lado, *vemoss*. Pero aquí, no —farfulló mientras cubría con un paño de cocina la cabeza de una gárgola cercana—. Como *esssto*.

La gárgola ciega se chocó con Pritkin, o más exactamente contra sus piernas, que eran todo lo que podía alcanzar esa cosa tan diminuta. El mago le quitó el paño y se la devolvió a Miranda de un empujoncito.

—Les deben haber vendado los ojos antes de enviarlas aquí —tradujo Casanova—. Supongo que Tony no quería que supieran cómo funcionaba el sistema por si los magos las encontraban.

—¿Y tú? —le pregunté a Pritkin—. El Círculo tiene que tener acceso al

pasadizo.

—Nosotros usamos el de la MAGIA —respondió.

Suspiré. Por supuesto. Tenía sentido que la MAGIA (la abreviatura de Metafísica Alianza de Grandes Interespecies Asociadas) tuviera un pasadizo. Se trata de una especie de Naciones Unidas de lo sobrenatural, con representantes de magos, vampiros, híbridos y duendes, y los delegados del Reino de la Fantasía tenían que llegar allí de alguna manera. La parte buena era que estaba cerca, en el desierto que había fuera de Las Vegas. La parte mala era que MAGIA estaba codo con codo con la gente que me andaba buscando, y no precisamente para desearme un feliz cumpleaños. Aún estaba por ver si viviría lo suficiente como para celebrar mi vigésimo cuarto cumpleaños, pero meterme en la boca del lobo no parecía el mejor modo de conseguirlo. Por desgracia, los pasadizos hacia el Reino de la Fantasía no están lo que se dice perfectamente señalizados sobre el terreno y todos los demás sin duda también estarían vigilados. Siguiendo la teoría de que es mejor lo malo conocido, decidí optar por la MAGIA. Al menos ya había estado allí antes y sabía un poco cuál era su disposición.

—¿Sabes exactamente dónde está? —pregunté.

El recinto de la MAGIA es grande, así que estaría bien acotar un poco.

Pritkin me miró con incredulidad, pero fuera lo que fuese lo que me dijo quedó ahogado por el sonido de las sirenas. El ruido metálico se abrió paso tímidamente en la burbuja de silencio, pero Casanova empezó a jurar en hebreo.

—Los magos han entrado en tropel, es una alarma general.

—Saca a los humanos de aquí —ordenó Pritkin.

Casanova asintió sin protestar por el modo en el que el mago le sujetaba el brazo.

—Casi está hecho, el protocolo estándar es simular una fuga de gas cuando haya una emergencia y evacuar a todo el mundo. Además, se supone que los magos deben evitar los conjuros delante de la gente normal, ¿no?

—En condiciones normales, sí. Pero la quieren a toda costa —explicó Pritkin moviendo su cabeza en mi dirección.

Casanova se encogió de hombros.

—Si hay fuegos artificiales, la gente pensará que es parte del espectáculo, siempre y cuando no haya humanos heridos. Este lugar fue diseñado para tener este aspecto por una razón: ya hemos tenido deslices antes. —A juzgar por la manera en la que Pritkin frunció el ceño, me dio la impresión de que no se había dado parte de tales deslices—. Vamos a sacarlos a todos de aquí sin poner en riesgo vuestra integridad, después me podré concentrar en controlar los daños.

—¿Dónde está la salida de emergencia más cercana? —pregunté.

—Gracias a ti, la mayoría están tomadas. Vuestra mejor opción es la que lleva al sótano de una licorería en Spring Mountain, que está justo después de la Franja. —Casanova se dirigió hacia el teléfono del servicio de habitaciones y se

lo quitó de las garras a la gárgola que tomaba nota de los pedidos. Después se la quedó mirando por encima del hombro—. Tengo un coche esperándoos en la trasera de la tienda, pero eso es todo lo que puedo hacer.

—Espera un momento. Tienes un lugar seguro, ¿verdad?

—¿Por qué? —preguntó Pritkin con suspicacia.

—Oh, mierda —dijo Billy.

—¿Quieres que nos arriesguemos a llevárnoslas al Reino de la Fantasía con nosotros? —pregunté.

Billy gruñó y miró a las Grayas, que estaban devorando sándwiches de dedo.

—¿Teniendo en cuenta lo que acabó pasando la última vez? Joder, no.

Miré a Casanova, que estaba en medio de una conversación telefónica.

—Están atravesando el sistema de seguridad casi como si no estuviera ahí —nos informé, retransmitiéndonos lo que le estaban contando—. Un grupo de magos está apostado en torno al Camerino de los Artistas, pero hay otros dos equipos más y... ¡mierda!\* Han disparado a Elvis. Dime que esto no está pasando —le imploré al que estuviese al otro lado del hilo telefónico.

—¿Han disparado a un imitador? —pregunté sorprendida, al borde de la conmoción. Se supone que los magos protegen a los humanos, no los usan para sus prácticas de tiro, aunque en mi caso parecía que se habían olvidado de eso.

Casanova meneó la cabeza.

—No, no, al de verdad —me corrigió, concentrando de nuevo su atención sobre el teléfono—. ¡No, no! Deja que sean los nigromantes los que se ocupen de los arreglos, ¿para qué les pagamos si no? Y diles que vuelvan a poner a Hendrix, vamos a necesitar a un sustituto.

Perdí el hilo de la conversación porque las puertas abatibles de la cocina saltaron por los aires directamente hacia donde estaba yo. Penfredo, a quien ni siquiera había visto moverse, las cogió en el aire y las mandó volando de vuelta al grupo de magos de la guerra que se estaba asomando por la entrada. Enio trató de esconderme bajo la mesa, pero yo la cogí por la muñeca.

—¿No querías divertirte un poco? —musité.

Ella me lanzó una mirada fulminante. Obviamente, ella tenía la sensación de que nuestro concepto de diversión era diferente.

—Lo digo en serio —reiteré.

Con la cabeza señalé a los magos, que estaban siendo atacados por una oleada de gárgolas que no paraban de sisear y que aparentemente no habían reparado en los destrozos de las puertas. Los magos estaban prácticamente enterrados bajo un mar de alas que no cesaban de moverse y garras que se clavaban una y otra vez, pero sabía que aquello no duraría mucho.

—Diviértete. Pero no mates a nadie.

El rostro de Enio se iluminó con una gran sonrisa que le hizo parecer un niño en la mañana de Navidad. Lo siguiente que vi fue que alzaba la gigantesca mesa

de preparación con sus brazos y la tiraba hacia el boquete que había quedado abierto después de que arrancaran las puertas. Tanto ella como sus hermanas cruzaron la sala a la carrera y saltaron por encima de la mesa, cacareando como las buenas amigas que eran mientras iniciaban la ofensiva sobre la segunda oleada de magos que intentaba entrar.

—Acabo de ganar algo de tiempo —le comenté a Pritkin, que parecía inmerso en un conflicto interno. Quizá estuviera teniendo problemas con el Círculo, pero obviamente no le gustaba ver a los magos convertidos en juguetes en manos de las Grayas. Dado que el concepto de justicia que tenían los magos era llevarme ante un tribunal ilegal y sentenciarme a muerte rápidamente, yo no tenía ese problema.

—¡Vamos!

Pritkin ignoró mi llamada y se dirigió a un grupo de tres gárgolas para arrebatárselas de las garras a un mago a cuyo rostro las bestias le acababan de presentar el rallador de queso. Según parecía, los escudos no funcionaban tan bien contra los duendes; a juzgar por su expresión agónica, aquella iba a ser una lección que el tipo probablemente no iba a olvidar.

Pritkin le dejó inconsciente y después agarró a Miranda. Ella intentó morderle, pero Pritkin la tenía sujeta por el cuello y la mantenía a una distancia de seguridad de su cara. Aquello no evitó que el resto de su cuerpo acabara con arañazos de consideración, pero aun así siguió manteniéndola en el aire. Su concentración, no obstante, debió resquebrajarse porque la burbuja de silencio se desmoronó de repente. Pritkin dijo algo, pero no pude oírle con el ruido de las sirenas, que ahogaba hasta el de las gárgolas.

No me podía creer que Pritkin todavía siguiese obsesionado con ese estúpido *geis*. A mí me parecía inofensivo, sobre todo ahora que el Círculo estaba enterándose de lo de las gárgolas por su cuenta. No obstante, le conocía lo suficientemente bien como para no molestarme en discutir.

—¡Miranda! —grité, literalmente a pleno pulmón—. ¡Quítale el *geis*! ¡Casanova te esconderá de los magos!

Aquello consiguió llamar su atención, así que giró sus ojos rasgados de gata hacia mí. No le quitó las garras de encima a Pritkin, pero tampoco me importaba.

—¿*Prometesss*? ¿Nosotros no volvemos? —preguntó, consiguiendo de algún modo que su voz se escuchase en medio del alboroto.

—Lo prometo —vociferé, dándole un codazo a Casanova, que se había abierto paso en medio de la batalla para llegar hasta donde estábamos nosotros. Parecía alarmado, pero no le di ni una oportunidad de protestar—. Sabes que puedes hacerlo. Tony tiene todo tipo de escondrijos por aquí.

Casanova volvió la vista hacia arriba con fastidio.

—¡*Claaaaro que sí!*\* ¡Y ahora marchaos! —nos ordenó.

Miranda sonrió, lo cual deparaba una sensación extraña con ese rostro lleno

de pelo, que dejaba ahora al descubierto un montón de colmillos brillantes.

—*Esssto me sssuena* —me dijo Miranda.

De repente, Pritkín tenía entre manos una bola de pelo que no paraba de escupir, sisear y retorcerse. En su rostro aparecieron cuatro marcas de arañazos profundas y yo lo golpeé en el hombro.

—¡Déjala y te ayudará! —aullé.

Al final, Pritkín la soltó, tras lo cual Miranda estuvo un momento atusándose el pelaje. Después agitó una zarpa en un gesto curiosamente grácil y dirigido hacia Pritkín. No noté ningún cambio, pero supongo que él sí porque me cogió de la mano y tiró de mí para que siguiéramos a Casanova, con aire enfadado, como si yo hubiera sido la que hubiera estado retrasando las cosas.

—Te enseñaré el túnel, pero tenemos que darnos prisa. No me pueden ver contigo —explicó el vampiro.

Miré a mi alrededor a ver si estaba Billy Joe, pero había desaparecido. Esperaba que estuviese haciéndose cargo de mi recado y no interfiriendo en algún juego de dados por ahí. Si se concentraba, podía mover objetos pequeños, y lo de manipular partidas en el casino le divertía a rabiar. El golem apareció delante de nosotros, con un cuchillo de carne sobresaliéndole del pecho de arcilla, si bien no parecía que le afectara. Nos adentramos en la sala de refrigeración y Casanova apartó un gran contenedor de plástico lleno de lechugas. Señaló hacia lo que parecía una pared de hormigón armado.

—Por ahí. El coche está ya en su sitio y el conductor os esperará para daros las llaves. ¡Dadme lo que queráis poner a salvo y largaos!

—Se lo daré al conductor. Mira, lo que te agradecería de verdad...

Casanova me interrumpió con un gesto.

—Tan solo asegúrate de que este sitio no vuelva a caer en las manos de ese estafador —aseveró tajantemente.

—Puedes confiar en ello —espeté. Solo esperaba poder cumplir mi parte del trato.

El hombre que nos estaba esperando al final del largo y sofocante túnel se reclinaba despreocupadamente sobre un lujoso BMW nuevo, con los brazos cruzados, obviamente aburrido. Me quedé mirándole boquiabierta, con mi cerebro inmediatamente inundado de imágenes de noches tórridas, sábanas arrugadas y sexo increíble. No eran solo sus tupidos rizos negros, tan brillantes como el coche que tenía detrás de sí, que pedían a gritos que cualquier hembra de menos de ochenta años deslizase sus dedos entre ellos. No era sólo su cuerpo musculoso y reclinado, enfundado en unos vaqueros ajustados y una camiseta de manga corta, además de bronceado con ese precioso color bruñido que solo adquieren las pieles aceitinadas. Fue una atracción instantánea, una llamada de esos ojos oscuros y líquidos que sabía que no podían ser reales. Podía quedarme prendada de la mirada de un tío, pero normalmente no llegaba a interesarme

tanto hasta que le conocía de algo más que de verle diez segundos.

Un incubo, pensé, quedándome sin aliento. Y a juzgar por el nivel de interés que estaba adquiriendo mi cuerpo, uno de los poderosos. Tragué saliva y reuní fuerzas para brindarle una sonrisa.

Me la devolvió inmediatamente, posando un ojo escrutador sobre mi minúsculo uniforme.

—¿Sabes lo de nuestro descuento de empleado, *querida*\*? Un veinte por ciento menos en todos nuestros servicios.

—Nos envía Casanova —le aclaré.

—Oh, sí, por supuesto. Soy Chávez. Significa «fabricante de sueños» ...

Le corté antes de que me ofreciera hacer realidad todos mis sueños.

—La verdad es que, *ejem*, tenemos que irnos.

Me percaté de que había venido con un amigo, supongo que para llevarle de vuelta cuando devolviera las llaves. El apuesto rubio llevaba una gorra de béisbol del Dante y una camiseta sin mangas que permitía vislumbrar su tentador y musculoso torso. Me lanzó una sonrisa alegre de bañista playero desde el asiento del conductor de un llamativo descapotable. Aquella expresión me hizo evocar lechos de arena, brisas con sabor a sal y noches de bochorno repletas de pasión.

—Me llamo Randolph —se presentó, con un marcado acento del Medio Oeste, sujetando mi mano firmemente con su mano bronceada—. Pero puedes llamarme Randy. Todo el mundo lo hace.

—Supongo.

Al final, tuve que coger la tarjeta de presentación de Chávez, tres folletos y un pasquín que anunciaban una promoción de dos noches al precio de una, antes de que escucharan lo que tenía que decir. Convencí a Randy para que llevara a Pritkin a un salón de tatuajes donde decía que tenía un amigo que le remendaría los desperfectos. La historia me olía bastante a chamusquina, ya que la mayoría de sus heridas ya estaban cerradas, pero quizá su amigo tuviera una muda o una ducha que ofrecerle. Toda aquella sangre le hacía ser algo más que un poco llamativo, y si había algo que necesitaríamos a toda costa era pasar desapercibidos.

—¿Y tú adónde vas? —preguntó Pritkin con suspicacia.

—Te dije que hablaríamos y lo haremos —le aseguré, introduciéndome en el BMW al lado de Chávez—. Te veré más tarde. Lo que no puedo es ir por ahí vestida como voy.

Billy se había presentado de sopetón mientras estábamos hablando y empezó a revolotear por la ventanilla trasera, pero en cuanto le lancé una mirada se quedó parado. No me fiaba del mago. Parecía que Pritkin y el Círculo no estaban a buenas, pero podía ser una trampa. Me hacían falta un par de ojos que le vigilaran mientras yo estaba fuera y los ojos de un fantasma me valían. Billy hizo una mueca de disgusto, pero se marchó flotando hacia donde estaba Pritkin

después de dejar caer algo pequeño y metálico sobre mi mano.

—No puedes volver a tu hotel —repuso Pritkin. Su tono se acercaba más a una orden que a una recomendación.

—¿Tú crees? —murmuré, empujándole hacia atrás para poder cerrar la puerta—. Chávez puede llevarme al centro comercial. Necesito ponerme algo encima. Hasta en Las Vegas este uniforme llamaría la atención. —Por no mencionar lo incómodo que era—. Te traeré hasta comida si me lo pides con buenas formas.

Pritkin frunció el ceño, pero no había forma de que me pudiera obligar a ir con él, como él mismo pareció comprender. Después de una pausa momentánea, se echó hacia atrás para que Chávez no le aplastara los dedos de los pies con el coche. Supuse que para él aquello eran buenos modales, así que compré algo de comida después de terminar con lo que tenía que hacer.

—Necesito ir a patinar sobre hielo —le pedí a Chávez según salíamos del aparcamiento que había detrás de la licorería, mientras la salsa sonaba a toda mecha en el excelente equipo de sonido de su coche. Chávez me lanzó una mirada inquisitiva, pero no se opuso. Supongo que cuando trabajas para Casanova aprendes a tomarte las cosas con calma.

Las Vegas tiene una buena red de autobuses, pero no hay taquillas públicas en la estación central, así que tenía que pensar en algo imaginativo para guardar ciertas cosas. Dejarlas en el hotel no me parecía una gran idea, teniendo en cuenta que tanto magos como vampiros podrían localizar mi habitación en cualquier momento. Habíamos estado cambiando de hotel todos los días y yo empleaba un nombre falso, pero, con los recursos con los que contaba la MAGIA, aquello no significaba demasiado. Durante toda la semana me había sobresaltado al más mínimo ruido y no había dejado de mirar por encima del hombro por si pasaba algo, si bien era cierto que en parte aquello se debía al sentimiento de culpa que me producía mi nueva profesión como timadora de casino.

Billy me había estado ayudando a recolectar mis buenas ganancias asegurándose de que el dado y las bolas de la ruleta caían donde yo quería. No es que me sintiera orgullosa de ello, pero no me había atrevido a acceder a mi cuenta corriente ni a mis tarjetas de crédito por temor a que alguien pudiera seguirme la pista. Ahora que todo dios sabía que estaba en Las Vegas ya podría pararme en un cajero, pero en lo que sí mentí era en que necesitaba ir de tiendas. Había guardado una muda de ropa en un petate, junto con mi bolso y el botín del Senado antes de ir al Dante. La bolsa había ido a parar a una taquilla de la pista de hielo y la llave estaba escondida en una esquina oscura del vestíbulo del Dante. El hecho de que Billy no se hubiera cagado en todo por tener que ir a recuperarla demostraba que compartía mi entusiasmo por arrebatarse ciertos objetos de las manos de la gente.

La pista de hielo es un lugar muy popular en los días que hace un calor de morir y la fase de patinaje estilo libre no había hecho sino comenzar cuando llegamos. Junto a nosotros se agolpaban en las puertas una multitud de turistas en busca de algo que hacer en familia, así como un nutrido grupo de lugareños. Todos dimos un suspiro de alivio colectivo en cuanto notamos el cambio de clima. La pista tenía una tienda debajo, así que Chávez se ofreció a hacer el cargamento de comida rápida mientras yo iba a por mi bolsa. Le ofrecí dinero para pagar la comida, pero él se rio y declinó la oferta.

—Aun así, estaré encantado de darte precio por otras cosas, querida.

Me largué pitando antes de que me entraran tentaciones de aceptar su oferta. Me metí en el vestuario de mujeres y me cambié la ropa por unas zapatillas, unos pantalones cortos de color caqui y un top de tirantes de color rojo brillante. No era precisamente el paradigma de la elegancia, pero desde luego era mejor que mi look descalzo y con lentejuelas. Incluso en Las Vegas, algo así me habría granjeado alguna que otra mirada, a pesar de que la sangre de Pritkin apenas se veía en el satén carmesí.

Cuando regresé, Chávez estaba flirteando con una aturdida cajera que, al parecer, había olvidado que supuestamente debería recibir más que una sonrisa a cambio de las dos bolsas que acababa de pasar por el lector de códigos. Estaba por apostar que Chávez tenía unos gastos de subsistencia muy bajos.

—¿Estoy bien? —pregunté, preocupada por si me habría conseguido quitar casi todos los restos de la batalla campal en la cocina.

—Por supuesto que no —respondió con una sonrisa leve mientras sus ojos repasaban mi nuevo conjunto—. *¡Estás bonita!\**. Tú siempre estás que rompes.

Teniendo en cuenta que tenía el pelo pegajoso por los residuos de tarta y que mi ropa estaba lo suficientemente arrugada como para que un sin techo no se hubiera atrevido a ponérsela, me tomé aquel comentario como lo que era: un acto reflejo. Probablemente Chávez era literalmente incapaz de insultar a una mujer, independientemente de su aspecto. Aquello sería contraproducente para el negocio.

—Gracias, ¿podemos...?

Me quedé muda, con el corazón en la garganta, mirando al otro extremo de la pista, a la que acababa de saltar un hombre. Por un microsegundo creí que era Tomas. Tenía la misma constitución esbelta y atlética, el mismo pelo negro largo hasta la cintura y la misma piel brillante y bronceada como si vertiesen miel sobre la nata. Hasta que se giró para coger en brazos a una pequeña muchacha que se había lanzado al hielo detrás de él no pude ver su cara. Por supuesto, no era él. La última vez que había visto al de verdad, había estado haciendo esfuerzos por mantener la cabeza sobre los hombros con el cuello roto.

—¿Qué pasa, querida? ¡Parece que hayas visto un fantasma!

Le podría haber contado que ver a Tomas sería mucho más traumático para

mí que ver un fantasma, pero no lo hice. Mi antiguo compañero de piso no era mi tema favorito de conversación. Él fue quien le dio a Rasputín las llaves de las protecciones de la MAGIA a cambio de dos cosas: que le ayudara a matar a su maestro y a tener control sobre mí. Ambas venían en el mismo lote, ya que la razón para querer deshacerse de su maestro actual era que así sería libre para quitarse de en medio al antiguo. Teniendo en cuenta que el vampiro en cuestión, Alejandro, era el jefe del Senado latinoamericano, Tomas había llegado a la conclusión de que necesitaba ayuda. Quizá un día me topara con un tipo que en un principio no pensase en mí como un arma. O, teniendo en cuenta mi suerte, quizá no.

No se podía decir que las cosas hubieran salido como Tomas había planeado. Daba por sentado que había sobrevivido a la batalla, porque no es fácil matar a un maestro de primer nivel, pero lo que no sabía es si habría conseguido sortear la ira que había despertado dentro de MAGIA. Aun así, si había conseguido escaparse de allí, estaría intentando salvar su vida en cualquier escondrijo, no patinando una tarde a la vista de todo el mundo.

—No es nada —murmuré.

Chávez se reclinó sobre la valla junto a mí.

—Un hombre muy guapo. *Muy predido*, un tío cañón, como decís los americanos.

Le lancé una mirada. Su gesto mostraba un aire complacido, hasta un tanto depredador, mientras observaba a la figura que patinaba sobre la pista.

—¿Tú no eras un incubo? —pregunté, porque tenía la impresión de que preferían a las mujeres. Lo cierto es que no había visto a ningún cliente masculino en el garito de Casanova.

Chávez se encogió de hombros con un estilo muy latino.

—Íncubos, súcubos, es todo lo mismo.

Pestañeé.

—¿Perdón?

—Los de nuestra especie no tenemos sexo innato, querida. En este momento, habito en el cuerpo de un hombre, pero en ocasiones he poseído a mujeres. Para mí es lo mismo. —Sus ojos refulgían según se acercaba hacia mí, deslizando un dedo cálido por mi mejilla. Era un roce liviano, pero me hizo sentir escalofríos—. El placer es el placer, después de todo.

Sus palabras vinieron acompañadas de una fricción súbita repleta de pura lujuria. No era tan desbordante como el roce de Casanova, ni llamó la atención del *geis* como sí consiguió hacerlo brevemente la de Casanova. Era una simple invitación, ni más ni menos; la ratificación de que cualquier paso que yo eligiese dar sería recibido con alegría y acabaría en placer. Me ponía furiosa, pero no con él. El caso es que constataba que, tal y como estaban las cosas, tenía menos control sobre mi propia vida amorosa que una monja. Incluso si perdía la cabeza

y decidía aceptar una vida entera de esclavitud como pitia a cambio de un revolcón, no podía. Literalmente, no podía; a no ser que me quisiera arriesgar a volverme loca. Así lo había dispuesto Mircea.

—¿Te he impresionado?

Chávez parecía más divertido que arrepentido. Le podía haber dicho que, después de criarme en casa de Tony, no había mucho que me pudiera impresionar, pero me limité a encogerme de hombros.

—Mis cualidades amorosas son tanto de hombre como de vampiro, así que he desarrollado... ¿cómo se dice?, ¿una cierta indiferencia a las críticas?

—Creía que los vampiros y los incubos no tenían mucho que ver los unos con los otros.

—Y así es. A mí me consideran bastante pervertido —celebró.

Sonreí pese a que no tenía ni maldita gana.

—¿Nos podemos ir?

Chávez intentó coger el petate, pero yo lo sujeté con la excusa de que él ya llevaba las bolsas de comida. Si aquello ofendió su sensibilidad de macho, no lo dejó entrever. Una vez que llegamos al coche, saqué el traje robado del petate y lo escondí entre las cajas negras que quedaban. Dejé la de las Grayas, que estaba vacía, en su sitio. Para esa tenía planes guardados.

—Casanova dijo que me pondrías a salvo en la casa y que no le cobraría nada a la chica que, *ejem*, me prestó la ropa. —Le pasé a Chávez el fardo mientras encendía el motor.

—Veré qué puede hacer, aunque quizá esté ocupado durante un tiempo —munitó, deslizando una mirada de flirteo hacia mí—. Has conseguido causar impresión, *querida*\*. Creo que el Dante no va a volver a ser lo mismo.

Dicho eso lanzó el fardo hacia el asiento de atrás como quien no quiere la cosa y yo evité hacer ningún gesto cuando lo oí rebotar sobre el cuero acolchado. Me preguntaba, y no era la primera vez que lo hacía, si no debería haber vuelto a poner las cajas en la taquilla y decirle a los de la MAGIA dónde se encontraban. Sin embargo, con el Senado preparado para la guerra, no me fiaba de que no acabaran decidiendo que necesitaban una ayuda extra y soltando lo que hubiera dentro. Casanova no querría más huéspedes como las Grayas revoloteando por allí, así que las cajas estarían probablemente a salvo con él. Al menos hasta que pudiera pensar qué hacer con ellas.

Chávez nos condujo hasta un sórdido local de tatuajes en el que, presuntamente, estaban limpiando a Pritkin. Me cogió la mano cuando empecé a bajar del coche.

—No sé lo que estás planeando, *querida*, pero ten cuidado. A los magos no hay que creerlos nunca del todo, ¿comprendes? Y a este especialmente. Cuando trates con él, recuerda: «Presentaos como una flor de inocencia; pero sed la serpiente que se esconde bajo esa flor». —Al ver mi sorpresa por la cita, se rió

—. ¿Qué te creías, que era sólo un bonito envoltorio?

Traté de negarlo entre tartamudeos, pero había dado en lo cierto y ambos lo sabíamos.

—Tienes mi tarjeta, ¿verdad? Si necesitas ayuda, llámame —sonrió, con una dentadura increíblemente blanca que contrastaba con su suave piel aceitunada—. O cualquier otra cosa. En tu caso, Cassie, mis tarifas son negociables.

Solté una carcajada y se marchó en su coche, a toda mecha. Sólo después de que se fuera me dio por pensar cómo habría sabido mi nombre. En realidad nunca me molesté en presentarme. No le di más vueltas, se lo debía de haber dicho Casanova.

Me metí en la tienda arrastrando el petate y las bolsas de comida. Hacía casi tanto calor como en el exterior y había un aparato de aire acondicionado que no paraba de vibrar y que amenazaba con dar su último suspiro en cualquier momento. El sonido decrepito encajaba con el resto de la decoración, compuesta por unos mugrientos azulejos en el techo, una moqueta color marrón estiércol y un mostrador laminado lleno de abolladuras. Lo único que le daba algo de vida eran los cientos de dibujos de tatuajes coloridos que habían sido adheridos a casi todas las superficies del garito.

El mostrador separaba la parte frontal de la parte trasera de la tienda, que no podía ver porque una cortina marrón me lo impedía. No se veía que hubiera nadie atendiendo, así que hice sonar la campana mientras concentraba la vista sobre un ejemplar de *Crystal Gazing* que había sobre el mostrador. El autoproclamado guardián de la libertad de expresión en la comunidad sobrenatural tenía su habitual titular llamativo: Drácula, visto en Las Vegas: ¡El azote de Europa vive! *Seh*, probablemente estaba sentado en la piscina del Caesar's Palace, comiendo galletitas rellenas, con Elvis. Lo aparté de mi vista y lo dejé debajo de la caja registradora, dando gracias por que nadie hubiera sacado a relucir mi nombre. Tenía ya suficientes problemas, no me hacía falta que los paparazi se sumaran a ellos.

Unos segundos más tarde, un hombre calvo y huesudo con un gran bigote gris apareció detrás de la cortina. Excepción hecha de las partes que quedaban ocultas por un vaquero recortado, estaba completamente cubierto de tatuajes desde su cuello esquelético hasta los dedos de sus pies, enfundados en unas chanclas. La cobra enroscada alrededor de su cuello se detuvo para sacarme la lengua, mientras que un lagarto pintado se arrastró por su frente hasta que se percató de mi presencia y se escabulló por detrás de su oreja izquierda. El águila de su pecho batía sus alas extendidas con parsimonia, mirándome con su ojo negro, el único que tenía.

Parecía que había llegado al sitio justo.

El hombre decorado observó mi expresión fascinada y se rió.

—Las tiendas que hacen mariposas y flores están cruzando la calle, cielo. — A pesar de que parecía un ángel del infierno jubilado, tenía un ligero acento. Me

dio la impresión de que podía ser australiano—. Además, he cancelado todas mis citas para hoy. Me llegó algo urgente.

—No estoy aquí para hacerme ningún tatuaje —le informé, intentando no mirar el *athame* estampado en su estómago, que cada pocos segundos soltaba una mancha roja por la punta que se deslizaba por su piel hasta quedar oculto entre los flecos de sus vaqueros—. Pritkin dijo que le viniese a buscar aquí. He traído comida —expliqué, sujetando las bolsas en alto, lo que hizo que se le encendiese el rostro.

—Entonces tú tienes que ser Cassandra Palmer —repuso, con aire de sorpresa en su gesto. Yo asentí con la cabeza, me preguntaba qué se estaría esperando. Decidí no preguntarle cómo me había descrito Pritkin—. ¿Por qué no empezaste por ahí? Soy Archie McAdam, pero mis amigos me llaman Mac.

—Cassie —me presenté yo, estrechando la mano que me había tendido.

Alrededor de sus tatuajes más grandes había un bosque de hojas de parra pintadas que silbaban ligeramente, como si las empujara un leve viento. De entre las zonas oscuras que había bajo el follaje asomaban un par de estrechos ojos anaranjados que me observaban malévolamente.

Mac retiró la cortina y yo me metí dentro, después de colarme por el estrecho hueco que había junto al mostrador. Lo primero que vi al fondo fue a Pritkin, tumbado boca abajo sobre un banco acolchado, sin la camisa y con la cabeza mirando para otro lado. Teniendo en cuenta la cantidad de líos en los que se metía habitualmente, me esperaba que su espalda fuera un cajón de sastre de cicatrices nuevas y viejas; pero el caso es que no lo era. Sólo había una fina hilera zigzagueante en uno de los hombros, que parecía algo así como marcas de garras. Por lo demás, su piel estaba absolutamente inmaculada y cubría unos músculos mejor formados de lo que yo me esperaba, impecables de no ser por la silueta levemente morada de un tatuaje que le debían estar haciendo en el lado izquierdo de su cuerpo. El boceto estaba más o menos a medias, si bien todavía no habían empezado a rellenarlo de color. Se trataba de una espada estilizada, dibujada con un trazo muy fino, casi delicado. Pensé que aquel era un momento muy raro para dedicarlo al arte corporal, pero era su hora. Podía gustarla como deseara.

Mac levantó un espejo para mostrarle a su cliente cómo estaba quedando el dibujo y Pritkin frunció el ceño.

—Sigo diciendo que es muy elaborado. Me vale con una simple espada.

—¿Pero de qué te quejas? —preguntó Mac con incredulidad—. Mira qué líneas, qué maestría. ¡Me he superado a mí mismo!

Pritkin resopló y en cierto modo entendí cómo se sentía. Daba la impresión de que le quedaba un buen rato. La hoja de la espada se extendía por todo su lado izquierdo, hasta terminar en la parte superior de la cadera. Le habían bajado los pantalones lo suficiente como para dejar la parte superior de una de sus nalgas al

alcanse de la aguja. La mayor parte de su espalda tenía, como sus brazos y su cara, un ligero color dorado, como si tomara mucho el sol pero no se le quedara el color fácilmente. Sin embargo, la parte baja de la espalda y las caderas se apagaban en unos tonos más anaranjados primero y blanquecinos después. A pesar de todo, no había una línea clara entre ambas partes. Cuando me quise dar cuenta, mi cabeza se había evadido tratando de adivinar si cada área tendría una textura diferente y, de ser así, que sensaciones despertarían en mis dedos si pudiera tocarlas. En ese momento, mis pensamientos se vieron interrumpidos abruptamente. Miré hacia otro lado, aterrada de solo pensar que había estado mirando con esos ojos... ¡a Pritkin! Era evidente que estar cerca de los incubos tenía extraños efectos secundarios.

—Tómate un descanso, John —irrumpió vigorosamente Mac—. ¡Esta preciosa jovencita nos ha traído comida!

Pritkin se incorporó, con el ceño fruncido, y dándonos la espalda mientras se subía la cremallera de los pantalones. O bien se había comprado unos nuevos o le había cogido prestados unos a Mac, porque estos no tenían ni rastro de sangre. Le lancé una sonrisa para restar tensión al momento.

—¿John?

—Es un buen nombre inglés, muy honesto —espetó, enfadado por alguna razón que yo no acertaba a ver.

—Perdóname —me excusé, tendiéndole la bolsa de comida para calmarle—. Es sólo que no te pega mucho.

—¿Qué parte? —preguntó Billy Joe, que se encontraba flotando al fondo de la sala, cerca de la pared sobre la que estaba apoyada el golem, tan callado como la estatua que no era—. ¿Lo de buen, lo de honesto o lo de inglés?

Le ignoré y cogí medio bocadillo de albóndigas antes de entregarle el resto de la comida a Mac. El olor que había en el coche me había recordado que el único alimento que había ingerido en todo el día era el puñado de cacahuets que comí en el garito de Casanova. El bocadillo ayudó mucho a mejorar mi humor y, después de unos bocados, fui capaz incluso de sonreír de nuevo a Pritkin, que estaba cogiendo una camiseta verde de manga corta.

—¿Te habías olvidado de que me iba a pasar?

—No estaba seguro de que fueras a hacerlo —repuso con brusquedad.

Se me planteaba una diatriba: o perdía el tiempo discutiendo con él sobre el valor de mi palabra o me comía el resto del bocata. Opté por lo último. Después de echar un vistazo alrededor, me di cuenta de que la trastienda no era más interesante que la habitación que me recibió y que no iba a encontrar mucho entretenimiento por allí. Sus paredes de ladrillo visto contenían algo metálico que parecía como una especie de lavadora, pero que probablemente no lo era, una mininevera, una cama plegable con un montón de libros viejos apilados encima, una papelera llena a rebosar y la mesa de tatuajes con todo el equipo.

Me tragué el último trozo y me limpié la salsa de tomate de la barbilla.

—*Tic tac*. Te quedan cincuenta minutos. Si quieres gastarlos comiendo o haciéndote un tatuaje, adelante. Pero cuando se acabe el tiempo, yo me largo de aquí.

—¿Para ir adónde?—inquirió Pritkin mientras observaba su bocadillo como si pensara que le había metido algo poco deseable dentro—. Si te ronda por la cabeza la ridícula idea de sobrevivir a un viaje al Reino de la Fantasía por tu cuenta, permíteme que te señale un pequeño detalle. Tu poder no funcionará allí; y, si lo hace, será muy impredecible. Por esa razón las pitias se han acostumbrado a dejar a los duendes obrar por su cuenta. Puedes ir contra la tradición, pero si no puedes confiar en tu poder y tu protección está bloqueada, no durarás ni un día.

Se sentó en el catre y empezó a diseccionar su almuerzo mientras yo me sumía en mis pensamientos. Mac se había subido a un taburete que estaba junto a la mesa y mascaba la otra mitad de mi bocadillo sin decir ni una palabra. Billy seguía revoloteando y se echaba el sombrero hacia atrás con un dedo nebuloso.

—En eso tiene razón —comentó.

—Hombre, muchas gracias.

Billy elevó su insustancial parte de atrás hasta llegar al extremo de la mesa y me miró con gesto serio. Aquella era una expresión que usaba con tan poca frecuencia que consiguió captar mi atención.

—Ese tío no me gusta más que a ti, Cass; pero, si estás decidida a hacer esto, un mago de la guerra puede serte muy útil. Piénsalo. Tenemos que llegar hasta el Reino de la Fantasía, lo cual no es precisamente fácil en ningún caso, pero mucho menos con toda la seguridad que habrá por la guerra. Una vez allí tendremos que evitar a los duendes, a los que no les gustan los intrusos, mientras buscamos al gordo y a la videntilla esta. Y, dando por sentado que nos las apañemos con todo eso, tendremos que vernos las caras con esos dos al final de todo. Y si los duendes los están escondiendo, no va a resultar divertido. Podemos echar mano de alguien que nos ayude.

—Todavía no tenemos ninguna oferta —le recordé.

Mac parecía sorprendido por mis comentarios aparentemente aleatorios, pero Pritkin los ignoraba. Supongo que había aprendido que, dondequiera que yo estuviese, Billy no andaría muy lejos.

—Si no intenta ayudar, podría haberse apartado y dejar que los magos te capturaran en el casino.

—Me las podría haber apañado por mi cuenta —repose escuetamente.

Aquello me sonó demasiado subido de tono hasta a mí, pero eso no significaba que no fuese verdad. No me hacía falta que Pritkin ni nadie viniese al rescate.

—*Seh*, pero creí que estabas intentando evitar usar el poder.

La conversación empezaba a irritarme.

—¿Te vas a limitar a sentarte ahí y comer? —le pregunté a Pritkin enfadada. Él miró hacia arriba con un gesto de disgusto dibujado en el rostro. No estaba segura de si era por mí o por la comida, así que lo dejé correr.

—Hemos trabajado juntos antes cuando teníamos una causa común. Ahora volvemos a tenerla. Te propongo que unamos nuestras fuerzas el tiempo suficiente como para que nos ocupemos de nuestro dilema mutuo.

—¿Te llevas mal con Tony? ¿Desde cuándo?

Aquello me resultaba terriblemente oportuno.

—El Círculo ha lanzado una orden de búsqueda y captura contra él, pero no es eso lo que me interesa.

Hice una bolita con el papel de mi bocadillo y lo lancé a la papelera. Fallé.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa con él?

Pritkin bebió un sorbo de una de las Coca-Colas que nos había pasado Mac e hizo un gesto de hastío.

—Quiero que me ayudes a recuperar a la sibila a la que llaman Myra —me informo.

—¿Cómo? —me quedé mirándole. Resultaba desconcertante y algo más que sospechoso que el primer nombre de mi lista también encabezase la de Pritkin.

—Ninguno de nuestros hechizos de localización han servido para nada. Por ello resulta bastante probable que se esté escondiendo en el Reino de la Fantasía, donde nuestra magia no funciona. A cambio de tu ayuda, te prometo que no te llevaré ante el Círculo y que te ayudaré a saldar tus cuentas con tu antiguo maestro.

Le lancé una mirada iracunda.

—No sé ni por dónde empezar. Primero, tú no me llevas a ninguna parte, y segundo, ¿por qué debería ayudarte a recuperar a mi rival? ¿Para que tu Círculo pueda matarme y volver a ponerla a ella? Por alguna razón, la cosa... como que no me atrae mucho.

—El Círculo no tiene ninguna intención de ponerla en tu lugar —matizó adustamente—. Por lo que respecta a la otra cuestión, no sobreestimes tus capacidades, ni infravalores las mías. Si quisiera capturarte, lo haría. Incluso en el caso de que yo no lo hiciera, alguien lo haría. El Círculo nunca dejará de perseguirte y les basta con tener suerte una vez. Por el contrario, a ti te toca evitar todas sus trampas, con el poco conocimiento que tienes de las ayudas que te puede ofrecer el mundo mágico. Únicamente con mi ayuda podrás tener la esperanza de evitar el destino que el Círculo ha tramado para ti... y para ella.

—Oh, sí, claro. Se van a cargar a la única persona iniciada y preparada que tienen. ¿Cómo pude dudar de ello?

El Círculo podía querer verme muerta, pero tenía múltiples razones para mantener a Myra con vida y a salvo. Había estallado una guerra y necesitaban

imperiosamente la ayuda que les podía llegar de una pitia maleable como Myra.

Me quedé mirando a Mac, cuyo rostro estaba marcado por un gesto agrio.

—Algunos de nosotros hemos percibido últimamente una tendencia preocupante entre los líderes del Círculo. Parece que cada día se preocupan menos de nuestra misión tradicional y más del poder. El Plateado siempre se ha diferenciado del Negro, no solo por la forma en la que cada uno obtiene poder, sino también por lo que hacemos con él. Tengo miedo de que el Consejo se haya olvidado de eso.

Mac asintió con la cabeza.

—Y ahora tenemos a una nueva candidata a pitia, una de las iniciadas más dóciles que ha habido. Si tanto tú como Myra morís, creen que será ella la que lo heredará —prosiguió, meneando la cabeza fatigosamente, lo que provocó que una libélula agitase sus brillantes alas verdes sobre su hombro derecho—. Sabía que había algo podrido en nuestro interior, pero esto es peor de lo que cualquiera de nosotros podía haber previsto. El poder elige a la pitia. Esa ha sido la máxima durante miles de años, porque tener a la persona equivocada en ese puesto es una invitación al desastre. Los magos oscuros siempre están intentando encontrar maneras de dar saltos en el tiempo, para rehacer el mundo tal y como ellos lo querrían y, de cuando en cuando, alguno de ellos lo consigue. ¡Si no tenemos a la pitia adecuada en el trono, toda nuestra existencia está en peligro! ¡Hay que detener al consejo!

—Ajá —musité, escrutando el rostro serio y poco agraciado de Mac e intentando darle el beneficio de la duda. Sin embargo, resultaba difícil. El mundo en el que me había criado estaba montado en torno al principio del palo y la zanahoria, todo lo que se hacía era con vistas a conseguir una recompensa o evitar un castigo y, cuanto más arriesgado fuera el trabajo, más grandes tenían que ser las recompensas o los castigos. Teniendo en cuenta el nivel de riesgo del que hablaba Mac, la contraprestación tenía que ser de otro mundo.

Pritkin se había quedado callado mientras su colega soltaba su discurso conmovedor y se había contentado con observar furiosamente en la distancia. Chasqué mis dedos delante de su cara.

—Entonces, ¿de qué va tu historia? ¿Tú también estás en esto porque eres bueno de corazón?

Su ceño, fruncido perpetuamente, acentuó aún más el gesto.

—Estoy en esto, como tú dices, porque me sabe mal que me conviertan en un asesino. Se me encargó que localizara a Myra para llevarla a juicio, a pesar de que el veredicto en su caso se conoce de sobra de antemano. Hay otros que te están buscando a ti y no me cabe duda de que tienen las mismas instrucciones que las que me dieron a mí. Si pensaba que no se la podía coger con vida, era libre de emplear medidas extremas para asegurarme de que no seguía amenazando los intereses del Círculo.

Una palabra de las que dijo me llamó la atención.

—¿Juicio? —resultaba difícil creer que nadie fuera a perseguir a Myra por intentar matarme. Sería más probable que el Círculo le diese una medalla por eso

—¿Qué es lo que hizo?

—Ha estado implicada en la muerte de la pitia.

Por un minuto, pensé que estaba hablando de mí, después de todo. Después me vino a la cabeza el nombre de la anterior pitia.

—Te refieres a Agnes.

—¡Muestra algo más de respeto! —exclamó Pritkin acaloradamente—. Utiliza su nombre formal.

—Está muerta —señalé—. Dudo que le importe.

—¡Pero Myra no pudo hacerlo! —irrumpió Mac—. El argumento del Consejo no tiene sentido. ¿Qué iba a ganar con eso?

A mí me parecía que era un tanto obvio.

—Probablemente pensaría que sería pitia si Agnes moría antes de que me pudiera pasar el poder a mí.

—Ese es el tema, Cassie —insistió Mac—. Como John les dijo a los del Consejo, el poder no irá al asesino de otra pitia o heredera designada. Es una vieja regla para evitar que las iniciadas se maten unas a otras para conseguir el puesto.

Mi cerebro pegó un frenazo brusco.

—Repíte eso.

—El poder nunca ha ido a parar al asesino de una pitia o de su heredera —repitió Mac lentamente.

—¿No lo sabías? —preguntó Pritkin.

—No.

Es más, no sabía si creérmelo. Realmente deseaba hacerlo, porque significaría que, a fin de cuentas, Myra no tendría en su agenda acabar conmigo. Sin embargo, me resultaba difícil pensar que Myra quisiera que el pasado siguiera siendo pasado. No pegaba mucho con su estilo, sobre todo después de las dos heridas de arma blanca que le dejé en el torso. Por no mencionar que, incluso en el caso de que decidiese echarse atrás, no me parecía que Rasputín estuviese muy dispuesto a tocar retirada. Necesitaba que Myra fuera pitia para tener alguna opción de vencer, o incluso de sobrevivir, en esta guerra. Había algo que fallaba.

—¿No se murió Agnes de vieja? —le pregunté a Mac, ya que parecía el más comunicativo de los dos.

—Eso creíamos en un principio. Pero cuando estaban preparando el cuerpo para el entierro se detectaron unas extrañas llagas en él. Se llamó a un médico para que las inspeccionara y aquello le suscitó sospechas, así que se ordenó hacer una autopsia. No se murió de vieja, Cassie. La envenenaron. Y, teniendo en

cuenta la cantidad de precauciones que se toman para salvaguardar a la pitia, no pudo ser fácil.

—Usaron arsénico en vez de una poción o un hechizo, que habrían sido detectados por las protecciones —añadió Pritkin, aparentemente destrozado solo de pensar que Agnes había sido asesinada por algo tan mundano—. Mira. ¿Qué sensaciones te da esto?

Me eché para atrás rápidamente, antes incluso de poder ver bien qué estaba sujetando.

—Prometí hablar, nada más —le recordé.

—Sin testigos, ¡ésta es la mejor forma de dar con el asesino!

Me quedé mirando al pequeño amuleto que sujetaba en su mano. Parecía bastante inocente, un simple disco redondo y plateado con una figura desgastada grabada en él, que colgaba de una cadena deslustrada. No me mandaba señales de advertencia como otros objetos que tenían pinta de catapultarme hacia una visión, pero tampoco tenía ganas de probar.

—¿Y bien? —Pritkin me lo arrojó, pero yo me zafé rápidamente.

—Prueba tú —le rebatí, asegurándome de que la pequeña baratija no volvía a golpearme—. No es mi problema.

—No estés tan segura de ello —me corrigió crípticamente.

Me coloqué detrás de Mac usándolo a modo de parapeto y me negué a picar en el anzuelo. Miré mi reloj inexistente.

—Vaaaya, mira qué hora es. Me temo que me tengo que ir ya. Recuérdame que no volvamos a hacer esto nunca, ¿vale?

Antes de que pudiera moverme, Pritkin estaba allí, oprimiendo el medallón contra la piel de la parte superior de mi brazo.

—¡Ay! —protesté. Él me miraba expectante. Yo le miraba a él—. ¡Eso duele!

—¿Qué ves?

—Una gran marca roja —gruñí irritada, frotándome lo que probablemente sería un moratón—. ¡Y deja de darme con esa cosa!

—Como me estés mintiendo...

—¡Si tuviera una visión, lo sabrías! —le increpé con rabia—. Ya no me limito a ver las cosas malas, consigo un asiento de primera fila. ¡Y últimamente, me llevo a quienquiera que tenga cerca en el proceso! ¿O es que ya te has olvidado?

Pritkin no respondió, se limitó a seguir sujetando el amuleto, aunque ya no trataba de marcarme con él. Solté un suspiro y cogí su puta baratija.

—¿Cómo funciona exactamente?

—Ese es el tema —intervino Mac, como si estuviera disfrutando del puzle mental—. No lo sabemos. Contenía arsénico... lo abrimos anoche. Pero el arsénico estaba aislado por el metal, no había manera de que entrase en contacto con la piel.

—¡La respuesta tiene que estar ahí! —insistió Pritkin—. Lo estaba sujetando cuando murió y contiene el mismo veneno que acabó con ella. ¿De dónde si no pudo haber venido el veneno? ¡Nadie habría sido capaz de administrárselo, sobre todo, no repetidamente!

Examiné con cautela aquel diminuto objeto. Lo habían cortado por el borde, como si fuera un guardapelo. Fuera lo que fuera lo que contuvo alguna vez, ahora estaba vacío. Lo que probablemente explicaba por qué no me decía nada. Con tanto manoseo no solo se había destruido físicamente, sino que en el proceso se había quebrado cualquier indicio psíquico que pudiera haber dejado una impronta en él. No obstante, como parecía que a Pritkin la tensión ya le llegaba hasta el techo, decidí no hacer ningún comentario al respecto.

—¿Repetidamente?

—Nadie era sospechoso porque el veneno no se administró todo de una vez— explicó Mac—. Se lo dieron durante seis meses o más, administrado en pequeñas dosis que fueron filtrándose en su sistema inmunitario hasta que finalmente acabaron con ella; El empeoramiento se achacó a su edad y al estrés de perder a la heredera.

—¿Seis meses? —pregunté.

El mismo tiempo que el Senado había mandado a Tomas para que hiciera de niñera conmigo. No me gustaba la coincidencia, pero no dije nada. Por desgracia, o mi cara me delató o Pritkin había hecho la misma conexión mental.

—Myra no pudo haber administrado el veneno —concluyó tajante—. Desapareció hace meses, mucho antes de que Agnes enfermara, y no tenía motivos. El Consejo quiere quitársela de en medio, así que están usando la historia de que está implicada para sus propios propósitos. Otros tienen motivos mejores, pero el Consejo no se puede permitir desafiarlos.

No, no lo creía. El Círculo estaba aliado con el Senado en la guerra, no podían arriesgarse a acusar a sus colegas de asesinato. No me gustaba pensar algo así, pero realmente no me sorprendería que el Senado fuera culpable de todo esto. Eliminar los obstáculos de la manera más definitiva posible encajaba con el *modus operandi* habitual de los vampiros. Y habría merecido la pena incluso si pensaban que solo había una oportunidad de que el poder acabase viniendo hacia mí. Creían que iba a ser su pitia, bien domesticadita, la primera en muchos siglos que estaría bajo su control en lugar de bajo el control del Círculo. Por un poder así podrían haber hecho algo mucho peor que matar a una vieja. Por supuesto, había otro duro contendiente.

—¿Y qué me dices del Círculo?

Pritkin estrechó los ojos desafiante.

—¿Qué te digo de qué?

Me encogí de hombros.

—Has dado a entender que el Senado es culpable, pero no son ellos los que

están a la caza de las únicas dos candidatas que se interponen en el camino de la heredera elegida por el Círculo.

Mac parecía desbordado, pero Pritkin se quitó la patata caliente de encima.

—El Círculo no tenía ninguna razón para querer un cambio de líder. Lady Femonoe era una excelente pitia.

—Bueno, sí, ese es el tema. Que Agnes fuera buena en su trabajo pudo haber sido el problema, si es verdad que el Consejo se está volviendo malvado. Quizá se opuso a ellos más veces de la cuenta y alguien llegó a la conclusión de que una pitia más joven y maleable sería...

Pritkin me cortó con un gesto salvaje.

—¡No sabes de qué estás hablando! ¡El Consejo nunca caería tan bajo!

Me quedé mirándole, sorprendida de que ya se hubiera olvidado del infierno de mañana que habíamos pasado. Su preciado Círculo no parecía haber tenido muchos problemas a la hora de acabar conmigo o de enviarme a él tras los pasos de Myra. Supongo que nosotras no contábamos.

—Vale, entonces ¿por qué estás detrás de ella? ¿Porque crees que sabe algo?

—Me negué a matarla sin que se la juzgase —dijo Pritkin—, pero ahora mismo no hay duda de que el Círculo le ha asignado la tarea a otro. Si la encuentra primero, no tendrá oportunidad de contarle a nadie su versión de la historia.

—Les has tenido que defraudar bastante, porque ahora mismo no parecen tenerte mucho aprecio.

—Me enteré de que un informador te había localizado en el Dante esta mañana. Tuve que luchar contra el equipo del Círculo para llegar hasta ti primero y uno de ellos me reconoció.

Y, por supuesto, le habían visto en el vestíbulo conmigo también. Era probable que aquello no le hubiera hecho ningún bien a su reputación.

—Pon que la encuentras. ¿Y entonces qué?

—Se han vertido acusaciones contra ella por las que tiene que responder —repuso escuetamente—. Su destino dependerá de lo que responda.

Miré hacia abajo para que no pudiera ver en mis ojos lo que me costaba creer aquello.

—Suena como si tuvieras un plan. Ahora que sabes dónde está Myra, ¿por qué me necesitas? Como bien señalaste, no te será de mucha utilidad en el Reino de la Fantasía, todo eso dando por sentado que lleguemos.

—Porque hay probabilidades de que pueda dar un salto en el tiempo para escapar de mí, si no hay nadie capaz de retenerla donde esté —me explicó Pritkin de mala gana—. Hay una parte de tu poder que te permite restringir las capacidades de una sibila. Normalmente se emplea con fines preparatorios, para que una pitia pueda recuperar a una sibila en el curso temporal si se mete en problemas. Deberías ser capaz de ejercer ese mismo control para asegurarnos

de que Myra no pueda escapar de mí.

Le pegué un sorbito al refresco para ocultar mi expresión y Billy se fundió conmigo para que pudiéramos hablar en privado.

—O estos dos son los conspiradores más imbéciles que he visto nunca — musitó, con aire de disgusto—, o no tienen un muy buen concepto de ti.

—*Las dos cosas* —le respondí con mis pensamientos—. *¿Puedes colarte en alguno de ellos? Quizá así descubras qué se traen entre manos realmente.*

—Va a ser que no. Los dos están protegidos hasta las cejas. Pero no nos hace falta eso para saber que están mintiendo. Si tu poder no va a funcionar en el Reino de la Fantasía...

—... entonces no podré retener a Myra para que la puedan coger, ni siquiera si supiera cómo. Seh, hasta ahí llego. Entonces, ¿para qué me quieren?

—Es bastante obvio, ¿no?

—¿Tú crees?

Billy soltó una carcajada que retumbó dentro de mi cabeza.

—Voy a echar un vistazo al Dante para ver qué oscuro asunto está preparando el Círculo, pero sólo si crees que puedes hacerte cargo de estos dos genios sin mi ayuda.

Pensé algo realmente soez y volví a sentir el repiqueteo de una carcajada antes de que se marchara de repente. Observé a Pritkin y él me devolvió una mirada absolutamente desprovista de toda expresión. Tenía una buena cara de póquer, pero no importaba. Su historia no se tenía en pie y yo no me la creí ni por un minuto.

Pritkin sabía de sobra que Myra había intentado matarme. Probablemente se esperaba que tarde o temprano ella volvería a presentarse para un segundo asalto. Básicamente, yo era el cebo. Por lo que respecta a por qué querían él y Mac encontrarla, también era obvio. Si daban con ella, tendrían un arma poderosa para dar un golpe contra los líderes del Círculo. Quizá se veían a sí mismos como revolucionarios, refundadores de un sistema corrupto, o quizá no eran más que oportunistas que pensaban que Myra era su pasaporte al poder. Fuera como fuese, a mí no me importaba, pero sí me preocupaba el hecho de que Myra nunca les ayudaría por nada que no fuese el título que quería obtener. La única pregunta era si Pritkin me mataría él mismo una vez que hubiese prestado mis servicios, o si dejaría que fuera Myra la que lo hiciese por él.

Por supuesto, sabía que se estaban engañando si pensaban que Myra iba a encajar sin más en su plan. Como había indicado Agnes cuando me cedió el poder a regañadientes, su heredera se había unido a Rasputín bien por su maldad o por su debilidad, y en cualquier caso eso la convertía en una pitia lamentable. El hecho de que, poco después, Myra me hubiera atacado, me hacía inclinarme por la opción de la maldad. Podía ser que yo no quisiera el puesto, pero esa psicópata tampoco se iba a quedar con él.

Me lo pensé detenidamente. Billy tenía razón, necesitábamos más ayuda de la que él nos podía proporcionar, y un par de magos de la guerra eran perfectos. ¿Que Pritkin quería usarme y después traicionarme? Muy bien, pero éramos dos los que podíamos jugar a ese juego. Yo dejaría que me ayudase a superar los obstáculos y, en cuanto encontrásemos a Myra, le daría la patada a él y usaría la trampa que había conseguido atrapar a las Grayas contra ella.

Sonreí al mago.

—Suenan interesantes. Quizá podamos llegar a un acuerdo, después de todo.

Aquella tarde fue muy instructiva. A pesar de que me había criado en la corte de un vampiro, mis conocimientos mágicos no eran muy grandes. A los clarividentes se les ve como la escoria del mundo mágico, gente con muy poco talento real que se ganan la vida contándole a la gente normal lo que quiere escuchar. Cosas del tipo: « El nombre de tu alma gemela empieza por » « M » , o « S » , o « R » , o cualquiera de las letras más comunes del alfabeto; pero, claro, la clarividente siempre necesita sesiones posteriores para llegar a saber quién es exactamente. Sesiones caras. Nunca he hecho algo así, ni siquiera cuando he estado pelada de dinero. He podido hacer trampas en los casinos si me encontraba desesperada, pero nunca me he mofado de mi don. La mayoría de los magos en casa de Tony, sin embargo, menospreciaban mis visiones achacando a la casualidad el hecho de que se cumplieran y no querían tener nada que ver conmigo.

Los vampiros, por supuesto, tienen un talento mágico innato propio y no me refiero sólo al poder que les convierte en seres animados. La mayoría adquieren capacidades útiles si sobreviven el tiempo suficiente, y algunas de ellas pueden ser muy espectaculares. He visto a vampiros levitar y elevar a otros, despellear un cuerpo estando en el extremo opuesto de la sala y sacar un corazón latiente del pecho de alguien con sólo pensarlo. Sin embargo, el tipo de magia que hacen los magos está por encima de ellos y los magos pierden sus capacidades si se convierten, así que no hay vampiros magos.

Creo que aprendí más de magia en aquella tarde que en diez años en casa de Tony. Todo comenzó cuando Pritkin volvió a desnudarse para que Mac pudiera acabarle el tatuaje y yo le pregunté por qué perdía el tiempo con algo así ahora. Si le preguntaba era principalmente para distraer mi atención en otra cosa que no fuera su cuerpo, que de repente me resultaba mucho más atractivo de lo que debería. De verdad que deseaba que los efectos colaterales de toparme con un incubo se fueran pronto.

—Como te ocurre a ti, mi magia no es fiable en el Reino de la Fantasía —respondió Pritkin.

Parecía como si lo que de verdad quisiera fuese mandarme a tomar por culo, pero como habíamos acordado convertirnos en aliados, tenía que hacerse el bueno. Decidí aprovecharme de aquello mientras durara, y sospechaba que no

sería mucho tiempo.

—¿Y entonces, qué, vas a ir enseñando tu varonil tatuaje por el Reino de la Fantasía?

Mac soltó una carcajada; pero, aunque la cabeza de Pritkin estaba vuelta hacia el lado contrario de donde me encontraba yo, podía adivinar que estaba jurando en hebreo. Sus hombros se tensaron, lo que contrajo el resto de su anatomía de un modo interesante. Me levanté a por otra Coca-Cola.

—Es un tatuaje especial —me contó Mac alegremente, cogiendo algo que parecía como un cepillo de dientes eléctrico sin cerdas—. Si lo hago bien, debería dejar grabada su aura, su piel mágica, así como la física. Cuando active sus escudos, se manifestará como un arma real. Y, dado que hemos aprendido esta técnica de los duendes, debería funcionar en el Reino de la Fantasía incluso mejor que aquí.

Dicho eso, colocó el cabezal del cepillo en la parte superior de la espada y empezó a grabar la tinta sobre la piel. Pritkin no se arredró, pero los músculos de sus brazos sobresalieron un poco más. Le di otro sorbo a la Coca-Cola y dejé de intentar no mirarle.

—No lo pilló —repose un minuto después—. Tenéis armas —y aquello era decir poco—, ¿por qué no confiar en ellas?

Mac respondió, aunque su atención seguía centrada en la espalda de su víctima, sobre la que se había detenido un momento para limpiar restos de sangre.

—Las armas convencionales no les harán gran cosa a los duendes. Hace falta material mágico para resistir a la clase de cosas que pueden desplegar; pero, como dijo John anteriormente, nuestra magia no funciona en el Reino de la Fantasía —explicó, volviendo a grabar la piel de Pritkin, que esta vez sí se movió ligeramente—. Al menos, no la mayoría, y el tipo de cosas que si lo harían no están a nuestra disposición.

—¿Qué tipo de cosas?

—Oh, varias cosas —contestó Mac, con su pequeña herramienta haciendo un ruido mientras rasgaba la piel de Pritkin.

Mac se detuvo un momento a consultar el voluminoso grimorio que tenía apoyado encima del taburete que estaba junto a él y después murmuró algo sobre el tatuaje parcialmente terminado. La imagen brilló durante un momento y después volvió a apagarse. Mac refunfuñó y volvió al trabajo.

—Lo que nos sería realmente de ayuda serían bombas de vacíos. Lo único, que son difíciles de conseguir y si las usas sin autorización firmas tu sentencia de muerte. Incluso si estuviéramos dispuestos a arriesgarnos, por alguna razón el mercado negro no confía en nosotros... muchos años sacándoles a patadas del negocio, supongo.

—¿Qué son las bombas de vacíos?

—Objetos perversos, pero que está bien tener cerca en aquellos lugares en los que hay magia que no sabes cómo contrarrestar. Nadie sabe quién las inventó, pero llevan siglos rondando por ahí. Cuando los magos oscuros se apoderan de un vacío, un mago que ha nacido con la capacidad de perjudicar al mundo mágico, le extraen la fuerza vital y la meten dentro de la esfera. El mago acaba muerto, pero toda su capacidad vital queda atrapada en un paquete extremadamente potente. Si explota, también en el Reino de la Fantasía, toda la magia se detiene o se queda descontrolada durante un rato. El tiempo que dura así depende de la fuerza del vacío y de los años de vida que le quedaban cuando fue vaciado.

—Interesante —musité, me sentía algo enferma—. ¿Qué aspecto tienen?

Tuve la precaución de no mirar a mi petate, que estaba apoyado inocentemente en el suelo, junto a la nevera.

Pensé que había conseguido mantener mi tono de voz sin alteraciones, pero Pritkin debió notar algo porque volvió la cabeza para mirarme a la cara.

—¿Por qué? —preguntó estrechando los ojos, no sé si de dolor o suspicacia, hasta el punto de que sólo se veía una delgada línea verde entre sus pestañas claras.

Me encogí de hombros.

—Sólo preguntaba. Tony solía tener armas por todas partes en todo momento. Quizá haya visto alguna.

Mac meneó la cabeza, con su cara atenta sobre la espalda de Pritkin.

—No es muy probable, cielo. Cuestan una fortuna, porque los vacíos que son lo suficientemente fuertes como para hacer una bomba así escasean y están bien protegidos. La mayoría de las que han llegado a nuestros días son del siglo pasado. Los vampiros solían cazar vacíos antes de la tregua, lo que explica que hoy en día casi no queden. A la mayoría se les borró del mapa, familias enteras fueron destruidas para engordar los arsenales vampiros.

—Entonces, ¿nunca habéis visto ninguna de esas bombas?

—Oh, me he encontrado con unas pocas a lo largo de los años. El Círculo las compra y se queda con ellas para mantenerlas alejadas de las manos de los vampiros. La casa de subastas de Donovan adquirió una en Londres, allá por el sesenta y tres. El Círculo no estaba muy contento cuando rechazaron nuestra oferta inicial y la sacaron a subasta pública, pero el viejo Donovan les dijo que era perfectamente legal. Aquella era vieja, yo la examiné y tenía que ser por lo menos del siglo XII, y por supuesto por aquel entonces no había leyes que prohibieran hacerlas. —Mac se detuvo para limpiar de nuevo el tatuaje e hizo una mueca de disgusto al ver la cantidad de sangre que tenía en el trapo—. ¿Quieres hacer una pausa? —le preguntó a Pritkin.

—No, acábalo. —Pritkin tenía los dientes bien pegados unos contra otros, pero sus ojos seguían clavados en mí. No me gustaba el aire de suspicacia que había en ellos.

—¿Qué pasó en la subasta?—pregunté, con la esperanza de que Mac acabara dándome una descripción antes o después.

—Oh, la compramos —explicó, volviendo al trabajo—. No había otra opción, en verdad. Costó una fortuna, aun así, te lo digo yo. Seguí pidiendo una autorización para poder pujar más hasta que el Consejo me dijo que dejara de molestarles y que me limitara a conseguir la puta bomba, costase lo que costase. Con todo, me parece que no entraba en sus planes gastarse un cuarto de millón por una bolita de plata, a juzgar por las quejas que escuché cuando regresé. Pero no me podían hacer nada, me había limitado a cumplir órdenes.

La expresión «bolita de plata» me rondaba por la cabeza mientras trataba de que mi gesto no indicara nada. No debí hacerlo muy bien.

—¡Tú has visto una! —me acusó Pritkin.

Me habría gustado contestarle «*Seh*, hay un par de ellas en ese petate de ahí», pero no sabía hasta qué punto podía confiar en mis nuevos «aliados». Pritkin necesitaba mi ayuda, así que tenía mis dudas de que pudiera agarrar la bolsa y largarse de allí, pero ¿y Mac? ¿Un cuarto de millón de libras de los años 60 cuánto sería hoy? No tenía ni idea, pero la respuesta podría ser suficiente para hacer que la lealtad del bueno de Mac se tambaleara. Su negocio no parecía lo que se dice próspero y hasta los magos pueden sentirse tentados ante la idea de una jubilación anticipada.

—Tal vez. Hace ya tiempo.

Miré hacia Mac, y Pritkin pareció disgustado por ello.

—Se está jugando la vida en este empeño. Puedes fiarte de él como lo haces de mí —insistió con impaciencia.

Levanté una ceja y Pritkin explotó. El rostro se le había ido enrojeciendo según le hacían el tatuaje, cada centímetro le costaba un triunfo, y creo que necesitaba tener a alguien a quien poder gritar.

—¡Si no confías en mí, esto no va a funcionar nunca! ¡Muy pronto va a haber ocasiones en que nuestras vidas dependan de si podemos trabajar codo con codo! Si no puedes fiarte de mí, dílo ahora. ¡Prefiero hacer esto por mi cuenta que acabar muerto porque tú estés segura de que tengo una doble cara!

Le eché un trago a la Coca-Cola y seguí sin perder la compostura.

—Si no pensara que puedo fiarme de ti hasta cierto punto, ya me habría marchado. La hora se te acabó hace algunos minutos —argumenté, posando la vista entre él y Mac—. Pongamos que, hipotéticamente, sé dónde pueden encontrarse esas armas. Yo te las describo y tú me dices qué se puede hacer con ellas. Si llegamos a la conclusión de que pueden ser de utilidad, quizá te diga dónde puedes encontrarlas.

Pritkin parecía furioso, pero Mac se encogió de hombros.

—Parece justo —se detuvo para cambiar los colores de la tinta, después de terminar todas las partes doradas de la espada—. Adelante.

—Vale.

No tenía que pensármelo, porque lo único que había cogido del Senado aparte de las trampas y las bombas de vacíos era una pequeña bolsa de terciopelo. Dentro de ella había un montón de pastillas de hueso con runas toscas grabadas sobre ellas. En la parte superior había tallados unos agujeros por los que se anudaban unas correas como si alguien las hubiese llevado puestas en lugar de usarlas para lanzar hechizos. Se las describí a Mac, que dejó de trabajar para quedarse mirando, con la boca abierta.

—Eso es imposible —musitó. Pritkin no dijo nada, pero me daba la impresión de que sus ojos podían abrir un boquete en mi interior en cualquier momento—. No te estoy diciendo que seas una mentirosa, Cassie, pero si un gánster del tres al cuarto como Antonio tiene las runas de Langgarn, yo...

—Que no es él quien las tiene —le cortó bruscamente Pritkin—. ¿Dónde las has visto?

—Estamos hablando de hipótesis —repuse y o.

—¡Señorita Palmer!

—Puedes llamarme Cassie —insistí. Teniendo en cuenta que probablemente quería acabar matándome, tanta formalidad sonaba un poco extraña.

—Responde a la pregunta —farfulló Pritkin entre dientes. Teniendo en cuenta que Mac no había vuelto a trabajar sobre su espalda, supuse que yo era la causa de tal enfado.

—Te diré lo que sé —intervino Mac—, pero no es mucho. Cuenta la leyenda que las runas fueron hechizadas por Egil Skallagrímsson a finales del siglo X. —Ante mi mirada de ignorancia, Mac ahondó en la explicación—. Egil era un poeta vikingo y un camorrista; no en vano, se cobró su primera vida con seis años cuando mató a otro chico por una disputa de un juego de pelota. Con todo, fue uno de los mejores maestros de runas que ha habido nunca. Por supuesto, algunas historias cuentan que robó las runas de Gunnhild, la reina bruja de Eric el Sanguinario, rey de Noruega y del norte de Inglaterra. Y como se dice que Gunnhild tenía sangre de duende, es posible que alguien hubiera hechizado las runas mucho antes en el Reino de la Fantasía.

—Mac. —Pritkin le llamó la atención cuando parecía que su amigo empezaba a irse por las ramas.

—Oh, está bien. Bueno, hay un montón de historias sobre Egil, la mayoría de las cuales quedaron registradas en sus propios poemas. Egil se describía a sí mismo como una figura más allá de la vida que lograba cosas imposibles, como enfrentarse a un número ingente de adversarios y acabar con ellos con una sola mano, prender graneros con solo mirarlos, poner a reyes bajo sus pies con el único poder de sus palabras y sobrevivir a numerosos ataques contra su vida. Gunnhild se convirtió en su enemiga, bien porque le robó las runas o porque mató a su hijo, las historias no coinciden en este punto; pero, aun así, llegó hasta los

ochenta en una época en la que la mayoría de los hombres morían en torno a los cuarenta. Siempre he pensado que era un tipo interesante.

—¿Y qué es lo que hacen las runas? —Trataba de no parecer impaciente, pero me hacían falta hechos útiles, no una clase de historia.

—Se rumorea que en algún momento hubo una colección completa, pero se deshizo hace siglos. Tampoco importa, porque se usan por separado. Cada una tiene un poder diferente asociado a ella, y la única limitación que tienen es que hay que recargarlas durante un mes después de utilizarlas. Las que quedan tienen un gran valor. Se dice que no existe protección contra ellas y que incluso las bombas de vacíos no tienen mucho efecto sobre ellas.

Le lancé a Mac una mirada escéptica. Nunca había oído hablar de ningún elemento mágico que no pudiese ser contrarrestado. Casanova había intentado venderme esa moto con mi *geis*, pero hasta Pritkin había admitido que casi seguro que existía una forma de neutralizarlo. Lo único que todavía no sabía cuál era.

Mac meneó la cabeza.

—Suena genial, ¿no? El caso es que el Círculo tiene en su poder dos de los discos y yo estaba allí hace veinte años cuando usaron uno para probar una nueva protección que acababan de desarrollar. La cosa en cuestión era como un muro, no había nada que pudiera traspasarlo, y con nada quiero decir nada. Veinte de nuestros mejores magos lo intentaron durante gran parte de la mañana, lo golpearon con todo lo que tenían, pero ni siquiera se inmutó. Entonces el viejo Marsden, que por aquel entonces estaba al frente del consejo, sacó las runas y decidió usar la Thurisaz. Nunca podré olvidarme de aquello, al menos no mientras viva.

—¿Qué ocurrió? —apunté.

—Si no llegaste a conocer a Marsden, te resultará difícil hacerte una idea visual de todo esto, pero imagínate al tipo más viejo, enjuto y menos amenazante que hayas visto nunca. Su magia era aun lo suficientemente potente en ese momento, no se retiró hasta hace unos pocos años, pero era viejo. Le temblaban las manos y casi siempre se manchaba de comida la pechera porque no veía tres en un burro. Se iba chocando con las cosas pero no se ponía gafas ni usaba hechizos que le mejoraran la vista. Seguía diciendo que no le hacían falta, pero tampoco dejaba de darle la mano a los percheros. A juzgar por su aspecto cualquiera habría dicho que había que meterlo en un asilo, cualquiera que no se hubiera cruzado con él, claro. Porque cuando eso ocurría, uno se daba cuenta de porqué había estado al frente del Consejo durante siete décadas.

—¡Mac!

—Vale, vale. Bueno, Marsden empleó la Thurisaz sobre sí mismo y lo siguiente que cualquiera de nosotros pudo ver fue que ya no estaba por ningún sitio y que en su lugar había un enorme, y digo bien, enorme, ogro. Era tan alto

que tenía que agacharse para no darse contra el techo, ¡y eso que la Cámara del Consejo tiene una altura de siete metros! Agarró en alto la mesa del Consejo, que estaba hecha de madera de roble antigua y pesaba Dios sabe cuánto, y la arrojó de tal forma que atravesó toda la Cámara. Cuando rebotó contra la protección sin ocasionar ningún daño, aquella cosa soltó un bramido que me dejó sordo durante sus buenos diez minutos, y después volvió a la carga. El cometido de la protección era mantener intacto un pequeño jarrón que había en su interior y, hasta ese momento, no se había inmutado ni uno de los pétalos de las flores que tenía. Menos de un minuto después de que se hubiese activado la Thurisaz, la protección cayó y el jarrón quedó convertido en polvo.

—Qué... increíble.

Con mi incursión en el Senado esperaba encontrar armas y parecía que finalmente había tenido suerte y había dado con algunas. Sabiendo lo aficionado que era Tony a las sorpresas desagradables, seguro que me iban a hacer falta.

—Sí, bueno, esa parte estuvo bien, pero después nos vimos con un ogro desbocado entre manos, ¿no? Y no podíamos cargárnoslo sin llevarnos por delante también al jefe del Consejo. No es que ninguno de nosotros estuviere muy seguro de querer enfrentarse a esa cosa. Más bien todos salimos huyendo despavoridos hacia la puerta a escondernos como conejos asustados. Nos reunimos fuera y debatimos durante casi una hora sobre qué debíamos hacer, toda vez que acababa de destrozar las protecciones que velaban por la seguridad de la Cámara y estaba ya absolutamente fuera de control. Entonces el viejo Marsden apareció tan campante, y finalmente se tomó la molestia de aclararnos que el hechizo solo duraba una hora.

—¿Y qué hacen el resto de las runas? —pregunté—. ¿Hay un libro o algo?

Mac miró a Pritkin.

—Igual Nick tiene algo. No sé nada sobre los poderes de cada una, sólo conozco lo que cuentan las leyendas típicas.

Pritkin le ignoró.

—¿Cuántas tienes? —me preguntó. Aunque la pregunta estaba formulada con calma, una vena le palpitaba visiblemente en la frente.

Tenía mis dudas, pero si quería descubrir para qué servían estas cosas, tenía que ceder algo de información.

—Tres.

—¡Santo Dios! —exclamó Mac dejando caer la herramienta con la que le estaba haciendo el tatuaje a Pritkin. Un pequeño tornado grabado en el bíceps de su brazo derecho empezó a arremolinarse incluso con más entusiasmo.

—Describelas. —Pritkin parecía estar viviendo todo aquello con gran intensidad, pero no con el asombro de su amigo.

—Ya lo he hecho.

—¡Los símbolos! —insistió impacientemente—. ¿Qué runas son?

Mac medió en el asunto.

—Si me las dibujas, yo puedo...

Le corté y fruncí el ceño. Quizá pensaran que era una rubia tonta, pero como que no. Era una clarividente, ¿de verdad se pensaban que no conocía mis runas?

—Hagalaz, Jera y Dagaz.

—Voy a ver.

Mac dio un salto y pasó a la sala contigua, donde le oí coger el teléfono. Se me pasó por la cabeza que podía estar pidiendo refuerzos, pero lo dudaba. Aun no sabían dónde estaban las armas, y nadie pensaría que iba a llevar algo así encima en mi bolsa. Ahora que lo pensaba, no me entusiasma mucho la idea tampoco.

—¿Dónde las conseguiste? —inquirió Pritkin.

No se me ocurría ninguna razón para ocultárselo.

—En el mismo sitio donde me hice con las Grayas. El Senado.

—Seguro que no te las dieron sin más.

—No exactamente. —Decidí cambiar de tema—. *Ejem*, ¿no sabrás por un casual cómo puedo volver a meter de nuevo a las señoritas en su estuche, no?

Llevaba un rato preguntándome cuál sería el hechizo que hacía falta para atrapar a Myra en la cajita en la que habían estado metidas ellas. Sería muy práctico que Pritkin se limitase a dármelo sin más.

—Cuéntame lo que sabes de las runas.

Joder, el tío era de ideas fijas.

—Cuéntame tú lo que sepas de las Grayas e igual me lo pienso.

—Tienen que trabajar para ti durante un año y un día después de su liberación, o bien hasta que te salven la vida. A partir de entonces, quedarán libres y podrán volver a aterrorizar a la humanidad.

Me quedé mirándole.

—Eso no es lo que te he preguntado. ¡Y no las dejé salir a propósito, lo sabes!

—¡No deberías haber sido capaz de hacerlo de ningún modo! Es un conjuro muy complicado. ¿Dónde lo aprendiste?

Decidí no mencionar que lo único que hice fue coger la esfera. Pritkin ya creía que yo era peligrosa, no hacía falta echar más leña al fuego. Y tal vez aquello no quería decir nada. La cajita podía haber sido defectuosa, no había manera de saber cuánto tiempo llevaban ahí metidas. Por supuesto, si no funcionaba bien, no podía usarla con Myra. Me preguntaba si habría alguna manera de probarla.

—¿Y bien? —Era obvio que no era precisamente un tío paciente.

—¿Sabes cuál es el conjuro para volver a meterlas dentro o no?

—Sí. —Ya estaba, eso fue lo único que me respondió.

—Entonces quizá podamos llegar a un trato. Tú me dices cuál es el conjuro y quizá yo te digo dónde están las armas.

—Me lo vas a decir de todas formas —repuso él—. No puedes acercarte a tu

vampiro sin mi ayuda, así que nunca tendrás la oportunidad de usarlas. Es más, quizá ni con mi ayuda sea suficiente. Tenemos que aprovecharnos de cualquier cosa que nos pueda ser útil.

Mac volvió antes de que pudiera pensar en una buena réplica.

—Nick me ha estado haciendo muchas preguntas sobre por qué quería saberlo, pero creo que he conseguido disuadirlo —explicó, mientras consultaba una nota garabateada sobre su mano—. Dice que esas dos fueron adquiridas en una subasta en Donovan allá por 1872. Un postor anónimo sobrepujo al Círculo y acabó pagando una fortuna por ellas. Desde entonces nadie volvió a oír hablar de ellas —prosiguió, mirándome—. De verdad que me gustaría saber dónde las has encontrado.

—No las ha encontrado, las ha robado. Del Senado —le corrigió Pritkin.

Mac soltó un silbido.

—Quiero oír esa historia.

—Quizá luego —repliqué, deseando que algo así le valiese.

—Está bien, pero me lo apunto —me recordó mientras volvía a consultar sus notas—. Todo esto son fundamentalmente rumores, pero Nick conoce bien las leyendas relativas a las runas, así que es más o menos lo mismo que podríamos llegar a saber por nuestra cuenta. Si alguien usa la Hagalaz desencadenará una granizada tremenda que atacará a cualquier cosa que se encuentre cerca, excepto al que la haya invocado y aquellos a quien este desee proteger. He dado por supuesto que eso quiere decir que cualquiera que esté bajo sus escudos estará protegido, si bien Nick no estaba seguro de ello. Si el hechizo se invierte, calmará hasta la tormenta más violenta.

Se me encendieron los ojos. Aquello sí que podía resultar útil. Mac leyó unas cuantas líneas en silencio y se aclaró la garganta. Posó su mirada sobre mí.

—Jera es... bueno, dicen que es, quiero decir...

—Es una piedra de la fertilidad —continué yo, esperando así desatascarle—. Provoca que haya una época de abundancia y de buenas cosechas.

—Sí, más o menos. Se cree que provoca... *ejem*, que ayuda en, más bien, hay quien cree que...

Pritkin le arrancó el papel de las manos y leyó por encima el párrafo que parecía estar dándole tantos problemas a Mac.

—Se anuncia como un potenciador de la virilidad, una especie de versión mágica de la Viagra —resumió, lanzándole a Mac una mirada fulminante—. ¿Eso es todo? ¿No tiene más propiedades?

Mac parecía avergonzado.

—Nick no lo sabía. Lo único que tenía era la descripción de la subasta y ya se sabe que ese tipo de textos se construyen para tratar de conseguir el mayor número de pujas. Puede que tenga otras propiedades; pero, si es así, no las mencionaron. No obstante, lo hechizaron en una época en la que se accedía a los

tronos a través de los vínculos familiares. Por aquel entonces asegurar la sucesión era un objetivo igual de importante, si no más, que cualquier arma. Y tener el poder de inhibir la fertilidad de tus contrincantes era una gran ventaja, pues sembraba la confusión en sus tierras y hacía inevitable la guerra civil a la muerte del rey, lo cual te daba la opción de invadir en medio del caos.

Pritkin frunció el ceño.

—Es posible, pero nos sirve de poca ayuda. ¿Y la última? ¿Dagaz?

—Un hito —murmuré—. Marca un antes y un después.

Realmente una de esas sí que la podía usar.

Mac asintió con la cabeza.

—Tradicionalmente, sí, ese es el significado. Otra cosa es cómo se interpreta si se da el caso de una batalla de runas... —matizó, encogiéndose de hombros—. Sobre esto Nick no sabe más.

—¿Y tampoco tiene ninguna idea aproximada al respecto? —preguntó Pritkin antes de que yo pudiera hacerlo.

—No, ninguna. —Al ver nuestras caras, Mac levantó las manos—. ¡No matéis al mensajero! Esta runa no se compró con las otras; de hecho, nadie ha oído hablar de que se hubiera puesto a la venta. Así que no hay mucha cuerda de la que tirar.

Me sentía frustrada. Una runa que no servía para nada ya me era suficiente, no me hacían falta dos.

—¿Y por otras fuentes?

Mac meneó la cabeza.

—Nick ha dicho que volvería a comprobarlo, pero la cabeza de ese tío es como un ordenador, cielo. Dudo que se haya olvidado de algo, especialmente teniendo en cuenta que es su pasatiempo favorito. La runa aparece mencionada en varias fuentes antiguas, pero ninguna dice nada sobre lo que hace.

—Hay una forma de enterarse —zanjó Pritkin. Levanté una ceja—. Utiliza la runa.

—¿Estabas dormido cuando conté la historia del ogro destructor o qué?

—Si te da miedo, la utilizaré yo —dijo Pritkin con gesto despectivo—. ¿Dónde está?

Suspiré y volví a tratar de recordar cosas acerca de esa runa. Me hacía falta de verdad saber qué era lo que hacía y, si Pritkin quería arriesgar el cuello para enterarse, ¿quién era yo para detenerle? Además, tenía razón en una cosa: sin su ayuda, quizá no llegaría nunca a Tony antes que los demás; e, incluso si lo hacía, ¿qué pasaba si la runa era otra como la Jera? Tenía que saberlo no fuera a ser que la usara sobre el gordo y acabara poniéndolo bien cachondo. Sólo de pensarlo me entraban escalofríos. Mac me lanzó una mirada inquisitiva.

—Has dicho que las runas tienen que recargarse después de cada uso —le recordé—. Si la usamos ahora, no podremos volver a usarla en un mes.

Pritkin contestó antes de que su amigo pudiera hacerlo.

—Es posible. En todo caso, si no ha sido usada durante siglos, puede que haya acumulado suficiente carga como para poder ser utilizada varias veces.

—No sé si la han usado últimamente o no.

—O simplemente ese efecto acumulativo puede hacer que el primer uso que se haga genere unos efectos especialmente potentes —apuntó Mac.

Pritkin parecía enfadado con su amigo, pero a mí me parecía que tenía razón en lo que decía.

—Hay una cosa clara —repuso Pritkin con impaciencia—. No podemos hacer planes sobre cuándo usarla si no sabemos qué es lo que hace. Tal y como está ahora, no nos sirve para nada. Si la usamos, no será más inútil de lo que es ya.

Me habría gustado seguir discutiendo con él, pero no pude.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar.

Suspiré.

—Prométeme que me dirás cuál es el hechizo para atrapar a las Grayas y te lo diré.

Ni siquiera se detuvo a pensarlo.

—Hecho.

Me encogí de hombros.

—En ese petate de ahí.

Pensé que los dos magos iban a romper algo en su intento por llegar cuanto antes a la bolsa. Mac golpeó a su colega, pero sólo porque estaba más cerca y los pantalones sin abrochar de Pritkin amenazaban con caérsele por el camino. Observé cómo se los abrochaba con cierta decepción, para después darme una bofetada mental por aquello. Tal y como iban las cosas, iba a necesitar ir a terapia.

Mac empezó a colocar cosas en la parte alta de la nevera, una tras otra. Sus movimientos eran reverenciales, como los de alguien que estuviera manejando nitroglicerina. Las dos bombas de vacíos mostraban un leve brillo plateado bajo las luces que pendían sobre nuestras cabezas. Debajo de ellas estaba el estuche aparentemente insignificante que había tenido recluidas a las Grayas durante no se sabe cuántos siglos. Finalmente, Mac agarró la bolsita de terciopelo y con cuidado, de una en una, colocó las piedras de las runas delante del resto de objetos.

Tuvo que hacer varios intentos hasta que consiguió pronunciar sus primeras palabras después del descubrimiento.

—Menuda colección —murmuró sin respiración. El tótem del lobo que tenía tatuado en su espalda dejó su aullido a medias y se asomó por encima de su hombro para ver qué era todo aquel jaleo.

—¿Esto era todo? —preguntó Pritkin—. ¿Cogiste todo lo que tenía el Senado?

—¡Claro que no! Sé que estamos en medio de una guerra, estaba allí cuando estalló, ¿recuerdas?

—¿Qué más cosas tienen? —preguntó Pritkin, mientras Mac estaba allí de pie babeando ante los objetos, colocados sobre su nevera.

—Ninguna que te importe —le corté.

Llegué a la conclusión de que era mejor dejar que pensara que había tenido el valor suficiente para llevar a cabo un peligroso asalto al Senado. Sonaba mejor que la verdad. De hecho, acababa de volver de un viaje al pasado con Mircea y me encontré con que la Cónsul nos estaba esperando. La Cónsul intentó tocarme, pero instintivamente yo me eché para atrás y, gracias a lo impredecible de mi nuevo poder, acabé retrocediendo en el tiempo tres días. El retroceso se produjo en el tiempo, pero no en el espacio, así que me vi todavía en el sanctasanctórum

vampiro de la MAGIA. Como su alijo de bienes mágicos estaba literalmente delante de mis narices, decidí hacer acopio de unos cuantos antes de emprender mi huida.

Tenia prisa porque casi seguro que sus protecciones les habían informado de que estaba allí. Me detuve sólo lo suficiente para agarrar el material que había en un estante y no reparé en lo demás. No obstante, teniendo en cuenta que la unidad que alojaba el tesoro oculto de los vampiros era más elevada que yo, estaba casi segura de que no les había dejado indefensos.

—Vamos a necesitar ayuda en el Reino de la Fantasía —señaló Pritkin, haciendo un esfuerzo palpable por contener su genio—. Si robaste estas cosas, podrías conseguir más.

—¡No voy a ir a robarles el resto de sus armas! ¡Están en guerra!

Podía ser que estuviera enfadada con Mircea, pero dejarle a merced de Rasputín y sus aliados no entraba en mis planes. Por no mencionar que mi viejo amigo Rafe estaba con él. Había un montón de vampiros malos por ahí, pero no a todos los habían cortado por el mismo patrón, independientemente de lo que Pritkin quisiera creer.

—En cualquier caso, no podría regresar allí sin usar mi poder, y estoy intentando evitar eso.

—¿Por qué? —Pritkin parecía perplejo de verdad—. Es la mejor arma que tienes.

—También es la que da más miedo. Como bien señalaste, no sé lo que estoy haciendo. Y si se me escapa de las manos, puedo acabar matando a mucha gente.

—¿Es por eso por lo que no nos sacaste del Dante? —preguntó. Cuando yo asentí con la cabeza, su rostro se vio empañado por una expresión que conjugaba extrañeza y enfado—. Eso no tiene sentido. ¡Fuiste tú la que nos llevó al siglo XIX antes, cuando intentabas escapar de mí!

—¡No es verdad!

—Estaba allí, ¿recuerdas? —replicó furiosamente—. Tu amante casi acaba conmigo.

A no ser que contáramos una experiencia extracorporal, Mircea y yo no éramos amantes. Y gracias al *geis*, no podía arriesgarme a que lo fuéramos nunca. Sin embargo, a Pritkin no intenté explicárselo. No era asunto suyo y estaba harta de tener la sensación de que estaba siendo constantemente sometida a un interrogatorio en el que él era el juez, el jurado y, posiblemente, el ejecutor.

—Me da igual si te lo crees o no —repuse lo más calmadamente que pude—, pero no tuve nada que ver con que acabáramos en aquel teatro. Simplemente, el poder se activó, no sé por qué. Lo único que hice fue sacarnos de allí tan rápido como pude.

—La pítia controla el poder, no a la inversa —insistió Pritkin, tachándome de

mentirosa.

—Cree lo que quieras —zanjé, de repente me sentía harta. Discutir con él era algo que cansaba enseguida, porque nunca parecía que fuera a arreglar nada—. Si lo que dijiste antes sobre que necesitábamos cualquier ayuda que pudiéramos encontrar es verdad, tengo un trabajo para Mac.

Mac miró hacia arriba, con el gesto aún confuso.

—¿Cómo?

—Mi protección —le aclaré, bajándome la parte de atrás de mi camiseta de tirantes para enseñarle la parte de arriba del pentáculo—. Pritkin dijo que el Círculo lo había desactivado. ¿Puedes arreglarlo?

—Yo no dije «desactivar». Eso sería imposible —me corrigió Pritkin mientras Mac se movía para echar un vistazo—. A distancia, el Círculo solo puede bloquearlo y es casi seguro que lo han hecho porque tendrían miedo de que lo usases contra ellos. Si no, no se entiende que hayan cerrado la conexión, porque en cuanto se encendiese tu protección, ellos sabrían aproximadamente dónde te encontrabas y sabemos que te quieren encontrar a toda costa. —De repente, Pritkin se acercó tanto que llegaba a invadir mi espacio íntimo—. Tu explicación de lo que hace el poder no tiene sentido. —Su voz se hizo áspera—. No si eres realmente la pítia.

Supongo que me estaba intentando intimidar, pero lo cierto es que no le salió muy bien. Se detuvo como a un par de centímetros de mí, con su pecho desnudo justo delante de mi línea de visión. Tenía algo de pelo sobre los músculos, que estaban duros, brillantes y bien definidos. Además, la deficiente ventilación del lugar había provocado que regueros de sudor comenzaran a resbalar de forma fascinante a través de todo ese pelo. Los únicos hombres a los que había tocado en mi vida eran lampiños, o casi, así que tenía el deseo imperioso de deslizar mis manos entre aquellos rizos rubios y húmedos para comprobar qué figuras podía dibujar con ellos entre mis dedos.

No tenía ni idea de porqué el mago, que no me gustaba para nada, estaba provocándome una reacción así, pero me sentía como alguien que lleva semanas muriéndose de hambre y de repente avista un helado con sirope de chocolate. Las manos me sudaban y la respiración se me aceleraba hasta el punto de que en el momento menos pensado iba a empezar a jadear. Decidí apartar la vista de su torso no fuera a ser que acabase perdiendo el control, pero aquello no fue de gran ayuda pues, al bajar la mirada, mis ojos se toparon con otra musculatura, igualmente sobresaliente por el enfado, que quedaba oculta bajo los pantalones ajustados de Pritkin. Tragué saliva e hice esfuerzos por controlar la situación, para no acabar entregándome al deseo ardiente de arrancarle los pantalones.

Casi había conseguido echarme un poco hacia atrás, lo cual era todo un triunfo aunque aquello implicase que él pudiera pensar que había conseguido intimidarme. Después de todo, aquello era mejor que contarle la verdad. Sin

embargo, justo en ese momento cometí el error de mirarle a los ojos. Al final descubrí por qué Pritkin siempre me había parecido un poco extraño: sus pestañas y cejas tenían un color rubio rojizo tan parecido al de su piel que, a la distancia, no permitía distinguirlas de la tez. Pero ahora me encontraba tan cerca de él como para comprobar que, en realidad, sus pestañas eran largas y densas. No solo eso, sino que además flanqueaban unos ojos de ese color verde claro tan infrecuente que no muestra matices de ninguna otra gama.

A pesar de que tenían órdenes estrictas de hacer lo contrario, mis manos se posaron sobre él, dibujando los músculos de su pecho. Las pupilas se le expandieron hasta tal punto que los ojos se le volvieron casi negros y el rostro se vio inundado por una mirada de extrañeza, quizá más intensa que la que habría tenido si le hubiera abofeteado. Con todo, no se apartó. Sentí un extraño castañeteo en las manos cuando le oprimí los pectorales y le noté la piel más caliente incluso de lo que debía estar por la nefanda ventilación de la tienda. Tal vez yo tenía algo que ver en aquello. Me daba igual: por la cabeza no me pasaba otra cosa que encontrar la manera de descubrir cómo bajar aquella puta cremallera.

Antes de que pudiera continuar con aquel plan, Pritkin me agarró por las muñecas. No estoy segura de si con aquel gesto quería alejarme o acercarme más y, a juzgar por su mirada, él tampoco lo debía tener muy claro. No obstante, ninguno de los dos tuvimos la oportunidad de descubrirlo.

De repente, me sentí como si alguien me hubiera rociado con gasolina y hubiera tirado una cerilla encima. No era dolor lo que ardía en mi interior; era agonía, y parecía encender todas y cada una de las células de mi cuerpo simultáneamente. Pegué un grito y di un bote hacia atrás, lo que provocó que acabara golpeando a Mac y que los dos termináramos en el suelo. Pritkin siguió nuestros pasos inmediatamente después porque todavía estaba agarrándome por las muñecas. Entonces escuché vagamente que Mac le gritaba algo a Pritkin, pero no me pude concentrar lo suficiente como para comprender lo que le decía. La espalda se me arqueó y empecé a tener convulsiones como un pez recién sacado del agua, con la única diferencia de que lo que yo quería no era aire, sino algo que me aliviase aquel dolor insoportable.

En ese momento comprendí de verdad lo que debía sentir uno si le quemaban vivo, pues el fuego me desgarraba por toda la columna de arriba abajo y todos mis nervios acababan explotando en una agonía incandescente. Me olvidé de dónde estaba, me olvidé de mis problemas, que de repente parecían triviales hasta el absurdo, al lado de la tortura a la que estaba siendo sometida. Creo que me habría olvidado de mi nombre a los pocos segundos, pero entonces, tan abruptamente como vino, el dolor se marchó.

Me encontré tendida en el suelo de linóleo de la sala de trabajo de Mac, tratando de volver a aprender a respirar. Miré hacia arriba y le vi sujetando a

Pritkin por las muñecas. Obviamente lo estaba apartando de mí y le habría besado incluso por aquello, de no ser porque seguía temblando tanto que no me podía ni sentar. En cuanto resolvió el problema más inmediato, Mac le soltó las manos a Pritkin y se giró hacia mí.

—¿Estás bien? Cassie, ¿me oyes? —Mi cabeza asintió, en ese momento no podía hacer nada más—. Está bien.

Mac parecía desbordado por los acontecimientos, había perdido por completo esa relajada pose tan suya de « Qué pasa, tío» .

—Quédate donde estás. Volveré enseñuida. Y hagas lo que hagas, ¡no toques nada! —insistió.

Mac desapareció por una puerta que conducía a otra sala anexa y, acto seguido, empecé a escuchar que corría el agua por alguna parte. El dolor había remitido, pero su recuerdo había quedado grabado a fuego en mi cuerpo del mismo modo que lo habría hecho una quemadura solar en la retina. Las terminaciones nerviosas de mi cuerpo palpitaban ante un recuerdo vívido y, a pesar de que ya no sentía convulsiones, parecía que un ligero temblor se había asentado en mi interior para no marcharse. Tenía un pavor absoluto a moverme, temerosa como estaba de disparar todo aquello accidentalmente de nuevo.

Me di cuenta a duras penas de que las respiraciones entrecortadas que estaba escuchando no eran mías y volví la vista hacia un lado sin mover la cabeza. Pude ver a Pritkin tumbado sobre su espalda y mirando al techo con unos ojos totalmente blancos. Tenía el rostro intensamente enrojecido, sus músculos estaban completamente tensos y respiraba tan poco hondo como yo. Me dio por pensar que quizá no había sido yo la única afectada.

Mac volvió con una toalla húmeda y me la puso en la frente. Estuve a punto de decirle que me hacía falta algo más que eso, digamos un lingotazo de codeína o una botella de güisqui, pero mi leve gesto no pareció ser de gran ayuda. Observé a una polilla que daba vueltas en torno a la luz halógena que pendía sobre mi cabeza y traté de recuperar mi coordinación motora. La mera idea de sentarme se me antojaba una locura, así que mientras Mac atendía a Pritkin, yo me quedé allí tumbada pensando. Aquel podía calificarse, incluso después de ciertas experiencias memorables en el pasado, como un día de locos. Sólo por eso podría resultar comprensible que me estuviese costando tanto tiempo aclararme las ideas sobre ciertas cosas.

Mis reacciones hacia los hombres a lo largo de todo el día habían sido extrañas. En condiciones normales, los hombres me llamaban la atención lo mismo que a todas las mujeres, pero había tenido un montón de años para aprender a observar de manera discreta antes de actuar. Vivir en una huida constante significaba que cualquier tío con el que me relacionara acababa llevándose como extra una amenaza de muerte para él también. Como no quería que nadie acabase muerto por mi culpa, me aseguraba de mantener las

distancias y, ya se sabe, la experiencia es la madre de la ciencia.

Me resultó difícil concentrarme con Casanova y Chávez delante, pero ¡venga ya! Los dos estaban buenos hasta decir basta, por no mencionar el atractivo adicional de ser poseída por un incubo. Había dado por sentado que estaba mostrando la reacción que cabía esperar de cualquier mujer heterosexual que estuviese cerca de ellos y simplemente daba gracias por no haber arrastrado a uno de los dos, o a ambos, al armario más cercano. Pero Pritkin era otra historia.

No sólo es que me pareciese completamente insufrible, y siempre había sido así desde que nos conocimos; es que, además, nunca le había considerado especialmente atractivo hasta hoy. De acuerdo, tengo que admitir que su cuerpo está bastante bien y que su cara no es tan fea, sobre todo cuando no pone su habitual gesto de desprecio. El pelo es algo más desafortunado, parece como si se lo hubieran repasado con un cortacésped pero, va, nadie es perfecto. Aun así, Pritkin seguía sin ser mi tipo para nada. Nunca me había sentido atraída por los rubios, sobre todo si tenían impulsos homicidas y tenían casi a ciencia cierta mi nombre en su lista de objetivos. Con todo, de repente, me sentía completamente loca por él.

Me incorporé abruptamente, aún mareada, y agarré con serias dificultades la toallita antes de que se me cayera en el regazo. ¿Y si Mircea estaba tratando de amañar las cosas ejerciendo su influencia sobre mi *geis* e intentando obligarme a terminar el ritual? Sabía que podía hacerlo, porque ya lo modificó una vez antes de dar luz verde para que Tomas ocupara su lugar. Quizá podía alterarlo para hacer sitio incluso a más acompañantes, muchos más, a juzgar por lo visto hoy. Me tapé los ojos con las palmas de mis manos mientras notaba como un dolor de naturaleza muy distinta punzaba mi interior. La idea de que a Mircea pudiera no importarle quién completase el ritual, siempre y cuando yo acabase siendo pita de una vez por todas, me sentaba como un jarro de agua fría.

Después de unos minutos, me levanté del suelo, usando la mesa de tatuajes para mantener el equilibrio. Para mi sorpresa, el cuerpo no protestó.

—¿Podría ser que Mircea hubiese alterado el *geis*? —pregunté.

Me sentía orgullosa de habérmelas apañado para mantener la voz tan firme.

Pritkin también había conseguido incorporarse y, a modo de recompensa adicional, se volvió a poner la camisa encima. Me miró y después apartó la vista rápidamente.

—No es muy probable.

—¿Puede alguien contarme qué cojones acaba de pasar aquí? —preguntó Mac.

—¿Entonces por qué, de repente, pierdo el culo por cualquier tío que se cruza en mi camino?

Pritkin miraba atentamente a la pared que había detrás de la nevera y, después de ver que yo empezaba a enfocar la vista en la parte delantera de sus

pantalones, decidí adoptar la misma estrategia.

—El dolor que has experimentado era el *geis* defendiéndote contra un acompañante no autorizado —me explicó—. No será él quien te arrastre hacia otro.

Sentí una repentina oleada de alivio, lo suficientemente fuerte como para hacer que me temblaran las rodillas de debilidad. Me agarré a la mesa con ambas manos e hice esfuerzos por no sonreír como una idiota. Después de unos segundos, conseguí frenar aquel impulso. Quizá Mircea no me la había jugado (esta vez), pero estaba claro que seguía teniendo un problema.

—¿Entonces qué es lo que pasa?

—Pues... no estoy seguro. —Pritkin inspiró entrecortadamente y cerró los ojos. Un momento después el rubor de sus mejillas se había evaporado levemente—. ¿Hubo algo que fuera mal durante el ritual?

—¿Qué ritual? —Mac estaba intentando pillar el hilo, pero sin mucha fortuna. Era más o menos como me sentía yo durante todo el día.

—El ritual de transferencia —le aclaré—, el que hace falta para convertirse en pitia. No sé cómo lo llaman. Agnes lo comenzó, pero dijo que yo tenía que, *ejem...* —Que me detuviera fue una deferencia hacia la anticuada sensibilidad de Mac.

—Pero Mircea se ocupó de eso —insistió Pritkin.

—No exactamente.

Podía entender que se sintiera confuso. Aparte de aquella vez durante el descanso de la obra, la última vez que nos había visto a Mircea y a mí juntos estábamos desnudos y sudorosos. Bueno, técnicamente estaba envuelta en una manta, pero ya sabéis a qué me refiero.

—Nos interrumpieron. Rasputín lanzó un ataque, ¿recuerdas?

—Con total nitidez. —Pritkin frunció el ceño como si estuviese intentando descifrar un enigma complicado—. ¿Me estás diciendo que todavía eres virgen? —inquirió con brusquedad.

Su voz demostraba el mismo nivel de incredulidad que el de cualquiera al que le hubiesen dicho que una nave espacial acababa de aterrizar en el césped de la Casa Blanca. Como si fuera algo remotamente posible, pero altamente improbable.

Dejé de mirar la pared y volví la vista hacia él.

—¡No es que sea asunto tuyo, pero sí!

Pritkin meneó la cabeza con incredulidad.

—Nunca me habría planteado esa opción.

Estaba a punto de enfadarme seriamente con él, pero entonces reparé en la forma en la que ese vello húmedo que tenía en la base del cuello se le rizaba hacia arriba. ¡Joder, joder, joder!

—¿Tienes alguna teoría o no?

—La explicación más probable es que los ritos de la pitia están tratando de completarse por sí mismos.

Me quedé observándole con la mirada perdida durante un momento. No se dio cuenta, estaba demasiado ocupado contando ladrillos en la pared.

—A ver si me entero —dije finalmente, con la voz un poco ahogada a pesar de mis esfuerzos—. Como Mircea no está aquí, el ritual inacabado está empezando a lanzarme a los brazos de otros hombres para completarse de una vez. Pero al *geis* eso no le gusta y está haciéndolo notar torturándome a mí y a cualquiera que se me acerque. ¿Es así? Y lo más importante, ¿va a seguir pasando?

—¿Qué *geis*? ¿Estás bajo el influjo de un *geis*?

—Su maestro vampiro le echó un *dúthracht* y está entrando en conflicto con los ritos de la pitia, que todavía tienen que completarse —explicó Pritkin secamente.

—¡Su puta madre! —Mac se sentó en el taburete, como aturdido por lo que acababa de escuchar.

—¡Contéstame! —insistí yo. Si me hubiera atrevido a tocar a Pritkin, me habría hinchado a darle golpes hasta en el carné de identidad.

—No tengo los suficientes conocimientos sobre los ritos como para saber a ciencia cierta si, llegados a este punto, hay alguna escapatoria —comentó, aunque sus explicaciones no me servían para nada—. Las ceremonias tienen lugar dentro de la corte de la pitia, pero hay pocos documentos que expliquen mucho más acerca del puesto.

—¿Y no hay testigos? —esperaba no dar la impresión de estar tan acelerada como me sentía—. El ritual se hizo una vez para Agnes, ¿no?

—Aquello fue hace más de ochenta años. Ni siquiera aunque quedaran testigos vivos serían de mucha ayuda. La mayor parte del ritual se lleva a cabo en privado. Los únicos que conocen todo el procedimiento son la pitia y su heredera designada.

—Myra. —Estupendo, volvía a estar en el mismo sitio que al principio—. ¿Y entonces qué pasa con el *geis*?

—Ya estás haciendo lo que puedes permaneciendo alejada de Mircea. Eso debería al menos ralentizar el proceso. El único remedio que hay es eliminarlo.

—¿Y como hago eso?

—No puedes.

—¡No me vengas con esas! Tiene que haber una forma.

—Si la hay, no la conozco —replicó hastiado—. Si supiera cuál es, te lo diría. A menos que el ritual quede completado, te seguirá empujando hacia los brazos de los hombres, pero el *geis* se opondrá a cualquiera excepto a Mircea. Y es probable que vaya a peor con el tiempo. El *dúthracht* se vuelve rencoroso cuando encuentra oposición.

—Pero... pero ¿y que me dices de Chávez? —pregunté desesperada—. Él sí que me tocó y no pasó nada. ¡No me retorcí de dolor en la pista de hielo!

—¿Estuviste en la pista de hielo? ¿Por qué? —Pritkin volvía a parecer enojado. No me podía importar menos.

—Para conseguir eso —apunté al petate—. No quería llevarlo al Dante.

—¿Y lo dejaste desatendido en un recinto público, donde cualquiera podía habérselo llevado?

—Estaba en una taquilla —repliqué hoscamente—. ¿Podemos volver a lo que de verdad importa? Me dio la impresión de que empezaba a pasar algo cuando Casanova me tocó. No fue como lo que acaba de ocurrir, pero me sentí como... no sé. Como si pudiera ir rápidamente a peor. Lo que pasó fue que me soltó la mano antes de que estallara todo. Pero Chávez no me afectó en absoluto y a él me lo encontré más tarde. Entonces, si tu teoría es cierta y la reacción va fortaleciéndose, ¿no tendría que haber sido peor?

Pritkin parecía incómodo.

—No lo sé.

—La única razón que se me ocurre —intervino Mac meditabundo— es que el *geis* determina lo grande que es la amenaza en función del nivel de interés de los posibles amantes y actúa en consecuencia. Casanova pudo sentirse atraído por ti de alguna forma y Chávez no. Por tanto, el *geis* identificó a Casanova como la pareja equivocada y como un problema potencial, por lo que le dio un aviso para que dejara estar las cosas. Sin embargo Chávez, aunque también era la persona incorrecta para completar el vínculo, no estaba interesado en ti y, por tanto, no se le percibió como un peligro.

Mac parecía satisfecho consigo mismo, mientras que Pritkin y yo nos miramos el uno al otro invadidos por una creciente sensación de pánico. Como si lo hubiéramos decidido de mutuo acuerdo, ninguno de los dos desveló lo que se derivaba evidentemente del planteamiento de Mac. No quería llegar a esa conclusión. Jamás.

—Por supuesto —continuó Mac sin enterarse de todo aquello—, cuando la atracción es mutua, la reacción es más fuerte porque el aviso va en ambas direcciones... —Concluyó su exhibición de torpeza.

—Está bien. —Me llevé una mano a la cabeza, que había empezado a palpar al mismo compás que mi pulso. A este ritmo, iba a convertirme en la persona más joven en morir de un ataque de estrés—. ¿Cómo me ocupo de esto entonces? —le pregunté a Mac, porque Pritkin estaba ocupado intentando no parecer aterrado.

Mac se rascó el mentón, adornado con una barba de varios días.

—Normalmente estas cosas tienen construida una salida en su interior, sobre todo el *dúthracht*. Tiene la costumbre de provocar el caos y no creo que haya nadie que use uno de estos y no sé de la opción de tener una forma de salir de él.

Pero las únicas personas que probablemente sepan cuál es la red de seguridad...

—Mircea y quienquiera que lanzase el hechizo.

Mac asintió con la cabeza.

—Y sin duda alguna el mago sería un repudiado que se encontraba bajo la protección del vampiro. No se va a arriesgar a perder eso para ayudarte, y eso sí llegamos a imaginarnos quién es de entre los cientos de magos ilegítimos (y sólo hablo de los de este país) que Mircea ha utilizado. Por supuesto, no hay muchos con ese tipo de talento, aparte de los del Círculo Negro. Pero eso no es de mucha ayuda. Pon que podamos acotar la lista de candidatos a una docena escasa. Aun así, tendríamos que dar con él o con ella y, si fuera fácil, se habría hecho hace tiempo.

—¿Hay algo que pueda atenuar esto, algo que haga que la reacción sea menos... extrema? —La pregunta iba para Mac, pero fue Pritkin el que respondió.

—Una vez que nos metamos en el Reino de la Fantasía, quizá no sea un problema. Como el resto de nuestra magia, el *geis* no debería funcionar bien allí. —Aparentemente, Pritkin seguía admirando la pared desnuda—. Yo, eh, creo que esto sería más fácil si esperas fuera. Mac puede echarle un vistazo a tu protección cuando acabe conmigo.

No discutí con él. Cogí otra Coca-Cola, eché un vistazo a las armas que tenía en mi petate y me marché, llevándomelo conmigo. Prueba de lo aturrido que estaba Pritkin fue el hecho de que no puso ninguna objeción.

Me senté en un taburete desvencijado que había junto al mostrador y me zambullí en mis pensamientos. Poca cosa podía hacer, excepto evitar a los tíos atractivos que se cruzaran en mi camino hasta que llegase al Reino de la Fantasía. Ojalá Pritkin tuviera razón y los efectos quedaran atenuados allí, quizá tanto como para que me diese tiempo a encontrar a Myra. No es que fuese un gran plan, pero era lo mejor que podía hacer. Me bebí el refresco y miré a mi alrededor tratando de encontrar algo, lo que fuera, que consiguiera quitarme de la cabeza la imagen de Pritkin casi desnudo mientras le tatuaban aquella espada en su piel tensa y dorada.

Me quedé sentada allí fuera más de una hora, hojeando un par de enormes archivadores negros repletos de dibujos de tatuajes. Había de todo, desde *vevés* de vudú hasta dibujos tribales de Indonesia, pero la mayoría eran símbolos mágicos tradicionales y tótems de los nativos americanos. Me di cuenta bastante rápido, a partir de las descripciones que había bajo las fotografías, de que todos los dibujos de Mac comportaban algún poder sobrenatural. No vi entre ellos la espada que le estaba haciendo a Pritkin, pero quizá era un encargo especial.

Los dos volúmenes estaban divididos en categorías y niveles. Primero, uno tenía que seleccionar qué quería que hiciera el tatuaje. Algunos eran de protección, con especialidades diversas contra cortes y abrasiones, pérdidas de

sangre, quemaduras, traumatismos craneales, envenenamiento y congelación, entre otras. La lista era tan larga que me preguntaba por qué nadie querría ser mago de la guerra. También me despertó la curiosidad el por qué, hasta hoy, Pritkin no se había hecho ningún tatuaje. Había algunos tatuajes que permitían al portador acelerar su proceso de curación. No obstante, lo cierto es que, aunque había visto que Pritkin sanaba sus heridas casi tan rápido como un vampiro, no llevaba ninguno de esos tatuajes. A no ser que estuvieran en alguna parte que yo no hubiera visto. Aparté de mi cabeza aquel pensamiento y rápidamente me puse a pasar unas cuantas páginas más.

Había también un montón de conjuros de ataque, divididos entre aquellos que te permitían mejorar tu visión o potenciar el oído y una lista llena de cosas malas destinadas a hacérselas pasar canutas a tus enemigos. No me detuve demasiado en esa sección, porque no quería saber qué tendrían preparado para mí los magos de la guerra del Círculo. También me enteré de que no todo el mundo podía conseguir cualquier tatuaje. El tipo y la manera de conseguirlos dependían del nivel de aptitudes mágicas que tuviera el portador. Las imágenes conseguían parte de su poder del mundo natural, así que hasta cierto punto funcionaban como talismanes, pero también se alimentaban de la magia innata del portador. Sonaba como si fuera una especie de coche híbrido que empleaba electricidad para aumentar el número de kilómetros que se podían hacer sólo con gasolina. Había una tabla larga y compleja en la contraportada de los libros para saber dentro de qué grupo estaba cada uno y qué tatuajes podía escoger. No pude entenderlo del todo porque nunca me habían hecho pasar por ninguna prueba para determinar ese tipo de cosas. A los niños con aptitudes mágicas normalmente se les clasifica en función de sus aptitudes a una edad muy temprana para que se les pueda proporcionar un aprendizaje adecuado a su talento; pero, por supuesto, Tony ya sabía de antemano qué planes tenía para mí.

Me di cuenta de que había límites incluso para los magos más poderosos. Si alguien tenía tatuado un leopardo de las nieves para moverse sigilosamente y una araña que le ayudase a escapar de ilusiones recreadas, por ejemplo, tenía que saber que esas dos mejoras de su potencial le iban a quitar un cierto número de puntos de su energía total. Quien disfrutara de esas dos habilidades especiales tendría que ser de una fortaleza especial porque, si no, no tendría la energía suficiente para añadir más mejoras a su cupo. Era todo muy complicado, incluso con la lista delante, así que al final perdí el interés por el tema. Ninguno de los que había allí me ayudaba a encontrar una forma de traspasar lo que quiera que el Círculo me hubiese puesto para bloquear mi protección.

Al final, Pritkin salió de la sala, pálido y como algo enfermo, así que decidí ocupar el lugar que había dejado libre ahí dentro. No me importaba que Mac inspeccionara mi problemática protección. Tanto él como Pritkin me necesitaban con vida hasta que echaran el guante a Myra; así que, si estaba en su mano, le

interesaba arreglármela. Me preocupaba un poco que al *geis* le diese por entrar en acción, pero según parecía yo no era el tipo de Mac. No sentí ni que un pinchazo de aquella cosa infernal, ni siquiera cuando me quité la camiseta de tirantes. No llevaba sujetador, pero me tapé la parte de adelante con la camiseta y las manos de Mac eran tan impersonales como las de un médico.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Mac me pinchaba la espalda con algo que parecía un limpiador de pipas no excesivamente punzante. No dolía, pero sí que daba una sensación de picor.

Me aguanté las ganas de rascarme.

—Claro.

—¿Por qué estás haciendo esto? Pareces... quiero decir, no te tendría por alguien especialmente vengativo.

Le miré por encima del hombro.

—¿Y sobre qué se supone que tengo que ser vengativa?

Mac se encogió de hombros.

—John dijo que entre tus planes está matar al vampiro ese, Antonio. Doy por sentado que se lo merece, pero...

—... Yo no te tenía por un loco homicida.

Mac soltó una carcajada.

—Es cierto. Si no te importa que te lo pregunte, ¿qué te hizo?

Me quedé pensándolo mientras cambiaba de instrumento. La respuesta fácil era «todo», pero no quería dar pie a una larga conversación sobre el tema que, ni siquiera aunque me pillase en un buen día, acabaría por deprimirme. No obstante, no contestar nada no era quizá demasiado inteligente tampoco. No me hacía falta que Pritkin tuviese más pistas de que en esos momentos Myra me interesaba mucho más que Tony. Opté por contar una verdad a medias. Tampoco era como si no tuviera un buen puñado de quejas bien justificadas que echarle en cara al gordo.

—La venganza no es mi principal objetivo. Supongo que se podría decir que quiero recuperar algunas cosas de mi propiedad.

Pegué un brinco al sentir de repente cómo un chispazo me arqueaba la piel. El nuevo instrumento de Mac provocaba que mi protección crepitase, como si estuviese cargada con energía estática. Me quedé lo más inmóvil que pude para intentar evitar nuevos sobresaltos.

—¿Te robó algo?

Me contuve las ganas de suspirar. Por lo que parecía, a Mac no le iba a bastar con la versión corta.

—Hace veinte años, Tony decidió que quería una vidente competente en su corte, alguien en quien pudiese confiar. Pero no hay muchas videntes realmente buenas y las decentes que hay no suelen trabajar para miembros de la mafia vampiro. Al final llegó a la conclusión de que lo que necesitaba era encontrar a

una a la que poder educar desde niña para asegurarse su fidelidad. Y, cosas de la vida, resultó que uno de sus empleados humanos tenía una hija pequeña que parecía ideal para el puesto. Sin embargo, a pesar de que mi padre había estado en nómina de Tony durante años, hizo caso omiso a la orden que le obligaba a llevarme a la corte.

—¿Tu padre era un maleante?—preguntó Mac. Parecía sorprendido.

—No sé lo que era. Me dijeron que podía comunicarse con fantasmas, así que supongo que tenía algún talento para la clarividencia. Si era mago o no... —Me encogí de hombros. Uno de estos días, esperaba poder preguntárselo... eso y un montón de cosas más—. Lo único que sé es que era uno de los humanos favoritos de Tony. Hasta que le dije que no, quiero decir.

—Tendría que haber sabido cuál iba a ser la reacción más probable de un vampiro en una situación así.

—Supongo que su plan era fugarse conmigo y con mi madre, porque negarle algo a Tony no es muy recomendable, pero nunca tuvo la oportunidad. Y Tony tenía la impresión de que la traición, que era como él veía el asunto, se merecía algo más que un simple asesinato. Por eso, contrató a un mago para que construyese un artilugio mágico con el que capturó al fantasma de mi padre justo después de hacer saltar por los aires el coche en el que estaban él y mi madre. Desde entonces, el artefacto en el que está encerrado mi padre le ha servido a Tony de pisapapeles.

Las manos de Mac se habían quedado cada vez más quietas sobre mi espalda.

Me giré para verle, y tenía los ojos abiertos como platos y clavados en mí.

—No lo dices en serio... ¿verdad?

Me volví a dar la vuelta.

—*Seh*. Hasta donde yo sé, tiene el tamaño de una pelota de golf, así que podría estar en cualquier parte. Tony tiene tres casas y más de una docena de negocios, y hablo solo de los que conozco. No me veo con fuerzas para ponerme a buscar en medio de todo eso, así que se me ocurrió que sería mejor que fuera él quien me dijese dónde está.

De hecho, daba por supuesto que lo llevaba encima. Sería algo muy de Tony llevar sus trofeos encima incluso cuando estaba huyendo para salvar la vida.

Mac se quedó allí quieto, con las manos sobre mis hombros. Por alguna razón, parecía aturdido.

—¿Nunca te ha entrado la tentación?—preguntó finalmente.

—¿La tentación de qué?

—Eres pitia. Puedes volver atrás en el tiempo, cambiar lo que ocurrió. —Se movió para verme los ojos—. Podrías salvar a tu familia, Cassie.

Suspiré. Claro que podía.

—Tú no conoces a Tony. Además, creí que la idea era que ayudase a proteger el curso temporal, no que interfiriese en él por mi cuenta. Podría acabar

cambiando algo vital y es posible que hiciese que algunas cosas fueran a peor. Teniendo en cuenta mi suerte habitual, cambiemos ese « posible » por « muy probable » .

Su mirada se afiló.

—Pero, técnicamente, podrías hacerlo.

—*Seh*, podría evitar que mis padres se montaran en el coche que Tony había manipulado para que acabase explotando; pero, si lo hiciera, mi vida habría sido completamente diferente, igual que la de no se sabe cuánta gente. Y, conociendo a Tony, se las habría apañado para matarlos de cualquier otra forma. —Sonreí abiertamente—. Es muy perseverante.

Mac me lanzó una mirada penetrante, tanto que me llegué a sentir incómoda.

—La mayor parte de la gente vería el poder como una gran oportunidad para conseguir beneficios personales —acabó por decir—. Podría darte, en fin, casi cualquier cosa que pudieras desear. Riqueza, influencia...

Le miré exasperada.

—Lo único que quiero es una vida normal y sin complicaciones. Que nadie me intente matar, manipular o traicionar. —Y de paso, una vida en la que no me cargase a nadie si montaba alguna en el trabajo—. ¡En cierto modo, no creo que todo este rollo de la pitia me vaya a ayudar en esto!

Me sentía cansada de tanta pregunta y quería vestirme.

—¿Has acabado? —le pregunté.

—Sí, sí. —Mac volvió a colocar su instrumental en un pequeño estuche y, amablemente, miró hacia otro lado para que me pudiera vestir—. ¿Qué quieres oír antes, la buena noticia o la mala?

—La buena. —¿Por qué no probar algo nuevo, para variar?

—Creo que puedo arreglarlo.

Le miré sorprendida. Me esperaba escuchar que no había nada que pudiera hacer y que tendría que ir al Reino de la Fantasía sin protección.

—¿De verdad? ¡Eso es genial!

—¿Tienes idea de cómo funciona tu protección?

Meneé la cabeza.

—No mucha. Mi madre me la traspasó de alguna manera, pero no lo recuerdo. Sólo tenía cuatro años cuando murió. Durante mucho tiempo, pensé que era una protección corriente que Tony me había puesto como salvaguarda adicional.

Mac me miró casi como ofendido.

—¡Una protección corriente! No, te aseguro que nunca verás una parecida. Tiene cientos de años y su valor es incalculable. Se trata de uno de los tesoros más preciados del Círculo.

—Es un tatuaje, Mac, no una obra de arte.

—En realidad, es ambas cosas —explicó, estirando su brazo derecho y

señalando un pequeño halcón marrón y naranja que tenía cerca de la doblez del codo—. Observa.

Mac murmuró algo, después agarró la piel suelta en el pliegue del brazo y tiró de ella. Un segundo después un pájaro pequeño y metálico centelleó sobre la palma de su mano con las alas extendidas en posición de vuelo como el que tenía en el brazo. Tardé un rato en darme cuenta de que era el que tenía en el brazo, o más bien, el que había estado antes allí. Ahora sólo quedaba un trozo de piel desnuda con la silueta de un pájaro. Cogí aquel objeto pequeño y metálico. Las plumas y los detalles habían desaparecido. Su aspecto y su tacto eran como el de oro sólido. Por un momento tuve mis sospechas de que fuese un juego de manos o algo así, pero después de que me dejara examinarlo, lo volvió a poner en su sitio y pude ver cómo se imprimía de nuevo sobre su piel.

—¿Qué es eso?

—Un halcón de cola roja. Incrementa el poder de observación. No mejora la vista, pero si quieres percartarte de más cosas acerca de lo que te rodea y retenerlo en tu mente, no hay nada mejor que esto.

Había algo en todo aquello que me mosqueaba.

—Los libros decían que hay un límite al número de tatuajes que una persona puede permitirse llevar, incluso si se trata del mago más poderoso, porque cada uno de ellos requiere que se le destine parte de la fuerza mágica propia para mantenerlo, y aún más si está en uso. —Le miré de arriba abajo y casi daba vértigo comprobar la cantidad ingente de imágenes apretujadas por todo su cuerpo—. ¿Cómo puedes tener tantos?

Mac sonrió abiertamente.

—No soy un supermago, Cassie, si es lo que preguntas. Hay dos tipos de tatuajes. Los que grabo directamente sobre el aura de alguien se alimentan parcialmente de su magia, así que por supuesto que el número de ellos que cada cual puede permitirse es limitado. Pero los que son como mi halcón o tu pentáculo obtienen su poder de fuentes externas, así que para esos no hay límite alguno. No hay más límite, claro, que el del talento que tenga cada cual para conseguirlos. El proceso de encantamiento incluso para uno pequeño puede tardar meses... me entran escalofríos solo de pensar lo que hizo falta para terminar tu protección.

—¿Así que tú eres un catálogo que anuncia lo que tenéis disponible? Personalmente, yo habría hecho que la gente se informase a través de los libros de afuera en lugar de convertirme yo misma en una pizarra andante.

—En mi caso, no tuve elección. Hay otra gente para la que estas cosas son refuerzos, mejoras que compensan esa parte de su magia que no es tan fuerte como les gustaría o que incrementa la fuerza de algo que usan a menudo. Sin embargo, para mi son imprescindibles, a no ser que quiera retirarme definitivamente de nuestro mundo. —Al ver mi confusión, sonrió levemente—.

Hace unos años tuve que enfrentarme a un hechizo que se metió dentro de mis escudos y me atacó el aura. Las heridas físicas que me provocó aquella pelea se curaron, pero las de mi piel metafísica son permanentes. Por eso no me di cuenta de que estabas bajo el influjo de un *geis* hasta que me lo contaste. Con mi aura tan dañada, tengo que concentrarme para leer la de otra gente.

Me quedé mirándole, aterrorizada ante lo que me había revelado tan a la ligera. No era sólo lo que le había pasado a Mac lo que me había dejado flipada, sino también saber que había hechizos que pudieran hacer algo así. Cuanto más sabía sobre los magos, más me asustaban.

—Pero con las protecciones estás bien, ¿no?

Centré la atención en su cara para no pensar en mi propia aura y caer en la tentación de comprobar que estaba intacta y sin daños. Dadas las circunstancias, aquello habría sido un poco descortés.

De todos modos, Mac pareció comprender hacia dónde se me habían ido los pensamientos. Agitó una mano en el aire y mis llamas rojas y naranjas, de pronto, chisporrotearon entre nosotros como un fuego reconfortante en una noche fría.

—Mis protecciones sirven de compensación hasta cierto punto, Cassie, pero nunca volverán a ser como ésta, una manta protectora perfecta e inmaculada. La mayoría de la gente no podría atravesar mis defensas, pero los magos de la guerra no son la mayoría de la gente. Antes o después, uno de los oscuros encontrará las grietas que hay en esta armadura hecha a mano, esos sitios en los que las protecciones no están unidas en perfecta comunión. Me retiraron del servicio activo en cuanto alguien se dio cuenta de lo que había pasado e hizo correr la voz de que no podía volver a pisar un campo de batalla. —Al ver mi expresión, volvió a sonreír—. Tampoco es tan terrible. ¡Hoy en día estoy expuesto a muchos menos peligros!

Parecía como si no le importase, pero había algo en sus ojos que me decía que no estaba siendo completamente sincero. No sabía que es lo que solía pasar con los magos de la guerra jubilados, pero era obvio que a Mac, al menos, no le hacía mucha gracia desaparecer sin más. Tenía mono del subidón de adrenalina que le daba la batalla, quizá incluso echaba de menos el peligro.

Decidí cambiar de tema.

—Así que mi protección obtenía su poder del Círculo, hasta que cortaron el grifo.

Mac asintió con la cabeza.

—Exacto, y eso le daba su fuerza, pero también creaba un conducto entre vosotros dos. Sospecho que John está en lo cierto y que el consejo empezó a tener miedo de que encontraras alguna forma de revertir su propia magia contra ellos, y por eso cerraron la conexión.

—O quizá creyeron que sería más fácil matarme así.

Mac parecía incómodo.

—Quizá. Con todo, lo que quiere decir es que no hay ningún problema con tu protección, solo es que tu madre no se la había transferido a nadie antes, así que a ti te llegó algo defectuosa. Puedo arreglarlo, pero el problema no es su aspecto. La razón por la que no funciona es la misma que la que hace que un reloj se detenga. Necesita una nueva fuente de energía.

—¿Qué nueva fuente? —Empezaba a hacerme una idea de cuál sería la mala noticia.

—La única lo suficientemente grande como para poder con algo como esto, aparte del propio Círculo. —Mac sonrió con ternura, como si comprendiese la diatriba ante la que me encontraba—. El poder de tu puesto... la energía que te convierte en pitia.

—No, no. De ninguna manera. —Hice un gesto señalando a la cortina—. Dame uno de los libros de ahí.

Había algunos que daban bastante miedo en esa lista, seguro que podíamos encontrar alguno que funcionara.

Mac meneó la cabeza.

—No hay forma de que pueda saber hasta dónde llega tu magia innata. Tu aura se confunde con la energía de la pitia y no puedo diferenciarlas. No hay forma de saber si podrías aguantar una de las protecciones grandes por ti misma. Si no es así, cualquier tatuaje que te haga echaría mano del poder que hay en la reserva que heredaste como pitia, que es precisamente lo que quieres evitar a toda costa.

—¡Entonces dame uno más pequeño, uno sencillo!

Mac me miró con gesto sombrío.

—Te vas a meter en el Reino de la Fantasía, un sitio que la mayor parte de los magos no se atreverían a pisar. No hay ninguno de los pequeños que te pudiera hacer ningún bien allí. Y ninguna de las protecciones que tengo te ayudaría tanto como la que tienes. En los tiempos que corren no abundan las obras de arte como esa.

—Tal vez sea más fuerte de lo que te imaginas.

Era clarividente, seguro que podía aguantar una mísera protección.

Mac se limitó a encogerse de hombros, lo que hizo que el tatuaje de su lagarto se volviese a escabullir en busca de un lugar donde esconderse, esta vez bajo las escamas de la serpiente. A la serpiente no le gustó aquello, así que aplastó a la otra protección con el extremo de su cola. El lagarto salió de allí dando brincos y después atravesó la mejilla de Mac hasta llegar a la parte de arriba de su cabeza. Allí se quedó, observando tímidamente desde detrás de una ceja peluda y lanzándole con sus ojos negros una mirada nada amistosa a la serpiente.

Volví a centrar mi atención en lo que me estaba diciendo Mac.

—La magia es como un músculo, Cassie, un músculo metafísico, pero

músculo al fin y al cabo. Cuanto más lo trabajas y lo entrenas, más fuerte se hace. Sea cual sea la magia que tú tienes, es un talento en bruto. Y con eso sólo no llegarás muy lejos.

—Tony no habría permitido que me prepararan.

—Te ha perjudicado más todavía de lo que crees. Un usuario de magia poderoso pero desentrenado es un objetivo, nada más. El poder puede desaparecer de un plumazo si no sabes cómo protegerte. El Círculo Oscuro no tiene reparos de ningún tipo en robarle la magia a nadie. Ahora mismo, si te enfrentas a un mago oscuro sería como si un bebé intentara hacer lucha libre con un culturista, a no ser que sepas cómo usar el poder que da tu puesto. Necesitas una preparación, al menos para defenderte —aseveró, con tono serio—, y cuanto antes, mejor.

—*Seh*, lo añadiré a mi lista —repuse agriamente. Todo el mundo me daba cosas nuevas que añadir a mi agenda, cuando lo que necesitaba era ayuda para ir borrando alguna de las viejas—. Ahora mismo, tengo otros problemas. —Me di la vuelta, porque sentí la presencia de Pritkin en el quicio de la puerta antes incluso de verle—. Como saber cómo vamos a llegar al Reino de las hadas.

—Entrar, entraremos —zanjó adustamente. Me di cuenta de que se había atado a la cintura todo su arsenal. Tenía sobre el brazo el abrigo largo de cuero que le servía de disfraz—. El problema va a ser salir de allí.

—¿Nos vamos ya?

—No. —Traté de no parecer aliviada por su respuesta—. Esta noche.

—¿Esta noche? —Le seguí hasta la habitación exterior—. Pero los vampiros estarán despiertos entonces.

No sabía si, en ese momento, Mircea estaba en su refugio personal. Los vampiros de primer nivel no se tienen que regir por los ciclos solares, así que pueden estar activos a cualquier hora del día. Pero la mayoría todavía duermen de día, porque la noche les es mucho más favorable para mantener sus niveles de energía. Si Mircea estaba despierto, estaría algo falto de fuerzas. Pero esta noche seguro que sí tendría fuerzas.

—No estamos intentando penetrar en el territorio de los vampiros —me recordó Pritkin—. Y el portal está protegido por magos.

—No veo cómo nos puede ayudar eso —protesté, porque la idea de meterme en un avispero de magos de la guerra no me gustaba mucho más que verme las caras con los vampiros. De hecho, quizá era hasta menos inteligente, al menos el Senado no me quería ver muerta. Muy probablemente...

—Tengo algunos amigos que hacen turno esta noche —me explicó Mac—. Creo que podréis atravesar su control.

—Tengo que conseguir algunas provisiones —añadió Pritkin, poniéndose el abrigo a toda prisa.

No me daba ninguna envidia, teniendo en cuenta que fuera hacia más de

treinta grados, pero supongo que no le quedaba mucha más opción. A la policía probablemente no le haría mucha gracia su pinta de extra de *Platoon* y andar por ahí desarmado en estos momentos sería incluso menos saludable que un golpe de calor.

—Te sugiero que te quedes aquí, a salvo de cualquier mirada —me dijo, evitándome la mirada—. Descansa si puedes. Quizá no tengas ocasión de volver a hacerlo en un tiempo. Y deja que Mac reconstruya tu protección —añadió, según se dirigía hacia la puerta—. Te va a hacer falta.

Dicho lo cual, se abalanzó sobre la puerta como si le persiguiese una jauría de perros. Mac se me quedó mirando y se encogió de hombros.

—Tú decides, pero te aconsejo que lo tengas en cuenta, cielo. El Reino de la Fantasía es un sitio que da mucho miedo, incluso cuando no hay una guerra en ciernes. Ahora mismo, no se me ocurre nadie que pueda desear siquiera acercarse a ese lugar.

—Me lo pensaré —prometí.

Podría haberle interrogado algo más, pero mi atención se dispersó hacia Billy, que apareció flotando, después de atravesar la pared. Me estaba poniendo caras, así que supuse que traía novedades.

—Estoy cansada —le dije a Mac.

No le estaba mintiendo, compartir una habitación con las Grayas no es lo que se dice reparador, pero sobre todo me hacía falta algo de intimidad.

—Tengo una camilla ahí detrás —repuso Mac—. Anulé todas mis citas para hoy después de que se presentase John, así que no voy a necesitar entrar ahí. Duerme un poco, Cassie.

Lo decía de corazón, así que me las apañé para no ponerle cara de incredulidad. Sí, claro. Si solamente habría unas cien razones para que no pudiese conciliar el sueño...

Billy me siguió hacia la trastienda y me tumbé en la camilla después de retirar cuadernos llenos de bocetos, pilas de grimorios y viejas bolsas de patatas.

—¿Qué pasa?

Billy se quitó su sombrero casi transparente y se abanicó con él.

—Necesito un chute —disparó sin preámbulos.

—Bueno, bueno, hola lo primero, ¿no?

—Oye, que no te imaginas el día que llevo, ¿eh?

—¿Y yo? ¿Qué pasó en el Dante? ¿Va todo bien?

—Claro, si por bien entiendes que el Círculo ha cerrado el garito mientras se lanzaba a la búsqueda de una cierta brujilla y los alienígenas ilegales que la ayudaron a escaparse de sus manos.

—¿Están buscando? ¿Pero si ese sitio es propiedad de los vampiros!

De hecho, la razón por la que le había dejado a Casanova el contenido restante del petate era el tratado ancestral entre magos y vampiros. En él se

especificaban estrictas prohibiciones que impedían que ninguno de los dos grupos penetrara en las propiedades del otro sin permiso.

—¿Están locos? —insistí.

—Ni idea. Lo que está claro es que algunos de ellos actúan como si lo estuvieran. En cualquier caso, Casanova tenía un cabreo monumental cuando me fui y había mandado a un par de representantes a la MAGIA para presentar una queja. Pero corren tiempos extraños, Cass. El lugar es propiedad de Tony y es un conocido aliado de Rasputín, el tipo al que el Círculo y el Senado le han declarado la guerra hace una semana. No sé cuáles son las normas en tiempos de guerra y no creo que Casanova lo sepa tampoco. Ahora mismo, está jugando a lo seguro. Para evitar que parezca que te ha ayudado, ha dicho que te presentaste en su local y que empezaste a destrozarlo todo porque estabas furiosa con Tony. Los magos aprovecharon la excusa para decir que querían asegurarse de que no estabas todavía en el casino y empezaron a buscar.

—Estupendo. Así que ahora soy una especie de lunática que va por ahí buscando pelea.

—No, ahora eres una especie de lunática que va por ahí matando gente.

—¿Cómo?

—*Sip*. Un par de magos que pasaban por allí dijeron que eras una asesina. No me enteré de los detalles, pero supongo que se referían a los dos magos que acabaron muertos.

Empezaba a sentirme mal.

—Dime que las Grayas no...

—No lo hicieron. Destrozaron el lugar, pero parece que fue el grupo de Miranda el que se cargó a los magos. Algunas de las gárgolas más poderosas se quedaron atrás para que las otras tuvieran tiempo de escapar y los magos empezaron a masacrarlas. Entonces las otras perdieron los estribos y *voilà*. Dos magos muertos.

—¡Pero las gárgolas actuaron en defensa propia!

—Podrían escurrir el bulto esgrimiendo eso, pero se supone que no tenían que estar allí. Casanova se llevó al resto de la gente de Miranda y los escondió en algún *lao* y ahora le echa las culpas a Tony por traer trabajadores sin papeles a sus espaldas. La verdad es que *s'está* cubriendo las espaldas *mu'bien*, pero a ti te está dejando con el culo al aire.

Me recosté en la camilla, me sentía paralizada por el miedo. Nada de esto estaba pasando. Tenía que ser alguna clase de pesadilla en la que me había metido por error y en cualquier momento me iba a despertar.

—Si el Círculo sabe que fueron las gárgolas las que mataron a sus hombres, ¿por qué me culpan a mí?

—No lo sé. —Billy parecía perplejo—. Vi los cuerpos y tenían marcas de garras y dientes por todas partes. Supongo que eso les da la excusa a los del

Círculo para etiquetarte como una peligrosa lunática.

—Mierda.

—*Seh*, más o menos ese es el resumen. Como te dije, estoy agotado. No me gusta ser pesado...

—¿Desde cuándo?

—Muy graciosa, Cass. Me paso la mitad del día consiguiéndote información de primera calidad y...

Estaba demasiado cansada como para seguir nuestra rutina habitual.

—Vale. Puedes cargarte las pilas conmigo, pero después te vuelves al Dante. Necesito que le lleves un mensaje a Casanova.

—Es posible que no me pueda oír —protestó Billy—. Hay demonios que no pueden, al menos no si están metidos en un cuerpo humano.

—Entonces tendrás que darle a la imaginación.

Teniendo en cuenta la reacción que había tenido Casanova ante la presencia de Billy anteriormente, estaba segura de que podría oírle sin problemas. Pero incluso si no era así, no iba a dejar que Billy se escapase de esto cual comadreja. Casanova tenía que poner a salvo las cosas que le había mandado. De no ser así, con todos los magos que había merodeando por aquel lugar, seguro que iban a encontrarlas y tenía dudas de que pudiera salir de esa con más mentiras. Y si lo hacía, sería únicamente echándome la culpa a mí, y por ende dándole al Círculo una razón más para empujarme a la tumba. Y la cosa podría ser peor en función de lo que hubiera dentro de esas cajas. Solté un suspiro. Según parecía, tendría que habérmelas quedado y o, después de todo.

Billy se marchó después de servirse lo que, a mi juicio, fue una ración de energía desorbitada, así que me volví a colocar en la camilla para echar una cabezada que, a todas luces, me hacía falta. En lugar de eso, lo que sentí fue la desorientación que precede a un salto temporal. Traté de pegar un grito para avisar a Mac de que estaba a punto de irme de viaje, pero la oscuridad me alcanzó y acabó envolviéndome.

Mis rodillas volvieron a experimentar lo que era aterrizar sobre otro suelo bien duro, en esta ocasión de mármol. Mi cabeza también acabó golpeando contra algo, emitiendo un sonido perfectamente audible. Un nubarrón verde se me apareció delante de la cara y lentamente conseguí que mis ojos lo enfocaran correctamente. Resultó ser un jarrón de pórvido más alto que yo, rematado con unas asas con la cabeza de las Gorgonas sonriendo maliciosamente. Me quedé tendida debajo de él durante un rato, mirando sus horribles caras mientras mi cabeza y mis rodillas competían por el título de región anatómica más maltrecha. No obstante, el mármol estaba frío al contacto con mis piernas desnudas y no me pareció que quedarme allí tumbada fuese muy inteligente. Me incorporé hasta quedarme sentada, usando el pedestal del jarrón para no caerme y eché mi primer vistazo franco a la zona.

Me encontraba en un gabinete que estaba al lado de una enorme habitación redonda. El mármol de color verde oscuro tenía unas hendiduras cubiertas por líneas doradas que se agrupaban como si fueran brotes estelares justo debajo de una inmensa lámpara de araña. Había tres más que iluminaban una imponente escalinata, con sus cristales lanzando fognazos de luz sobre la multitud que se encontraba a sus pies.

La gente me pasaba por encima en lo que era una riada salpicada por luces de velas, satén y sombras flotantes. Los hombres vestían frac y acompañaban a mujeres salpicadas de joyas. Los sutiles brocados se disputaban la atención con las llamativas sedas. Los abanicos no cesaban de agitarse y los dobladillos bailaban formando un caleidoscopio de color y movimiento que no ayudaba en absoluto a serenar mi aturrida cabeza.

La mayoría de las indumentarias se parecían a las que había visto en el teatro, pero había unos pocos invitados vestidos de manera más exótica, incluyendo un jefe africano con tanto oro encima como para comprarse un país pequeño y un tipo con una toga. Parecía una fiesta de disfraces, pero más tarde me di cuenta de que no era así. Estiré las piernas y me comprimí todo lo que pude dentro del oscuro gabinete. No es que fuera un gran escondite, teniendo en cuenta la naturaleza de la mayoría de los ocupantes de la habitación. Durante unos momentos, me limité a mirar alrededor, aturrida e intimidada. Nunca había

visto a tantos vampiros en un mismo sitio en toda mi vida.

Entonces avisté algo aún más extraño. Una forma diáfana, lo suficientemente transparente como para ser casi invisible, se deslizó por una de las paredes. Se mezcló tan bien entre las sombras proyectadas por las largas velas de la araña que por un momento no supe bien si creer lo que me decía mi instinto. Después pasó por delante de una pintura tan oscurecida por la edad que el tema era irreconocible y pude verle con más claridad: era una columna amorfa de color pastel iridiscente. Al principio pensé que era un fantasma, pero los únicos rasgos discernibles en la protuberancia que supuse que era su cabeza eran dos enormes ojos plateados. Fuera lo que fuera aquella cosa, nunca había sido humana.

Estaba tan intrigada que, por un momento, casi me olvidé del lío en el que estaba metida. Había muchas cosas sobre todo el rollo de la pitia que no comprendía, pero sí conocía bien a los espíritus. Había conocido algunos tan antiguos que llevaban siglos vagando, y otros tan nuevos que, en ocasiones, ni siquiera sabían que estaban muertos; algunos eran amistosos, otros daban miedo, había conocido incluso algunas cosas que no eran fantasmas del todo. Pero el caso es que este no encajaba en ninguna de esas categorías. Me di cuenta, no sin sorpresa, que no sabía muy bien qué era aquello.

Fluía entre la multitud dirigiéndose hacia una sala de baile que se encontraba justo enfrente de las escaleras. No pude ver bien el interior, cuya iluminación estaba pensada más para los ojos de un vampiro que para los míos, y sólo percibí una impresión de caras risueñas iluminadas a la luz de las velas y ricos tejidos. No obstante, el intenso y empalagoso olor a colonia mezclada con sangre que despedían sus puertas me convenció de que no quería acercarme más.

Un hombre joven, probablemente cercano a la veintena, se detuvo a pocos metros de mí. Su indumentaria daba la extraña sensación de estar fuera de lugar dentro de aquella multitud tan formalmente vestida, ya que no llevaba más que unos pantalones de seda color ciruela de talle bajo. El pecho y los pies los llevaba desnudos y el pelo largo le caía suelto alrededor de los hombros. De hecho se le ondulaba ligeramente según caía por su espalda, como si fuera seda negra sobre su piel clara.

Realmente quería moverme, salir de aquel lugar en el que los latidos de mi corazón se tenían que poder oír en toda la sala, pero él se interponía en mi camino. Y lo último que me hacía falta era ponerme a responder preguntas sobre si tenía derecho a estar allí cuando ni siquiera sabía qué era allí. Entonces uno de los invitados se acercó, un vampiro de pelo rubio claro que llevaba lo que parecía un uniforme militar, rojo con galones rojos y botas negras bien lustrosas. Se paró justo delante del joven, escrutándole de arriba abajo con la mirada.

El chico se estremeció, espalda tensa, nalgas apretadas. Agachó la cabeza tímidamente, lo que provocó que los juegos de luces y sombras se entretuvieran en sus pómulos y en el hoyuelo de su barbilla. Su cara se encendió con un brillo

de vida, lo que hizo parecer un querubín, como los que observaban desde los murales que había sobre nuestras cabezas, con todo oscurecido excepto sus caras sonrosadas.

El vampiro se quitó uno de los guantes blancos que venían con el uniforme. Su mano sujetó al muchacho por un lado con firmeza posesiva, con los dedos jugueteando entre las costillas hasta que se decidieron a descansar en la fina seda que se aferraba a su cóccix. El pecho del joven empezó a hincharse y deshincharse con más rapidez, pero, aparte de respirar más fuerte, no emitió ningún sonido. Mis ojos se centraron en los pies desnudos del chico, que se interpusieron en mi ángulo de visión según trataba de desviar la mirada al suelo. Eran espantosamente blancos, en contraste con el verde oscuro del suelo, y parecían extrañamente vulnerables al lado del calzado del vampiro.

El cuerpo del joven se tensó mientras la cabeza rubia se inclinaba sobre él, probablemente al atisbar por vez primera los colmillos, pero en ese momento una mano le sujetó posesivamente por su espalda temblorosa para que dejara de moverse. El joven soltó un pequeño chillido al notar que le perforaban el cuello y se pudo ver que un escalofrío le recorría de arriba abajo. Sin embargo, en cuestión de segundos, deslizó un brazo alrededor del cuello del vampiro y comenzó a emitir sonidos graves desde su garganta, abiertamente, invadido por el deseo.

El vampiro lo apartó un minuto después, con la boca manchada de un rojo similar al de su uniforme. El chico le sonrió y el vampiro mesó sus cabellos afectuosamente. Le echó su capa corta por encima de los hombros y se encaminaron juntos hacia la sala de baile.

Con un nudo en el estómago, me di cuenta de por qué no había visto por allí a ningún camarero con bandejas de bebidas ni escuchado el tintineo de las copas. Cuando el corazón se detiene, la tensión sanguínea del cuerpo se detiene, las venas se colapsan y la sangre empieza a coagularse. Y ya no es sólo que resulte menos apetecible en ese estado, sino que también resulta más difícil de extraer. Hasta los vampiros más jóvenes se dan cuenta de eso enseguida y se alimentan únicamente de los vivos. En esta fiesta, los refrescos iban andando por su propio pie. Y con mis minúsculos pantalones cortos y mi camiseta de tirantes, tenía mucha más pinta de ser parte de los refrigerios que de los invitados.

Como si hubiera podido escuchar mis pensamientos, de repente un vampiro volvió la vista en dirección a mí. Tenía una barba de chivo grisácea que le iba al pelo con el brocado color plata de sus ropajes, que estaban rematados por lo que parecía piel de lobo. A todo ello había que sumar otra piel de animal que llevaba puesta alrededor de los hombros. Había también algo casi lobuno en la forma en la que se detuvo, un pie clavado en el último escalón, la nariz elevada como queriendo percibir algún aroma. Sus ojos, de color negro mate, se quedaron posados sobre mí y noté cómo una mirada de ávido interés atravesó su rostro,

que había permanecido totalmente inexpresivo hasta entonces.

Me tiré al suelo y, presa del pánico, empecé a gatear entre la multitud amontonada. Las únicas puertas iban a dar a la sala de baile, así que me abalancé hacia ellas como si mi vida dependiera de ello, y en verdad podía ser así. De alguna forma conseguí llegar hasta mi objetivo por delante de él, probablemente porque era demasiado educado como para coger a un invitado por el codo y sacarlo a rastras de allí. Sin embargo, en cuanto eché un vistazo por encima del hombro nada más entrar en aquel espacio oscuro y cavernoso me di cuenta de que no estaba muy lejos. Sus ojos inexpresivos se habían encendido ante las expectativas y noté que el nudo en mi estómago se apretaba aún más. Hay vampiros que prefieren que su comida esté asustada y se resista, era típico de mi suerte que me hubiese topado con uno de esos al primer contacto.

Eché un vistazo rápido a la sala de baile, pero no había salidas visibles. Desde luego, las escaleras deberían haberme servido de aviso: probablemente nos encontrábamos bajo tierra. Intenté centrarme, pero era difícil con aquella cantidad de poder surcándome la piel como si tuviera encima una nube de insectos. No es que ninguno de ellos se dirigiera concretamente hacia mí, era simplemente que me sentía desbordada por el influjo de aquellos seres que me empujaban por todas partes. Me di cuenta, y aquello fue como un jarro de agua fría, de que no estaba viendo simplemente una habitación repleta de vampiros; era una habitación llena de maestros vampiros, cientos de ellos.

Convocatoria, pensé aún paralizada, no podía ser otra cosa más que eso. Cada Senado tenía una reunión bianual en la que los maestros vampiros se congregaban para debatir sobre las políticas que había que adoptar. Nunca había estado en ninguna, pero Tony se pasaba días preparándose cuando le tocaba asistir a una, cambiando de opinión sobre la ropa y los acompañantes con tanta frecuencia que parecía un adolescente en su fiesta de fin de curso.

Todo su séquito estaba pensado para impresionar y la razón era de peso. Aquella reunión de fin de semana era la única ocasión en la que el resto de maestros de baja alcurnia podían estar codo con codo con los pesos pesados (los miembros de su propio Senado y dignatarios de otros Senados de todo el mundo que se encontraban allí de visita). Allí se hacía la pelota, se cerraban tratos y se sellaban alianzas para los dos años siguientes.

Tony siempre había acudido armado hasta los dientes y rodeado de guardaespaldas, porque nunca se sabía si la diversión se podía escapar un poco de las manos. Salí disparada hacia la orquesta siguiendo mi instinto, porque sus instrumentos dorados eran lo más brillante de la habitación, y crucé los dedos para que no estuviese a punto de ser una víctima más de la convocatoria. Por supuesto, fue una mala idea. No había puertas de servicio, vestíbulos o salidas en ninguna parte que yo pudiera ver, tan solo un amplio gabinete flanqueado por cortinas color burdeos. Miré hacia atrás y, al ver que mi perseguidor me estaba a

punto de echar el guante, los pulmones se me quedaron sin respiración.

Descubrí horrorizada que la piel de lobo que había creído que tenía encima no era exactamente de lobo. Las patas que colgaban de su pecho eran de un tamaño normal, si acaso un poco grandes. Pero la cabeza que pendía a medio camino de su espalda tenía un color rosado y una pelambrera de color marrón claro. No pude verlo con claridad, lo que percibía era más bien fognazos de lo que asomaba bajo su brazo según se me iba acercando, pero con aquello fue más que suficiente. Mis ojos corroboraron lo que mi cerebro no quería creer. Había desollado a un hombre lobo justo a medio camino de su transformación, de modo que el pelaje gris se transformaba en piel humana alrededor de sus hombros.

Traté de pensar en otra cosa, pero me sentía demasiado mareada como para poder concentrarme en nada. Me mordí el interior de mi mejilla con fuerza para evitar desmayarme y traté de meterme en el foso de la orquesta. Tenía la esperanza de encontrar una salida oculta, pero un clarinetista me sacó de allí a empujones con tanta fuerza que acabé dándome de bruces contra el suelo. Al alzar la mirada mis ojos se toparon con un par de botas negras bien lustradas que brillaban a pesar de la baja intensidad de la luz. Una mano me agarró por el pelo, usándolo a modo de agarradera para levantarme del suelo.

Mi mirada se quedó fija en unos ojos que oscilaban entre el negro y el fuego oscuro, y me olvidé del dolor en mi cuero cabelludo.

—Tú apestar a magia —masculló el vampiro, con la voz enfangada en un acento que no pude determinar—. No creía que ingleses tan valientes como para regalarnos presente tan raro.

Mis ojos cayeron hasta la cabeza sin cráneo que traqueteaba ligeramente contra uno de sus lados. Estaba ahora a menos de medio metro y la garganta se me quedó muda de horror. Lo veía todo perfectamente: los rasgos hundidos, el pelo apagado, las órbitas vacías; y el caso es que aquella cosa lacia y sin vida me daba más miedo que el vampiro que la llevaba puesta. Si se rozaba conmigo, había una posibilidad de que pudiera ver parte de la vida de aquella criatura y, conociendo mi don, sin duda alguna sería la última parte.

Me aparté todo lo que pude de él, no quería saber cómo era que te desollaran vivo, y el vampiro me soltó el pelo para sujetarme por el codo. Su pulgar me acariciaba la piel en la coyuntura del brazo, con levedad y delicadeza; pero me sentí como si me estuviera vertiendo metal líquido con la mano directamente en mis venas. Decir que era dolor era quedarse bastante corto para describir la impresión que reverberó en mi interior y que me inundó los ojos de lágrimas, cegándome de todo aquello que quedase fuera de mi propio cuerpo. Su mano se deslizó hasta mi muñeca con un golpe delicado que, no obstante, me dejó un rastro de sangre por todo el brazo como si su tacto fuese el de un cuchillo.

—Suelen ser reticentes a alimentarse de usuarios de magia, les asustan represalias de magos —musitó despectivamente—. Tendré que acordarme de

agradecérselo a nuestro anfitrión.

El pánico inundó mi interior de adrenalina, pero no podía salir de allí.

Retrocedí, aunque sabía que era un esfuerzo en vano, y él sonrió.

—Ahora, veamos si sabes tan bien como hueles.

Una mano cálida descendió por mi hombro y su sonrisa se disipó.

—Ésta está cogida, Dmitri.

No me hizo falta darme la vuelta para saber quién había hablado. Los matices sonoros de su voz eran inconfundibles, como también lo era el bienestar que bailoteaba por mi brazo, horadando el dolor, haciéndolo menguar hasta dejarlo en un leve latido. Un foganazo de ira atravesó el rostro de Dmitri.

—Entonces tendrías que haberte quedado con ella, Basarab. Ya conoces las reglas.

Una capa color burdeos cayó sobre mí, era de un rojo tan intenso que casi se acercaba al negro.

—Tal vez no me has escuchado bien —repuso Mircea amablemente—. Estando tan cerca de una orquesta tan horrible, no me extraña.

—No noto su olor en ti —replicó Dmitri con suspicacia.

—Nuestro anfitrión solicitó verme poco después de que llegara. No creo que le hubiese hecho gracia que trajera un par de orejas más de la cuenta.

Dmitri no parecía hacer caso a la advertencia. Sus ojos se habían clavado en el pulso acelerado de mi cuello y blandió una sonrisa de desprecio que dejó al descubierto sus caninos extendidos.

—Ésta no va a vivir lo suficiente como para contar nada que pueda haber escuchado.

Dicho eso me sujetó con más fuerza, sus dedos me apretaban la carne con tanto ahínco que me iban a salir moratones. La rasgadura de mi brazo se abrió aún más, vertiendo todo un caudal de sangre sobre mi piel.

—Eso lo decidiré yo —intervino Mircea, con voz suave pero fría como el acero.

Dicho eso me rodeó con su brazo por la cintura, apretándome contra él. Con la otra mano cogió a Dmitri por la muñeca. Con la cara blanca, el vampiro tragaba saliva y la mano no dejaba de darle espasmos mientras Mircea se la sujetaba. Ráfagas de poder chisporrotearon entre ambos, tiñendo el aire que nos rodeaba de una fina lluvia candente que daba la impresión de que podría comérseme la piel si me quedaba allí mucho rato.

Me refugié en el brazo curvado de Mircea, sujetándome con todas mis fuerzas para evitar que se me doblaran las piernas. El flujo de poder de Mircea llegó a su apogeo, lo que dejó un cálido torrente de energía revoloteando por mi cuerpo. A Dmitri, en cambio, la sensación no parecía resultarle tan agradable. Se arqueó ostensiblemente, pero se empeñó en sujetarme, con tanta fuerza que la mano se me quedó dormida. Los dos vampiros se quedaron mirando el uno al

otro durante un minuto que resultó bien largo, hasta que Dmitri optó por retroceder de repente, sujetándose el brazo y jadeando, con mirada asesina.

Mircea me cogió el brazo lastimado, me lo puso recto y me limpió la sangre de la piel. Agachó la cabeza, con los ojos aún clavados en el otro vampiro, y empezó a darme lametazos con su lengua, deslizándola por todo mi brazo con embates decididos y desafiantes. Observé aturrida cómo me quitaba la sangre a lametones, incapaz de apartar la vista de aquella cabeza orgullosa inclinada sobre mi muñeca, hipnotizada por la cálida humedad de la lengua que repasaba mi piel. Un momento después, Mircea alzó la cabeza y me quedé mirando mi brazo con incredulidad. Donde debería haber habido heridas, solo había piel pálida e inmaculada.

Los ojos de Mircea nunca dejaron de mirar a Dmitri.

—Si deseas continuar con esta disputa, quedo a tu disposición.

Dmitri movió la boca durante un momento, pero acabó apartando la vista.

—No ofenderé a nuestro anfitrión violando su hospitalidad —replicó con rigidez. Acto seguido dio media vuelta, con el cuerpo envenenado de ira a cada movimiento—. ¡Pero tu escasa observancia de las normas no caerá en el olvido, Mircea!

En cuanto se marchó, aún airado, la bruma roja que nos envolvía se disipó como la niebla bajo la luz del sol. La adrenalina que me había mantenido en pie desapareció abruptamente, dejándome fría y temblorosa. De no haber sido por el brazo de Mircea, me habría golpeado contra el suelo de nuevo. Algunos invitados que estaban allí cerca y que habían estado observando la escena con ávida expectación dieron media vuelta defraudados.

Mircea me llevó lentamente hacia dentro, donde se veía un grupo de sombras alineadas junto a la pared. Cerca de allí una pareja de vampiros, una morena escultural y un rubio, se estaban alimentando de una joven. La vampiresa estaba sentada en una silla que había junto a la pared, con el cuerpo de la chica tendido sobre su regazo mientras le bebía la sangre de la yugular. La cabeza de la joven había cedido hacia atrás, con los rizos rubios y sueltos cayendo alrededor de sus hombros y contrastando con el color rosa del vestido largo de la morena. El vampiro estaba arrodillado delante de ellas, con su toga larga de color zafiro cayendo a su alrededor como una cascada. Presumiblemente estaba buscando otro objetivo.

El vampiro desabrochó las joyas que sujetaban la túnica sedosa y de color ciruela de la chica, dejando que se deslizara lentamente entre sus manos. Las dobleces de la seda refulgían al deslizarse por su cuerpo para acabar naufragando en sus caderas. La joven emitió un leve gemido, si era de angustia o de excitación, eso ya no lo sé. El vampiro le acarició con dulzura las caderas y el vientre durante un rato, y después con un dedo siguió el rastro de las prominentes venas azules de sus senos. La joven alzó lentamente la mano hasta posarse sobre

el hombro del vampiro, en lo que podía entenderse como un tímido intento de abrazarle.

El vampiro acurrucó en su mano con ternura aquel pálido globo, con el pulgar recorriendo el pezón con una leve caricia. La chica tembló visiblemente al notar cómo le tocaba, pero se inclinó hacia delante mientras la cabeza del vampiro seguía los pasos de su mano. Un momento después la joven experimentó una violenta sacudida cuando los colmillos afilados del vampiro se adentraron aún más en su carne blanquecina.

La vampiresa empujó hacia atrás a la chica con su boca, lo que hizo que ésta describiera un arco perfecto con su cuerpo, tras lo cual el vampiro volvió a acercársela hacia él con manos, labios y dientes. Cada movimiento se fundía suavemente con el siguiente, construyendo una cadencia hipnótica. El cuerpo de la chica se debatía inevitablemente entre los espasmos que le producía aquella succión por partida doble. Su respiración se articulaba en torno a breves jadeos que nacían del torrente de sensaciones que estaba experimentando y que provocaron que acabase implorando incoherentemente más y más.

Tragué saliva. Era obvio que los vampiros europeos no seguían el método de extraer moléculas de sangre por la piel o por el aire que había sido aprobado por el Senado. Quizá era la época, o quizá se regían por normas diferentes. Los vampiros de Tony se habían alimentado en público tantas veces que creía que aquello ya me dejaba indiferente, pero lo que hacían ellos era un acto mucho más básico, carente por completo de estos matices de sensualidad. Si hubiera podido elegir, en ese momento pensé que habría preferido la brutalidad cruda. Si la muerte se me iba a echar encima, prefería verla como el enemigo que realmente era, en vez de darle la cálida bienvenida de quien recibe a un amante.

El vampiro había deslizado una mano bajo el tejido color ciruela y en unos segundos la chica estaba gritando de placer. Con todo, él no la estaba mirando; sus ojos estaban clavados en los de la morena, con una mirada compartida tan caliente que podía haber echado a arder. El de alimentarse era un acto íntimo para los vampiros y nunca compartían un cuerpo a la ligera. La chica no parecía ser consciente de lo que pasaba, o quizá no le importaba. Pegó un empujón hacia arriba con las caderas y acompañó el movimiento con un gemido lo suficientemente alto como para lograr captar unas cuantas miradas divertidas de la gente que pasaba por allí.

Con un cierto aturdimiento aún, aparté la vista. Me preguntaba si la chica se daba cuenta de que no era más que un simple conducto para la pasión de otros. Me preguntaba si enfilaría el camino de su propia muerte con una sonrisa en la boca, o si apurar los refrigerios hasta dejarlos sin una gota se consideraba un gesto de mal gusto. Pero, por encima de todo, me preguntaba si era así como Mircea me veía a mí. Un mero conducto, en mi caso, hacia el poder.

Unos labios cálidos se toparon con mi cuello.

—Los únicos humanos que hay aquí están para divertirnos o para servirnos de alimento —murmuró, un susurro ronco en la oscuridad—. ¿Cuál de ellos eres tú?

Sentir su respiración revoloteando sobre mi nuca y mis hombros era suficiente para acelerarme el pulso, para conseguir que mi cuerpo se pusiera tenso. Mircea inspiró profundamente para capturar mi aroma y yo me estremecí, cautiva en un territorio situado entre el miedo y el deseo. Al *geis* no le importaba que ese no fuera el Mircea que yo conocía, que éste fuese un maestro vampiro que no tenía razón alguna para protegerme. No comprendía que lo único que quería aquel era satisfacer su curiosidad sobre lo que había ocurrido en el teatro. No le importaba que pudiera tener hambre.

—Estoy aquí para avisarte. Estás en peligro.

El argumento me sonó poco convincente hasta a mí, pero había tanto que no podía contarle que aquello era casi lo único que me quedaba.

—Sí, lo sé. Dmitri está observándonos. Y no suelta a sus presas tan fácilmente. Tendremos que ser convincentes, ¿no es así?

Pude ver cómo un relámpago de ardor atravesaba sus ojos un segundo antes de que una mano se deslizase detrás de mi cabeza y una boca fogosa descendiese sobre la mía. Me esperaba pasión, pero no aquel caudal de alivio desbordante que me llenó por completo y me dejó sumida en una extraña y tranquila sensación de felicidad. Me sentía como si hubiese estado aguantando la respiración demasiado tiempo y por fin me dejaran coger aire. Mis manos se combaban para amoldarse a su pecho y, durante un buen rato, me quedé inmóvil, dejando que me besara. Después mi mano bajó de su hombro y se dirigió por su torso hasta aterrizar en las cálidas y lustrosas caderas de Mircea. No tenía intención de que aquello fuese una caricia, pero en cierto modo es en lo que se acabó convirtiendo. La palma amplia de una mano rodeó mi cintura, una lengua cálida se deslizó entre mis labios y entonces el *geis* se despertó de verdad.

La diferencia fue la misma que la que existe entre una cerilla y una hoguera. Inspiré una bocanada sollozante y empujé a Mircea hacia abajo. Las llamas se concitaron en aquel beso, se dispersaron por nuestros cuerpos y recorrieron toda nuestra piel, lanzando una lluvia de destellos que cayó sobre mí. Fue mejor de lo que pensé que podría ser: fuerte y duro, caliente y fiero. Parecía que mis manos sólo existieran para perderse entre ese pelo tupido y oscuro, y mi boca solo perseguía el sabor de aquella lengua suave.

Unos brazos poderosos me incorporaron de golpe y acto seguido Mircea me empujó contra la pared; al instante estábamos devorándonos el uno al otro con un ansia estremecedora y desesperada. Su brazo se tensó alrededor de mi cintura, sus piernas se movieron para abrirse paso entre las mías, colocando mi muslo entre sus cálidas y musculosas columnas. Necesitaba tanto sentirlo dentro que me dolía y, al igual que le había sucedido a la chica antes, de repente me dejó de importar lo que nos rodeaba o los ruidos desesperados que estaba emitiendo. Lo

quería con unas ansias tales que amenazaban con devorarme.

El beso acabó quebrándose finalmente por falta de aire por mi parte, así que oprimí mi mejilla contra el pecho de Mircea, jadeando en busca de resuello. El aroma a pino que siempre se desprendía de él me engulló por completo, era casi como si pudiera ver el bosque, verde y espeso, que se extendía bajo un cielo de atardecer. Lo único que me mantenía en pie era su fuerza, que me apuntalaba contra la pared, oprimiendo su piel contra la mía.

Mircea se retiró después de un rato, él mismo parecía un poco aturdido, y de alguna forma conseguí recuperar la estabilidad sobre mis piernas.

—Pareces tener algún que otro talento, brujilla.

Cualquier respuesta que pudiera haber empezado a fabricar se quedó presa en mi garganta en cuanto me di cuenta de lo que llevaba puesto encima Mircea. Su ropa en el teatro ya me había parecido un poco excesiva, pero lo que llevaba puesto ahora se pasaba de la raya sin lugar a dudas. Hundi las manos en un abrigo color burdeos lo suficientemente voluminoso como para servir de capa. Estaba hecho de una lana tupida y pesada, y tenía un ribete de seda flanqueado por una lista ancha con bordados dorados. Caía ligeramente por debajo de sus rodillas, lo justo para tocar levemente la parte superior de unas botas de color marrón oscuro. La indumentaria exterior daba paso a una toga interior fina y dorada tan suave que no podía ser de otra cosa sino cachemira. Era holgada, pero lo suficientemente ligera como para ceñirse a su cuerpo, remarcando los músculos perfectamente definidos de su pecho, la larga cintura, las estrechas caderas y el peso pesado que era su sexo.

Di por supuesto que se trataba de la vestimenta tradicional de los nobles rumanos y, curiosamente, le sentaba bien. No obstante, tenía mis dudas de que la hubiera elegido por cuestiones estéticas. Mircea prefería ropajes simples que destacaran por su soberbia confección. Esta noche estaba haciendo una declaración de intenciones; no en vano su indumentaria servía de recordatorio de su ascendencia de manera mucho más imponente que el chaleco que había llevado puesto en el teatro. Los dragones, una sutil referencia al símbolo de su familia, eran casi invisibles en aquel chaleco, aunque supongo que un vampiro tendría una vista lo suficientemente sagaz como para reparar en ellos con facilidad. Pues bien, si aquello podría considerarse como un susurro que recordaba su alcurnia, su indumentaria actual la constataba a voces. Me preguntaba a quién iría dirigido el mensaje y por qué le haría falta ir por ahí con pinta de ser el líder de algún pueblo bárbaro.

Para reforzar aquella impresión, Mircea también tenía una espada colgada del cinturón enjorjado que llevaba en la cintura. El oro y los rubíes en cabujón centelleaban sutilmente bajo la pálida luz de la sala, se los veía pesados y obviamente antiguos, como algo sacado del tesoro de alguna cruzada. Y quizá fuera así. Nunca antes había visto a Mircea llevar un arma encima, cuando eres

un maestro vampiro, queda un poco redundante, así que me dejó sorprendida.

—Vas armado.

—Con estas compañías, ciertamente.

Mircea se movió hacia mis espaldas, dejando mi cuerpo desnudo en medio de la habitación. Después deslizó un brazo alrededor de mi cadera y me oprimió con fuerza contra su cuerpo. Según me besaba por el hombro, su pelo sedoso, más largo que el mío, caía por mi cuello, aunque no era aquel su objetivo. Me colocó el brazo hacia arriba y rodeó con él su cuello haciéndome abrazarle hacia atrás y, acto seguido, noté un alfilerazo de sus colmillos hundiéndose sobre mi piel.

Se encontraba justo encima de la arteria de la parte superior de mi brazo, pero no se estaba alimentando; habría notado la succión de energía, aunque ni siquiera me hubiese perforado la piel. Con todo, probablemente parecía convincente. Asimismo aquello le sirvió para colocarse en la posición idónea para susurrarme al oído, con voz grave y peligrosa.

—Lo que me preocupa es que tú, que dices ser simplemente humana, no lo eres. O eres muy estúpida o... más de lo que aparentas. ¿Qué asunto tan urgente te ha traído aquí esta noche?

Al *geis* le estaba encantando el aire sedoso de la respiración de Mircea contra mi mejilla. Aquello inundaba mi cuerpo con un mar de dulzura hasta el punto de que apenas podía respirar, ni mucho menos hablar. ¿Y qué le decía yo? Que había un problema estaba claro, si no yo no estaría allí, pero no tenía ni idea de cuál era. Y con esta clase de compañía, resultaba más que absurdo pensar que mi presencia podía ejercer influencia alguna sobre nadie. Empezaba a dudar seriamente que mi poder supiera lo que se hacía.

—Me estropeaste la función —susurró Mircea—. No he podido dejar de pensar en ti. Lo único que veían mis ojos era ese cuerpo adorable tendido para mí... en mi palco... en mi carruaje... en mi lecho.

Mircea tiró de mí para ponerme la cara delante de la suya y su boca cubrió la mía de nuevo, transportándonos a ambos lejos de allí. El beso fue más tosco y más dulce a la vez, y amenazaba con hundir mi ser en medio de un torrente de placer en el que no había nada que resultase realmente importante. Las posibilidades de escaparme de allí eran exactamente las mismas que tenía de enfrentarme a todo el mundo en aquella habitación y salir victoriosa.

Mircea acabó soltándome, con los ojos encendidos y las mejillas sonrosadas.

—¿Por qué tengo tantas ansias de tocarte? —Su voz se volvió más aspera—. ¿Qué me has hecho?

Pensé que me tocaba intervenir a mí.

—Estoy aquí para ayudarte —musité con la voz quebrada—. Estás en peligro.

Sus dedos se deslizaron por la curvatura de mi cara, lentamente, con cariño, como si estuviese tocando algo mucho más íntimo. Me lamí los labios y los ojos

de Mircea descendieron hasta mi boca.

—Ya lo veo.

—¡Mircea! ¡Lo digo en serio!

—Así que ya nos podemos llamar por nuestro nombre de pila. Estupendo, detesto las formalidades.

A medida que hablaba, el *geis* tiraba de mí con un deseo persistente y que pedía a gritos ser saciado. Sentía la fuerza de los hombros de Mircea bajo mis manos y su recia masculinidad contra mis caderas. Tardé una cantidad de tiempo increíble en controlar que mi cuerpo no se arquease sobre él, implorando silenciosamente que me poseyera.

—Dado que ya conoces el mío, ¿crees que podrías decirme tu nombre?

Estuve a punto de decirselo; baste con eso para describir hasta que punto estaba ida. Fue en cambio un pequeño reducto racional el que se hizo oír en el último instante, lanzando un grito de advertencia, y me mordí la lengua para evitar que salieran las palabras. El dolor me hizo recobrar la cordura, el hilo de las notas de un vals y el rumor de la gente conversando.

Miré a mi alrededor, pero lo único que podía ver más allá de la orquesta era una oscuridad parpadeante tachonada por las luces de las velas. El techo alto se perdía entre las sombras y los únicos puntos de luz que quedaban eran los escasos destellos provocados por las velas repartidas entre las grietas doradas de los muros. Cerca de allí, los dos vampiros habían terminado su comida y, sorprendentemente, la joven estaba aún con vida. El vampiro le estaba dando algo de beber en una petaca y ella aceptó el ofrecimiento sin dudarle. En ese momento, probablemente se tiraría de cabeza desde el tejado si él se lo pedía.

En alguna parte de todo aquello se encontraba el problema que me habían mandado a solucionar, así que tenía que concentrarme si tenía alguna esperanza de dar con él.

—Podría ser la mujer, la que estaba contigo en el teatro, la que fuese el objetivo —le expliqué a Mircea—. ¿Está aquí?

Sería mejor tenerlos a los dos juntos, a pesar de que no tenía ni idea de que se suponía que tenía que hacer y o si otro maestro vampiro los atacaba.

Una de esas cejas oscuras se arqueó con un gesto muy familiar.

—¿Y por qué habría de decirte? Ya sé lo que eres. Trato de no tener prejuicios con estas cosas, al menos cuando la bruja es joven, guapa y lleva tan poca ropa estudiadamente. —Recorrió con un solo dedo mi columna, entreteniéndose ligeramente en las vértebras—. Cada vez que nos vemos llevas menos, cosa que aplaudo. —Sus palabras sonaban livianas, pero sus ojos estaban clavados intensamente en mi rostro—. Pero, por más pesada que me resulte Augusta en ocasiones, su muerte lo sería aún más.

—¡Entonces ayúdame a evitarla!

—Pero, ¿tú estás aquí para evitarla? Si rescataste a un hombre que nos había

echado veneno...

—¡Fue otro el que os lo echó! ¡Él sólo intentaba quitarlo de allí!

—... y ni siquiera me dices tu nombre. Y, aún así, me pides que confíe en ti.

—Si me ves como a un enemigo, ¿por qué me rescataste? ¿Por qué no dejaste que Dmitri me hiciera lo que pretendía?

Mircea curvó la boca hasta formar una sonrisa de predador.

—Una exhibición de fuerza resulta a menudo útil en estas ocasiones y el tipo ese no me preocupa en absoluto. Todos conocen bien los gustos de Dmitri y, por lo que a mí respecta, me resultan... desagradables. Privarle de un premio no fue muy duro. —Su mano acarició suavemente la curvatura de mi espalda y la columna se me derritió por completo—. Y ahora, brujilla, me vas a contar qué es lo que estás haciendo aquí y me vas a explicar algunos incidentes muy curiosos que tuvieron lugar en el teatro hace un par de noches.

Me quedé mirándole con la mente en blanco. La verdad resultaba imposible de contar si tenía alguna esperanza de no alterar el curso temporal más de lo que ya lo estaba, pero Mircea era capaz de oler una mentira antes siquiera de que acabase de terminar la frase. Sólo había una posibilidad que podría funcionar.

—Llévame ante Augusta y me lo pensaré. —Al ver que dudaba, saqué una sonrisa forzada—. ¡El gran Mircea tiene miedo de una chica desarmada!

Los labios se deslizaron hacia arriba con una cierta alegría. Un momento después, su expresión se abrió definitivamente en una sonrisa, una de esas que le hacían parecer años más joven. Me levantó la mano y besó la palma.

—Tienes mucha razón, claro que sí. ¿Qué sería la vida sin una pizca de peligro? —Me cogió el brazo con el suyo—. Ven, vamos a ver qué puede hacer Augusta contigo.

A pesar de lo abarrotada que estaba la sala de baile, no fue difícil encontrar a Augusta. Tanto ella como otra vampiresa, una morena pequeñita, habían formado un hueco en el otro extremo de la habitación y habían dejado libre una pequeña parcela dentro de la sala. La multitud agolpada en torno a ellas reía y las vitoreaba, si bien yo no veía cuál era la diversión. Las dos vampiresas parecían estar simplemente de pie en medio del círculo.

Nos detuvimos al llegar delante del vampiro de la toga.

—Tu Augusta se está haciendo muy popular —apuntó.

Mircea le lanzó una mirada de reproche.

—No es mi Augusta —murmuró, ante lo cual el otro vampiro soltó una carcajada.

En un principio me había parecido poco atractivo, con su pelo lacio y castaño, que parecía como si hubiera ido al mismo peluquero que Pritkin, y la cara roja. Sin embargo, al reírse, la cara le cambió por completo, sus ojos color güisqui cobraron más vida y su expresión adquirió más encanto. Cuando se reía, era guapo.

—No es eso lo que va diciendo ella por ahí.

—Usted debería saber mejor que nadie, Cónsul, que algunas mujeres tienen tendencia a la exageración... y a ciertos cambios de humor.

—Las más apasionadas —corroboró—. Aun así, con frecuencia merecen la pena. Hablando de arpías apasionadas, ¿cómo está vuestra Cónsul?

—Está bien. Pensaba en por qué no lo habría preguntado antes.

—Tus novedades me borraron cualquier otra cosa de la cabeza.

—¿Debo hacerle llegar tal comentario?

Aquella respuesta se ganó otra carcajada.

—Sólo si deseas provocar una guerra.

El vampiro no me había echado más que una mera ojeada, lo cual se debía, suponía, a mi estatus de aperitivo de la fiesta. Sin embargo, sus ojos se volvieron de repente hacia mí.

—¿Y ésta quién es? ¿Has empezado a coleccionar rubias de postín, Mircea?

El Cónsul me sonrió, pero no le miré a los ojos. Mircea me agarró ligeramente más fuerte.

—¿Acaso no se nos permite traer invitados, Cónsul?

—Invitados, sí. Siempre que sean uno de nosotros, o humanos.

Con un dedo me levantó el mentón. Algo se movió detrás de sus ojos, una mirada asesina que procedía desde más allá de su máscara jovial.

—Muy guapa. Y muy poderosa. Responderás de sus acciones, por supuesto.

Mircea hizo una pequeña reverencia y el Cónsul dio media vuelta para retomar el parloteo en la sala. Su talante era de nuevo agradable en un abrir y cerrar de ojos. Tuve que contener las ganas de temblar.

—Parece que por aquí no gustan mucho los usuarios de magia —musité débilmente.

—Pueden complicar las cosas. Es preciso adoptar precauciones distintas a las que habitualmente nuestra gente necesita.

—En ese caso me sorprende que me haya dejado quedarme.

—Le has cogido de buenas. Augusta y yo acabamos de sacarle de un problema.

—Yo no tengo intención de causar ningún problema —le aseguré con fervor. Mircea se limitó a mirarme, con un gesto irónico en sus labios—. ¡De veras!

—¿Por qué tendría que dudar de ti? ¿Simplemente porque la primera vez que nos encontramos casi me envenenan y la segunda estuve a punto de verme metido en un duelo? —Su sonrisa se hizo más amplia—. Por suerte, no me importa meterme en problemas. Siempre y cuando, como dijo el Cónsul, la recompensa merezca la pena.

No sabía qué responder a eso, así que nos quedamos mirando a la mujer durante un rato. Todavía no sabía muy bien qué estaban haciendo, posiblemente porque nos estaban dando la espalda. La morena vestía de azul pálido, color

gélido adornado con excesivos encajes; pero Augusta lucía un espectacular vestido largo de satén palabra de honor color champán. Podía ser verdad que no me gustaba, pero lo que era indiscutible era que sabía vestirse. Las faldas largas me obstaculizaron la visión durante un momento, después algo se abrió paso y fue directo hacia mí.

—¡Oh, no! ¡Anda suelto!

La voz de Augusta, jalonada por sus risas, hizo saltar la alarma por toda la habitación. Una criatura desnuda y de ojos fieros se encaminaba moviéndose sobre las manos y las rodillas hacia el extremo del círculo, dejando un rastro de gotitas detrás de él. Las gotitas, negras y grasientas, contrastaban con el verde oscuro del suelo. Justo antes de que pudiera llegar donde estaba yo, algo le tiró la cabeza hacia atrás y le dejó clavado de golpe.

Augusta tenía una correa en la mano y caminaba hacia él, que tenía el cuello atado al otro extremo. Después de eso se tumbó sobre su espalda, temblando por el pánico, mientras ella, de pie, llegaba a su altura.

—Arriba —ordenó impacientemente, tirando de la correa.

Le obligó a elevar el mentón y pude ver brevemente su rostro entre una maraña de pelo negro grasiento. Su boca se quejaba del dolor y después se endureció con un rictus de rabia, lo que deformó sus rasgos hasta dejarlos irreconocibles. Así y todo, aquellos ojos negros como escarabajos me eran bien conocidos. Los había visto en más de una pesadilla.

—Jack —susurré, lo que hizo que alzase sus ojos hacia mí con la mirada en blanco.

—¿Qué ocurre? —intervino la morena—. ¡Crei que te gustaba jugar con mujeres!

—Creo que prefiere las indefensas —espetó Augusta, deslizando sus largas uñas por el pecho de él, con la suficiente intensidad como para dejar ronchas rojas entre el pelo ralo de Jack—. Así que te llaman el Destripador, ¿no? —canturreó—. Cuando haya acabado contigo, te merecerás el nombre de verdad.

El hombre se hizo una pelota en un vano intento por protegerse de aquellas uñas como dagas y no pude evitar carraspear al ver su espalda. Se la habían golpeado con saña hasta hacer que la piel se cayese a tiras, la poca que le quedaba, al menos. Mircea también se percató de ello.

—Si no le dejas descansar pronto, Augusta, morirá y acabará tu diversión —apuntó, moderadamente.

Augusta soltó una carcajada.

—Oh, no lo creo —repuso, con una mirada coqueta.

Mircea frunció el ceño y se puso de rodillas al lado de Jack. Solo un instante después, volvió a elevar la vista.

—¿Has convertido a este loco en uno de nosotros? —preguntó incrédulo.

Augusta se encogió de hombros.

—Me lo quitaré de encima cuando acabe con él, o quizá prefieras hacerlo tú, por todos los problemas que te causó. Pero, si es así, tendrás que esperar —explicó, acariciando como quien no quiere la cosa el rostro de Jack, en un gesto casi tierno; ante lo cuál él lanzó un quejido roto y desesperado. En ese momento me percaté con gran disgusto de que le había metido una de esas uñas enormes en el ojo derecho—. Éste sí que me gusta. Sus chillidos son tan adorables...

Mircea apartó la mano de Jack, que se había agarrado al dobladillo de su pantalón a modo de súplica silenciosa, y Augusta arrastró a su prisionero de nuevo hacia el centro del círculo. Mejor exhibirlo, supuse. Mircea me miró y tuve que hacer esfuerzos por no mostrar mis emociones.

—¿Cómo sabías quién es? Augusta ha desvelado su identidad esta misma noche.

—Se escuchan rumores —acerté a decir, después de tragar saliva con esfuerzo—. ¿Cómo disteis con él?

—Fue él quien dio con nosotros. Buscábamos a otro. —Jack pegó un grito cuando la morena le clavó el tacón en toda la ingle y yo no pude evitar estremecerme—. Se aburrirán de él enseguida, en cuanto lo rompan del todo —dijo Mircea.

No hice ningún comentario. No tardarían mucho en darse cuenta de que es difícil romper una mente ya fracturada.

Mi atención dejó de centrarse en Jack en cuanto vi dos siluetas fantasmagóricas. Se habían estado moviendo entre los espectadores congregados en aquel círculo, pero la multitud no los había visto. Una de ellas era la intrigante silueta de antes, todavía una mancha sin facciones, y la otra era Myra.

Me quedé helada. En el borde del círculo estaba la madre de todas mis preocupaciones, eso sí, de forma espiritual. Me resultó fácil reconocerla porque la única vez que nos habíamos encontrado anteriormente también había adoptado la forma espiritual. Apenas podía creer lo que me decían mis ojos, sobre todo teniendo en cuenta que parecía mucho más en forma que antes de que la apuñalase. Su pelo claro, que la última vez estaba arremolinado en mechones lacios y sucios, ahora estaba bien peinado y reluciente. Su cara tenía un color pálido, pero parecía que había ganado unos cuantos kilos, que buena falta le hacía. ¿Cómo cojones se había recuperado tan rápido?

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

Mircea se creyó que le estaba hablando a él.

—Querías ver a Augusta. Ahí la tienes, sana y salva.

—Corrigiendo un error, por supuesto. —La voz de Myra era chillona y dulce, como la de un niño. No encajaba mucho con su expresión. Si las miradas matasen, yo ya me habría ido al otro barrio—. ¿No nos preparaban para eso?

Myra estaba cerca de la morena, no se acercaba ni un paso más. No estaba segura de que aquello se debiese a que Augusta también estaba allí o al hecho de

que el cuerpo de la morena le servía de parapeto contra mis cuchillos. Solté la mano con la que estaba agarrando la capa de Mircea, por si acaso, pero él me cogió por la muñeca.

—Es bonita la baratija que llevas, pero no me molestaré en avisarte de que no intentes nada mortal contra Augusta. Ya ves lo que hace con los que son tan estúpidos que se creen que pueden atacarla.

Ignoré sus palabras.

—¿Qué error?

—Oh, espera, que me había olvidado —añadió Myra con dulzura—. A ti no te había preparado nadie, ¿no? ¡Qué lástima!

Aquella voz cantarina me estaba empezando a poner de los nervios de verdad.

—Esto no es un juego, Myra.

—No —aprobo ella—. Es un concurso, y de los gordos. El más gordo, si quieres decirlo así.

—¿Y eso qué quiere decir?

Mircea siguió mi mirada, pero, evidentemente, no le llevó a ninguna parte.

—¿Con quién hablas?

—Quiere decir que no estás preparada para ser pitia. —Myra me miró, con esos ojos de un color azul tan pálido que casi era blanco, completamente fuera de sí. Supuse que no eran tan claros cuando estaba en su cuerpo normal, pero en ese momento daban miedo—. Agnes estaba mayor y peligrosamente inestable cuando te designó a ti. Si su decisión hubiera tenido que pasar por los procesos habituales de revisión, se habrían reído en su cara. Pero se saltó todo eso, ¿verdad que sí? Lo hizo a espaldas de todo el mundo y se ciscó en un sistema que lleva vigente miles de años. Si estoy aquí es para arreglar eso.

—¿Matándome?

—No hay que ser tan primitivo. Permíteme que te dé una lección, la primera y la última que recibes, todo en uno —se jactó con suficiencia—. Cualquier ser que viaje por la línea del tiempo viene definido por su pasado. Elimina ese pasado, o cámbialo, y estarás redefiniendo a ese ser —explicó con una sonrisa, totalmente ácida, eso sí—. O te lo estarás cargando por completo.

—Eso y a lo sé.

Lo que no comprendía era por qué estaba allí, en ese momento del tiempo. Si Augusta acababa de convertir a Jack, entonces parecía que estaba de vuelta a la década de 1880. Si Myra quería cambiar mi pasado, iba con un poco de antelación.

—¿Quieres llegar a alguna parte? —insistí.

—¿Qué pasa? —preguntó Mircea, mirando a todos lados hacia mí y hacia los vampiros como si se estuviera dando cuenta de que había algo que se le escapaba.

—¿Quiero llegar a alguna parte? —me parodió Myra—. Dios, mira que eres lenta. ¡Conozco aprendices de primer año que cogen las cosas más rápido!

Se quedó mirando a Mircea y mi cuerpo se tensó. Aquella expresión no me gustaba nada.

—Si quieres matarme a mí, ¿por qué vas a atacarle a él?

—Todavía no pillas lo de causa y efecto, ¿verdad? —Su voz delataba sorpresa de verdad—. A ver si te aclaro las cosas. Mircea te ha protegido la mayor parte de tu vida. ¿Por qué te crees que Antonio nunca perdió los papeles y te dejó con vida? ¿Por qué te recibía con los brazos abiertos cada vez que volvías después de escaparte? Si eliminamos a Mircea, eliminamos a tu protector. Lo que significa que mueres mucho antes de que te conviertas en un problema para mí.

La criatura fantasmagórica que estaba detrás de Myra se arqueó ligeramente, como si lo que estaba oyendo no le gustase mucho más que a mí. Movi6 sus enormes ojos a uno y otro lado entre nosotras, con un color que bailaba entre los matices plateados y el morado oscuro. De repente, alrededor del borde de su silueta diáfana comenzó un extraño revoloteo y, sin previo aviso, cambió de forma. La cara pálida y casi sin facciones se aclaró con una boca llena de colmillos mortales de necesidad y unos ojos de color rojo oscuro, como el de la sangre coagulada. Me quedé mirándolo sin poderme mover, pero Myra no pareció enterarse. O quizá pensaba que mi reacción iba dirigida a ella.

—¿Y Agnes se convirtió en un problema para ti? —pregunté.

Daba por supuesto que era Myra la mujer que había envenenado el vino de Mircea en el teatro. No tenía ni idea de cómo había conseguido recuperarse tan rápido; pero, si estaba aquí, era evidente que podía haber estado allí. Y tampoco tenía pinta de que pudieran ser muchos más. No tenía forma de saber si el veneno que había usado era del mismo tipo que el que había matado a Agnes, pero las similitudes en el *modus operandi* eran interesantes.

—¿Por eso la mataste? —insistí.

Myra se echó a reír como si hubiera dicho algo realmente gracioso.

—Eso va contra las reglas, ¿o es que no lo sabías? —inquirió.

Acto seguido se metió dentro del cuerpo de la morena y desapareció.

Mircea me agarró por los hombros.

—¿Estás loca o qué?

—La morena —jadeé.

No pude decir nada más, porque de repente la vampiresa que Myra acababa de poseer se abalanzó hacia Mircea. Él la agarró por el cuello antes de que yo pudiese siquiera pestañear y la mantuvo fuera de su alcance. La vampiresa se revolvió y trató de zafarse, pero no podía llegar a su objetivo. Tampoco es que hubiera sido muy diferente si hubiera podido alcanzar a Mircea. Según parecía, para Myra un vampiro era un vampiro y nada más. No comprendía que la morena era una chiquilla comparada con Mircea y que él podía destrozarla sin

pestañear. Con todo, Myra aprendía rápido. En menos de un minuto, Myra salió volando del cuerpo de la morena y desapareció entre la multitud.

La morena se derrumbó, sollozando y agarrando a Mircea por los pies implorando perdón de manera casi incoherente.

—Estaba poseída, no sabía lo que hacía —le dije.

Mircea hizo que la vampiresa histérica se incorporase y me miró por encima de su cabeza, con el rostro oscurecido por la ira.

—¡Un vampiro no puede ser poseído por nadie!

Pensé en Casanova, pero decidí no entrar en discusiones.

—No por la mayoría de las cosas —corroboré, con la mirada perdida entre la multitud, que había aumentando notablemente al dar comienzo la escena.

Yo misma había invadido a un vampiro con anterioridad, un maestro de primer nivel para ser exactos. La diferencia fue que yo lo hice accidentalmente, ya que no conocía esa faceta de mi poder, y me pegué un susto de muerte. A él tampoco le sentó nada bien. Sin embargo, resultaba obvio que Myra podía manejar eso a voluntad y allí había toda una habitación repleta de vampiros para elegir el que quisiera.

—¿Qué pasa ahí fuera? —Mircea empujó a la sollozante vampiresa hacia Augusta, su maestra, supuse, y empezó a examinar personalmente a la multitud, con esos ojos oscuros y rápidos dedicándose exhaustivamente a la tarea de memorizar las caras. Una pena que esa clase de cosas no sirviese de mucha ayuda.

No tuve que responderle, porque una mujer que podía haber salido del mismo Versalles, enfundada en un miriñaque color crema y un tocado de más de medio metro de alto, se salió de la multitud dando bandazos. No se fue directa a por Mircea como me había esperado, sino que fue dando tumbos alrededor del círculo como si estuviese borracha, para acabar chocándose contra Jack que se había acurrucado en un lado, en su intento por desaparecer entre las sombras. Los dos se precipitaron contra la multitud tambaleantes, desnudos, piernas sucias entrelazadas con satén bordado, hasta que Augusta tiró hacia arriba de la correa de Jack y lo apartó de la escena.

En lugar de levantarse, la vampiresa se quedó tirada allí en medio, con las extremidades soltando golpes aquí y allá, la cabeza dándole vueltas y los ojos entornados. Parecía como si tratase de resistirse a ser poseída, como si tratase de expeler a Myra de su cuerpo. Si lo conseguía, sería de gran ayuda. Mis cuchillos podían rajar la piel humana tan bien como la de los espíritus, pero no me podía arriesgar a lanzar un ataque cuando Myra estaba metida en el cuerpo de otra persona. Sus mascotas podían no merecer una muerte prematura, por no mencionar las consecuencias que aquello podría tener en el curso del tiempo.

Unos cuantos vampiros se empezaron a acercar a la mujer con cara de preocupación y yo cogí a Mircea por el brazo.

—¡Diles que vuelvan aquí! Puedo detener esto si tengo un disparo franco.

—¡No! No vas a matar a la huésped tan sólo porque...

—No voy a tocar a la huésped —repliqué mientras la mujer gritaba y hacía aspavientos como si quisiera arañar al aire—. Una vez que el espíritu se dé cuenta de que no puede controlarla, saldrá. En cuanto...

Me detuve, pero demasiado tarde. En condiciones normales, Myra no habría sido capaz de escuchar un comentario susurrado a metros de distancia, pero en el cuerpo de un vampiro, también tenía las prestaciones acústicas de ellos. La cabeza de la mujer se irguió y me lanzó una sonrisa que estaba a medio camino entre la complicidad y la burla, tras lo cual se derrumbó. Una de las mujeres que habían estado tratando de ayudarla volvió a fundirse entre la multitud, sin duda alguna con un pasajero a bordo. ¡Joder!

Busqué entre la multitud para ver si descubría a la nueva huésped, pero, cuando finalmente la divisé, se había desmayado en los brazos de un joven vampiro. Myra estaba jugando al escondite.

—Vigila a las mujeres —le musité a Mircea, con la esperanza de que Myra me estuviese escuchando. Hasta ahora sólo se había metido dentro de mujeres, posiblemente porque no le gustaba invadir cuerpos de hombres mucho más de lo que me gustaba a mí. Además, todas las que estaban más cerca de Mircea eran mujeres. Si Myra me escuchaba y empezaba a centrarse en los hombres, al menos Mircea tendría medio segundo de aviso antes de que le volvieran a atacar.

Volví a escrutar entre la multitud de vampiros, que murmuraban entre ellos, pero no mostraban intención alguna de dispersarse. De hecho, a cada minuto llegaban más procedentes de la sala de baile, porque la gente se empezaba a dar cuenta de dónde estaba la diversión en ese momento. Y cuantos más se congregaban, más difícil resultaba predecir desde dónde nos atacaría Myra la vez siguiente.

Sentí que por mi espalda trepaba un hormigueo de pavor. Lo único que veía era ese círculo de personas, ávidamente deseosas de ver sangrar a alguien, de ver morir a alguien. Un vampiro enfundado en un albornoz bereber de color verde intenso cayó al suelo. En un instante se incorporó y empezó a mirar alrededor gruñendo algo, con los colmillos bien blancos en contraste con su piel oscura. En ese momento pude ver que había movimiento en el centro del círculo y divisé una mirada de odio en el rostro de Augusta. Sus ojos azules se habían estrechado hasta convertirse en esquirlas gélidas. Había utilizado al joven para despistar.

Agarré a Mircea por el brazo y señalé a Augusta.

—¡No es él! ¡Está en Augusta!

Por la multitud se expandió un murmullo, todo el mundo sabía que había algo que iba mal, pero nadie tenía pinta de tener ganas de meterse en el lío. Esto era Europa y tanto Mircea como Augusta eran miembros del Senado

norteamericano. Si querían matarse el uno al otro, era asunto suyo. Nadie movería un dedo para entrometerse ni para ayudar.

—No puedes matarla —le recordé azorada—. Tan solo... redúcela, o algo.

Algo que fuera suficiente para obligar a Myra a salir y dar la cara delante de mí. Augusta agarró un enorme candelero de hierro del tamaño de un perchero que había estado iluminando la zona. Lo elevó como si estuviera hecho de papel y me di cuenta de que mi plan tenía un fallo. Si Augusta era miembro del Senado, tenía que ser una maestra de primer nivel.

Lo mismo que Mircea.

Augusta se dirigió hacia nosotros, blandiendo el candelero en llamas, y Mircea me apartó de su camino. Augusta se pasó de frenada, pero se dio la vuelta en un santiamén y regresó a por más, empuñando el candelero como si fuera una espada extralarga. Las chispas volaron por todas partes y el pánico se desató entre la multitud. A los vampiros el fuego les da un miedo de muerte y, viendo cómo balanceaba aquello, podía acabar golpeando a cualquiera. Los vampiros se arremolinaron como locos en su carrera por llegar cuanto antes a la puerta.

Augusta volvió a protagonizar una nueva embestida. Mircea la esquivó y una silueta oscura salió de entre la multitud, abalanzándose hacia Mircea con una mano extendida. Mircea no le había visto, pero lo sintió cuando notó que le clavaban una estaca en un costado. Pegué un grito y Dmitri miró hacia arriba durante un instante, con una sonrisa de satisfacción; a continuación la expresión de su rostro se quedó congelada. Al mirar hacia abajo, vi cómo la hoja de una espada salía de su pecho en la posición perfecta para rebanarle el corazón, y la empuñadura estaba en la mano de Mircea. Dmitri lanzó una mirada incrédula y se derrumbó, mientras su cuerpo comenzaba a dar espasmos violentos.

Mircea se postró sobre una de sus rodillas, con una mano en uno de sus costados, y supe que aquello no era bueno. La espada que había empleado Mircea era de metal, lo que significa que Dmitri podía llegar a recuperarse, pero la estaca que se acababa de sacar Mircea era de madera. Cuando la vi, el mundo entero se nubló ante mis ojos. Traté de convencerme a mí misma de que, aunque le hubiese dado en el corazón, aquello no sería suficiente para matar a un maestro de primer nivel. Con todo, no era de mucho alivio teniendo en cuenta que Augusta estaba merodeando por allí con ganas de rematar el trabajo.

Su ataque se había detenido por la sorpresa que la había producido ver caer a Mircea. Sin embargo, recobró las ganas casi al instante y se lanzó corriendo a arrancar del pecho de Dmitri la espada ensangrentada. Me miró y se echó a reír.

—Ni siquiera vas a hacer que esto se convierta en un desafío, ¿verdad que no?

Dicho eso se volvió hacia Mircea y ni siquiera lo dudé. Matar a Augusta cambiaría radicalmente el curso temporal, pero dejar que Mircea muriese también lo haría. Nunca había sentido tanto miedo como cuando vi sangrar así a

Mircea por el costado y no tenía poder para detener aquello. Tampoco iba a quedarme allí viendo cómo le rebanaban la cabeza.

Mis cuchillos saltaron del brazalet y salieron volando hacia Augusta. Como tenía la agilidad de un vampiro, Augusta fue capaz de blandir el candelero justo a tiempo para escudarse detrás de él; pero, por el camino, se le soltó una vela, que acabó aterrizándole en el hombro antes de caer al suelo. Tras eso, una chispa prendió en el corpiño de su vestido y de ahí nació una llama minúscula, más pequeña que la de una cerilla. Cualquier humano se la habría apagado con la mano sin mayores problemas, pero Augusta empezó a gritar y a agitar las manos por todas partes como alguien que se ahoga y da sus últimos coletazos antes de hundirse definitivamente.

Según parecía, el pavor que le había provocado el fuego fue suficiente para deshacerse del control de Myra porque, acto seguido, Augusta se olvidó por completo del ataque. Mircea intentó que se quedara quieta para poder apagar el fuego con su pañuelo, pero ella no atendía a razones. En pleno furor, Augusta se resbaló con un charco de sangre de Jack y acabó besando el suelo con sus elegantes posaderas. De hecho yo tuve que quitarme de en medio dando un saltito para evitar que me acabase llevando por delante.

—¡Augusta! ¡Quédate quieta! —bramó Mircea, pero Augusta no escuchaba.

En lugar de aplacar el incendio, al salir rodando había cogido más oxígeno, lo que provocó que una llamarada diese el salto a uno de los largos rizos que flanqueaban su rostro. Sus gritos se convirtieron en chillidos y se quitó apresuradamente los distinguidos rizos, que salieron volando de inmediato. Aquello explicaba por qué no se le había prendido la cabeza entera: la mitad de aquel peinado dorado era de pega, probablemente hecho con pelo humano.

Myra se salió de su interior, abandonando el barco ahora que ya no podía controlarlo. Agité los brazos y grité con todas mis fuerzas a mis cuchillos, que estaban apuntando a la aterrada Augusta.

—¡No... a ella no! ¡A por Myra!

O no me escucharon o se lo estaban pasando demasiado bien como para obedecer.

La criatura espiritual era más de ideas fijas. Se zambulló en el interior de Myra, tan insustancial como un soplo de viento, pero lo suficiente como para hacer que Myra se tambalease hacia atrás, arañándose el pecho y dando gritos. Tras un momento de desconcierto, me di cuenta de que le estaban provocando el equivalente espiritual de un atraco. El espíritu emergió de su espalda, tan cargado con el poder que acababa de robar que había adquirido un color plateado que casi cegaba. Mirarle era como quedarse con los ojos clavados en un reflector de luz.

Pestañeé y, cuando volví a mirar, se había desvanecido. Myra cayó de rodillas, casi transparente, desprovista de la energía que le habría permitido quedarse allí durante horas. Me lanzó una furiosa mirada azulada.

—No importa. No puedes protegerle todo el tiempo.

Myra se fue de allí justo cuando Augusta se incorporó de nuevo y, acto seguido, se abalanzó sobre Mircea, gritando y braceando como si le culpaba de los riesgos sufridos. Le tiré la capa y Mircea la usó para envolver a Augusta y aplacar las llamas, justo en el instante en el que volví a sentir que mi poder tiraba de mí.

—Dime, brujilla —atisbó a decir entre jadeos, sujetando con dificultades obvias a aquella vampiresa que trataba de zafarse de él—. ¿Qué es lo que ocurre cuando intentas de verdad causar problemas?

Una sensación de mareo y de náuseas me invadió por completo y me sentí caer. Me estampé con la cabeza por delante en la camilla de Mac, en la que Billy Joe había estado jugando al solitario, desparramando las cartas por todas partes.

—No voy —musité débilmente y me desmayé.

Permanecí abrazada a la porcelana del baño durante la siguiente media hora. Una vez que el poder cedió en su influjo, me quedé destrozada y con un dolor de cabeza tan fuerte que tenía hasta náuseas. Con mi suerte habitual, Mac decidió entrar a echar un vistazo justo en el momento en el que yo acababa de regresar de mi viaje, así que nada más llegar me encontró cetrina y temblorosa. Al verme así, se fue a por algo de comer, dando por sentado que mi problema no era más que un bajón de azúcar. Si sólo hubiera sido eso...

Billy se hizo a un lado para que pudiera estirarme en la camilla sin tener que atravesarle ninguna parte de su cuerpo.

—¿Has visto a Casanova? —inquirí con voz ronca.

Mientras, incauté una de las cervezas de Mac para aliviar la sequedad de garganta que tenía y casi consigo volver a marearme en cuanto mi estómago notó el alcohol. Así las cosas, volví a dejar la cerveza sin más dilación.

—*Seh*, pero Chávez ha desaparecido sin previo aviso. Quizá esté tratando de pasar desapercibido hasta que los magos se alejen del Dante, no lo sé. No obstante, Casanova dijo que guardaría las cosas bajo llave en cuanto llegase allí.

Asentí con la cabeza. Era lo máximo que se podía esperar de él. Si Chávez había sido lo suficientemente listo como para eludir la invasión que había tenido lugar en su puesto de trabajo, los objetos que llevaba consigo debían estar a salvo.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó Billy arrastrando el mazo de cartas hacia arriba.

Nunca hace levitar nada a no ser que se vea obligado a ello o que tenga ganas de hacer una demostración de habilidad, pero me sentía demasiado mal como para que algo me impresionase demasiado.

—¿Hacer el qué?

Me encontraba tirada boca arriba sobre la camilla, intentando convencer a mi estómago de que no había nada que vomitar. No sabía qué me pasaba. Ya había hecho viajes en el tiempo con anterioridad y nunca me había sentido así al volver.

—Arreglar la protección.

Pestañeé y le miré con lágrimas en los ojos. Casi me había olvidado de eso. El pentáculo, que ya había demostrado ser capaz de viajar en el tiempo conmigo

en otras ocasiones, me habría venido bastante bien con Dmitri. Por desgracia, no podía arriesgarme a arreglarlo.

—Sí, y deberle un favor al poder, de paso.

—Por lo que parece, él te debe a ti un par de ellos, si me permites que lo diga. Has sido tú la que has ido haciéndole los recados, y tampoco se puede decir que lo hayas hecho por interés propio.

—Lo que no sé es si él ve las cosas así.

Billy inhaló el humo de un cigarrillo insustancial, haciendo un círculo que empezó a flotar casi hasta el techo antes de desaparecer. En cierta ocasión le pregunté por qué podía fumar cigarrillos fantasmagóricos pero no podía beber copazos fantasmagóricos, lo cual me habría evitado algunos incidentes embarazosos, amén de muchos de sus lloriqueos. Según me explicó, cuando mueres, todo aquello que llevas encima, ya sea porque estés en contacto directo con tu cuerpo o porque se encuentra a escasos metros de él, puede materializarse contigo cuando te conviertes en fantasma. Todo forma parte de tu energía (por eso Billy básicamente fumaba como una chimenea), pero, según parecía, el fumar también le reportaba un cierto grado de satisfacción. La pena era que no hubiera llevado una petaca de güisqui encima en el momento de recibir su clase de natación envuelto en un saco.

—¿Por qué hablamos de este poder como si fuera una persona? —inquirió pensativamente—. Cuando hablas del tema parece que llevase una cuenta en la que fuese anotando cada favor que te hace para poder exigirte el pago cualquier día de estos. ¿Y si no es así? Tal vez sea una fuerza de la naturaleza, como la gravedad. Lo único que, en lugar de aferrar las cosas al suelo, da respuesta a los problemas que surgen en la línea temporal mandando a alguien para que lo arregle.

Meneé la cabeza. Su teoría era sorprendentemente lógica, pero una parte de mí sabía que fuese lo que fuese lo que tenía entre manos era consciente, no una fuerza que actuase de manera mecánica. Sabía que no me gustaba estar entre su plantel de reparaciones, pero le daba igual.

—No lo creo.

—Vale, permíteme que me asegure de que lo estoy entendiendo.

Billy sacó una mano de cartas compuesta por dos ases negros, una pareja de ochos negros y el rey de picas. En el póquer, a esta jugada se la conoce como «la mano del hombre muerto» porque, según cuenta la leyenda, era la que llevaba Bill Salvaje Hickok cuando le dispararon por la espalda. Hickok murió en 1876, casi dos décadas después que quien me acababa de repartir las cartas, pero Billy se sabía al dedillo las leyendas relacionadas con el mundo del póquer y bien pesadito que se ponía con ellas.

—¿Te vas a negar a arreglar la protección aun sabiendo que tienes más gente pisándote los talones de los que podría contar, y que te vas a meter en el Reino de

la Fantasía, en el que se elimina a cualquier intruso en cuanto se le ve aparecer? ¿Y todo ello solo para no deber a un poder que nadie puede ver un favor que, quizá, ni siquiera se moleste en reclamar?

Estaba demasiado cansada como para ponerle mala cara.

—No lo sé.

—Oh, estupendo, me alegro de que al menos te lo hayas pensado.

—¿Por qué me das la brasa con esto ahora?

—Porque, pichoncito, por si te has olvidado, tenemos un trato. Yo cumpliré mi parte y espero que tú cumplas la tuya, pero si estás muerta no lo podrás hacer. Vale, que sí, que no te gusta que te sermoneen con lo que tienes o no tienes que hacer. ¿Acaso a alguien le gusta eso? Pero, ¡última hora!, estar muerto es mucho peor. Deja que Mac te remiende la puta protección. Si no te hace falta, genial, no le deberás nada a nadie. Pero si te hace falta, ahí la tendrás, y cuando amaine la tormenta, ahí seguirás tú, vivita y coleando.

—Ajá —musité impaciente, dando por imposible la idea de echar un sueñecito con Billy rondando por ahí—. ¿Y si le da por encenderse en una situación que no sea de vida o muerte? Yo no tengo control alguno sobre lo que el poder percibe como amenaza. Si es él el que enciende la protección, es él el que tiene el control y ya ha intentado jugármela alguna vez... No seguí por ahí porque Billy no estuvo presente cuando me abalancé sobre Pritkin y no quería que me puteara con el tema. Por suerte, o no se enteró del detalle, o lo dejó correr.

—Venga, va, es cierto que asumes un riesgo apostándote unos cuartos a que esta cosa no va a ser capaz de jugártela. Pero eso es mucho mejor que jugarte la vida a que no necesitas la protección y después darte cuenta de que estabas equivocada. Acepta el consejo de alguien que lo sabe por experiencia propia.

Cass: nunca aceptes una apuesta si no te puedes permitir perder.

Mac nos interrumpió con las manos cargadas de los cuatro grupos de alimentos fundamentales (sales, grasas, azúcares y cafeína) en forma de patatas fritas, hamburguesas y vasos extra grandes de café azucarado. Me obligué a comer, porque era la manera más rápida de recuperar algo de energía, a pesar de que me sentía mareada. A media comida le dije a Mac que había decidido que quería que me reactivara la protección. Billy me hizo un gesto señalando con los pulgares hacia arriba y yo le respondí con otra mueca. Lo único que resulta más molesto que escuchar a Billy cuando se equivoca es escuchar a Billy cuando tiene algo de razón. Y de esta me iba a estar acordando un buen tiempo.

Cuando Pritkin regresó yo ya había acabado de vestirme, después de que Mac me hiciera los ajustes pertinentes. La protección seguía estando torcida porque los arreglos estéticos podían esperar. Mac dijo que pensaba que la transferencia de poder había ido bien, pero yo tenía un cierto escepticismo.

No sentía nada, ni un chisporroteo o una punzada. Por supuesto, lo normal es

que no lo sintiera a no ser que hubiera alguna amenaza, pero me habría gustado tener alguna señal de que estaba de nuevo activa. Por desgracia, no parecía que fuera a obtener ninguna. Supuse que tendría que esperar hasta que alguien intentara matarme para descubrir si Mac era todo lo mañoso que decía ser. Con la dinámica que llevaba mi vida, no parecía que aquello fuese a tardar mucho.

—Tenemos que irnos —farfulló Pritkin sin preámbulo. Me tiró algo sobre la cabeza y lo cogí cuando estaba a la altura de la oreja. Al quitármelo me di cuenta de que lo que tenía entre manos era una especie de amuleto, varios amuletos para ser exacta, unidos por un grueso cordel rojo. La bolsita de tela contenía o bien verbena o bien un calcetín de gimnasio recién usado (el olor era más o menos el mismo), pero del significado de los demás no estaba segura.

—Cruz de madera de serbal —pronosticó Billy—, dispuesta con ámbar y coral. Se dice que los tres sirven para proteger de los ataques de los duendes.

El pentáculo es probablemente de hierro —añadió, entornando los ojos a pesar del hecho de que aquello probablemente no iba a ayudarlo a ver mejor—. Parece que va en serio con lo de su expedición de pirados. Empiezo a pensar que está tan de la olla como tú.

Pritkin había cogido otro colgante a juego de la prominente cartera que llevaba a la espalda. Aquello podría haberle hecho parecerse a Santa Claus, si no fuera porque dudo que aquel viejo elfo alegre hubiera tenido nunca un aspecto tan terrible. Se lo tiró a Mac y frunció el ceño.

—El Círculo está estrechando el cerco sobre nosotros.

—Tal y como esperábamos —apuntó Mac tibiamente.

Mac se quedó de pie y se sacudió unas cuantas migas de encima. Habíamos estado hablando sobre protecciones antes de que Pritkin apareciese por allí, sobre todo porque Mac quería tenerme distraída para que no estuviese pendiente de lo que le estaba haciendo a mi estrella. En ese momento me sonrió y me mostró su pierna derecha.

—Éste es uno del que no he tenido tiempo de hablarte —me indicó, señalando un pequeño trozo cuadrado de piel sin tatuar que tenía debajo de la rodilla.

—No lo pillo.

Mac se limitó a mostrar una sonrisa más amplia y sacó un trozo de papel doblado de su bolsillo. Lo extendió sobre la camilla y pude ver que era un mapa de Las Vegas y sus alrededores. Era viejo y estaba amarillento, excepción hecha de algunas zonas marcadas con un rojo intenso. Me recordaba a un mapa de metro, si no fuera porque, claro, Las Vegas no tiene metro.

—Ahí —irrumpió Pritkin, señalando una zona cercana al cañón de MAGIA.

Mac asintió con la cabeza.

—No te preocupes —musitó, levantando una ceja mientras me miraba—. ¿Has visto alguna vez *El mago de Oz*?

—Pues claro. ¿Por?

—Es posible que tengas que agarrarte a algo.

Fue la única respuesta que obtuve antes de notar cómo algo parecido a un terremoto gigantesco azotaba la tienda. Me agarré a la camilla, que se había puesto patas arriba, mientras Pritkin calzó un pie alrededor de la mesa y se sujetó con ambas manos. Mac era el único que parecía impertérrito, ignorando que la habitación no dejaba de dar vueltas y de inclinarse, y limitándose a trazar con un dedo una línea en el mapa que unía la ciudad con el desierto. Unos segundos después de que terminase, el edificio dio una última sacudida, acompañada de un ruido sordo, y se quedó quieto. Unos cuantos papeles se cayeron de los distintos sitios a los que habían ido a parar, todos cercanos al techo; pero, aparte de eso, era como si nada hubiera pasado.

—¿Qué ha sido eso?

—Compruébalo tú misma —me invitó Mac agitando una mano en dirección a la parte delantera de la tienda.

Después de incorporarme sobre mis piernas, que ahora parecían de goma, caminé hacia la entrada. Si antes desde la ventana principal solo se veía el asfalto de la calle y el restaurante de hamburguesas lleno hasta los topes, ahora no había más que desierto desnudo, con poco más que un cactus para romper la monotonía asfixiante del lugar.

—Creo que necesita algún refuerzo —comentaba Mac mientras se abría paso entre las cortinas.

—Tiene esos putos cuchillos.

—No son de fiar, proceden de un mago oscuro y su lealtad es cuestionable. Ahora están a su servicio porque se ajusta a sus propósitos, pero ¿y después? —Mac meneó la cabeza—. No me gusta. Por no mencionar que ni tan siquiera sabemos si van a funcionar allí.

—Le has reactivado la protección, eso debería ser suficiente —replicó Pritkin, arrastrando su petate desde la trastienda y empezando a vaciarlo sobre el mostrador—. Ahora mismo su fuerza es más que suficiente.

Mac no dijo nada, pero sigilosamente se cogió el hombro izquierdo y agarró algo que había permanecido oculto bajo las hojas, que se meneaban con dulzura. Se llevó un dedo a los labios y miró a Pritkin, que estaba poniendo en fila una colección de armas sobre el mostrador. Si tenía pensado que fuésemos a cargar con todo eso, ya podía haber traído un carro.

Mac me cogió por el brazo y, al mirar hacia abajo, vi cómo me ponía en el codo un amuleto de oro brillante con la forma de un gato. En cuanto me tocó la piel desnuda, se metamorfoseó en una elegante pantera negra de delgados ojos naranjas. Me di cuenta de que eran los mismos que anteriormente me habían estado escrutando maliciosamente, y lo cierto es que ahora no parecían estar de mucho mejor humor. Al gatito no parecía haberle sentado bien perder el poblado camuflaje de Mac, y después de echar un breve vistazo alrededor, se me subió

por el brazo y desapareció detrás de mi camiseta.

Casi podía sentirlo como un felino de verdad, con su piel cálida y sus pequeñas garras clavándoseme en la piel. Era una sensación extraña y me dejaba un cosquilleo que no me gustaba ni un pelo.

—¿Qué co...?

—Vamos, Cassie, tienes que acabar de comer —me interrumpió Mac, empujándome delante de él por la cortina.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —protesté cuando llegamos a la trastienda. Mac me chistó e hizo un gesto extraño en el aire.

—Escudo de silencio —fue su explicación—. Sin ayudas, John tiene un oído mejor que la mayoría de seres con ellas.

—Mac, si no me explicas qué...

—Sólo te he dado la otra protección que querías. *Sheba* cuidará bien de ti. Es cosa fina, te lo digo yo.

La Señora Cosa Fina se movía alrededor de mi vientre deteniéndose ocasionalmente para darme lametones, lo que me resultaba bastante desagradable.

—¡Mac! ¡Quítame esta cosa de encima!

Mac sonrió alegremente.

—No puedo. Las de su especie sólo pueden transferirse una vez al día. Lo siento.

No parecía sentirlo demasiado y lo cierto es que yo no tenía forma de saber si estaba diciendo la verdad. Sinceramente, tenía mis dudas.

—¡Mac!

—Es posible que la necesites —añadió más en serio—. Me dejaste que te reactivara la protección, pero es lo que dijo John: tu poder puede no funcionar en el Reino de la Fantasía y, si lo hace, puede que sea de forma esporádica. Si la energía no fluye como para darle alas, tu protección no estará operativa. *Sheba* te acompañará y así nos aseguraremos de que cuentas con algo que te resguardará incluso en el caso de que falle tu protección principal. Considérala como un refuerzo ligeramente temperamental. No son tantas las protecciones que funcionan en el Reino de la Fantasía, pero esta seguro que lo hace. Se la compré a los duendes que la hechizaron. Y tampoco sería muy caballeroso por mi parte dejarte marchar indefensa en estos momentos, ¿no?

—Pero no voy a irme sola.

*Sheba* se me había subido por la espalda y estaba haciendo algo con sus zarpas que me resultaba menos que agradable. Me di la vuelta para decirle que parase y noté que una pequeña pata me aplastaba por los problemas que le estaba ocasionando. Afortunadamente, al minuto siguiente se enroscó adoptando la forma de una pelota cálida en la base de mi columna y se echó a dormir. Si me concentraba lo suficiente, podía escucharla ronronear de satisfacción.

—Estás dando por sentado que vamos a franquear la barrera de los guardias. Sin embargo, no va a ser tan sencillo como entrar dando un paseo por la noche.

—Dijiste que los conocías.

—Y los conozco, pero ellos también me conocen a mí. Antes de jubilarme, yo solía ser el compañero de John. Ahora le andan buscando, después de la exhibición que disteis esta mañana los dos, así que si aparezco por allí y me pongo a darles conversación va a quedar un poco raro. La idea es que yo les despiste y que vosotros dos os metáis en el portal mientras los guardias están ocupados conmigo. Pero tampoco es seguro que funcione. Incluso si sale bien, tú y John tendréis que apañáoslos solos cuando los guardias me apresen.

Me entró un escalofrío de incomodidad, tanto porque *Sheba* me hacía cosquillas con el vaivén de su cola como por la ligereza con la que Mac hablaba de desafiar al Círculo.

—¿Qué ocurrirá cuando te cojan?

Mac se encogió de hombros.

—Lo normal es que no sea nada. No será un tirón de orejas y santas pascuas, volver a la acción es lo que tiene. Pero me sé un par de trucos. Con un poco de suerte, debería ser capaz de convencerles de que John me lanzó un hechizo de obligación y me forzó a ayudarle.

—¿Y si no tienes suerte?

Mac sonrió abiertamente y me dio una palmadita en el hombro.

—Por eso vamos esta noche. Puede que mis viejos colegas no se alegren de verme, pero tampoco es probable que me quieran matar. Les he salvado el culo más de una vez... me lo deben.

—Pero el Círculo...

—Deja que sea yo quien se preocupe por ellos —replicó mientras Pritkin nos lanzaba una mirada de suspicacia desde el otro lado de la cortina.

—¿Qué hace?

Había visto a Pritkin mover la boca ostensiblemente antes de que Mac disolviese el escudo que nos envolvía con un leve movimiento de muñeca.

—Terminar de atascar las arterias —respondió Mac con jolgorio—. Te habría invitado a unirme a nosotros, pero ya sé que te has saltado la dieta una vez en lo que va de día. —Me guiñó un ojo—. Nunca dejes que John se encargue de la comida, Cassie. Te envenenará con su zumo de trigo y ciruela pasa. —

—Eso es mejor que la clase de cosas que tú llamas comida —irrumpió Pritkin, pero desapareció de pronto como si aquella breve intromisión ya le hubiese dejado satisfecho.

Me comí un poco más de hamburguesa, pero la grasa ya había empezado a quedarse fría y, en cualquier caso, no tenía más hambre. Estaba cansada de que el resto de la gente acabase resultando herida por mi culpa y caer en las manos del Círculo definitivamente entraba dentro de esa categoría. Podía ser que

aquella gente le debiese a Mac algún que otro favor, pero ¿sería suficiente con eso? ¿Y si le torturaban para descubrir qué sabía acerca de mí? Personalmente no apostaría mi dinero a que le fueran a dejar pasar sin más, independientemente de que fuese un soldado veterano. Con tanta cavilación, me volvieron a entrar mareos, una mezcla del tipo de comida que me había metido para el cuerpo, los nervios y la preocupación. Mac no parecía tener tal problema y se acabó terminando mi hamburguesa.

Cuando volví a salir a la entrada de la tienda, me encontré con que Pritkin ya estaba preparado para ir a la guerra. El arsenal de armas había desaparecido, pero Pritkin no parecía más sobrecargado de lo habitual. Me di cuenta del porqué, al ver que pendían del brazalet de su muñeca unos colgantes nada habituales.

—Hierro —me explicó según se apretaba el brazalet de eslabones alrededor de la muñeca—. Mina la energía de los duendes, destroza sus defensas, como la plata lo hace con los hombres lobo.

—No te hacía yo muy de joyitas —le dije, a pesar de que más o menos ya me había hecho una idea de lo que había estado haciendo.

Ni siquiera un mago homicida lleva un brazalet con colgantes en forma de minúsculas pistolas, rifles y algo que se parece sospechosamente a un lanzagranadas. El último era especialmente revelador, teniendo en cuenta que antes se había sacado del saco un lanzagranadas a tamaño natural.

—Los he encogido —repuso impacientemente—. Es la única manera de llevar tanto peso encima para recorrer una distancia mínimamente considerable.

—¿No habías dicho que nuestro material no iba a funcionar allí?

—Dije que nuestra magia podía no funcionar correctamente, si acaso. Esto —Pritkin golpeó levemente la Colt de su cinturón— no es magia. Y está cargada con balas de hierro. Y ahora que me acuerdo, toma. —Me dio un abrigo largo que casi iba a juego con el suyo—. Póntelo.

Al cogerlo con la mano casi me caigo al suelo. Parecía que estuviese forrado de plomo. Un minuto después me di cuenta de que era más o menos así. El peso extra se debía a las cajas y cajas de balas de todos los calibres imaginables con los que había rellenado los múltiples bolsillos del abrigo.

—Tienes que estar de coña —musité, dejando caer aquella cosa al suelo. Al aterrizar, emitió un ruido sordo—. ¡Con eso encima no voy a poder correr! ¡Dudo que pueda andar siquiera!

—No tendrás que correr. —Pritkin lo recogió del suelo y me lo volvió a poner en los brazos—. Corriendo no podemos ganar a los duendes en su propio terreno, así que ni siquiera vamos a intentarlo. Si nos cruzamos con alguno y es hostil...

—Que lo será —agregó Mac saliendo de detrás de la cortina. Llevaba una pequeña mochila en la que había metido el contenido de mi petate y, con un guiño, un par de cervezas.

—Nos quedamos en nuestro sitio y peleamos —concluyó Pritkin—. Ponernos

a correr sería perder el tiempo y podría jugar a su favor si con eso consiguen separarnos. No importa la mala pinta que tenga la batalla, no hay que dejarse llevar por el pánico.

—Claro que no. Me quedaré en mi sitio mientras me acribillan —farfullé irritada haciendo esfuerzos para soportar el calor que me producía el cuero.

Pritkin revisó su pistola y, por primera vez desde nuestro incidente, sus ojos se encontraron con los míos.

—Si estás conmigo, no vas a morir —espetó. Parecía tan seguro que, durante medio segundo, le creí.

Tragué saliva y aparté la vista.

—¿Por qué no puedes encoger mis cosas también?

—Porque no estoy completamente seguro de que el hechizo de inversión funcione en el Reino de la Fantasía, así que llevo armas tanto encogidas como de tamaño normal. La munición que llevas es para las de tamaño normal.

Estaba tan ocupada tratando de desenmarañar mi maremágnum de emociones, que abarcaban desde el enfado absoluto hasta el pánico, que hasta que llegamos fuera, no me vino a la mente nuestro arrebato de pasión. Con todo lo extraño que había sido, la verdad es que estaba bastante al final de la lista de cosas raras que me habían pasado últimamente.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —le pregunté a Mac.

—Cogí un atajo —respondió, colocándose un sombrero de ala ancha sobre la calva. Se dio la vuelta y dio unos golpecitos al cuadrado en blanco de su rodilla. Me quedé mirando lo raro que resultaba ver un salón de tatuajes allí perdido en medio de la nada hasta que, de pronto, otra visión aún más rara se sucedió: el salón se dobló sobre sí mismo y desapareció de mi vista por completo. Mac gruñó algo y examinó su pierna, en la que había aparecido una versión en miniatura del frontal de la tienda, completada con un letrero de neón brillante que rezaba «MAG INK» [2]. Se ajustaba perfectamente al hueco vacío que había visto anteriormente. El pequeño letrero del tatuaje se encendía y se apagaba igual que el de verdad. Un segundo después me di cuenta de que era el de verdad.

—¿Nos hemos pasado toda la tarde dentro de una de tus protecciones? —pregunté incrédula.

—Justamente —respondió Mac—. Mi tienda siempre viene a donde voy yo.

—¿Cómo lo haces? Coges una parcela vacía y ¡pumba! ¿Nuevo punto de venta?

Mac me lanzó una sonrisa amplia.

—Algo así.

—¿Y qué me dices de la ubicación? ¿Qué pasa con los peatones que pasan por allí y de repente ven aparecer un edificio? ¿Y los polis?

—¿Qué pasa con ellos? Los normales no pueden verlo, Cassie, lo mismo que

no pueden ver estos tatuajes. —Me cogió por el brazo amigablemente—. Tienes que darte cuenta de que la magia que dices haber visto a lo largo de tu vida no es más que la punta del iceberg. Esos tristes idiotas que los vampiros usan para crear protecciones y cosas de ese estilo son lo peor. Si tuvieran algún talento de verdad, se habría pasado por alto lo que quiera que les hubiese hecho ser repudiados o se les habría impuesto un castigo para que pagaran por sus acciones y después se les habría reincorporado al trabajo. O, en caso de que hubiese sido algo realmente inmundo, se habrían escapado para unirse a los oscuros, lo único que ni siquiera ellos se querían hacer cargo de ningún metepatas. El tipo de mago que acaba trabajando para los vampiros es aquel que tan solo tiene poderes mágicos suficientes como para ser considerado una amenaza, tanto para ellos mismos como para el resto. No podrían lanzar un hechizo complicado ni aunque su vida dependiera de ello. Quédate con nosotros y verás lo que es magia de verdad.

Pritkin se quedó quieto y se sacó algo del bolsillo.

—Buena idea —comentó, y un segundo después ya sabía qué iba a pasar.

No era una visión, tan solo un episodio normal más acorde a la suerte que me solía acompañar. El muy idiota iba a lanzar la runa misterio.

Me tiré al suelo e intenté arrastrar a Mac en mi caída, pero los pies se me engancharon con el dobladillo del abrigo y tuve que acabar soltándolo. Las palmas de las manos se me llenaron de arañazos al golpearse contra las duras piedras, y el dolor y los subsiguientes esfuerzos para liberarme del cuero me distrajeron durante unos segundos. Entonces hubo un foganazo de luz y un sonido crepitante, como si hubieran descorchado una gran botella de champán. Cuando volví a mirar hacia arriba, Pritkin y Mac habían desaparecido.

Aunque podía ver con nitidez a una cierta distancia en todas direcciones, no había ni un resto de ropa ni una huella que indicase que habían pasado por allí. Traté de percibir algo con mis sentidos, pero no me daban ninguna vibración fuera de lo habitual. Aquello resultaba casi tan extraño como la desaparición en sí misma: acababan de accionar un dispositivo mágico de primer orden y, aun así, no había ni una vibración metafísica en varios kilómetros a la redonda. Lo único que me llegaba eran los ligeros zumbidos de las protecciones de la MAGIA, procedentes del noroeste.

No lo entendía. Si la runa había matado a Pritkin y a Mac, incluso si había hecho que sus cuerpos se evaporaran, tendría que ser capaz de ver sus espíritus. Y, hasta ese momento, no había podido. Después de caminar alrededor del gran círculo en cuyo interior habían estado ambos magos antes de desvanecerse para no regresar, volví a centrar mi atención en el sitio en el que me encontraba yo. Nada bueno.

Estaba a kilómetros de Las Vegas sin comida, agua ni medio de transporte. Lo peor era que la única fuente de todas esas cosas que estaba cerca de allí era la MAGIA, el lugar donde habitaba la mitad de las personas que intentaban darme

caza. Meterme allí por mi propio pie daba miedo, incluso aunque Billy hubiese podido estar allí para echarme una mano. Sin embargo él, al igual que los magos, se había apuntado a la moda de la incomparencia. Al pensar aquello me empecé a preocupar porque tal vez la runa pudiera destruir fantasmas también, lo cual podría explicar que no fuera capaz de ver el espíritu de Pritkin ni el de Mac. Como empecé a temblar ante tal idea, decidí borrarla de mi mente. Billy era pesado de cojones, pero siempre había estado a mi lado en momentos bien difíciles. Resultaba duro pensar que estaba sola de verdad, sin ninguna persona cerca a la que pudiera considerar aliada, ni aunque estuviese muerta.

La única buena noticia era que llevaba, encima suficiente munición como para montar una pequeña guerra. Por desgracia, tendría que ahuyentar a mis enemigos lanzándosela a la cabeza, porque no tenía ni un arma con la que dispararla. Pritkin no me había ofrecido la posibilidad de compartirlas y la Smith & Wesson estaba en mi bolso, que a su vez estaba junto a las cosas que Mac había empaquetado en la mochila, mochila que él llevaba encima.

Me quedé observando la imponente puesta de sol del desierto mientras el pánico se apoderaba cada vez más de mí, cuando me di cuenta de que había algo pequeño y oscuro en el cielo. Era una minúscula mota resaltada por los rayos del sol poniente, pero se agrandaba a pasos agigantados. Apenas me dio tiempo a pensar que Mac tenía razón, que me acordase de Oz, antes de que aquella cosa se volviese tan enorme que lograse borrar lo que quedaba de sol. Me eché al suelo y me acurrugué bajo el pesado abrigo mientras por mi cerebro me pasaba rauda una imagen de mí tendida bajo la hacienda de Dorothy, con tan solo mis piernas muertas sobresaliendo de allí. Una pena que hubiese perdido los zapatos del Dante, me habrían venido perfectos.

Mi monólogo interior comenzó a derivar en un parloteo ininteligible cuando algo enorme golpeó el suelo cerca de mí con un ruido sordo, como si se hubiesen desplomado un montón de huesos sobre aquel lugar. Entonces me cayó encima una lluvia de rocas y polvo, y la cabeza se me fue por completo.

Me repetía histérica a mí misma una y otra vez que no era justo morir sepultada bajo aquel aluvión; al fin y al cabo, tan solo era una clarividente con algo de malicia, no una bruja perversa. Justo en ese momento, la tormenta de polvo llegó a su fin.

Eché un vistazo desde el interior del abrigo, pero por allí no había ni munchkins ni caminos de baldosas amarillas. Eso sí, casa sí que había. Mis ojos, cegados por el polvo, tardaron unos segundos en darse cuenta de que la estructura erigida de un modo tan incongruente en medio de la arena del desierto no era la hacienda de una chiquilla de Kansas, sino un salón de tatuajes de la urbe, con su letrero de neón encendiéndose y apagándose tan alegremente como la sonrisa de Mac.

Estaba tendida en el suelo, temblando, cuando la puerta se abrió de par en par

y Pritkin y Mac la franquearon a la carrera. Su gesto era bastante amenazador, pero entonces Mac se percató de mi presencia, dio un grito de alegría y se apresuró a cogerme en volandas. Empezó a darme vueltas alrededor de él, con abrigo forrado en plomo y todo.

—¡Cassie! ¿Estás bien? Nos tenías tan...

—¿Dónde cojones os habíais metido vosotros dos?

Estaba ahogada entre sollozos y medio histérica, y a la vez tan aliviada que me sentía débil y al mismo tiempo con un enfado de tres pares. Le golpeé en el pecho y, aunque tenía dudas de que aquello pudiera hacerle daño, su águila soltó un alarido y me empezó a dar repetidos picotazos en la mano. Pegué un chillido y lo solté, lo que me hizo acabar de nuevo con mis huesos en el barro. Era la primera vez que me atacaba un pájaro tatuado que ni ahora ni nunca había sido real. A pesar del curso acelerado de protecciones avanzadas que había recibido esa misma tarde, no me parecía que aquello fuese posible; pero resultaba difícil rebatirlo, pues era evidente que dolía, y mucho. En ese momento *Sheba* se despertó y las cosas fueron de mal en peor.

Noté que la molesta bola de pelo se colaba por la parte baja de mi espalda y, cuando Mac se inclinó para ayudarme, la pantera se deslizó por mi torso primero y por mi brazo después. En ese momento vi con sorpresa que una hilera de color rojo brillante había florecido de repente en el antebrazo de Mac. A pesar del tamaño que tenía la zarpa de la pantera, el corte que le había provocado tenía unos ocho centímetros de largo y era lo suficientemente profundo como para necesitar puntos de sutura. Peor todavía, no tenía ni idea de cómo hacer que *Sheba* se detuviese.

Pritkin me apartó bruscamente de su amigo, lo que me dejó dando tumbos, para acabar soltándome justo antes de que *Sheba* le clavase las zarpas. Los labios se le estrecharon de furia.

—¡Quietos los dos! ¡Si seguís así vais a encender las protecciones de verdad y acabaréis haciéndoos daño!

Me miré la mano, adornada ahora con un profundo y doloroso corte de cinco centímetros, y tragué saliva para poder retomar la palabra.

—¿Cómo que de verdad?

¿Es que acaso podía ser mucho peor que aquello? No sé qué más podría haber dicho, pero al vislumbrar a Billy por encima del hombro de Pritkin me olvidé momentáneamente de todo lo demás. Le señalé con un dedo tembloroso.

—¿Dónde estabas? ¡Es casi de noche y la MAGIA está justo ahí enfrente!

—Cálmate, Cass... no pasa nada. Todo va bien, lo único que te hace falta es volver a hacerte con las riendas de la situación o tu nueva mascota te va a causar daños graves.

—Mi protección no se encendió.

Me quedé mirando a Mac, que estaba ocupado curándose la herida. ¡Qué

suerte la suya! Yo me iba a quedar con mi herida un buen tiempo. Con todo, y pese a que era Mac el que estaba sangrando, fue Pritkin el que lanzó una mirada iracunda hacia mí. Aquello era tan injusto que hacía que me resultase difícil respirar siquiera, sobre todo teniendo en cuenta que todo aquello había pasado por su puta culpa.

—Eso no tiene que significar nada necesariamente —apuntó Mac—. Es un poco más avanzada que esas otras. La diseñaron para percibir intencionalidad y yo no quería causarte ningún daño.

Mac había conseguido detener la hemorragia, pero eso no evitó que le quedase la marca de una herida abierta sobre la piel que dejó un espacio en blanco en medio de las hojas que habían recibido el golpe, pero que no se habían legado a abrir de par en par.

—Lo lamento, Cassie... Te tenía que haber sujetado. Pero cuando desapareciste... en fin, no sabemos qué había ocurrido.

Así que ellos también pensaban que yo estaba muerta. Que Mac confesase que al menos él se había preocupado sirvió para que me calmase un tanto. Eso y el hecho de saber que ya no iba a tener que meterme en una emboscada yo sola.

—Estaba aquí mismo —baluceé—. Fuisteis vosotros dos los que desaparecisteis. ¿Dónde os habíais metido?

—¿Sabías que nos habíamos ido? —preguntó Pritkin con el ceño fruncido. Acto seguido volvió la vista hacia Mac—. Entonces estábamos equivocados.

—No necesariamente. —Mac me lanzó una mirada penetrante—. Tal vez los desplazamientos en el tiempo no la afecten como al resto de nosotros. Eso quizá explique por qué no se vino con nosotros aunque estaba tan cerca de ti como yo.

—¿Habéis hecho un viaje en el tiempo?

¿Cómo? ¿Había más gente que podía hacerlo?

—Creemos que esa cosa es —respondió Mac señalando a la runa que seguía sujeta a la mano de Pritkin— un retrocesor.

—¿Un qué?

—Sirve para que quien lo utiliza pueda retroceder en el tiempo unos veinte minutos. Por eso, si te ves en un aprieto, lo utilizas y tienes la oportunidad de enmendar el error.

En cuanto Pritkin acabó su explicación le lancé una mirada menos que amigable.

—Algo que podría habernos sido muy útil en el sitio al que vamos.

—Seguro que lo será —apuntó, apartándolo de mi vista para metérselo en el abrigo.

Le habría recordado que la runa era mía, salvo porque a buen seguro me habría replicado que si eso era así era solo porque yo la había robado antes. Miré de reojo a Billy y, sin apartar la vista del mago, asentí con la cabeza. Billy se quedó flotando por allí mientras yo empezaba a montar un pollo para distraer a

Pritkin.

—Sí, pero ahora se ha quedado inservible, al menos durante un mes.

—No podemos arriesgarnos a emplearlo sin saber primero qué es lo que hace —insistió Pritkin, mientras el ceño se le fruncía, adquiriendo su expresión habitual—. Si no lo han usado en tanto tiempo como imaginamos, debería ser posible utilizarlo de nuevo pronto.

—Eso no lo puedes saber —apunté enfadada—. Puedes dejar enchufadas un par de pilas recargables todo el tiempo que quieras, pero no tienen más que una carga. Tal vez la runa funcione de la misma manera.

—Permíteme tomarme la licencia de pensar que sé algo más sobre artefactos de magia que tú —replicó Pritkin con desdén mientras Billy deslizaba una mano aparentemente insustancial dentro del bolsillo del mago. Unos segundos más tarde, mi runa apareció flotando como si levitase. Acto seguido la runa me llegó hasta mí y me la metí sigilosamente en el bolsillo.

—Estoy razonablemente seguro de que funcionará —añadió el mago—. Ahora, si has terminado de ponerte histérica, deberíamos marcharnos.

En lugar de decir nada, me limité a coger la mochila de Mac para recuperar mi pistola. Tenía el cargador lleno, pero lo revisé de todos modos. Los labios de Pritkin se estrecharon aún más mientras me observaba; a este paso no tardaría mucho en quedarse sin ellos. Era obvio que no le gustaba la idea de que llevase mi arma, quizá tenía miedo de que le disparase por la espalda, pero se abstuvo de realizar comentarios.

Pritkin emprendió la marcha por el desierto y yo me fui detrás de él. Mac y Billy Joe siguieron nuestros pasos en cuanto el mago volvió a absorber su negocio ambulante. Durante media hora nadie dijo ni una palabra, hasta que la tenue silueta de la MAGIA se abrió paso ante nuestros ojos.

El complejo fue diseñado para tener el aspecto de una hacienda habitada, por si acaso algún normal con una pizca de talento daba con sus huesos por allí y se las apañaba para poder ver a través de las protecciones perimetrales. Con todo, el complejo está ubicado en el centro de un cañón de altas laderas, muy lejos de cualquier atracción turística, así que no era muy probable que ocurriese algo así. Por no mencionar que cuando uno llega a un radio de kilómetro y medio de distancia ya se puede percibir por todas partes un abanico tan grande de señales metafísicas de «No pasar» que no habría normal que pudiera sentirse cómodo al acercarse.

La luz de las estrellas había convertido el paisaje en algo parecido a la superficie lunar, todo lleno de misteriosos cráteres oscuros e infinita arena plateada. En sí misma, la MAGIA era oscura y silenciosa, todas las luces exteriores estaban apagadas y no había movimiento entre los edificios. Parecía que lo que quiera que estuviese pasando esta noche estaba teniendo lugar bajo tierra.

Me derrumbé sobre una porción de arena con relativamente pocas piedras mientras Mac y Pritkin discutían sobre los métodos de acercamiento. La caminata había sido infernal. Cada cuatro pasos me tropezaba en medio de la oscuridad y, en dos ocasiones, acabé besando el suelo. El abrigo se me seguía arrebujando entre las piernas y me hacía tener la sensación de estar cargando con otra persona a las espaldas. Últimamente había tenido demasiadas ocupaciones como para acudir con regularidad al gimnasio y eso se notaba. Era obvio que mis continuas carreras para salvar la vida no habían sido suficiente ejercicio.

—¿Está ahí dentro? —preguntó Billy, flotando a escasos metros de la arena.

Me abracé al abrigo que me rodeaba, dando gracias por su espesor ahora que había empezado a refrescar en el desierto.

—No lo sé.

—¿Quieres que vaya a ver?

—No.

Si Mircea estaba allí dentro, no quería saberlo. Si teníamos suerte, nos escaparíamos al Reino de la Fantasía antes de que se hiciera a la idea de que estaba tan loca como para irme hasta allí.

—¿Está aquí tu fantasma? —interrumpió Pritkin.

Me sorprendió que mostrase tal cautela por una vez. Quizá la idea de irrumpir en la MAGIA le estaba asustando hasta a él. Pritkin accedió a que Mac le describiese a Billy cómo eran sus amigos guardianes y este aceptó ir a ver si alguien había cambiado el turno de guardias inesperadamente. Acto seguido Billy se deslizó por la arena, y rápidamente su silueta se fundió con la oscuridad en medio de la noche. Nosotros, mientras tanto, nos quedamos esperando.

Hubo un tiempo, cuando era pequeña y leía cuentos de hadas, en el que tenía unas ganas locas de vivir mis propias aventuras. No es que quisiera ser una heroína sosainas que languideciera en una torre mientras esperaba a ser rescatada. No, lo que yo quería era ser el caballero que sale victorioso de la batalla contra todo pronóstico, o la valiente campesina que conseguía convertirse en la aprendiz de un gran mago. Cuando me hice mayor, descubrí sin paños calientes que las aventuras rara vez se parecen a lo que cuentan los libros. La mitad del tiempo el miedo te paraliza el cerebro y el resto te aburres y te duelen los pies. Empezaba a pensar que quizá las aventuras no iban demasiado conmigo.

Billy regresó media hora después con noticias. Los guardianes encajaban con las descripciones que Mac le había dado y, por suerte para nosotros, había un alboroto monumental en la zona de los vampiros.

—Es como un circo, Cass, todo el mundo está allí. ¡El resto de zonas está prácticamente desierto!

—¿Y bien? —Pritkin parecía impaciente—. ¿Qué dice?

—Que no hay problema, que está de guardia la gente que teníamos previsto.

En ese momento me di cuenta de que Billy parecía estar muy contento por algo. Tal vez fuera sólo el alivio que le producía saber que el trabajo que nos quedaba por delante podría ser más fácil de lo que habíamos pensado, pero tenía mis dudas de que fuera solo eso. Me conocía sus gestos casi tan bien como los míos propios y, en ese momento, estaba prácticamente estático.

—Está bien, suéltalo ya.

Billy soltó una sonrisa de oreja a oreja e hizo girar su sombrero alrededor del dedo índice. Por alguna razón el dedo era menos corpóreo en ese momento que el sombrero, así que daba la impresión de que aquel contoneo vertiginoso lo hacía sin ayuda alguna.

—Es todo tan perfecto —canturreó, con la sonrisa amenazando con partirle la cara en dos—. ¡Esto tiene que ser una buena señal!

—¿A qué te refieres?

—¿Pasa algo? —preguntó Pritkin. Billy y yo le ignoramos.

—Ya sé que tu cumpleaños no empieza hasta dentro de dos horas, Cass, pero parece que te llega el regalo por anticipado.

—¡Billy! Dímelo ya.

Billy se rio para sus adentros pero llegó a un punto en el que casi no se pudo contener.

—Es ese cabrón de Tomas. Lo capturaron ayer por la mañana temprano. Creo que están intentando decidir qué forma de ejecutarle le dolerá más. Es por eso por lo que está todo el mundo arremolinado en la sección de los vampiros, no quieren perderse el espectáculo —explicó Billy lanzando el sombrero hacia arriba con júbilo—. Que conste que a mí tampoco me importaría echar un vistazo si tuviéramos tiempo.

Lo único que impidió que me cayese fue que ya estaba sentada. ¿Tomas estaba a punto de ser ejecutado y, tal vez, torturado previamente? Me quedé sentada pestañeando sin dejar de mirar a Billy mientras mi cerebro trataba de asimilar aquello. Fuese cual fuese la expresión que se dibujó en mi rostro, a Billy no le gustó nada. Su sonrisa se desvaneció y empezó a menear la cabeza violentamente.

—No. ¡Ni de coña vas a hacer eso! Se lo merece, Cass, sabes que es así. Te traicionó, joder, ¡sí casi hace que te maten! Por una vez, el destino se está encargando de quitarnos gratis un problema de encima. ¡Propongo que sonriamos, demos las gracias y nos mantengamos al puto margen!

Sentí la cara como entumecida. Me preguntaba vagamente si aquello se debía a la brisa nocturna o al terror que me producía aquello. Mis apuestas se inclinaban más por lo segundo.

—No puedo.

—Sí, sí que puedes. —Billy revoloteaba como la llama de una vela en plena efervescencia—. Es fácil. Nos metemos dentro de las agradables y tranquilas

salas de la MAGIA, llegamos al portal y lo atravesamos. Tan simple como eso. No hay más vueltas.

—Sí que las hay. —Me puse de pie, un tanto temblorosa, y Pritkin me cogió por el brazo. Como de costumbre, no era nada delicado, pero en esta ocasión tenía un plus. Apenas pude mantener el equilibrio con su mano de hierro—. Y tanto que las hay.

—¿De qué hablas? ¿Qué está pasando?

Pritkin hablaba, pero yo apenas le escuchaba. Mis oídos no escuchaban otra cosa que la voz de Tomas agonizando, mis ojos no veían más que a Tomas colgado como un animal esperando a que llegase Jack.

Si cerraba los ojos, el escenario que se dibujaba en mi cabeza cambiaba. Allí estaba Tomas, en la cocina de nuestro apartamento de Atlanta, frunciendo el ceño de perplejidad delante de los fogones. No le habían salido los brownies que tenía pensado servirme en el desayuno, posiblemente porque no había sabido cómo encender el fogón. Llevaba puesto uno de mis delantales, el que decía « Dame de comer aparte », encima del pantalón de pijama con caras sonrientes que le había comprado para que no volviese a dormir en pelotas. Teníamos dormitorios separados, pero sólo pensar que Tomas estaba en cueros al otro lado me había tenido en vela varias noches. Le expliqué cómo funcionaban los fogones y nos comimos la sartén entera de brownies antes de irme a trabajar, lo que me provocó tal empacho de azúcar que estuve renqueante casi todo el resto del día.

Aquella fue la primera vez que me permití alumbrar la esperanza de que Tomas pudiera convertirse en alguien fijo en mi vida. Ya llevaba siendo mi mejor amigo durante seis de los meses más felices de mi vida. Contra todo pronóstico, había conseguido empezar a crear una existencia más o menos normal. Me gustaba mi apartamento soleado, mi trabajo maravillosamente previsible en una agencia de viajes y mi espectacular compañero de piso. Tomas era un sueño hecho realidad: guapo, considerado, fuerte y a la par lo suficientemente vulnerable como para que me entrasen ganas de cuidarle.

Debí acordarme de aquello que dicen de que cuando algo es demasiado bonito como para ser verdad..., pero el caso es que estuve muy ocupada disfrutando del regalo que el destino había colocado en mi regazo. Lo que vino después demostró que el regalo era más bien una maldición y que la vida normal no era más que un espejismo. Todos esos sueños prometedores se estamparon contra mi cara, dejándome heridas que no habían perdido aún la costra, o cuanto menos cicatrizado por completo. Me entró un escalofrío al darme cuenta de que el incidente del *brownie*, había ocurrido tan solo hace unas semanas. Parecía imposible, tenían que haber pasado por lo menos diez años.

Pritkin me agitaba, pero apenas me daba cuenta. Abrí los ojos, pero lo que apareció ante mí fue el rostro pálido de Jack, con su habitual gesto de perturbado.

Al torturador favorito de la Cónsul le encantaba su trabajo, y la verdad es que era muy, muy bueno haciéndolo. Probablemente sus excelentes conocimientos los había alcanzado tras padecerlos de primera mano a través de la instrucción que recibió por parte de Augusta. Lo había visto en acción en una ocasión que no olvidaría, y no podía dejar que Tomas cayera en sus manos. Daba igual lo que hubiese hecho, daba igual lo furiosa que estuviera con él. No podía dejar que cayese en sus putas manos.

Parecía que, después de todo, iba a tener que convertirme en el caballero que llegaba al rescate a lomos de su caballo blanco. Lo único que ni en el peor de mis sueños había pensado embarcarme en una aventura así en medio de una situación tan desfavorable. Por un lado estaban los desafíos heroicos y, por el otro, los suicidios; y no me cabía duda de en qué categoría había que incluir este momento. Si la muerte de Tomas se había convertido en un espectáculo público, la mayor parte de la MAGIA iba a estar allí: vampiros, magos, híbridos, igual hasta algún que otro duende. Y no solo tendríamos que encontrar la manera de cruzar esa barrera y arrebatarles a Tomas delante de las narices de la Cónsul, sino que después de eso también tendríamos que pelear para abrirnos paso hasta llegar al portal. Era peor que una pesadilla. Era de locos.

—Tenemos un problema —le dije a Pritkin, conteniéndome una urgente y absurda necesidad de soltar una carcajada ante aquella definición, a todas luces insuficiente, de la situación.

Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en meras hendiduras pálidas.

—¿Qué problema?

Como las palabras le salieron a duras penas entre los dientes, parecía que ya se había hecho a la idea de que no le iba a gustar nada lo que le iba a decir. Eso estaba bien, nos ahorra tiempo.

—Billy dice que las salas están casi vacías porque todo el mundo está en la zona de los vampiros. Van a ejecutar a alguien esta noche y se ha formado un cierto jaleo.

—¿A quién van a ejecutar?

Pritkin me clavó sus ojos de un color verde gélido en los míos y yo sonreí tenuemente, recordando la última vez que él y Tomas se encontraron. Decir que no eran colegas era quedarse un poco corto. Por lo general, la gente no intenta decapitar a sus amigos.

—Esto, bueno, en realidad... —Suspiré—. Es Tomas.

No pude evitar hacer una leve mueca, pero Pritkin apenas reaccionó, tan solo pareció ligeramente aliviado.

—Estupendo. Entonces esto debería ser más sencillo de lo que había previsto. —Al ver mi expresión, volvió a fruncir el ceño—. ¿Por qué habría de ser esto un problema?

Tragué saliva. Habría preferido tener algo más de tiempo para ponerle en

antecedentes, pongamos un año o dos, pero no podía permitirme seguir perdiendo más minutos. Cada segundo que pasaba era un peligro añadido para Tomas. A Jack le gustaba jugar con sus víctimas antes de rematarlas y nadie saldría contento si el espectáculo duraba poco. Pero la oscuridad había sido la tónica dominante durante más de una hora, así que Jack podía haberle infligido ya un montón de dolor durante ese tiempo.

Miré a Pritkin y esgrimí una sonrisa forzada. No pareció que aquello ayudase mucho, así que me di por vencida.

—Porque, *ejem*, digamos que tenemos que rescatarle.

A juzgar por su expresión, parecía que Pritkin estaba intentando determinar si estaba loca de verdad, o si había perdido el juicio momentáneamente.

—¿Recuerdas lo que hay dentro de ese sitio? —preguntó con voz salvaje y grave, señalando con grandes aspavientos a la oscura silueta de la MAGIA—. ¡No salvaríamos el pellejo ni aunque todos los magos de la guerra se pusieran de nuestra parte!

Billy asentía ostensiblemente por detrás de la cabeza de Pritkin.

—Escucha al mago, Cass. Lo que dice tiene mucho sentido.

Ni me molesté en intentar convencer a Billy de que hiciera algo por Tomas. Nunca le había gustado, y la cosa era así incluso desde antes de que me traicionase. Además, en virtud de nuestro acuerdo, Billy consideraba que aquella traición no solo era un ataque contra mí, sino contra él mismo. Volví la vista hacia Mac, pero no atisé mucha animosidad por ese frente tampoco. Parecía un tipo bastante comprensivo, pero también era amigo de Pritkin, por no mencionar que magos y vampiros no se profesaban amor mutuo precisamente. Se toleraban, pero no arriesgarían el pellejo los unos por los otros.

Solté un suspiro.

—Si ninguno me quiere ayudar, entonces esperad ahí sentados. Ya me las apañaré sin vosotros.

Tomas no iba a morir esta noche.

—¡Intentó matarte! —Según parecía, Pritkin había decidido intentar razonar conmigo.

—Lo cierto es que fue a ti a quien intentó matar. Pensó que me estaba ayudando, solo que a veces no tenía muchas luces.

Pritkin se movió, pero entonces apareció Mac de repente colocando una mano sobre el pecho de su amigo.

—Enfrentarte a ella no va a ser de ayuda, John —argumentó con calma—. No sé qué significará este vampiro para ella, pero si dejamos que muera creo que podemos olvidarnos de que la pitia nos ayude.

—Aún no es pitia —farfulló Pritkin con tal rechinar de dientes que no sé ni cómo le salieron las palabras—. Es una cría estúpida que...

Empecé a enfilarse abajo, preguntándome si me había vuelto loca de

verdad, pero en cuestión de segundos una mole con la forma de Pritkin se interpuso en mi camino, impidiéndome continuar.

—¿Por qué haces esto? —preguntó, con un gesto que parecía mostrar auténtica confusión—. ¡Dime que no estás enamorada de él, que no estás a punto de arriesgar nuestras vidas por las técnicas de seducción de un vampiro!

Me detuve un momento. No estaba segura de cómo llamar al maremágnum de sensaciones que me inspiraba Tomas, pero no creía que se pudiese denominar amor.

—Era mi amigo —dije, intentando explicárselo en términos que pudiera comprender, lo cual resultaba difícil porque no estaba segura de comprenderlo yo y misma—. Me traicionó, pero desde su forma distorsionada de ver las cosas él creía que me estaba ayudando. Puso mi vida en peligro, sí, pero también la salvó. Supongo que estamos en paz, en cierto modo.

—Entonces no le debes nada.

—No se trata de lo que le debo. —Y era cierto. Quería rescatar a Tomas, pero, ahora me daba cuenta con claridad meridiana, también quería algo más—. Se trata de hacer una declaración de principios. Alguien que se sabe que es importante para mí va a ser humillado, torturado y ejecutado en público. Y con todo, ¡nadie!, ¡ni magos, ni el Senado, ni una sola persona de la comunidad sobrenatural, se ha planteado ni por un momento pedirme permiso!

—¿Pedirte permiso? —Pritkin parecía estupefacto—. ¿Y por qué les iba a hacer falta precisamente tu permiso?

Me quedé mirándole y meneé la cabeza. A tomar por culo. Si tenía que tragarme los inconvenientes del puesto, ya iba siendo hora de que disfrutará de alguna de las ventajas también.

—Porque soy pitia —murmuré sosegadamente y, acto seguido, me giré.

Había dado por sentado que el Senado estaría utilizando su propia cámara para esto y no me había equivocado. La inmensidad habitual de la cámara, en la que el más mínimo ruido hacía eco, había dejado de estar vacía. El enorme tablón de caoba que hacía las veces de mesa del Senado seguía allí, si bien había adquirido un nuevo propósito. Las sillas que normalmente estaban alineadas en uno de los lados habían sido desplazadas de sitio y colocadas en semicírculo delante de la mesa. Detrás de ellas había filas y filas de bancos, repletos de híbridos, magos y vampiros. Los únicos que no se habían presentado eran los duendes, a no ser que se parecieran tanto a los magos que no fuera capaz de diferenciarlos. Pero, después de mi experiencia en el Dante, como que lo dudaba.

Aterricé justo donde había planeado, al lado mismo de Tomas. No tenía especial interés por mostrar sutileza, aunque es probable que aquello tampoco hubiera sido muy factible en aquel lugar. Tenía que limitarme a tocarle y los dos nos trasladaríamos lejos de allí. Jack había retrocedido unos metros al verme

aparecer y, para mi sorpresa, no había hecho ningún intento de agarrarme.

Mis ojos escanearon automáticamente las filas de gente, buscando una cara en concreto. Lo encontré fácilmente, sentado en un extremo de la primera fila, en el asiento más cercano al sitio donde estaba yo. El elegante traje negro de Mircea era perfecto tanto por su corte como por la caída y la camisa gris palo con cuello de rayas que llevaba debajo era de seda. Los gemelos de platino que refulgían levemente bajo la luz de los focos eran las únicas joyas que llevaba encima. Su aspecto era tan elegante y poderoso como de costumbre, pero su aura ondeaba frenéticamente. Llegó a su punto álgido cuando me vio, pero no hizo ademán alguno de moverse hacia delante.

Detrás de él, un buen número de los espectadores allí presentes volcaron sus sillas al tratar de incorporarse precipitadamente. La Cónsul estaba de pie con una mano levantada, supuse que era una especie de señal para que se quedaran quietos donde estaban. La zona de cada grupo dentro de la MAGIA era sacrosanta, del mismo modo que una embajada en suelo extranjero pertenece al gobierno titular de la embajada. Los híbridos y los magos tenían que comportarse adecuadamente cuando estuvieran en territorio vampiro, pues cualquier acto impropio se interpretaría como una violación de los tratados que les protegían y no hay que olvidar que ya se había levantado la veda.

Noté que *Sheba* se despertaba y empezaba a lamerse una pata sobre mi omóplato izquierdo. Estaba lista para la pelea, una pena que ella sólo fuera una y los que estaban enfrente de mí fueran miles.

—Cassandra, has vuelto a nosotros.

Como siempre, la Cónsul parecía estar perfectamente serena. El único movimiento que acontecía cerca de ella era el de su conjunto de piel desnuda cubierta por serpientes que no dejaban de retorcerse. Esta vez eran pequeñas, ninguna superaba el tamaño de un dedo, y se deslizaban sobre ella formando una radiante segunda piel.

—Nos tenías preocupados —prosiguió.

Algo me invadió de repente en oleadas, una sensación extraña que me propagaba un picor por toda la piel. No me hacía daño, pero no sabía qué era y, dadas las circunstancias, aquello no era una buena señal. Con todo, decidí no perder el tiempo intentando descubrir qué era.

—Seguro que sí. Ojalá pudiera quedarme un rato a charlar, quizá la próxima vez.

Agarré a Tomas por el hombro con más fuerza y traté de que ambos nos trasladásemos en el tiempo, pero no pasó nada. No sentí ni el menor resquicio de poder, a pesar de que momentos antes había estado brillando y mostrando su fuerza.

—No puedes hacer viajes en el tiempo, Cassandra —explicó la Cónsul con su habitual tono grave. Tenía una buena voz, bien modulada y ligeramente ronca. A

un tío probablemente le habría parecido sexi, pero en mí estaba despertando una reacción bien diferente.

Tomas se movió ligeramente y yo miré hacia abajo para encontrarme con su mirada.

—Es una trampa —musitó débilmente con voz ronca—. Dijeron que vendrías a por mí. No me lo creía, no había motivos para pensarlo. ¿Por qué regresaste?

Su llanto ahogado pareció haberle sorbido la fuerza y se desplomó inconsciente. Me quedé mirando a la Cónsul, que me devolvió una mirada serena, si bien no se apreciaba rastro alguno de disculpa en aquel bello rostro.

Tomas estaba con vida, pero sus heridas eran graves, muy graves. Estaba tendido encima de la madera oscura como si aquello fuera una estrafalaria obra de arte, algo que podría haber pintado Picasso de haber tenido la costumbre de plasmar sus pesadillas sobre el lienzo. Tal vez aquello era una trampa, pero resultaba obvio que, si no me hubiera presentado, el Senado hubiera permitido que Jack acabase con él. Es probable que entre sus planes se encontrase terminar haciéndolo de todos modos, ahora que ya les había hecho el servicio.

Le lancé a la Cónsul una mirada de odio, pero no me respondió. Había visto cómo era capaz de matar a dos vampiros veteranos que se encontraban a más distancia de ella que yo en esos momentos con poco más que una mirada. Pero, en mi caso, no sentía los agujones de la arena del desierto clavándose contra mi cara, no había ningún torrente de poder advirtiéndome del peligro. De repente me dio por pensar que cómo era posible que, en una habitación llena de criaturas mágicas, no estuviese percibiendo ningún tipo de magia.

—Has usado una bomba de vacío contra mí, ¿no?

La Cónsul sonrió. Aquel gesto no era una buena señal.

—Te dejaste unas cuantas.

Teniendo en cuenta todo lo que rodeaba a aquella situación, no tenía muchas ganas de disculparme por quedarme con sus cosas.

—Vaya, qué putada. Intentaré ser más minuciosa la próxima vez.

—No tenemos tiempo para un combate dialéctico —interrumpió un viejo mago que no dejaba de mirarme—. El efecto no durará mucho más y ya sabes que no podemos permitirnos explotar otra.

Uno de los miembros del Senado, una morena con crinolina, le alzó por el cuello, ahogando su voz según le levantaba del suelo. Acto seguido lanzó una mirada inquisitiva a la Cónsul, pero la líder del Senado meneó la cabeza. El daño ya estaba hecho. Tan solo me hacía falta entretenerlos lo suficiente como para que el hechizo se rompiera. Una vez sucediera esto, podría sacar a Tomas de allí con mi poder. Por desgracia, no tenía ni idea de cuánto podría durar aquello.

—Mira, lo único que quiero es llevarme a Tomas —le dije—. Estabais a punto de matarle, así que supongo que no le vais a echar de menos.

Mi intento de dar pie a un diálogo cayó en saco roto.

—Desearía que esto no fuera necesario, Cassandra —afirmó la Cónsul tranquilamente. Después volvió la vista hacia los vampiros que la rodeaban y que pasaban por ser algunos de los más poderosos del planeta—. Detenedla —ordenó sin rodeos.

Ni me molesté en intentar escapar. No tenía sentido. En otras circunstancias, habría sido hasta divertido. Pero, ¿qué se pensaba que podía hacerle como para que hicieran falta doce maestros de primer nivel para detenerme? Sin mi poder y con mi protección dándome quebraderos de cabeza, hasta el vampiro más joven del lugar podría haberme convertido en su cena sin problemas.

Entonces me di cuenta de que no era por mí por la que estaba preocupada.

—¡Soltadla!

Mircea se había parado en seco al pie de la mesa y, aunque su rostro permanecía impassible, tenía los puños asidos en jarra a la cintura. Aquella no era una buena señal tratándose de alguien que normalmente se sabía controlar tan bien. Al resto de vampiros les debió de dar la misma sensación. Ya no me miraban a mí, todos los ojos estaban clavados en él.

—Mircea.

La Cónsul se acercó hasta colocarse detrás de él y posó una mano suave y bronceada sobre su hombro. A juzgar por la intención, parecía querer ser un gesto tranquilizador, pero Mircea reaccionó con indiferencia. El círculo de vampiros inspiró al unísono y la belleza sureña se quedó boquiabierta. La mano de la Cónsul se convirtió rápidamente en un brazo que le rodeaba el cuello, pero seguía pareciendo que Mircea ni se percataba.

—Te sugiero que le hagas entrar en razón —me dijo. Me di cuenta de que, a pesar de que la Cónsul lo estaba sujetando, Mircea seguía avanzando lentamente, aunque solo fuera cuestión de centímetros—. ¿Qué crees que vas a ganar prolongando esto?

—¿Prolongando qué?

En medio de la creciente confusión, mi atención se desplazó desde la Cónsul hasta Mircea y aquello me bastó para comprobar que su fachada de calma se iba desdibujando un poco más todavía. No me hacía falta que la Cónsul me dijera que algo iba mal. Mircea tenía la cara totalmente blanca, pero sus ojos estaban encendidos como si fueran dos velas.

—Esto ha ido demasiado lejos —coincidió la Cónsul conmigo—. Soltadle y discutiremos las cosas amistosamente. Si no...

—¿Si no qué? —Tal vez no comprendiera lo que estaba pasando, pero sabía reconocer una amenaza.

—Me quedaré de brazos cruzados —musitó serenamente—. Veremos entonces si puedes hacer frente a las consecuencias de tu venganza. Ya llevamos haciéndolo mucho tiempo. —Sus ojos oscuros relampaguearon y, de pronto, comprendí cómo había conseguido dominar un imperio siendo tan solo una

adolescente—. ¡Lo necesito, Cassandra! Estamos en guerra. No puedo tenerle en este estado, ahora no.

—Cassie. —De alguna manera Mircea había conseguido levantar el brazo derecho, a pesar de que llevaba colgado de él a un miembro del Senado que tenía más o menos la misma edad que la Cónsul.

Su mano irradiaba una estela de sensaciones que se asemejaba al humo que sale del fuego. En un principio, pensé que se le estaba escapando poder, pero entonces me golpeó una brizna de aquello y lo comprendí todo. Las sensaciones eran las mismas que las de una de mis antiguas visiones, aquellas en las que por mis ojos pasaban fogonazos de imágenes futuras. No había vuelto a tenerlas desde mi discusión con la pitia y ya me preguntaba si por fin se habían ido del todo. En cierto modo deseaba que así fuera. Habían sido parte de mí desde que tengo uso de razón, pero nunca me habían mostrado nada bueno. Esta tampoco era una excepción.

Un fragmento de visión dibujó una espiral en torno a mi brazo a pesar de que hice todo lo que pude por esquivarlo. Estaba tan caliente que me dio la impresión de que se me iba a hacer una ampolla en la piel. En lugar de eso, me salió algo peor, un mosaico de imágenes, a cada cual más cruel que el anterior: un Mircea cubierto de sangre luchando por salvar la vida en una confrontación con espadas que volaban tan rápido que costaba seguir las con la vista; una Myra de aspecto triunfante apareciendo a la carrera de entre las sombras para lanzar algo contra él; una explosión que más que oírse se sintió, reverberando contra el suelo y desgarrando el aire; y, finalmente, allí donde se habían estado batiendo dos elegantes contendientes, se dibujó una masa informe de carne y huesos, roja, resplandeciente y mojada que brillaba bajo la tenue luz, tan entremezclada que era imposible diferenciar dónde acababa un cuerpo y empezaba el otro.

Pegué un grito y retrocedí unos pasos, lo que hizo que la escena se rompiera en pedazos. Al ir hacia atrás me acabé tropezando, pero estaba demasiado ansiosa por escapar de aquellas imágenes como para preocuparme por mi dignidad. Miré frenéticamente a todos lados, pero la mayoría de los vampiros seguían con la mirada fija sobre Mircea. Algunos de ellos me echaron un vistazo asombrados, pero ninguno de ellos tenía pinta de haber visto algo fuera de lo corriente, ni mucho menos la sangrienta muerte de uno de sus miembros más veteranos. Sin embargo, mi cabeza no albergaba ninguna duda sobre lo que había presenciado. En algún momento, en algún lugar, Myra había conseguido su objetivo.

Me sentía como si alguien me hubiera metido una palangana de cubitos de hielo en el estómago. Mis visiones siempre se cumplían, siempre. En otras ocasiones ya había intentado cambiar el curso de la historia, sobre todo cuando era más joven. A Tony le informé en numerosas ocasiones de los desastres que se avecinaban, en la creencia de que, tal y como él me aseguraba, iba a hacer

todo lo posible para detenerlos. Sin embargo, por supuesto, lo único que se limitaba a hacer era idear alguna manera de sacar tajada de aquello. Y, al final, todo siempre se había acabado cumpliendo exactamente de la manera en la que había previsto. La regla se seguía cumpliendo en el caso de una visión que tuve ya de adulta, cuando intenté alertar a un amigo de su inminente asesinato. Nunca llegué a saber si recibió el mensaje o no, pero no importó mucho. Se acabó muriendo.

Pero todo aquello había sucedido antes de que me convirtiera en pitia o, al menos, en su heredera. Desde entonces había cambiado algunas cosas, ¿no? Y, si Myra había salido victoriosa, ¿por qué estaba Mircea aún allí?

Finalmente mi atención volvió a centrarse en la Cónsul. Necesitaba respuestas y Mircea no estaba en condiciones de facilitármelas.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Es un truco?

Aunque era yo quien pronunciaba esas palabras, sabía que aquello no era así. Había tenido suficientes visiones como para saber cómo eran las cosas reales cuando sucedían.

Los ojos de la Cónsul se estrecharon hasta convertirse en leves hendiduras.

—¿Estás jugando conmigo? —preguntó, con un tono tan aplacado que apenas pude oírla.

Miré hacia abajo y al ver a Tomas respiré hondo. No era la única que se andaba con jueguecitos por allí.

—Quiero a Tomas —exigí, con menos firmeza de la que hubiera deseado—. Es obvio que tú quieres algo también. Dime qué es y quizá podamos llegar a un acuerdo.

—No sabes lo que dices. —Por fin vi un rastro de emoción atravesando aquel rostro adorable. Toda una sorpresa.

Tomas emitió un pequeño ruido y dejé de escucharlo.

—¡Vamos, dímelo!

La visión me había destrozado los nervios y no me sentía de humor como para andar de cháchara mientras Tomas se desangraba lentamente.

La Cónsul respiró profundamente, cosa que no le hacía falta, y asintió con la cabeza.

—Muy bien. Si quitas el *geis* que le pusiste a lord Mircea, te entregaré al traidor.

Los ojos se me abrieron como platos.

—¿Cómo? —Me había perdido algo por el camino—. ¡El único *geis* que hay por aquí es el que me puso él a mí! Me está haciendo pasar por un infierno.

—¿Infierno? —Mircea se rió abruptamente, pero sin alegría alguna—. ¿Qué sabes tú del infierno?

Acto seguido consiguió liberarse de sus cadenas vivientes y se cayó al suelo. Dos vampiros salieron en su busca metiéndose por debajo de la mesa, pero

nunca llegué a ver cuánto se acercaron a él. Lo único que sé es que no fue suficiente. De repente me vi estampada contra un pecho duro.

—Prueba el mío —susurró Mircea antes de atrapar mis labios con un beso violento.

El empuje de sus emociones atravesó claramente el geis, golpeándome como una patada en el estómago. La misma energía que fluía entre nosotros siempre que nos encontrábamos brotaba ahora de Mircea, sólo que ampliada y extendida. Esto no era ya un leve escalofrío de pasión. Las ansias que habían estado ardiendo en silencio a la espera de algo que las encendiese de verdad, se habían convertido en una llama apabullante. Era como ahogarse en un río de lava fundida. Por un instante lo noté en sus venas, un placer tan punzante como el dolor, antes de que se derramara en el interior de las mías, convertida en un torrente hirviendo de deseo. Me sentí confusa, tratando de mantenerme a flote mientras me sumía en aquellas oleadas de calor, mientras mis pensamientos se evadían hacia un lugar en el que las sensaciones me consumían por completo. Fuego. Dulce fuego.

El beso fue duro y brutal, como si quisiera comerme viva. No había nada de ternura en él, nada romántico. Y era exactamente lo que deseaba. Mis manos se cerraron compulsivamente sobre sus hombros y mis uñas se clavaron en su abrigo. Su boca se cernía implacable sobre la mía, con fiereza e insistencia, y de pronto una mano firme se deslizó por detrás de mi cabeza para colocarme en la posición adecuada. Uno de sus colmillos se clavó ligeramente sobre mi piel y pude degustar mi propia sangre. Mircea emitió un grito ahogado y retrocedió, con ojos indómitos y el rostro hermosamente asilvestrado.

Asomó la lengua para catar el sabor de mi sangre sobre sus labios; después cerró los ojos y se estremeció. Le abrí el cuello de la camisa sin remilgos y la cabeza se le quedó inmóvil, casi como si estuviera ciego, con la mirada clavada en el techo para facilitarme el acceso. Con las manos le arranqué la camisa haciendo saltar los botones, mientras deslizaba la lengua y los labios por los músculos de su cuello. Con las palmas de las manos tracé el contorno de su pecho y seguí la estela de sus costillas, deleitándome al notar que su respiración se aceleraba al sentir mis caricias. Después, con mis besos marqué un sendero que cruzaba aquella piel tensa, repleta de músculos fornidos, hasta llegar a uno de los pezones y, cuando lo mordí, de su boca salió algo que casi podía considerarse un grito. Sabía cómo se sentía, la energía que fluía entre nosotros bailaba al compás de los latidos de mi corazón y daba la impresión de que podría echar a arder en cualquier momento.

Mircea me oprimió contra el muro de arenisca, pero si me quedé allí sujeta fue más por el impacto físico de aquellos ojos en llamas que por que su cuerpo mantuviese preso el mío. Con una de mis piernas rodeé una de las suyas y deslicé una mano hasta la parte posterior de su cuello, en un intento de

amoldarme a su anatomía. Sus manos cayeron hasta por debajo de mi cintura para luego volver a subir y no pude evitar emitir un gemido al notar cómo su erección rampante me oprimía. Su presencia era grande y dura, y la sensación que me proporcionaba era maravillosa, pero quería más. Según parecía, a él también le pasaba lo mismo, pues no dejaba de pronunciar mi nombre entre jadeos, regalarme más besos salvajes ya brutales, deslizar su mano por mi pelo y por todo mi rostro, blasfemar en rumano y, en general, olvidarse por completo de su dignidad. Yo tampoco estaba mucho mejor y me limitaba a lanzar peticiones incongruentes en cuanto recuperaba el resuello.

Al rato me encontré montando a horcajadas sobre una de sus piernas, con mi muslo bien prieto contra su ingle. A pesar de nuestra ropa, la sensación era increíble: una combinación de placer crudo, hambre y anhelo. Entonces Mircea se apartó de golpe, poniendo abruptamente centímetros de distancia entre ambos. Su expresión era de desesperación, con un gesto casi de malestar, como si le carcomiese la misma necesidad que me atormentaba a mí. Así y todo, cuando intenté volver a acercarme a él, incomprensiblemente, se retiró como si mi roce le provocase dolor.

Inmediatamente, el *geis* nos mostró a los dos lo que era el dolor de verdad, pues empezó a arder desprendiendo sobre nosotros un intenso calor blanco. En ese momento sentí el golpe brusco de un dolor que estaba más allá de lo concebible y aquello arrancó de las profundidades de mi garganta un grito tras otro, hasta tal punto que creí que me iba a desgarrar las cuerdas vocales. La sangre me quemaba bajo la piel y llegué a pensar que me iba a morir ante la imposibilidad de saciar tal necesidad. Por mis mejillas cayeron lágrimas ardientes que morían en las manos de Mircea, mientras él me sujetaba el rostro intentando calmarme. Pero nada me servía de ayuda, el dolor era literalmente insoportable. Las rodillas se me quebraron cuando los gritos dejaron de elevarme, pero, en ese momento, Mircea me recogió según me caía contra él.

—¡Mircea! Por favor...

No sabía qué le estaba pidiendo, solo quería que lo detuviese, que lo hiciese menos insufrible. Aborté la pequeña distancia que nos separaba y le besé con desesperación. Pude disfrutar de unos breves segundos para deleitarme en la calidez familiar de su boca y en el aroma prístino de su piel antes de que volviese a echarse para atrás.

—¡Cassie, no! —musitó con dificultad, como si estuviese obligándose a pronunciar aquellas palabras.

Me puso las dos manos sobre la parte superior de mis brazos, para mantenerme a cierta distancia de él, pero le temblaban y la potente columna de su garganta siguió trabajando para tragar saliva en silencio. Finalmente me di cuenta de que estaba resistiéndose al *geis*, pero no podía ayudarlo. A continuación sus manos treparon hasta llegar a mi cabeza y empezaron a acariciarla y a

mesar sus cabellos. La mezcla de dolor y placer era acongojante. Mi cuerpo se veía empujado alternativamente hacia cascadas de agonía y éxtasis, y mi pulso rugía con tanta intensidad dentro de mis oídos que apenas podía escuchar nada más.

Justo cuando pensé que me iba a volver completamente loca, la energía soltó una llamarada y se transformó en algo completamente nuevo, un resplandor centelleante, como el del agua bajo el sol del desierto. Se cernió sobre nosotros como una marea de sensaciones y el dolor, simplemente, desapareció. En su lugar quedó una sensación desbordante de alivio, seguida de un torrente de pura alegría. En los ojos de Mircea pude ver también asomar una expresión de asombro al notar esta sensación.

Me di cuenta abruptamente de que mi rostro se había vuelto a humedecer con más lágrimas. No era por el recuerdo del dolor, sino por lo bien y lo segura que me sentía a su lado. Era como fundir todos los sueños que había tenido en mi vida en uno solo (hogar, familia, amor, aceptación) y resultaba tan estimulante que me impedía ver nada más. Por un instante, me olvidé de Tomas y de Myra, de Tony, de mi enorme lista de problemas. Ya no parecían importarme.

Entonces sentí una sacudida y, de repente, todo cobró sentido. No es que me sintiese simplemente atraída hacia Mircea. La atracción no provocaba estas sensaciones, no exterminaba mi capacidad respiratoria, no me suscitaba ese dolor, no me inundaba de desesperanza y desesperación ante la sola idea de alejarme de él. Me agarré a él, sabiendo que no había manera de que sus sentimientos pudieran ser recíprocos a no ser que un hechizo se lo ordenase, pero no me importaba. Me daba igual que me correspondiese. Lo ansiaba como uno anhela una droga, lo necesitaba para sentirme viva y plena. Si aquello seguía así, haría lo que fuera, cualquier cosa, para no volver a alejarme de él nunca más.

Noté una respuesta emocional por su parte cuando me agarró con más fuerza y finalmente lo comprendí todo. Parecía que la pasión era tan solo uno de los trucos del repertorio del *geis* y no se trataba del más atroz. Ni mucho menos.

—¿Cuándo lanzaste el hechizo?—preguntó la Cónsul.

Me quedé mirándola con los ojos en blanco, no recordaba ni siquiera dónde estaba. Mis pensamientos fluían espesos y lentos, el aire que me rodeaba me parecía pesado y tuve que hacer esfuerzos para comprender la pregunta. Barajé las opciones que tenía y, ciertamente, no eran muchas. «No lo sé» no tenía pinta de que fuera a funcionar muy bien, pero destapar el hecho obvio de que la Cónsul se estaba equivocando tampoco parecía que me fuese a venir mucho mejor. No tenía ni idea de qué respuesta podría satisfacer su curiosidad ni cuánto más tendría que entretenerlos. Y el hecho de que Mircea estuviese utilizando algo para darme pinchacitos en la caja torácica tampoco era de gran ayuda.

Al mirar hacia abajo para ver qué era aquel objeto tan ofensivo me encontré con un tacón alto de color rosa palo que se debía de haber sacado de algún

bolsillo interior del abrigo. Su aspecto era extrañamente frágil, pues aquel delicado satén del que estaba hecho empezaba a desconcharse, y las lentejuelas, de un color más oscuro, empezaban a quedar colgando en hileras. Hubiera parecido una antigüedad de no ser por el diseño. No parecía muy lógico que en los viejos tiempos hicieran tacones de ocho centímetros.

Un minuto después, las piezas del puzle encajaron en mi cabeza. Si había estado cojeando en la cocina del Dante aquella mañana era porque había perdido un zapato. Era de un color rojo brillante, no rosa palo, y a juzgar por su aspecto estaban sin estrenar; pero, aparte de eso, era la pareja del que tenía Mircea. Por suerte, el cuerpo de Mircea me obstruía casi totalmente la visión, porque dudo que hubiera podido controlar la expresión de mi rostro. El teatro. Había perdido el zapato hace más de cien años en un teatro de Londres.

—¿Cassandra?

A la Cónsul parecía que la demora no le estaba haciendo gracia, lo cual no dejaba de ser irónico teniendo en cuenta su costumbre de ausentarse en los peores momentos. No respondí; estaba ocupada recordando el chisporroteo que creí haber imaginado en aquella otra ocasión. El Mircea de aquella época no se encontraba bajo los influjos del *geis*, pero yo sí. El hechizo debía haberle reconocido como el elemento necesario para completarse, así que estableció la conexión por su cuenta. Sólo con pensar en lo que aquello implicaba me dejaba la misma sensación que la de un mazo golpeándome en la cabeza. Según parecía, le había echado involuntariamente un hechizo que después había estado creciendo en su interior durante más de un siglo.

—¿Hace cuánto tiempo? —repitió la Cónsul con la voz de alguien que no está acostumbrado a tener que decir las cosas dos veces.

—No estoy segura —concluí finalmente. La voz me salía ronca, pero no parecía que pudiera aclararme la garganta de ninguna forma—. Posiblemente... —Al final me las apañé para poder tragar saliva—. Debió de ser en la década de 1880.

Alguien profirió una blasfemia, pero no pude ver quién había sido. Fue todo lo que pude hacer para mantener al menos parte de mi concentración en la Cónsul. El calor del cuerpo de Mircea y el pavor de pensar en lo que le había hecho estaban sembrando el caos entre mis emociones. La pasión y la culpa estaban peleando por hacerse con el control, pero el miedo estaba mostrando sus cartas también. El estómago se me contraía una y otra vez.

La Cónsul no pareció muy satisfecha con aquello.

—El *geis* entró en letargo después de que te marcharas, porque era incapaz de estar completo sin ti —me informó—. Cuando los dos os volvisteis a encontrar, eras tan solo una niña, demasiado joven, por tanto, como para que el *geis* se manifestara. Sin embargo, cuando os encontrasteis siendo ya ambos adultos, se activó y su poder empezó a incrementarse.

Me las apañé para asentir con la cabeza. Mircea me había estado acariciando la mano para mantener un contacto entre los dos, mimándome los huesos de la muñeca y deslizándose por mi piel para masajearme la palma con su pulgar. Sin embargo, ahora ya se había ganado el derecho a deslizar sus manos por todo el brazo, como si ansiase más y más contacto. Y dondequiera que me rozase quedaba un vestigio de lo que parecía placer líquido. Aquel tacto se me filtraba por la piel, mareándome tanto que parecía que sus meras caricias fueran tóxicas, y tal vez lo fuesen de verdad. No tenía ni idea de cómo funcionaba el hechizo, pero lo que sí sabía es que era tremendamente bueno haciendo lo que hacía.

No deseaba más que quedarme allí para siempre, mientras el *geis* fluía a nuestro alrededor como una catarata deslumbrante. Sabía que no era real, que no era más que un hechizo que se nos había ido de las manos tanto que resultaba ya incontrolable, pero resultaba muy difícil andarse preocupando por esas cosas. ¿Cuándo iba a volver a sentir algo así en mi vida? Ya había vivido veinticuatro años de realidad y ni siquiera me había acercado a algo parecido. ¿Acaso no merecía la pena sacrificar algunas cosas por disfrutar de una mentira tan buena? La respuesta de mi cuerpo fue un sonoro «sí». Sólo una minúscula voccecita susurró que aquella no era la pregunta, ¿verdad que no? La pregunta no era si merecía la pena sacrificar algunas cosas, sino si merecía la pena sacrificar todo, porque era eso precisamente lo que exigía el hechizo.

Y era lo que no podía tener.

—Quien inicia el hechizo es quien lo controla —aseguró la Cónsul—. Pero tú lo dejaste desatendido durante más de un siglo.

—¡No fue adrede!

La Cónsul describió con su ceja un arco perfecto y se limitó a repetir el código no oficial de los vampiros.

—Lo que estamos discutiendo es el resultado, no la intención.

Los vampiros son extremadamente prácticos con este tipo de cosas. Los resultados de una acción son siempre más importantes que la intencionalidad del hipotético perjuicio. Y el resultado de mi acción era catastrófico.

—¿Y qué me dices del hechizo original, el que Mircea me puso a mí? —pregunté con desesperación—. Si él lo quitase, quizá los... los efectos se atenuarían.

Y, de paso, nos permitiría ganar algo de tiempo para encontrar un mago que pudiera deshacer el duplicado del hechizo.

—Eso ya se ha intentado, Cassandra —me comunicó la Cónsul con impaciencia—. El hechizo está demostrando ser... resistente.

—¿No se va a romper?

Estaba intentando concentrar mis pensamientos en torno a esa idea, pero Mircea hacía que me resultase imposible pensar detenidamente en nada. Traté de zafarme de su roce, lo justo para aclararme las ideas, pero de su garganta

emergió un sonido no articulado de protesta y volvió a tirar de mí hacia él.

—No —repuso la Cónsul con templanza.

Le lancé una mirada que pretendía ser de fiereza, sin que me preocupase en ese momento lo estúpido que pudiera resultar aquello. Si la Cónsul pretendía ayudar a Mircea, lo estaba haciendo como el culo. Según decía Casanova, el hechizo se fortalecería si Mircea y yo estábamos cerca el uno del otro, y en ese momento no podíamos estarlo mucho más. En poco tiempo a ninguno de los dos le iba a importar el resto. Y aquello significaría también que no habría nadie que pudiera detener a Myra. De pronto, empezaba a ver cómo mi visión podía convertirse fácilmente en realidad.

Por un momento, contemplé la posibilidad de intentar explicarle la situación a la Cónsul, pero tenía dudas de que me fuese a creer. No podía ofrecerle ninguna prueba y a los vampiros no se les conoce precisamente por fiarse de la palabra de la gente. Me moví ligeramente para zafarme por un momento de su mirada penetrante y mis ojos se encontraron con los de Mircea. Se le había ocurrido traer el zapato, lo que significaba que, en algún momento, debió figurarse qué iba a ocurrir. Tan solo esperaba que siguiese estando lo suficientemente lúcido como para comprender lo que le tenía que decir.

—Myra —musité moviendo la boca. Los magos no podían oírnos y, sin magia, no podían utilizar ninguna herramienta de refuerzo para escucharnos mejor. Sin embargo, los vampiros podrían escuchar cualquier conversación sin problemas.

Mircea me miró durante un buen rato y casi pude ver por mí misma cómo ensamblaba mentalmente las piezas del puzle. Hasta dónde llegó a comprender, eso ya no lo sé, pero lo que sí sabía era que había estado junto a mí la primera vez que Myra y yo nos vimos las caras. Mircea sabía que Myra había intentado matarme y que después había conseguido huir. Y también me oyó llamarla por su nombre en Londres, suponiendo que se acordase de un detalle tan insignificante después de tanto tiempo. Francamente, lo dudaba. Probablemente llegó a suponer que Myra estaba detrás de las mismas fechorías, pero no que él era su nuevo objetivo. Y no se lo podía hacer saber de ninguna forma.

Tampoco es que pudiera hacer mucho si se enteraba de cómo estaban las cosas. Mircea podría ser capaz de defenderse en el presente si se le avisaba de antemano, pero Myra podía atacarle en el pasado. El hecho de que siguiese todavía allí era la prueba de que Myra todavía no había conseguido su objetivo, pero si yo no era capaz de mantener la cordura para detenerla, aquello no iba a seguir siendo cierto durante mucho tiempo. La Historia se reescribiría, y Mircea no estaría en ella. Y Myra sería la pitia.

Después de un momento que pareció durar un año, Mircea asintió ligeramente.

—Dos minutos —dijo silenciosamente. Me quedé mirándolo confundida hasta

que me imaginé lo que quería darme a entender. Me estaba diciendo cuánto tiempo iba a tardar en desactivarse la bomba de vacío.

Me iba a dejar marchar.

Miré a Mircea con desconfianza.

—¿Y qué pasará contigo?— gesticulé con los labios.

Mircea meneó la cabeza. No sabía si aquello significaba que no podía decirme mediante aquella forma de comunicación tan limitada o si no quería que lo supiese. Me di cuenta de que le estaba sujetando los brazos con tanta fuerza que podía haberle dejado moratones, si hubiera sido humano, claro.

Pero fue sólo entonces, cuando dejé de agarrarlo con tanta fuerza, cuando un espasmo de dolor atravesó su rostro. Noté cómo un eco de aquel dolor me inundaba también a mí misma, un dolor físico derivado de la disminución del contacto, y tuve que resistirme a la tentación de restablecerlo de inmediato.

—Tienes que irte —musitó en silencio.

Tragué saliva. El segundo *geis* me resultaba nuevo, pero había tenido un siglo entero para apoderarse de Mircea. Si yo me sentía así y el hechizo sólo había dispuesto de un día para clavarme sus garras, ¿qué calvario estaría pasando él? Incluso aunque la Cónsul tuviese razón y el influjo del *geis* se hubiese atenuado después de que yo regresara a mi tiempo, siguió estando allí, madurando lentamente a lo largo de las décadas. Y, a juzgar por su reacción, cuando se despertó, lo hizo con ganas de venganza.

El solo hecho de pensar que iba a volver a meterlo en aquel infierno a propósito resultaba insoportable, pero, ¿qué otra opción me quedaba? Tenía que ocuparme de Myra o los dos acabaríamos muertos y no podía llevármelo conmigo y arriesgarme a estar continuamente expuestos al peligro. Miré hacia arriba para reencontrarme con sus ojos y que pudiese ver el remordimiento que me invadía el rostro.

—Lo sé —dijo escuetamente.

Cerró los ojos y sus brazos me envolvieron durante un momento que se alargó mucho. Lo atraje hacia mí, lo besé e inmediatamente el dolor se alejó. El *geis* se quedaba satisfecho siempre y cuando nos mantuviésemos en contacto y yo sabía cuál era la razón. Casi podía sentir cómo se fortalecía el vínculo entre nosotros, cómo la energía soltaba un zumbido feliz siempre que nos tocábamos. Ahora estaba contento, pero ¿qué pasaría cuando me marchase? Cuando llegué pude sentir la agonía en la que se encontraba inmerso y tenía mis dudas de que este breve encuentro pudiese aliviar las ansias por tener más. De hecho, era posible que la cosa fuese a peor, como cuando se le ofrece un mendrugo de pan al hambriento.

Mircea abrió lentamente sus brazos y se echó hacia atrás. Era lo que yo esperaba; pero, aún así, el dolor casi me hace hincar la rodilla de nuevo. De algún modo conseguí mantenerme en pie, pero no pude más que medio contener

un ruido de agonía. De mi interior manaban espasmos salvajes que me sacudían violentamente y las manos se me quedaron frías como el hielo. Mis hombros se encogieron contra la llama de deseo que me sacudía y me envolví en mis propios brazos para evitar que se abalanzaran sobre él.

Tal y como me lo había explicado Casanova, me dio la impresión de que el vínculo era algo que crecía de forma lenta y progresiva, quemando etapas durante un largo periodo de tiempo. Sin embargo, el nuestro no estaba funcionando así. Quizá porque no era exactamente nuevo, al menos por una parte, o quizá porque se había duplicado accidentalmente. Lo único que tenía claro era que era un círculo vicioso.

Mircea estaba allí de pie, a una distancia lo suficientemente cercana como para dar la sensación de que seguía sujetándome. El dolor me había aclarado las ideas del mismo modo que lo habría hecho un baño de sales aromáticas, así que estaba en condiciones de comprender por qué Mircea estaba haciendo aquello. Aunque tal vez él sí estaba deseando liberarme, de lo que no había dudas era de que la Cónsul no estaba por la labor. Me había negado a convertirme en su mascota, le había robado algún que otro objeto bastante valioso y había sometido a su negociador jefe al influjo de un peligroso hechizo. El hecho de que esto último, al menos, hubiera sido sin intención resultaba irrelevante bajo su punto de vista. Me preguntaba qué tendría planeado hacer conmigo si sus magos no podían romper el hechizo. A juzgar por lo que le había ocurrido a Mircea, podía apostar sin temor a equivocarme. Hay pocos hechizos que sobrevivan a quien los invocó. Y si yo no iba a convertirme en la pitia que me postrase a sus pies, a la Cónsul ya no le quedaría interés alguno en mantenerme con vida.

Mis ojos se toparon con los de Mircea.

—Encontraré la manera de romper esto —le dije. No me molesté en susurrar esta vez—. Lo prometo.

Mircea sonrió ligeramente, pero en sus ojos yacía una tristeza infinita.

—Lo siento, *dulceață*.

La Cónsul dijo algo, pero no la oí. Por un momento, la sala se quedó tan en silencio que se podía escuchar hasta el ruido de un alfiler cayendo al suelo; al minuto siguiente, un aullador viento ártico inundó la sala, agitándome el pelo de tal manera que los mechones se me clavaban como agujones en la cara. Se detuvo un instante, el tiempo que tardó en reunir fuerzas cerca del techo de la sala, y después explotó, desatando la peor tormenta de hielo que había visto nunca.

Aquellos vientos brutales me ignoraron a mí y al pequeño espacio que había a mi alrededor y, por un minuto, pensé que mi protección había decidido por fin despertarse; pero no aparecía por ningún lado la avalancha de luz dorada ni la forma distintiva del pentáculo. Era otra cosa lo que me protegía y, de momento, no me importaba lo que fuera mientras siguiese estando allí. Al margen de aquel

pequeño islote de paz, el caos campaba a sus anchas por todos los demás sitios.

Mircea se alejó y yo solté un grito de dolor en el momento en el que el *geis* se dio cuenta de que algo había ido mal. Me habría vuelto a agarrar a él, a pesar de las consecuencias, pero no podía verlo en medio de aquel vacío blanco que no dejaba de dar vueltas.

—¡Mircea! —bramé, pero mi voz se perdió entre los vientos ensordecedores.

Como no sabía qué más hacer, salté hacia delante y me abalancé sobre Tomas. Afortunadamente, el espacio de seguridad me acompañó. No lo tapé por completo y sus heridas eran de una gravedad tan extrema que no me atrevía a tumbarme totalmente encima de él. Aun así, que se le quedase congelada la parte inferior de las piernas era la menor de mis preocupaciones.

Con las manos busqué a tientas sus ataduras, pero no pude verlas, no podía ver nada que estuviese junto al mundo blanco que daba violentas vueltas a mi alrededor. Entonces algo botó sobre la mesa que había justo a mi lado y comprendí qué era aquel extraño ruido sordo que nos envolvía a todos. El viento traía consigo granizo del tamaño de pelotas de bolos y, como estaban atrapadas entre las cuatro paredes de la cámara del Senado, no les quedaba otra opción que desatar su furia rebotando una y otra vez contra las superficies de aquel lugar. Era como estar atrapado en medio del *pinball* del mismísimo infierno. Si no conseguía soltar a Tomas pronto, le iban a acabar aplastando los pies y ni por asomo iba a llevarle a rastras a ninguna parte.

Tenía que conseguir que saliéramos de allí y tenía que encontrar a Myra, a pesar de que no tenía ni idea de cómo me las iba a apañar con ella en mi estado actual. Lo único que de verdad quería era que mi cuerpo se enroscase como un ovillo y esperar a que Mircea me encontrase... y si me quedaba esperando, sabía que eso precisamente era lo que acabaría pasando. Fuera cual fuera la fuerza que había conseguido alejarle de allí, el *geis* era más fuerte. No andaría muy lejos.

Algo golpeó la pierna derecha de Tomas, lo que le dejó temblando todo el cuerpo. Me aferré a él, pero no le tapaba lo suficiente como para cubrirle las extremidades inferiores sin dejarle la cabeza al descubierto y no podía subirle las piernas porque las tenía atadas. Intenté hacer que nos trasladásemos a otro lugar, pero, aunque esta vez sí que sentí algo, una especie de ligero empujón, seguía sin poder ir a ninguna parte. Vamos, deprisa, pensé en medio de la desesperación.

Al final se me ocurrió una forma de desabrochar las ataduras de las manos de Tomas y, en cuanto las dejé libres, la habitación pareció llenarse súbitamente de gente. En medio de ella había ahora un salón de tatuajes, tan cerca de la mesa principal que casi estaba encima de nosotros. La cara de Mac, medio tapada por la nieve a pesar de que se encontraba a escasos metros de mí, apareció en la ventana principal que había bajo el neón que rezaba MAG INK. Un segundo después, un brazo cubierto de dibujos serpenteantes se asomó por la puerta

principal y agarró a Tomas por la pierna, liberando la atadura del tobillo derecho con la facilidad de un experto.

En cuanto Mac arrastró a Tomas hacia el interior de la puerta, salí gateando por encima de la mesa en su búsqueda. La tienda había aterrizado sobre la impresionante escalinata que conducía al estrado en el que se encontraba la mesa, y por tanto se encontraba inclinada hacia mí. Si conseguía avanzar unos metros más, el impulso que cogiera debería hacer el resto.

Justo cuando acababa de apañármelas para aferrarme a la mano que Pritkin me había tendido, alguien me agarró por el tobillo. Mi protección (¡qué cabrona!) no se encendió, pero *Sheba* de repente pareció haber encontrado algo con lo que entretenerse. La pantera había estado ignorando a Mircea, ya fuera por el efecto de la bomba de vacío o porque no lo veía como una amenaza. Sin embargo, lo de que quienquiera que fuese aquel tipo me que me estuviese agarrando era harina de otro costal. Noté que bajaba por mi cuerpo, después se oyó el rugido de un gran felino y el gáñido de sorpresa de la solemne líder del Senado. *Sheba* salió catapultada de mi pie y acto seguido la Cónsul me soltó la pierna.

—¡Vamos! —vociferó Pritkin tirando de mí, lo que estubo a punto de conseguir que recorriera al vuelo el resto del camino que me quedaba a través del oscuro tablero. Acabamos aterrizando en la puerta de la tienda y, de repente, recuperé la visión. Ni Mac ni Tomas estaban en la parte de delante, pero no tenía tiempo para preocuparme por ellos. Al grito de «¡Ya estamos todos!» que vociferó Pritkin, el edificio entero empezó a dar vueltas.

Un minuto después dimos con nuestros huesos sobre un suelo de piedras macizas, describiendo un alocado zigzag en el medio de los cimientos de la MAGIA. Íbamos bastante bien de tiempo, me parecía, aunque estaba tan ocupada intentando no soltarme de Pritkin, que a su vez se aferraba con todo el alma al mostrador, que me resultaba difícil saberlo a ciencia cierta. No obstante, sí pude ver una sombra borrosa y oscura que bajaba por el túnel recién excavado, y un minuto después apareció Kit Marlowe dando tumbos por la habitación.

Su aspecto era adusto y decidido, y a su alrededor flotaba un halo de peligro que no le recordaba de nuestro breve encuentro cuando era niña. Por supuesto, aquella noche estaba disfrutando de Tony en su versión más hospitalaria, mientras que lo que ahora tenía entre manos no dejaba de sangrar por una docena de heridas.

—¡No me jodas! —oí a Pritkin farfullar.

A continuación me apartó de su espalda, me puso las manos contra los bordes del mostrador y me gritó «¡Espera aquí!» con un tono de voz lo suficientemente alto como para que tuviese motivos para temer por la integridad de mis tímpanos. Entonces me liberó y se dirigió apresuradamente hacia la parte de la sala en la que se encontraba Marlowe.

Empezaron a forcejear, pero desprovistos ambos de magia como estaban, la cosa se rebajó a una sucia pelea a la vieja usanza, sin más armas que los músculos, y ante tal circunstancia parecía que ambos estaban más o menos empatados. Marlowe me gritaba algo, pero no podía escucharle por encima del jaleo que estaban produciendo nuestros esfuerzos excavadores. Además, el dolor en oleadas que recorría mi interior a consecuencia del *geis* me tenía demasiado consumida como para andarme preocupando por más cosas.

Cuanto más me alejaba de Mircea, peor; hasta el punto de que apenas era consciente de lo que estaba sucediendo. Las lágrimas me cegaban, mi estómago se contraía por los espasmos y cada vez me resultaba más difícil respirar. Recordé a Casanova contándome que había gente que se había suicidado bajo el influjo del *geis* para no seguir sufriendo el progresivo incremento del dolor que provocaba la separación y al fin pude entender sus palabras.

Marlowe había conseguido aprisionar la cabeza de Pritkin y los dos se tropezaron contra el mostrador, lo que estuvo a punto de hacerme perder mi ya de por sí tenue agarre. Entonces Pritkin le clavó un cuchillo al vampiro en el pecho y se separaron. Sin embargo, el mago, que parecía aturdido por la falta de aire, no aprovechó su ventaja y, por alguna razón, Marlowe tampoco. El vampiro se estaba limitando a sacarse de dentro el cuchillo de un modo muy desagradable cuando, sin previo aviso, la tienda dio una última sacudida y se quedó quieta.

Me di un golpe bastante doloroso en las rodillas al chocar contra uno de los laterales del mostrador, pero al menos conseguí apañármelas a duras penas para no salir volando por encima de él. Aun así, aquel dolor no me preocupaba en absoluto. El *geis* se había marchado de repente, dejó de sentirse como cuando alguien desconecta una de las dos salidas de audio de un equipo estéreo. Jadeé en busca de resuello y me di cuenta de que podía respirar hondo de nuevo. Mi cabeza nadó en medio del oxígeno insuflado y de la sensación de alivio. Pero, casi inmediatamente, me percaté de una nueva sensación: el hambre.

Sólo por la magnitud de su ausencia podía saber cuan fuerte era el vínculo. Quería reír y llorar al mismo tiempo. El alivio por el dolor perdido también había puesto fin a aquel placer adictivo y que me consumía por completo. Y las ansias por recuperarlo comenzaron de inmediato.

Fui dando tumbos alrededor del mostrador, sintiéndome extrañamente vacía y hueca en mi interior. Entonces eché un vistazo a la ventana frontal y fue tal la sorpresa que me provocó que tuve que mirar dos veces. Lo que me contaban mis ojos era suficiente para borrar de mi mente hasta el *geis*.

Lo que teníamos delante no era otro pasillo de arenisca, ni siquiera un pedazo de desierto vacío, no. En lugar de eso, lo que vi fue una enorme pradera repleta de hierba alta que se mecía hacia la izquierda por el soplo de una ligera brisa. A juzgar por la posición del sol, suponía que era mediodía, si bien la luz difusa hacía que resultase difícil decirlo con total seguridad. A lo lejos se veía una cadena de

afiladas montañas azules rematadas por cotas de nieve, pero la brisa que se colaba hacia el interior de la tienda a través de la puerta principal era cálida y desprendía un ligero olor a flores silvestres. Era hermoso.

Mac asomó la cabeza con cautela desde detrás de la cortina y pegó un grito de pura alegría.

—¡Toma ya! ¡Y decían que no se podía hacer! ¡Por mis cojones!

Me di cuenta de que sus protecciones se habían detenido, estaban congeladas en su sitio como si fueran tatuajes normales y, de pronto, se me encendió la bombilla. Mac, ese loco hijo de puta, había conseguido que el salón de tatuajes entero atravesase el portal y se metiese en el Reino de la Fantasía.

Dejé que fueran Mac y Pritkin quienes se ocuparan de Marlowe y me metí en la trastienda. Tomas estaba atado sobre la mesa acolchada que Mac utilizaba para hacer tatuajes. No parecía muy cómodo, pero al menos no había salido despedido de la habitación. Antes solo había podido echarle un ligero vistazo a sus heridas, pero ahora tuve que morderme los labios para no decir algo realmente ordinario sobre Jack. Acto seguido decidí mandar a tomar por culo mis reticencias y solté la blasfemia de todas formas.

Tomas gruñó de dolor y trató de sentarse, pero las correas se lo impidieron. Tenerle así no había estado tan mal porque, si le hubieran colocado de otro modo, era probable que se le hubiera caído algo. Jack le había abierto en canal desde los pezones hasta el ombligo, como si estuviera haciéndole una autopsia o como si fuera un animal al que estuviese a punto de destripar.

Tragué saliva y miré hacia otro lado, en parte porque tenía que hacerlo si no quería correr el riesgo de marearme, y en parte porque me hacía falta encontrar algo que pudiera usar a modo de venda. Los vampiros tenían una capacidad de recuperación sorprendente y, por muy terribles que fueran sus heridas, Tomas podría tenerlas curadas a tiempo. Con todo, le sería de mucha ayuda tener los extremos de la herida unidos de algún modo y, con tal propósito, me hacía falta tela, un montón de tela. Empecé por la camilla, que tenía una sábana ajustable y una manta que podían servir, y en ese momento me tropecé con algo. Aterricé sobre mis rodillas, justo al lado de un hombre de pelo negro vestido con una camisa de color rojo brillante. Me quedé mirándolo con sorpresa: ¿cómo habíamos podido traer a otro polizón sin que yo me enterase? Entonces volvió la cabeza y me di cuenta de que había estado allí todo el tiempo, lo único que no con esa forma.

—Te tengo *qu'ecir* —espetó Billy, incorporándose hasta estar sentado y sujetándose la cabeza con ambas manos— que no *m'había* sentido así de mal desde que participé en aquel concurso de bebida con aquellos dos cabrones rusos.

Acto seguido soltó un gruñido y volvió a tumbarse.

Con cautela, me acerqué hasta él y le toqué con un dedo. Su forma era tan sólida como la mía. Le levanté la muñeca y le busqué el pulso. Latía con fuerza indudable bajo mis dedos. Le solté la mano y me aparté a gatas unos cuantos

centímetros, lo justo para toparme con otra cosa imposible. Noté algo sólido contra mi espalda y, al mirar hacia abajo, vi una mano de color naranja amarronado tendida en el suelo. Estaba unida a un brazo de un color similar, que conducía al torso desnudo de lo que mi cerebro finalmente identificó como el golem de Pritkin. La única diferencia, a pesar del color, era que ya no era de arcilla.

No me hizo falta comprobarle el pulso, era obvio que respiraba, pues su pecho de color extraño, aunque perfecto por todo lo demás, inspiraba y expiraba con normalidad. O lo que habría sido normal para un ser humano... Como se suponía que tenía que ser una enorme mole de arcilla animada a través de la magia, aquella forma de respirar no era normal en él. Al mirar más detenidamente, juro que fue involuntario, me di cuenta de que su anatomía estaba completa, lo cual ciertamente no había sido así antes, así que quienquiera que se hubiese encargado del cambio se había mostrado generoso. Un segundo después, sus ojos, reales ahora, se abrieron de par en par para mirarme confundidos. Me di cuenta de que eran marrones, si bien aquello no era relevante, y de que no tenía ni cejas ni pestañas. De hecho, no parecía que tuviese ni un pelo.

Volví a mirar a Billy. Tenía un color pálido y le hacía falta el afeitado que llevaba postergando siglo y medio, pero por todo lo demás parecía estar bien. Simplemente había recuperado su cuerpo, lo cual resultaba ridículo, porque hacía una eternidad que había servido de pasto para los peces.

—¿Qué cojones...?—Noté que el suelo se movía y miré a mi alrededor con cara de pocos amigos.

No necesitaba que Mac me volviese a meter en uno de sus viajecitos alocados. Sin embargo, un minuto después me di cuenta de que, por lo que parecía, no nos íbamos a ningún sitio. Definitivamente, la habitación estaba dando vueltas, así que por un segundo me paré a pensar si en el Reino de la Fantasía habría terremotos. En ese momento Billy se sentó, con los ojos saliéndose de las órbitas, presa del pánico. El pecho se le infló y después soltó un grito y empezó a darse golpes en la cabeza, el vientre y las piernas, como si su cuerpo fuese un bicho aterrador y nada familiar que hubiera poseído su yo verdadero.

De pronto, Billy pegó un brinco y empezó a danzar por la habitación, despojándose de las ropas y chillando. Sus tonterías y los vaivenes de la habitación afectaron al golem, que apartó la confusión para dejarse invadir por el miedo. Los ojos se le abrieron como platos y los labios se le separaron para dejar pasar un chillido agudo que resultaba mucho más pernicioso para los oídos que los gritos de Billy. Empecé a dar tumbos por la habitación, tratando de evitarlos a los dos, y agarré la sábana. Después de cortarla en tiras, vendé las heridas de Tomas lo mejor que pude mientras el golem y Billy no dejaban de dar vueltas alrededor, chocándose contra todo y entre ellos mismos, lo que no hacía sino

soliviantarles aún más.

Solté a Tomas antes de que alguno de ellos se lo pudiera llevar por delante y lo arrastré hasta ponerlo debajo de la mesa. Después me resguardé y yo también me tapé los oídos, pues parecía que en cualquier momento podía empezar a echar sangre por ellos. Que fueran otros los que se encargasen de la crisis, para variar. Yo ya había tenido suficiente.

Cuando la mitad del techo saltó por los aires abruptamente se hizo patente que quedarme cruzada de brazos no era una alternativa posible. Por un solo segundo se vio un boquete de cielo azul y un par de mariposas amarillas, lo que daba la impresión de que los minúsculos insectos eran los responsables de aquel destrozo. Entonces se asomó una cabeza del tamaño de un coche pequeño. Era verde, estaba cubierta de escamas brillantes e iridiscentes, y tenía un morro lo suficientemente grande como para engullir a una persona sin necesidad de dar un segundo bocado. De sus fosas nasales no salía fuego, pero tampoco me hacía falta que lo hiciera para saber qué era. Sus ojos de color naranja tenían unas pupilas rojas y estrechas que se dilataron al verme como si fuera un gato que acababa de encontrar un ratón de una especie diferente a las que conocía.

La criatura se coló por el boquete del techo, con la cabeza suspendida de un cuello que de puro largo resultaba imposible y con unas mandíbulas enormes que resaltaban unos dientes picudos y de un color amarillo oscuro. Me quedé helada al notar sobre mi cara su respiración acre y cálida. La sentía tan cerca que los ojos se me empezaron a empañar. En ese momento el golem perdió completamente los papeles, y empezó a correr desnudo y dando gritos en pleno ángulo de visión del dragón, lo que hizo que aquellos ojos anaranjados se posaran en él en vez de en mí. El golem se metió detrás de las cortinas y el dragón le siguió, deslizando su cuello justo a mi lado, lo que formó un riachuelo de escamas a mi alrededor. Al mismo tiempo, sus garras trataban de abrir un agujero lo suficientemente grande en el techo como para que su enorme cuerpo pudiera pasar por él.

Salí a gatas de debajo de la mesa y le hice un placaje a Billy Joe, que se había roto la camisa y se estaba arañando el pecho desnudo, lo cual ya le había dejado alguna que otra marca roja.

—¡Billy! —Le agarré por las muñecas, tratando de arrastrarlo conmigo para que nos metiéramos los dos debajo de la mesa.

El intento fue en vano, porque Billy se movía demasiado rápido. Acto seguido se fue corriendo hacia la parte trasera de la sala, camino de la pequeña puerta que había junto a la camilla y que, personalmente, nunca había visto abierta. Y lo cierto es que ahora tampoco se abría. A mí me daba la sensación de que estaba sólo de adorno, pero Billy no parecía entenderlo. Empezó a darle golpes y se acabó ensañando con el pomo, hasta el punto de que al final consiguió dejarlo completamente destrozado.

Me quedé mirándolo confundida. Nunca le había visto en ese estado y no estaba segura de que nada que pudiera decirle fuese a calmarle. Además de eso, estaba el hecho de que en su forma humana Billy medía casi un metro ochenta. Tampoco había forma de que pudiera someterle con un arma, aparte de que las únicas que tenía (mi pistola y el brazaletes) probablemente le matarían con la nueva forma que acababa de adoptar.

En la parte de delante de la tienda se escucharon un montón de gritos, blasfemias y alguna que otra explosión, después se oyó una ráfaga de viento y un sonido que invitaba a pensar que un centenar de helicópteros estaban a punto de despegar. Al mirar hacia arriba vi que el dragón se elevaba en el aire sobre sus negras alas coriáceas, gritando y llevándose las garras a la cara. Le faltaba la mitad del morri, desaparecido en medio de un agujero humeante, y sus enormes alas, que batían el aire con la fuerza de un pequeño huracán, mostraban también unas heridas profundas. Un segundo después la criatura se marchó, planeando sobre los verdes y tranquilos prados rumbo a lejanas colinas repletas de árboles.

Billy se desplomó contra la puerta, con las manos fijas sobre la madera lastimada y los dedos hechos trizas entre un amasijo de sangre. A ratos sollozaba desconsoladamente, pero al menos ya le había pasado el ataque de nervios. Estaba a punto de intentar hablar con él para que recuperara la cordura por completo, pero en ese momento Pritkin franqueó la cortina a la carrera, seguido por Mac y Marlowe. No pude evitar que la ira se apoderase de mí al comprobar que el vampiro no tenía atadura alguna. Y lo primero que hizo fue irse a por Tomas.

—¡Pritkin! ¡Detenle!

Crucé la sala a la carrera, mientras el mago se limitó a quedarse allí de pie, mirando incrédulo a Billy en su nueva forma sólida. Me metí debajo de la mesa por el extremo más alejado de ella y agarré la muñeca de Marlowe antes de que pudiera arrastrar a Tomas hacia la luz.

—¡Apártate de él!

Marlowe parecía sorprendido y no era para menos. Que una humana pensase que podía impedir que un maestro vampiro hiciese lo que le diese la gana simplemente sujetándole la mano era para echarse a reír. Me aparté hacia atrás, levantando la muñeca en la que tenía el brazaletes, con la esperanza de aquello fuese suficiente para activarlo. No pude saberlo, porque no pasó nada. Agité el brazo y me quedé mirando la plata inerte. ¿Qué le pasaba ahora?

—Nuestra magia no funciona aquí —me explicó Marlowe amablemente—. No voy a hacerle daño a Tomas, Cassie. Lo creas o no, quiero ayudar.

Claro, y por eso se quedó allí sentado mirando cómo le desguazaban. Marlowe tenía una reputación que se remontaba a la Inglaterra isabelina, en la que fue uno de los espías de la reina, y las infames correrías que sobre él se cuentan no han dejado de proliferar desde entonces. Con que una mínima parte

de las historias que circulaban de boca en boca sobre él fuera verdad, me bastaba para que no quisiera que se acercase a Tomas para nada.

—Apártate —repetí, preguntándome qué iba a hacer si se negaba. Sin embargo, en lugar de discutir, salió grácilmente de debajo de la mesa. Le examiné las heridas a Tomas, pero no parecían haber empeorado. Sus ojos se abrieron durante una fracción de segundo e incluso se las apañó para levantar la cabeza.

—No puedo escucharle —murmuró crípticamente, mientras una expresión de pura felicidad le atravesaba el rostro. Luego se le cerraron los ojos y la cabeza volvió a reposar sobre las baldosas del suelo.

Al ver aquello casi se me para el corazón, así que le busqué el pulso a toda prisa y, por supuesto, no lo encontré. El hecho de que lo hubiese intentado ya decía bastante sobre el estado mental en el que me encontraba. Parecía que se había desmayado o que estaba en trance, pero tampoco podía saberlo a ciencia cierta. En cierta ocasión, Tony se había visto envuelto en una disputa clandestina e ilegal con otro maestro. Uno de nuestros vampiros perdió un brazo y le dejaron con las tripas medio fuera durante el transcurso de aquella miniguerra. Cuando nos lo devolvieron, di por supuesto que estaba muerto, pero Eugenie me dijo que había entrado en trance para curarse. Permaneció inmóvil durante varias semanas, hasta que una noche se incorporó de pronto y lo primero que preguntó fue si habíamos ganado. Esperaba que Tomas sólo estuviese en trance, pero en cualquier caso poco más podía hacer por él. Los vampiros se tenían que curar por sí mismos; si no, no había nada que hacer. No había demasiados remedios médicos o mágicos que pudieran ser de ayuda para sus sistemas. El problema radicaba en mantenerle a salvo el tiempo suficiente como para que tuviera la oportunidad de recuperarse.

Me quedé mirando a Pritkin

—¿Por qué no está Marlowe atado o algo?

—Porque es posible que vayamos a necesitarlo —respondió con voz grave.

—¿Tú sabes quién es? —le pregunté.

—Mejor que tú.

Pritkin apartó la vista de Billy, que se estaba balanceando hacia atrás y hacia delante con los ojos perdidos en la pared, y posó toda la fuerza de su mirada sobre mí. No estaba enfadado, y eso que no me esperaba menos de él; si bien es cierto que, si hubiera sido así, tampoco me habría preocupado. Lo que dejaba entrever su mirada era otra cosa. En cierto modo estaba insatisfecho y sus ojos mostraban una intensidad tal que parecían dos rayos láser. Era la cara de un depredador cuando ve amenazada su propia vida: mortífera, seria y completamente concentrada.

—Permíteme que te explique cuál es la situación —me espetó, e incluso sus palabras salieron más rápidas y condensadas que antes, como si cada segundo se

le antojase crucial—. Hemos llegado al Reino de la Fantasía, pero no de la manera discreta que había planeado. La mayor parte de nuestra magia no va a funcionar aquí y tenemos una cantidad finita de armas no mágicas. Uno de nuestros acompañantes está gravemente enfermo y hay otros dos que obviamente no se encuentran en plenas facultades mentales. Peor todavía, el dragón aquel era el guardián del portal y, como no ha podido derrotarnos él solo, ha ido en busca de refuerzos. Si a estas alturas los duendes no se han enterado ya de que estamos aquí, lo sabrán pronto. Y no podemos regresar al portal por razones obvias.

—¿Van a venir los del Senado a por nosotros? —pregunté, sin estar segura de querer escuchar la respuesta.

Pritkin soltó una breve carcajada. No parecía de felicidad.

—Oh, no, al menos no hasta que puedan solicitar los pases. Meterse en el Reino de la Fantasía sin ellos es arriesgarse a la pena de muerte. Como lo hemos hecho nosotros.

—Lo que quiere decir es que todos estamos juntos en esto —añadió Marlowe—. Yo tampoco tengo pase y los duendes tienen fama de no escuchar excusas. Si me cogen, podrían matarme —me sonrió—. Así que no me cogerán y procuraré que a ti tampoco.

Mac soltó un resoplido.

—El hecho es que estaremos más seguros si permanecemos juntos. Nadie duraría ni un solo día en el Reino de la Fantasía si va por su cuenta.

Marlowe se encogió de hombros.

—Eso también. Y, como primer gesto de camaradería, ¿podría sugerir que abandonemos esta zona tan pronto como sea posible? Tenemos muy poco tiempo que perder.

Pritkin había levantado a Billy cogiéndole por las muñecas y ahora estaba abofeteándole bien fuerte.

—Marlowe tiene razón. Si los duendes nos encuentran, puede ser que nos maten en cuanto nos vean o que nos devuelvan al Círculo o al Senado después de pedir un rescate por nosotros. —Después de la segunda bofetada, Billy intentó devolverle el golpe, pero Pritkin le inmovilizó el brazo y después se lo retorció cruelmente por detrás de la espalda antes de darle un empujón que lo mandó directamente hacia mí—. Controla a tu siervo —dijo escuetamente—. Yo me ocuparé del mío. Después nos marcharemos.

Durante los cinco minutos siguientes Mac me estuvo revisando la protección mientras yo trataba de tranquilizar a Billy Joe, que seguía flipando en colores.

—¿Por qué estás tan revolucionado? —le pregunté, una vez que se hubo calmado lo suficiente como para escucharme—. Ya tienes un cuerpo propio. —Le pellizqué ligeramente en el brazo y se arqueó, el niño grande—. ¿No era eso lo que siempre habías deseado?

Lo cierto es que siempre había parecido pasárselo bien cuando se metía en el mío de prestado.

Billy seguía pareciendo desconcertado, a pesar de que ya había empezado a recuperar algo de color en las mejillas. Sin previo aviso, se inclinó y me besó con firmeza en los labios. Yo me eché hacia atrás y le solté una bofetada. La verdad es que le pegué más fuerte de lo que pretendía, pero él se limitó a soltar una carcajada. Sus ojos color avellana brillaban por las lágrimas que no había derramado al sentir el amargo escozor en la mejilla, pero su expresión era de euforia.

—Es cierto, es totalmente cierto —musitó sobrecogido.

Acto seguido sus ojos se abrieron como platos y abruptamente comenzó a rebuscar entre la mochila de Mac. Cuando sacó la mano, había cogido una de las cervezas y, a juzgar por cómo la sujetaba, parecía que hubiese encontrado un tesoro hecho de oro puro. Estaba sin abrir y Billy la arañaba intentando quitarle la chapa con las manos desnudas.

—No lo entiendes, Cass —me comentó, con los ojos casi febriles—. Vale, de cuando en cuando me hacía cargo de tu cuerpo, pero aquello no era real de verdad, ¿sabes a que me refiero, no? Es como si todo llevase una película protectora encima y yo solo pudiera tocar o saborear las cosas muy de higos a brevas.

Tras varios intentos soltó un grito de frustración e intentó estampar la botella contra la mesa, pero estaba acolchada y el vidrio acabó rebotando.

Era obvio que no iba a mostrar ningún signo de coherencia hasta que pudiese beber algo.

—Dame eso —musité impacientemente.

Aunque me pasó la botella, sus ojos nunca dejaron de estar en contacto con el marrón oscuro de la botella. La abrí con la parte inferior de la camilla, que era de metal, y justo después Billy Joe me la quitó de la mano, deglutiendo la mitad del contenido de una sola vez.

—Oh, Dios mío —masculló reverencialmente, poniéndose de rodillas—. ¡Jesús!

Estaba a punto de decirle que dejara de ponerse melodramático cuando Mac irrumpió para darme el parte.

—A tu protección no le pasa nada, así que tiene que ser el *geis*. Tienen a complicar las cosas y suele pasar que los hechizos más poderosos provocan las mayores interferencias. Y el *dúthracht* es casi el más fuerte.

—Pero mi protección funcionaba desde antes y el hechizo me lo lanzaron cuando tenía once años —protesté.

—Esa puede ser la razón por la que has podido seguir con tu vida aunque tenías el *geis* encima: eras demasiado joven para que se activase. Esta protección en concreto se diseñó para cubrir tu aura como si fuera un guante en una mano,

pero necesita poder trabajar sobre un campo estable para ser capaz de realizar una sujeción sin fisuras. Un *geis* activo se interpreta como una amenaza seria y tus defensas naturales se ven envueltas en un estado de confusión constante al intentar rechazar una y otra vez al invasor. Sin embargo, lo único que consiguen al actuar es que a tus protecciones artificiales les resulte imposible hacer bien su trabajo.

En ese momento se me encendió la bombilla.

—Por eso Pritkin se puso como loco con Miranda. Sabía que si ella no eliminaba el *geis*, él no podría hacerse aquel tatuaje.

Inmediatamente deseé no haber dicho aquello, porque Mac me pidió que le contase toda la historia y parece que le resultó divertida la idea de que una pequeña gárgola hembra pudiera sacar de sus casillas a Pritkin. Al final conseguí que volviese a centrarse en lo que realmente importaba, pero no me contó nada que estuviese deseando escuchar.

—Es como intentar ponerle un guante a una niña pequeña y revoltosa, Cassie, razón por la cual a los niños normalmente les ponen manoplas. Da unos problemas de cojones intentar vestirlos con otras cosas.

Por cómo lo contaba, parecía que Mac sabía de qué hablaba y, por un instante, me pregunté si tenía familia. Posiblemente había gente que le llorase si Pritkin hacía que le mataran.

—Entonces, ¿no puedes arreglarlo?

—Lo siento, Cassie. Deshazte del *geis* y puedo hacer que funcione en cuestión de segundos. Si no lo consigues...

—Estoy jodida.

—Eso parece.

Como si quisiera que mi día siguiese en su línea, Billy aprovechó ese momento para derramar toda la cerveza por el suelo, justo delante de mis zapatillas. Menos mal que retiré los pies justo a tiempo.

—¡Billy! ¿Qué pasa contigo?

Billy rezongó y se sentó.

—Me están entrando retortijones en el estómago —jadeó. Solté un suspiro y fui a buscarle un vaso de agua.

—Tómatela —le advertí—. Tienes un estómago nuevecito. Nadie le da cerveza a un niño pequeño, así que me temo que para ti tampoco va a haber más. Le aparté la botella y gruñó con más intensidad.

—¡Ten piedad, Cass!

Sujeté la botella en alto y la agité, permitiendo que el líquido ámbar se derramase a ambos lados del vidrio.

—Mueve el culo y ayúdame con Tomas, y puede que entonces te dé el resto.

—Hay un *pub* en la ciudad hacia la que nos dirigimos —apuntó Marlowe tibiamente.

—¿Cómo sabes adónde vamos? —pregunté con suspicacia.

—Porque aquí hay donde elegir. —Billy miraba al vampiro como si le acabase de anunciar que le había tocado la lotería—. Cerveza, chicas guapas, dentro de un orden, y excelente música, si la memoria no me falla.

Billy pegó un salto como si le hubiesen disparado por un cañón.

—¿Dónde está ese pobre desgraciado, entonces? Deberíamos llevar al chico a algún lugar seguro para que pueda descansar y curarse —añadió piadosamente.

—¿Qué ciudad? —le pregunté a Marlowe.

—El pueblo y el castillo están habitados por duendes oscuros, y algunos de ellos ya les hicieron algún que otro favor a mis espías en el pasado. Aunque fuese de una forma algo rudimentaria, se puede decir que aquello se convirtió en una espiral de recogida de información: ellos espían a los duendes de la luz y mis contactos entre la Luz les espían a ellos. Sin embargo, en ocasiones ha habido casos en los que estos duendes han aceptado echar una mano a ciertos agentes que se encontraban en una situación complicada, minuta mediante, por supuesto.

—¿Has espionado a los duendes? —inquirí sorprendida.

Marlowe sonrió.

—Espío a todo el mundo. Es mi trabajo.

—Habla de eso más tarde —irrumpió Pritkin, asomando su cabeza por la cortina. El golem estaba a su lado y parecía ya suficientemente calmado, aunque no pudo evitar arquearse al notar que la cortina le rozaba el brazo—. Si los duendes oscuros nos encuentran antes de que llegemos a un acuerdo...

—Oído cocina —murmuró Marlowe.

Entre él y Billy sacaron a Tomas de debajo de la mesa y lo colocaron en una hamaca que habían improvisado a partir de la manta de la camilla. Cuando Marlowe juró y perjuró que los duendes no hacían daño a los vampiros no me lo creí, pero Mac le respaldó. Y teniendo en cuenta que Tomas no había estallado en llamas antes al entrar en contacto con los rayos de sol que se colaban por el agujero del techo, tuve que dar por bueno que tanto Marlowe como Mac tenían razón.

Billy cogió la hamaca por un lado y Marlowe se encargó del otro. Su cooperación despertó los suficientes recelos en mí como para que me decidiese a caminar junto a los dos portadores no fuera a ser que Tomas acabase resultando herido cuando no mirase nadie. Lo cierto es que hubiese preferido que fuesen otros los que le ayudasen, pero tampoco había muchas más alternativas. En mi caso, dudaba incluso que pudiese cargar siquiera con la mitad del peso de Tomas, fuese cual fuese la distancia que hubiese que recorrer, sobre todo teniendo en cuenta que ya llevaba encima veinte kilos de munición. Luego estaba Mac, pero él vigilaba la retaguardia y necesitaba tener las manos libres para sujetar las armas. Y Pritkin, a la cabeza de nuestro pintoresco grupo, tenía las manos completamente ocupadas tratando de impedir que a su siervo le volviese a dar un

ataque.

El pobre golem estaba temblando y miraba a todas partes con los ojos saliéndose de las órbitas; Se sobresaltaba en cuanto oía la menor brizna de viento, el gorjeo de un pájaro o a Billy canturreando « *Soy un trotamundos y casi nunca estoy sobrio* » [3], pero esto último Pritkin consiguió cortarlo de raíz amenazándolo con volver a convertirlo en fantasma si no se callaba de una santa vez. Parecía como si al golem todo aquello que veía le resultase nuevo, lo cual supongo que era cierto, al menos con ojos humanos. Era como si no estuviese seguro de qué era bueno y qué constituía una amenaza. No sé cómo les guiarán a ellos los sentidos, pero, a juzgar por el grito que pegó cuando una nube de dientes de león transportados por el aire se chocó contra su pecho desnudo, no me dio la impresión de que tuviesen los mismos cinco que usamos los humanos.

Al final conseguimos colocarnos todos sobre el camino que marcaba la hilera de árboles, pero hasta yo habría sido capaz de seguir el rastro de hierba pisada que íbamos dejando a nuestro paso. Cualquiera que tuviese un mínimo de experiencia siguiendo pistas no habría tenido que sudar ni un poquito para seguir nuestra estela. Me quedé mirando los bosques oscuros que teníamos enfrente y crucé los dedos para que hubiese alguien entre nosotros que tuviera un plan.

La hora siguiente fue una pesadilla: estuvimos caminando a trancas y barrancas por un bosque que a la par que impresionante era también tremendamente aterrador. Por alguna razón, aquel paisaje hacía que los árboles centenarios que rodeaban la hacienda de Tony parecieran pimplitos. Pasamos al lado de dos robles enormes, cada uno de los cuales tenía un tronco por el que, de haber estado hueco, hubiera podido pasar un coche perfectamente. También era verdad que para meter un coche allí dentro habría hecho falta construir previamente una rampa, porque los troncos en sí empezaban a formarse a una altura que me quedaba por encima de la cabeza y reposaban sobre un sistema de raíces de una altura mayor que la mayoría de las casas. Los robles estaban situados como si fueran centinelas a las puertas de un castillo, con los brazos musgosos y en alto, como queriendo saludar... o advertir de algo.

Las raíces enredadas del árbol parecían detenerse todas en el mismo punto, formando un tosco camino hacia quién sabe dónde. Entonces algo me golpeó en el hombro según nos dirigíamos hacia el mar de zarzas y maleza enmarañada. Por un instante creí haber visto una mano nudosa con nudillos bulbosos y dedos antinaturalmente largos acercándose hacia mí. Pegué un salto antes de darme cuenta de que la amenaza no era más que una rama que colgaba un tanto baja y que me rozaba la piel con su musgo frío y húmedo.

Casi peor que lo que se veía era el olor que desprendía aquel lugar. Las praderas hasta entonces habían sido frescas, llenas de flores, pero ahora ya no había ese agradable olor a verde. El bosque era húmedo, frío y tenía moho por todas partes, pero la podredumbre que había por debajo era incluso peor. Me

quedé pensando en lo que me rodeaba mientras seguíamos caminando lenta y pesadamente, y de repente se me iluminó la bombilla. El ambiente que recreaba aquel lugar era como estar delante de una persona con una enfermedad terminal. Independientemente de la higiene que se mantenga, de ellos siempre emana un ligero aroma que huele distinto a todo. El bosque apestaba a muerte. Y no me refiero a una muerte como la de una fiera abatida con las garras ensangrentadas, no. Más bien daba la sensación de que el olor de alguien que hubiese fallecido tras una larga enfermedad hubiese estado merodeando por aquel sitio durante mucho tiempo. La verdad es que prefería las praderas, con mucho.

Agarré a Tomas con más fuerza y, afortunadamente, seguía inconsciente; así que intenté no mostrar todo el terror que sentía dentro. Con todo, aquellos bosques desprendían algo antinatural. Era la luz tenebrosa de la que enseguida brotaría el crepúsculo, eran los años, que oprimían como si la gravedad se hubiese intensificado en cuanto abandonamos las praderas. Ni siquiera podía empezar a concebir lo viejos que serían algunos de los árboles, porque cada vez que pensaba que ya no podrían ser más grandes, lo eran. Y mi cerebro, tan hastiado él, seguía viendo caras en las cortezas de los árboles: rostros viejos, de facciones muy marcadas, con pelo fúngico, barbas de líquen y ojos sombríos.

Marlowe intentó entablar conversación varias veces, pero le ignoré hasta que se dio por vencido. Tenía otras cosas en las que pensar, como por ejemplo cómo iba a dar con Myra y qué iba a hacer con ella cuando la tuviese delante. Ahora que estaba allí comprendía por qué había escogido esconderse en el Reino de la Fantasía. Se trataba de un terreno de juego completamente nuevo, con el aliciente añadido de que yo no sabía nada de él. Acercarse lo suficiente como para tenderle una trampa iba a resultar difícil si mi poder era tan poco fiable y, además, no tenía ni idea de cuántos aliados habría reclutado Myra para su causa. Después de ver lo que les pasó a los guardias de Mac, las armas del Senado ya no me ofrecían tanta confianza como antes. ¿Y si no funcionaban en este mundo nuevo de locos?

Tampoco me puso de mucho mejor humor pensar en cosas más mundanas, como lo mucho que estaba empezando a pesarme el puto abrigo, la enorme falta que me hacía darme un baño y las ganas locas que tenía de ver a Mircea. Las ansias no habían mermado y, aunque se podían sobrellevar, no era plato de gusto. Me sentía como un fumador de tres paquetes de cigarrillos al día al final de un vuelo de doce horas. Con la diferencia de que a mí no se me presentaba ningún tipo de alivio a la vista.

Finalmente nos detuvimos para tomar un respiro. El viento susurraba entre las copas de los árboles, pero más abajo, al nivel del suelo, no había gran cosa de donde poder coger aire. Billy, que había estado maldiciendo el peso de Tomas durante todo el camino, juró y perjuró que teníamos que llevar andando un día; pero lo cierto es que lo más probable es que la caminata hubiese sido de

alrededor de una hora. Me quité el dispositivo de tortura forrado de plomo que llevaba encima por gentileza de Pritkin y aquello ayudó en parte, pero no corría el aire suficientemente como para que se me pudiera secar la ropa, que estaba bien empapada.

Me incliné, jadeante y exhausta, con el sudor recorriéndome la cara, para acabar derrumbada en el suelo lleno de hojas del bosque. En ese momento, la vi: la primera prueba de que aquello era realmente un bosque encantado. La raíz de un árbol, cubierta de líquen rojo brillante como si fuera un brazo lleno de escamas, se apartó de su sitio y se colocó en la parte del suelo que había justo debajo de mi nariz. Pegué un respingo hacia atrás y di un grito de sorpresa, para después observar cómo la raíz succionaba todas las hojas que contenían algo de mi sudor hasta dejarlas secas.

—¿Qu... qué es eso?—pregunté, retirando una pierna a medida que la raíz se acercaba, hurgando entre las hojas como un cerdo entre las bellotas. No me podía ver, pero sabía que estaba allí.

—Un espía —oí decir a Marlowe por encima de mi cabeza—. Sabía que no podíamos evitarlos, pero tenía la esperanza de que tardasen un poco más en aparecer.

—¿Un espía de quién?

—Los duendes oscuros —contestó Pritkin, uniéndose a la conversación—. Este es su bosque.

—Es muy probable que así sea —admitió Marlowe—. Pero yo debería ser capaz de llegar hasta nuestros aliados antes...

—Tú no te vas a ningún lado —interrumpió Pritkin—. Dame algún símbolo que puedan reconocer cuando se lo enseñe y ya lo haré yo.

—Ellos no te conocen —protestó Marlowe—. Incluso aunque te presentase yo mismo, estarías en peligro.

Pritkin sonrió amargamente.

—Correré el riesgo.

Mac se aclaró la garganta.

—Quizá sería mejor si voy yo —se ofreció—. Tú ya tienes suficiente con mantener a este a raya —explicó, mirando hacia el golem, que estaba pasando las manos por el tronco de un árbol que había allí cerca mientras ponía cara de preguntarse qué sería aquello— y a mí no me conoce. Si vuelve a pasar algo, no puedo asegurar que consiga tenerle bajo control.

—Se viene conmigo.

—Ahora mismo no te sería de mucha ayuda en una pelea —repuso Mac dubitativo.

—No va a tener que pelear. —Pritkin volvió la vista hacia mí—. ¿Supongo que prefieres quedarte y cuidar de él?—preguntó, mirándome a mí.

No mencionó a Tomas, pero los dos sabíamos a quién se estaba refiriendo.

Miré a Marlowe antes de responder nada. Se estaba recolocando las vendas de la cabeza como si le doliesen, pero cuando vio que le estaba mirando sonrió abiertamente.

—La tormenta no me ha venido nada bien a la cabeza —explicó, haciendo una ligera mueca de dolor mientras con la mano buscaba la ubicación adecuada—. Primero Rasputín me rompe el cráneo y ahora esto. Cabría esperar que alguien tuviese a bien fijarse en otra parte de mi anatomía, aunque solo fuera por una vez, pero está visto que no hay manera.

No le devolví la sonrisa. Cabía la posibilidad de que a Marlowe le estuviese doliendo la cabeza de verdad, pero tal vez solo intentaba convencerme de lo débil que estaba. Si era lo segundo, perdía el tiempo. Ya había visto suficientes vampiros heridos como para saber que con que estuvieran conscientes y se pudieran mover y a había razones de sobra para temerlos. No podía hacer mucho más por Tomas, pero al menos me iba a asegurar de que Marlowe no le cortaba la cabeza. Volví a mirar a Pritkin y asentí con la cabeza.

—Entonces vas a tener que prestarme a tu siervo.

Billy se había desplomado en medio de un charco de sudor en cuanto nos paramos a descansar y ahora estaba tirando de una de sus botas negras sin dejar de blasfemar. Supongo que, amén del nuevo estómago, los pies que le habían tocado en suerte eran también de bebé.

—¿Estás seguro? Mira que no es muy de peleas.

—Me lo llevaré sólo para que dé la voz de alarma si algo sale mal. Lo único que tiene que hacer es correr hacia aquí y avisarte.

—De eso sí tendría que ser capaz. —Le di un codazo a Billy—. ¡Ale, vete!

Se cagó en todo, por supuesto, pero al final la cerveza le ganó la partida a las ampollas y aceptó irse con Pritkin.

Marlowe garabateó una breve nota en un trozo de papel que Mac había encontrado entre nuestras cosas. Me pareció algo inapropiado usar papel con renglones y bolígrafo para escribir una presentación a los duendes, pero creo que fui la única a la que aquello le llamó la atención.

—No estoy seguro de que mis contactos sigan estando allí —apuntó Marlowe, entregándole la nota una vez hubo terminado—. El tiempo no discurre igual aquí. Mis espías han tardado meses en infiltrarse y, una vez dentro, se han dado cuenta de que solo había pasado un día. En otras ocasiones, en vez de meses habían transcurrido décadas. Nunca hemos sido capaces de establecer un patrón.

—Ya me las apañaré yo —espetó Pritkin, hurgando entre el abrigo que me acababa de quitar en busca de munición. Finalmente, pescó tres cajas grandes. No le pregunté para qué se pensaba que le iban a hacer falta tantas balas. No quería saberlo.

Se había cambiado el abrigo de piel por una capa oscura con capucha que había sacado de la mochila de Mac y, después de breves esfuerzos, se las apañó

para que el golem aceptase ponerse su abrigo. No es que fuese un gran disfraz, teniendo en cuenta que el golem seguía siendo calvo y de color naranja, media más de dos metros e iba descalzo, pero no había otra alternativa.

—¿No debería quedarse aquí? —pregunté con dudas.

Pritkin no me contestó, pero Marlowe sonrió ligeramente.

—Si el mago no lleva un regalo, no conseguiré que le den audiencia. Es el protocolo de los duendes.

—¿Un regalo? —Tardé unos segundos en situarme—. Quieres decir... pero, ¿eso es lo mismo que la esclavitud!

—En realidad no está vivo, Cassie —protestó Mac.

Me quedé mirando al ser infantil que pestañeaba lentamente sin apartar la vista de Pritkin mientras se abotonaba el abrigo largo. Parecía que los botones le parecían fascinantes, así que no dejaba de pulsarlos una y otra vez con un dedo que, a excepción de por su color naranja, me resultaba bastante humano.

—Pues a mí sí me parece que está vivo —repeuse.

—Lo voy a recuperar después... ¡es solo para que me dejen entrar! —dijo Pritkin, enfadado—. ¿O es que prefieres que les ofrezca a tu siervo en su lugar?

Billy me lanzó una mirada de pánico y suspiré.

—Pues claro que no.

—Entonces abstente de darme consejos sobre asuntos que no comprendes — me regañó con brusquedad, antes de que el trío desapareciese entre el follaje.

Durante las horas siguientes, una serie de cosas se aliaron para conspirar contra los pocos nervios que me quedaban en su sitio. Una de las más molestas fueron las raíces ambulantes que me seguían a todas partes como si fueran mascotas miopes. Me dolían hasta los huesos. ¿No me iban a dejar sentarme ni cinco minutos? Coño, no. Tenía que jugar al pilla-pilla con la flora local mientras la fauna me observaba.

Un poco después de que Pritkin se marchase, parecía que todos los pájaros del bosque (águilas pescadoras, águilas reales, búhos y hasta algún que otro buitre) se habían dado cita en los árboles que nos rodeaban, junto con algunos mamíferos. No hacían ningún ruido, excepción hecha del aleteo de los que habían llegado primero al apartarse para hacer sitio a los nuevos. Unos pocos minutos después, el peso de todos ellos empezó a combiar algunas de las ramas más pequeñas sobre las que estaban posados, pero ninguna se rompió. Tenían un aspecto inquietante, como si fueran espectadores a la espera de algo que les entretuviese. Como no estábamos haciendo nada interesante, supuse que el espectáculo daría comienzo más tarde, lo cual tampoco me sirvió para que me sintiera de mejor humor.

Tampoco ayudó la tensión de verme incapaz de hacer algo por Tomas, que seguía tendido e inmóvil sobre su manta. Ya no era que no pudiera ayudarle a que se curase más rápido (si es que era eso lo que estaba haciendo), es que

tampoco me podía acercar a él porque tenía miedo de que mis admiradores cubiertos de corteza de árbol me siguieran. Si absorbían el sudor, ¿quién sabe qué más cosas podrían comerse?

El factor más irritante de todos, no obstante, era el renovado interés que Marlowe mostró de pronto por entablar una conversación. Esperó hasta que Pritkin estuviese lo suficientemente lejos como para no poder oírnos y entonces se giró hacia mí, sonriendo alegremente.

—Charlemos, Cassie. Estoy seguro de que puedo hacer desaparecer tus miedos.

Pegué un salto a la pata coja por encima de una raíz que estaba intentando enredarse alrededor de mi tobillo.

—¿Por qué será que lo dudo?

—Porque nunca has tenido la oportunidad de escuchar nuestra versión de la historia —respondió él, lanzándome una sonrisa cálida de comprensión que inmediatamente me puso la carne de gallina—. Habríamos tenido esta conversación antes, pero cuando regresaste de tu misión con Mircea no nos diste la oportunidad.

—Tiendo a no entablar conversaciones con gente que amenaza con matarme. Marlowe pareció sorprendido.

—No tengo ni la menor idea de a qué te puedes estar refiriendo. Es bien cierto que no quiero verte muerta, como tampoco lo desea nadie del Senado. De hecho, más bien al contrario.

—¿Eso mismo le contaste a Agnes?

Las cejas de Marlowe se juntaron formando un pequeño frunce en el ceño.

—No estoy seguro de entenderte.

Me saqué el pequeño colgante que me había dado Pritkin. Nunca me pidió que se lo devolviese, así que me lo metí en un bolsillo. Ahora se lo puse a Marlowe delante de los ojos como si fuera un péndulo.

—¿Reconoces esto?

Marlowe lo cogió y le echó un vistazo.

—Por supuesto.

Me quedé mirándole. No sería ninguna sorpresa que hubiese sido Marlowe quien hubiese planeado el asesinato (pegaba bastante con su reputación), pero no me esperaba que lo admitiese tan abiertamente. ¿Acaso se pensaba que le estaría agradecida por haberse cargado a Agnes y por haberme despejado el camino a la sucesión?

—Es un medallón de san Sebastián. —Lo cogió de entre mis débiles dedos. Mac se había acercado a nosotros, pero no decía nada. Quizá también pensaba que estábamos a punto de escuchar una confesión. Si era así, se llevó un chasco —. No he visto uno de estos en años. También está claro que no han hecho falta para nada.

—¿Hecho falta?—interrogó Mac con una mirada que me recordó a Pritkin en su estado más suspicaz.

—La plaga, mago —repuso Marlowe con impaciencia—. Sebastián era el santo al que se le creía capaz de prevenir la enfermedad. Estos medallones eran todavía bastante populares en el viejo continente en mi época, durante la Peste Negra.

Me incliné para verlo más de cerca.

—¿Entonces esto qué es, un colgante que da buena suerte?

Marlowe sonrió.

—Algo así. La gente quería creer que hacía algo para protegerse a sí mismos y a sus familias.

—Ironías de la vida —murmuré. Mac asintió, pero Marlowe parecía confundido—. Esto lo usaron recientemente para matar a alguien —le expliqué.

Marlowe levantó las cejas. Era el primer gesto que le veía que no parecía artificial.

—¿La pitia ha sido asesinada?

Mac farfulló una de las palabrotas de Pritkin.

—¿Y cómo puedes saberlo si no has sido tú quien lo ha hecho? —preguntó acaloradamente.

Marlowe se encogió de hombros.

—¿De quién si no íbamos a estar hablando?

Marlowe le dio la vuelta al medallón entre sus manos y frunció el ceño.

—Alguien le ha hecho un corte y lo ha abierto.

—Fuimos nosotros —explicó Mac, quitándose de las manos—. ¡Tenía arsénico en su interior! —Esto último lo dijo como si esperase dejar al vampiro asombrado, pero lo cierto es que Marlowe no pareció quedarse demasiado desconcertado.

—Claro, por supuesto que sí. —Al ver mi expresión, fue algo más prolijo—. Droga en polvo, arsénico... a menudo se introducían todas estas sustancias en los medallones antes de soldarlos. Se creía que prevendrían la enfermedad y suponían un valor añadido para el medallón; y para su precio, por supuesto.

—¿Quieres decir que se suponía que debía haber veneno ahí dentro? —Volvió la vista hacia Mac—. ¿Estás seguro de que la asesinaron?

—Cassie... —Su voz parecía querer avisarme de algo. Obviamente no quería discutir esto delante de Marlowe, pero yo no veía qué había de malo en ello. Si Marlowe había urdido el plan que condujo a la muerte de la pitia, y a sabida de qué iba todo aquello; si no, quizá podría ilustrarnos con alguna pista.

—Encontraron un medallón como este junto al cuerpo de la pitia —le expliqué a Marlowe—. ¿Pudieron usarlo de alguna manera para hacer que muriera?

Marlowe parecía pensativo.

—Cualquier cosa que entre en contacto con la piel puede suponer un peligro. La reina Isabel casi muere asesinada por el roce con un veneno que había en la perilla de su silla de montar. Y una vez yo maté a un católico impregnando las cuentas de su rosario en una solución que contenía arsénico —añadió despreocupadamente.

Marlowe me estaba dando asco, pero al menos parecía que había dado con el tipo adecuado.

—¿Y ese tipo de métodos tardaría mucho tiempo en matar a alguien?

—Una hora o así.

—No, pongamos seis meses.

Marlowe meneó la cabeza.

—Ni siquiera dando por supuesto que alguien hubiese metido su collar en una solución débil y que la pitia tuviese la costumbre de manosear el medallón, habría funcionado. El arsénico provoca enrojecimiento e hinchazón en la piel y con el paso del tiempo la pitia se habría dado cuenta. Por eso el envenenamiento gradual normalmente se hace a través de la comida. No tiene sabor ni olor y, en pequeñas dosis, sus síntomas son similares a los de una intoxicación alimenticia.

—A ella le preparaban una comida especial y siempre era examinada cuidadosamente antes de que la ingiriese —apuntó Mac—. Y lady Femonoe era extremadamente... cuidadosa con los venenos. Se podría decir incluso que era, bueno, no paranoica exactamente, pero...

—No es eso lo que yo he oído —irrumpió Marlowe alegremente. Según parecía, le gustaba el palique—. Se decía que se había vuelto extremadamente supersticiosa con la edad y que había estado comprando todo tipo de remedios de eficacia cuestionable. Un cuchillo del que se decía que se volvería verde si atravesaba comida que podía resultar tóxica, un antiguo vaso veneciano que se suponía que explotaría si lo llenaban con algún líquido venenoso, un cáliz con bezoar en el fondo...

—Quizá vio algo —apunté yo.

Agnes también había sido vidente, y muy poderosa. Me entraron escalofríos. ¡Qué horrible debía ser ver tu propia muerte y no ser capaz de hacer nada!

—Quizá —Marlowe volvía a sonreírme y no me gustaba—. Pero si es así, parece que le hizo poco bien. Lo cual más bien viene a probar lo que yo digo. Los magos no pueden hacer que estés más a salvo de lo que hicieron con tu predecesora. Nosotros seremos mucho más eficaces, te lo aseguro.

Mac le lanzó al vampiro una mirada poco amistosa.

—No le hagas caso, Cassie. Si no quieres hablar, no lo hagas. No puede obligarte estando yo delante.

—Tampoco estaría tan seguro de eso, mago. Conozco tu reputación, pero tu magia es inútil ahora mismo, mientras que mi fuerza permanece intacta. No es que ande pensando en obligar a Cassandra a hacer nada en contra de su voluntad.

Simplemente creo que debe saber quién es el aliado que se acaba de encontrar y qué es lo que quiere.

—No te metas en nuestros asuntos —bufó Mac con voz siniestra.

—Ah, pero no son sólo tuyos, ¿verdad? —preguntó Marlowe—. Cassandra tiene derecho a saber con quién se está juntando —musitó, girándose hacia mí con aire inocente—. ¿O tú ya sabes que Pritkin es el jefe de los matones del Círculo?

Mac se atragantó con el contenido de la petaca de la que había estado bebiendo sorbos y después no hizo sino confirmar lo que había escuchado.

—¡Eso no es así ni aquí ni allí! —gritó ahogadamente mientras recuperaba la respiración.

Marlowe ni siquiera le miró, sus ojos estaban clavados en mí.

—¿Sobreentendiendo que esto es algo nuevo para ti? —preguntó.

—Cuéntame más.

—Cassie, no puedes creerte nada de lo que te diga ninguno de ellos. Es todo una basura... —volvió a empezar Mac, pero le corté de inmediato.

—Estoy demasiado cansada como para ponerme a debatir esto, Mac— musité con un hastío en la voz totalmente auténtico.

Lo único que quería era encontrar un trozo de musgo suave que no estuviese muy húmedo y que no tuviera partes de árbol que se movieran, y dormir como unas doce horas. Estaba física y mentalmente cerca del agotamiento y mi estado emocional tampoco estaba muy allá. Pero Marlowe tenía razón: esto tenía que saberlo. Ya decidiría luego si era cierto o no.

No hizo falta que se lo dijera dos veces.

—Nos preguntábamos por qué se le había asignado a un cazador de demonios el papel de enlace del Círculo con nosotros. Hay montones de expertos en vampiros disponibles y la mayoría son mucho más... diplomáticos... que John Pritkin. El momento de la elección también fue algo sospechoso, porque el Círculo quitó de en medio a su antiguo enlace y puso a Pritkin en su lugar tan solo horas antes de que tú aparecieras en escena.

Era como si se hubieran enterado de que ibas a venir y quisieran que él estuviese presente.

—Esperaban que me confundiera con un demonio y me matase —apunté.

Aquello no era nada nuevo, Mircea ya había llegado a esa conclusión antes. Y el ardid casi les funciona. Pritkin no sabía mucho de vampiros, pero era un experto en demonios. Y algunos de mis poderes, especialmente el de la posesión, le hicieron sospechar, y mucho.

—Ya he escuchado antes esa teoría, pero me parece raro que el Círculo simplemente diese por supuesto que ibas a hacer algo que alarmaría lo suficiente

a Pritkin como para que al final acabase atacándote. Si las cosas hubieran ido del modo que planeamos, o sea, si tú no te hubieras escapado y Tomas no nos hubiera traicionado, habría acabado siendo una velada tranquila. —Al escuchar su evaluación de mi primer encuentro con el Senado me moví nerviosamente, porque había sido de todo menos tranquilo desde el principio, pero no le interrumpí—. Me dio la impresión de que había más cosas detrás de la historia —continuó—, así que abrí una investigación discretamente.

—Tú no sabes nada —rugió Mac con vehemencia.

Marlowe levantó una ceja y le lanzó la misma mirada que le habría dedicado un rey a un campesino que le hubiese metido barro en el suelo de su castillo.

—Todo lo contrario, sé un montón. Por ejemplo, sé que Pritkin tiene al menos mil asesinatos a sus espaldas y probablemente sean más. Sé que es el hombre al que el Círculo se encomienda cuando quieren asegurarse por completo de que alguien acaba bien muerto. Sé que tiene fama de usar tácticas poco ortodoxas para abatir a sus presas —continuó, arqueando las cejas sin dejar de mirarme—, como dejar que una marca le ayude a localizar otra...

Mac profirió un impropio.

—No le escuches, Cassie. —Se detuvo para retirar una raíz que había estado intentando enredarse alrededor de mi tobillo. Al final la raíz se replegó sigilosamente y volvió a adentrarse en el bosque, pero no me cabía duda de que acabaría volviendo. Sentí unas grandes ansias de tener un hacha—. Es posible que no nos conozcas, pero a los vampiros sí que los conoces. Mienten más que hablan. John es un buen hombre.

Marlowe soltó una risotada despectiva.

—¡Eso díselo a sus víctimas!

Marlowe me miró como queriendo calibrar mi reacción ante sus noticias, pero yo tenía ese aspecto pálido de quien ha recibido muchas presiones en muy poco tiempo. No podía andarme preocupando demasiado de que Pritkin quisiera verme muerta. No es que fuese exactamente algo nuevo, llevaba un tiempo contando con esa posibilidad.

Empecé a rebuscar entre la mochila de Mac para ver si encontraba unos calcetines secos. Tenía un par de ellos en mi petate, pero Mac no debió tener a bien meterlos. Que te llesves cerveza, armas y como una tonelada de munición, pero nada de ropa limpia, te permite hacerte una idea de la clase de gente chungu con la que te estás moviendo.

Marlowe parecía un poco decepcionado porque su bombazo no estuviese provocando el alboroto que se esperaba, pero continuó de todas formas.

—¡Te has confiado a los cuidados de Pritkin, pero virtualmente no sabes nada sobre él! Es obvio que el Círculo lo ha enviado para matarte.

—¡Éste es un ejemplo perfecto de lo que hacen los vampiros, Cassie! —vociferó Mac—. ¡Encadenan una serie de medias verdades que les hacen quedar

a ellos como angelitos y al resto nos cubre de mierda!

—Necesita que le ayudes a encontrar a la otra bruja —me confesó Marlowe con gran seriedad—. Pero, en cuanto la tenga, estás muerta. A no ser que nos dejes que te ayudemos. El Senado tan solo quiere...

—¡... controlar cada uno de tus movimientos! —irrumpió Mac—. Cassie, te lo juro, John se quedó destrozado cuando se enteró de las intenciones del Círculo. ¡El poder los ha vuelto locos! Incluso si consiguen lo que quieren y tanto tú como Myra acabáis muertas, no pueden estar seguros de que la iniciada que han escogido ellos se vaya a acabar convirtiéndose en pitia. Hay cientos, quizá miles, de clarividentes desconocidas y sin preparación por todo el mundo. ¿Y si el poder se dirige a una de ellas? ¿Y si el Círculo Negro la encuentra primero?

Sonreí levemente.

—Más vale lo malo conocido, ¿no?

Mac parecía en cierto modo horrorizado por lo que había dado a entender, pero si tenía tendencia a creerle era precisamente porque no me había soltado un discurso entusiasta para loar mis cualidades.

Me quedé mirando a Marlowe.

—En eso tiene razón Mac. A Pritkin también le declararon al margen de la ley por protegerme y casi acaba muerto por el camino. Parece un tanto extremo para alguien que sólo quiere tenderme una trampa.

—Pritkin es conocido por emplear estas tácticas —repuso Marlowe, sacudiéndose la crítica de encima. Me miraba intensamente, con los ojos prácticamente irradiando sinceridad—. Cassie, no tenemos deseo alguno de manipularte. Nuestro objetivo es ofrecerte una alternativa a la sumisión a los magos. Ese ha sido el destino de las pitias durante generaciones, pero no tiene por qué ser el tuyo. Podemos...

Alcé la mano, tanto porque no quería escucharlo como porque no quería que Mac, cuyo rostro se había enrojecido peligrosamente, se irritase todavía más.

—Ahórratelo, Marlowe. Yo ya sé la verdad. Y no tengo la intención de acabar siendo dominada por nadie.

—Sabes lo que te han contado —replicó apresuradamente—. Y te van a hacer falta aliados, Cassie. Ningún gran líder ha gobernado totalmente por su cuenta. Isabel ha pasado a la historia como una reina magnífica, y así fue, pero una de sus mayores habilidades era saber escoger a gente capacitada para que la aconsejase. Si fue grande fue en parte porque quienes la rodeaban eran grandes. No puedes permanecer aislada. No serás capaz de trabajar así. A largo plazo...

—Ahora mismo no me interesa el largo plazo, Marlowe. —La verdad es que bastante tenía con ir apañándome con el día a día.

—Comprenderás a su tiempo que necesitas aliados y el Senado estará ahí. Al contrario que los magos, queremos trabajar contigo, no controlar todas y cada una de tus decisiones.

—Ajá. ¿Y fue por eso por lo que Mircea me puso el *dúthracht*?

Había un montón de cosas que no tenía claras, pero esa era de una claridad meridiana. El *geis* no estaba ahí para espiar nada, se usaba para controlar. Por la mirada de Marlowe, supe que él también lo sabía.

—Encontraremos una manera de romperlo —prometió—. Y, mientras tanto, el Senado te ofrece su protección.

Miré hacia arriba y escuché que Mac soltaba un bufido.

—*Seh* —replicó desdeñosamente—, tan solo hay que sustituir «prisión» por «protección» y...

—Quizá desees tener en cuenta —insistió Marlowe con dulzura— que a pesar del error de criterio de lord Mircea, en el pasado el Senado sí que te ha protegido. Por el contrario, los hechos solo conducen a una conclusión posible: que los magos quieran ver a su candidata en el trono de la pitia y no se detendrán ante nada hasta conseguirlo, aunque para ello tengan que matarte.

—¡Otra mentira más! —vociferó Mac incorporándose violentamente.

Parecía estar lo suficientemente enfadado como para irse directo a por el cuello de Marlowe, pero no tuvo la oportunidad. En ese momento escuché un crujido y, en un abrir y cerrar de ojos, las raíces que me habían estado dando la coña durante todo el día se enrollaron alrededor de Mac. Intentó decir algo, pero no lo pillé. En cuestión de segundos no se veía más que sus ojos enfurecidos en medio de un rollo de raíces con forma de cuerdas, algunas de las cuales eran tan grandes como mi brazo. Parecía que resistirse era inútil, pero él seguía intentándolo de todos modos.

Marlowe estaba metido en el mismo lío, pero se quedó sentado sin moverse, sin intentar resistirse. Me di cuenta de que, aunque Marlowe era el más fuerte de los dos, sus ataduras le apretaban menos que a Mac y las raíces sólo le llegaban hasta el pecho. Tal vez cuanto menos te resistieses, menos fuerte te sujetaban. Seguí su ejemplo, con la esperanza de siguiesen ignorándome. Entonces me di cuenta de que no era ese el único problema que teníamos.

—No somos espías —dijo Marlowe en voz alta, aparentemente al aire.

—Habéis entrado en nuestro territorio sin permiso —se oyó como respuesta—; así pues, seréis lo que nosotros digamos que sois.

—¿Quiénes sois? —preguntó una voz imperiosa.

Una criatura que parecía una muñeca salió volando desde detrás de donde estaba Marlowe y se me quedó levitando delante de la cara. Medía unos sesenta centímetros y tenía una mata de pelo rojo encendido, unas alas de color verde brillante con una envergadura enorme. Tardé un momento en ubicarla: era el duendecillo que había visto hacía una semana en el Dante. Por aquel entonces solo medía unos veinte centímetros, pero estaba segura de no equivocarme. Fue el primer duende que vi en mi vida, así que como que la imagen se me quedó grabada.

—¡No le digas tu nombre! —musitó Marlowe precipitadamente.

El duendecillo le frunció el ceño y una raíz grande con un nudo en el medio le tapó la boca al vampiro. Está bien que los vampiros no tengan que respirar, porque después de esa raíz vinieron más y se le entretejieron alrededor de la cara tan espesamente que apenas dejaban entrever un mechón de rizos castaños. Le habían amordazado de una manera tan efectiva que, según parecía, no iba a poder contar ya con más ayudas externas.

—Soy la pitia —declaré, considerando que esgrimir un título podría ser mejor que revelar mi nombre. Hasta donde yo sabía, no se podían invocar los títulos para realizar encantamientos—. Nos conocimos en el Dante, si te...

—Me darán una buena recompensa por esto —me interrumpió, ignorando mi intento por sacar provecho de nuestro breve encuentro—. ¡Apresadles!

Una bandada festiva de cosas peludas brotó entonces de los árboles blandiendo garrotes y escudos enfundados en cuero. No sé por qué se molestaban siquiera en usar armas, porque las andanadas hediondas que desprendían eran ya suficiente para dejar fuera de combate a cualquiera.

Entonces una pareja de entes de apariencia muy extraña llegaron hasta donde estaba yo. Parecía como si un par de árboles horripilantes hubieran conseguido desarraigarse por sus propios medios y hubieran decidido salir a dar una vuelta. El que estaba más cerca de mí tenía una forma más o menos humana, si los humanos midieran normalmente un metro veinte y tuvieran una anchura cuanto menos similar. Sin embargo, tenía el pelo del color del líquen de las raíces, un rojo brillante y encendido que seguía siéndolo a pesar de la suciedad que lo cubría, y los ojos tenían el mismo color amarillo estiércol de sus dientes. La piel la tenía tan huesuda y picada como la corteza vieja de los árboles y el color encajaba perfectamente con el del suelo arcilloso del bosque. La única prenda que llevaba encima era una capa de hojas de roble que le cubría los riñones, que a su vez quedaba casi oculta por los pliegues de su enorme barriga.

Su compañero era unos treinta centímetros más alto, pero no era ni mucho menos tan grueso. El pelo gris y sucio le caía hasta las rodillas, y tenía el aspecto y la consistencia del musgo negro. Los músculos fibrosos le sobresalían de unos brazos que de puro largo resultaban imposibles y que estaban cubiertos por una piel de un color gris verdoso. Su cuerpo se parecía más al de un tronco rocoso que al de un ser vivo, con protuberancias que se extendían por todas partes como si fueran ramas atrofiadas. En vez de ropa estaba cubierto por largas hileras de sucio musgo gris y parecía que de la piel le brotaba directamente algún que otro helecho.

Me tapé la nariz con una mano y deseé que, por un momento, yo tampoco tuviera la necesidad de respirar.

—¿Qué son estas cosas?

—Duendes oscuros —logró decir Marlowe—. Gigantes y hombres roble.

Las raíces se habían retirado con la misma rapidez con la que habían venido, liberándole hasta los hombros. Me di cuenta de por qué al ver que un gigante de tres metros dio un paso adelante y le golpeó en la cabeza con un garrote del tamaño de un árbol pequeño. Marlowe suspiró.

—Siempre la cabeza —murmuró, después entornó los ojos y se desmayó.

Me eché hacia atrás, con las manos en alto para mostrar que era de todo punto inofensiva. Por desgracia, ciertamente lo era. La mochila en la que tenía mi pistola estaba demasiado lejos como para que pudiese llegar hasta ella y no tenía más armas. El ente más bajo se rio y dijo algo en un lenguaje gutural que no pude entender. A juzgar por su expresión, menos mal que no lo entendí. Retrocedí unos pasos a medida que se acercaban, tratando de no quitarles un ojo de encima a ellos, pero tampoco a la hilera de raíces que había desperdigadas por el suelo. No sirvió de nada, porque acabé cayéndome al suelo y quedándome repanchingada entre las hojas esparcidas por allí. En cuanto mi cuerpo entró en contacto con el suelo, las raíces me envolvieron las muñecas y me inmovilizaron. Un instante después, el ente más alto estaba encima de mí y su respiración chocaba contra mi rostro como un montón de abono podrido.

—¡Cassie!

Era la voz de Mac y, al mirar hacia arriba, llegué a tiempo para ver cómo se deslizaba entre la parte más débil del montón de raíces y se lanzaba a la carrera a por mí. Todo pareció ralentizarse, igual que cuando ves que va a ocurrir algo pero no puedes detenerlo. Las raíces se lanzaron a por él y, antes de que pudiera coger aire para poder gritar, una de ellas ya le había enganchado como si fuera un arpón viviente. No pude hacer más que quedarme allí y observar cómo se retorció de dolor, mientras una extremidad de madera tan afilada como un cuchillo le brotaba de entre la carne del muslo. Mac notó que le flaqueaban las fuerzas y finalmente cayó a plomo sobre sus rodillas mientras, por fin, yo sacaba fuerzas para gritar.

Noté unos dedos ásperos sobre mis piernas; poco después encontraron el botón de mis pantalones cortos y bajaron la cremallera tratando de quitármelos precipitadamente. Apenas me di cuenta de nada, observando como estaba a Mac retorciéndose de dolor en el suelo mientras intentaba sacarse el trozo de madera que le había perforado el muslo. Mac consiguió quitarse el pico afilado con sus manos firmes, ignorando la masiva cantidad de sangre que le empapaba la ropa; pero, inmediatamente, otra raíz le rodeó por el cuello y empezó a estrangularle.

—¡No! Dejadlo en paz... ¡Lo vais a matar!

O las raíces no me entendieron o les dio igual lo que les decía. La criatura que tenía encima tiró de la tela de mis pantalones, dejando al desnudo la parte superior de mis muslos, y después con un rápido movimiento me los dejó a la altura de las rodillas. Le pegué una patada, pero era como golpear contra la madera en vez de contra alguien de carne y hueso, así que no creo que lo notase

siquiera. Miré a mi alrededor desesperadamente en busca de ayuda, pero a Tomas le estaban metiendo su cuerpo inerte en un saco enorme sin muchos miramientos. Y, aunque Marlowe había recuperado la consciencia, estaba sujeto por tres gigantes mientras otro intentaba colocarle un saco en la cabeza.

Mac se las había apañado para aflojarse la raíz y, con una mano, hacía esfuerzos para soltársela del cuello. Con la otra mano se sujetaba la brutal herida de la pierna, que ya había empezado a empapar el suelo que había debajo, como si el arpón le hubiese cogido una arteria. Al menos, el resto de las raíces se habían echado atrás. Parecía que, si no se resistía, no despertaba su interés. Lo único que deseaba en ese momento es que se quedase en el suelo y que se hiciese el muerto antes de que lo estuviera de verdad.

En pleno subidón de adrenalina me di cuenta de que estaba completamente sola y que ninguna de mis defensas habituales funcionaría en ese lugar. Mi brazailete no era más que un objeto decorativo y mi protección estaba inutilizada. *Sheba* había desaparecido después de atacar a la Cónsul y el *geis* estaba inactivo. O bien su poder no funcionaba en el Reino de la Fantasía, o estas criaturas le eran demasiado extrañas para que las reconociese como amenazas. Mi amuleto podría haber ayudado, pero estaba atrapado bajo mi camisa y no podía llegar hasta él teniendo los brazos apresados por encima de la cabeza.

Aquella criatura huesuda acabó de bajarme los pantalones y los lanzó por los aires mientras el gordo empezaba a manosearme la camiseta. El tejido de la prenda que me quedaba era ajustado y de un punto resistente, y sus torpes dedos no parecían ser capaces de quitármela del todo. Se detuvo un instante para lamerme la cara como si estuviera degustando mi sabor y una hilera de saliva cayó desde su boca hasta mi mejilla. Lentamente, me fue bajando por el cuello, fría y viscosa, con una forma completamente distinta a como se supone que son los fluidos corporales. Intenté gritar, pero lo único que conseguí fue llenarme la boca de pelo sucio y repugnante en lugar de aire.

Me quedé sin poder ver momentáneamente lo que estaba pasando porque estaba atrapada bajo la asfixiante mata de pelo de su cabeza, pero sí sentí el roce de la tela y, para mi sorpresa, de repente empecé a notar que el aire empezaba a correr por mi piel en cuanto me arrancaron la ropa interior. Traté de moverme, sin preocuparme en ese momento por las consecuencias; pero, aunque sí pude notar un lento y pesado empuje por parte de mi poder, no fue suficiente. No podía tenerme en pie, me sentía como si el único salvavidas que flotaba delante de mis ojos estuviese totalmente fuera de mi alcance.

Giré la cabeza hacia el camino todo lo que pude, en un intento desesperado por tomar algo de aire, y entonces lo vi. Todavía quedaba un arma cerca de mí, si bien no estaba lo que se dice a mi alcance. La runa se me debía de haber caído de los pantalones cuando los arrojaron entre los arbustos y era tan pequeña que nadie había reparado en ella. Allí yacía, tentadora cerca de mi cabeza, una

pálida astilla de hueso medio enterrada entre las hojas húmedas. No obstante, a pesar de encontrarse solo a centímetros de donde yo estaba, no tenía forma de poder agarrarla.

Mientras me devanaba los sesos tratando de encontrar la manera de atravesar esos escasos centímetros, dos raíces esbeltas pero fuertes se me enrollaron en los tobillos y empezaron a subir por mi cuerpo. Cuando me llegaron a las rodillas, empezaron a tirar de mí hacia fuera. Aquellas cadenas vivientes se enroscaban hasta mis muslos y me mordían la piel al abrirme las piernas tan brutalmente que, por un momento, pensé que querían partirme en dos. Al final se detuvieron cuando llegaron al punto en el que mis caderas no daban más de sí. Traté de resistirme, pero ningún movimiento que hiciese iba a provocar el más mínimo cambio, y el hecho de que el pánico me invadiese cada vez más hacía que me resultase casi imposible pararme a pensar. Entonces, un palo cubierto por algunas hojas de un color verde brillante surcó el aire desde lo alto y acabó aterrizando sobre mi rostro, una caricia susurrada, mientras los entes que estaban sobre mí empezaban a forcejear para decidir quién sería el primero en violarme.

El forcejeo duró poco. El ente huesudo levantó a su acompañante y lo estampó contra un árbol y las ramas de este acabaron atrapándolo dándole un abrazo de madera, como si fuera una jaula. Acto seguido se dio la vuelta y cayó sobre mí. Dos manos ásperas y nudosas me agarraron por los hombros hasta que me dolió y, al mirar hacia arriba, me encontré con unos ojos de un color gris mate que no tenían nada de humano en su interior. Se movió nerviosamente por mi cuerpo, con su piel áspera e irregular arañándome la mía por todas partes, excepto allí donde me tapaba la camiseta.

Ignoré el dolor que me provocaban sus movimientos y agarré el palo, mi única arma, con la boca. Mis ojos se centraron exclusivamente en la correa enganchada con la parte superior de la pastilla de hueso, a pesar del hecho de que era marrón y apenas destacaba entre las hojas desperdigadas por el suelo. Sabía que era muy posible que no fuese a tener más que una oportunidad, así que tenía que concentrarme. Conseguí meter el extremo del palito a través de la pequeña curvatura de la correa y empecé a intentar acercarlo. Tal vez fuese suficiente con que consiguiese que entrara en contacto con mi piel o incluso con mi aura. Entonces escuché un chapoteo, mientras algo sucio y húmedo me daba pinchazos contra la barriga. Me quedé de piedra.

Era como algo viejo que hubieran dejado pudrirse bajo tierra durante mucho tiempo, esponjoso, húmedo e hinchado. Se movía pesadamente y me rozaba una y otra vez el bajo vientre. En ese momento no divisaba nada más que el hombro de mi atacante y un poco del camino, pero mi cerebro evocó imágenes de una enorme larva blanca o de una babosa del tamaño de un puño. Cuando su fría humedad se deslizó ávidamente entre mis piernas, juro que se me paró el corazón.

El miedo me había paralizado hasta tal punto que me quedé inmóvil mientras aquella cosa inhumana se hinchaba contra mí, como una fruta podrida a punto de explotar. Sentirla fría y empapada me ponía la carne de gallina por todo el cuerpo mientras me succionaba todo el calor y me paralizaba como si me hubiesen frotado con un carámbano en ciertas partes sensibles de mi anatomía. En medio de la repulsión y los escalofríos que me producía aquel ser, comprendí que aquella cosa horrible y gelatinosa cambiaba de forma intentando dar con una que fuese compatible con mi cuerpo. Sin embargo, la que eligió no guardaba parecido alguno con lo que se entiende por virilidad humana. De repente se hizo más firme y grande, transformando su consistencia viscosa en una forma rígida y gorda tan inflexible como una estaca de madera. Si aquella cosa me ensartaba, sabía que no iba a sobrevivir, que se comería todo mi calor y en su lugar pondría su fría humedad. Entonces alguna parte de mi cerebro se acordó del hombre verde: los antiguos pueblos celtas sacrificaron a uno de los suyos para ofrecérselo a la tierra, para que pudiera crecer rica y fértil a partir de su carne. Lo único que en este caso parecía que este bosque prefería a una mujer verde.

Cuando la caricatura de órgano empezó a empujar, una acción tan masculina aquella, tan humana, mi parálisis se quebró. Grité y meneé la cabeza negándome a aceptar lo que me estaba pasando. No sucedió a propósito, de hecho casi me había olvidado de lo que estaba haciendo, pero aquel gesto de resistencia provocó que algo pequeño y duro acabase aterrizándome sobre la mejilla. Con los ojos todavía bizcos lo identifiqué como la pastilla de la runa y se me volvió a acelerar el corazón. No estaba segura de cómo utilizarla para lanzar hechizos, ni muy convencida de que fuese a funcionar bien. Con todo, grité el nombre en mi interior, porque parecía que la boca no me funcionaba.

No sé si fue el procedimiento adecuado, pero hizo su trabajo. Más o menos. Sin previo aviso, me encontré a mí misma retrocediendo atrás en el tiempo; si bien, más que veinte minutos, fueron tal vez unos dos. Los hombres roble venían hacia mí y Mac llegaba dando saltos para interceptarlos, tan concentrado en salvarme que no veía cómo las raíces se iban afilando hasta convertirse en puntas de lanza y se le estaban acercando. Esta vez no lo dudé, solté un grito de aviso y me abalancé por el camino hacia la mochila que Mac acababa de dejar en el suelo.

Ahora que podía respirar libremente de nuevo, estaba sollozando y las manos me temblaban tanto que no estaba segura de ser capaz de abrir la mochila. La criatura más baja me alcanzó cuando solo había desabrochado una hebilla. Me cogió por la parte de delante de la camisa y empezó a tirar, y esta vez debió tener los pies mejor aferrados al suelo, porque la camiseta sí se desgarró. Mi amuleto quedó a la vista, en pugna con el colgante de Billy por un espacio entre mis pechos. En ese momento, mi atacante dejó escapar un chillido y saltó hacia atrás. Se sujetó la mano con la que había rozado el colgante como si se la

hubieran quemado y, de pronto, le apareció una marca negra en la piel con forma de cruz de serbal. Metí la mano en la mochila medio abierta y finalmente conseguí agarrar la pistola.

No soy la mejor tiradora del mundo. De hecho, soy pésima. Pero ni siquiera alguien como yo falla el tiro cuando tiene su objetivo a menos de un metro. Ni me molesté en apuntar, me limité a vaciar el cargador contra la corteza que el hombre roble tenía por piel, y lo cierto es que la astilló como si fuera madera de verdad. El más alto pegó un chillido y se largó corriendo, mientras su compañero el gordo se acurrucó en el suelo, con las manos sobre la cabeza musgosa. Era obvio que las balas de hierro les causaban dolor; pero, a pesar de que desprendían una sustancia melosa por las heridas, todos seguían estando vivitos y coleando cuando terminé. Me quedé mirándoles incrédula. ¿Qué haría falta para detener a una de esas cosas?

El abrigo que me había dado Pritkin estaba por allí cerca, justo en el sitio en el que lo había dejado, junto a la mochila, cuando nos detuvimos a descansar. Sin embargo, no tenía tiempo para buscar las balas adecuadas. El más bajo de los dos se dio cuenta de que había dejado de disparar y me agarró. Le pasé el colgante de serbal por la frente y se lo apreté contra la piel lo más fuerte que pude. La carne que había a su alrededor se volvió inmediatamente negra y empezó a echar humo, desprendiendo un olor exactamente igual al de una fogata encendida.

Acto seguido se apartó de mí sujetándose la cabeza y gritando. No sé si le quedaban ganas de intentarlo otra vez, porque entonces apareció el duendecillo de repente y, a pesar del hecho de que estaba momentáneamente incapacitado, le abofeteó la cara con el envés de su espada. El golpe debió de ser más fuerte de lo que pareció, porque la víctima salió volando por el bosque hasta que una rama que sobresalía por allí lo frenó en seco. El golpe contra el suelo fue duro y lo dejó inconsciente o quizá algo peor. No esperé a descubrirlo, sólo tenía en la cabeza llegar hasta donde estaba Mac.

Unas manos enormes descendieron sobre mí al mismo tiempo que un grito reverberó a través del bosque. Miré hacia el camino justo a tiempo para ver que una raíz tan grande como un pequeño árbol surgía del suelo lleno de marcas que estaba a los pies de Mac. El tiempo pareció detenerse, de hecho no sentía ni los latidos de mi corazón, y de repente todo se aceleró. La raíz salió del suelo y perforó a Mac por el centro de la espalda. «No», musité, pero nadie me escuchó, a nadie le importaba. El cuerpo de Mac se quedó suspendido en el aire hasta que toda su columna quedó levitando por encima de la hierba, con los dedos hundidos en el barro compacto. A continuación la raíz le salió del torso y la sangre le empezó a manar del cuerpo a borbotones.

El duendecillo asintió una sola vez a los guardias y estos me soltaron. Salí disparada por el camino, pero Mac ya no se movía cuando llegué al sitio en el

que estaba tendido boca arriba, con la mirada vacía y sin conocimiento.

—¡Mac! —Agité suavemente su cuerpo, que no me respondía—. ¡Mac, por favor!

Su cabeza cayó hacia un lado sin oponer resistencia justo en el momento en el que una lluvia de oro impactó contra el suelo oscuro. Se me heló la sangre cuando me di cuenta de lo que había pasado. Las protecciones de Mac habían solidificado y habían caído al suelo, dejando la piel que había entre las hojas inmóviles tan rosada y sin marcas como la de un recién nacido. Con la mano temblorosa, cogí una de aquellas minúsculas formas. Se trataba del pequeño lagarto, congelado justo en el momento en el que estaba dando un salto. Junto a mi rodilla tenía una serpiente tan larga como mi brazo que ya no estaba enroscada en su sitio habitual, alrededor del cuello de Mac. Y junto a su pecho desgarrado yacía un águila del tamaño de mi mano.

Me quedé paralizada mirándolos, sabiendo perfectamente qué quería decir que sus protecciones hubieran decidido abandonarlo, pero resistiéndome a permitir que mi cerebro dibujase aquella palabra. De pronto se formó un estruendo ensordecedor entre los espectadores allí reunidos, pero ni siquiera quise mirar a quienes proferían tales chillidos. Hasta que las raíces volvieron a la carga.

Si ya antes me habían parecido muchas, recordé al instante las que hacen falta para alimentar siquiera a un árbol pequeño. De repente estaban por todas partes, descollando del bosque, surgiendo del suelo, zambulléndose entre la maleza. Algunas de ellas se detuvieron para chupar la sangre de Mac del charco que se agrandaba poco a poco y que casi había cubierto por completo el camino, pero la mayoría se lanzaron a por él como tiburones hambrientos. Aquella masa flagelante azotó mi cuerpo como si fueran un montón de fustas cubiertas de corteza de árbol, mientras la tierra que rodeaba a Mac bullía en plena actividad. Docenas de raíces se envolvieron alrededor de él, atándolo como si lo estuvieran envolviendo en un sudario. Entonces un espécimen enorme y nudoso me golpeó en el estómago, dejándome sin respiración. Al caer de rodillas, cuando volví a mirar, Mac había desaparecido. La única señal de que algo había ocurrido eran las protecciones doradas que sobresalían por aquí y por allá en medio del fango.

El duendecillo le dijo algo al gigante de leña que tenía a sus espaldas. Aquella mole podría albergar en su interior a un par de docenas de duendecillos como ella, pero el caso es que, en cuanto recibió su orden, se movió sin rechistar. La visión de aquel ente titánico aproximándose hacia mí por el camino fue la última que tuve antes de que el mundo entero se me fundiese en negro y me diese cuenta de que me habían metido en un saco. Recuerdo que me pusieron a las espaldas de alguien, pero después perdí la consciencia y la oscuridad me rodeó.

Al despertarme estaba empapada en sudores fríos, necesitaba respirar como fuese y el corazón me latía a martillazos en un costado. Mis ojos se encontraron

con una oscuridad absoluta y me sentí invadida por una sensación de pánico de esas que te dejan la boca seca. Estaba segura de que algo estaba a punto de agarrarme y que todo comenzaría de nuevo. Pero los minutos pasaban y pasaban, y no ocurría nada. Tampoco escuchaba respirar a nadie más que a mí, y vaya si me costaba hacerlo. Me dolía el pecho como si hubiera estado corriendo varios kilómetros y mi único deseo era enroscarme en mi dolor hasta que el malestar se marchase de allí, pero aquello era un lujo que no me podía permitir. Tenía que descubrir dónde me encontraba, tenía que saber qué había ocurrido.

Deduje por intuición que estaba sobre una camilla tosca en una celda de piedra, desnuda de cintura para arriba, sin más ropa que unos pantalones cortos y una manta de lana áspera para taparme. Supongo que a alguien no le había parecido que mereciera la pena rescatar mi camiseta de tirantes. Tenía la cabeza como un bombo, los ojos legañosos y estaba temblando solo de pensar en lo que había pasado. Me hice un chequeo rápido, pero aparte de los golpes, la suciedad y los temblores, parecía que estaba bien. Con todo, los moratones que me habían provocado las raíces latían a la vez que la marca de la garra del águila en mi mano, lo que me creaba la sensación de que el rápido palpitar de mi corazón me retumbaba por todo el cuerpo.

Antes que nada, tenía unas ganas locas de darme un buen baño. Me incorporé y caminé unos pasos a tientas hasta que encontré un gran cubo de agua que habían dejado junto a la puerta con una esponja, una pastilla de jabón casero y una toalla. El suelo estaba desnudo, excepción hecha de una pequeña hilera de líquido que nacía en el colchón y de la alcantarilla que había en el centro de unas piedras ligeramente resbaladizas. Me quité la manta y me froté la piel hasta que quedó enrojecida en ciertas partes y no pude oler otra cosa que no fuera el olor fuerte y penetrante del jabón.

Me eché el resto del agua por la cabeza; pero, a pesar de mis denodados esfuerzos, no me sentía limpia. Me sequé con la toalla, intentando no pensar en Mac, pero me resultaba imposible. Los duendes debían de haber recogido sus hechizos y los habían traído, porque estaban apilados al final de la camilla. Los reconocía por su forma, pero mi mano los sentía fríos y sin vida. Me preguntaba si se suponía que aquello significaría algo, si eran una especie de recordatorio de lo inútil que era nuestra mejor magia en ese sitio. Si era así, no me hacía falta que me lo recordaran.

Aún me sentía desorientada y no me podía creer del todo lo que acababa de ver. Pero la imagen se me había quedado grabada a fuego en la retina. Podía oír el último grito de Mac, sus dedos clavados contra el suelo, en busca de un arma que no tenía porque el único hechizo contra los duendes me lo había dado a mí.

Y yo lo había malgastado.

Traté de invocar de nuevo mi poder; pero, aunque lo podía sentir como una

especie de gran oleada rompiendo contra un dique, todavía no me llegaba del todo. Tal vez había una forma de compensar el efecto humedad; pero, si era así, no podía hacerme una idea de cuál sería. Ahora que los ojos me enfocaban bien, podía ver una ligera luz silueteando la puerta de la celda, tan tenuemente que desapareció en cuanto pestañeé. En términos de planear una escapada, no resultó de gran ayuda, y no había mucha más fuentes en las que inspirarse en aquella celda desnuda. Aparte de la camilla, no había ningún mueble más, y tampoco había más salidas aparte de la pesada puerta, cerrada a cal y canto, y una ventana alta con barrotes. En lugar de ponerme la ropa, me envolví con la manta y arrastré la camilla unos cuantos metros, poniendo cara de disgusto al escuchar el sonido que producía según rozaba contra las piedras. Cuando me subí encima, me di cuenta de que con mi altura no llegaba a más que el alfeizar, y al ponerme a palpar con las yemas de los dedos no descubrí más que polvo y lo que al tacto parecía ser una araña muerta. No se veían ni estrellas ni luna, pero me dio la impresión de que los barrotes eran de metal y tenían un diámetro similar al de mi muñeca.

Me volví a sentar sobre la camilla y me rodeé el cuerpo con los brazos para que no me entraran escalofríos con el aire fresco de la noche. Entre el baño y mi estudio de las posibles escapatorias había conseguido mantener la mente ocupada, pero ahora volvía a evocar el horror del bosque. Cuanto más intentaba no pensar en Mac, más se llenaba mi mente con las otras imágenes. Podía oler aquella horrible respiración sobre mi cara, ver el hambre en sus gestos y sentir aquella masa decadente retozar entre mis piernas, inspeccionándome, empujándome, invadiéndome.

A pesar de mis esfuerzos, los escalofríos no habían remitido, hasta el punto de que los dientes me empezaban a castañetear. Empléé la ira para alejar el pánico, para poder respirar hondo, para poder pensar. Estaba sola e indefensa, y odiaba aquella sensación. El miedo era un viejo compañero, familiar a su modo, pero esto no era miedo. Lo que estaba sintiendo no se podía expresar con palabras, era un frío que calaba hasta los huesos y tenía la certeza de que, aunque sobreviviese, nunca más me volvería a sentir segura.

Me tapé con la manta aún más, pero aquello no me vino muy bien. El frío que me impregnaba no venía del exterior. Sea como fuere, me puse a dar vueltas entre los límites de la celda, intentando obligarme a restablecer la circulación desde el centro de mi ser, que en esos momentos estaba congelado. Lo cierto es que, aunque no me sirvió para calentarme, sí que me despejó la mente. Ya tendría tiempo para examinar mis errores. Ya tendría tiempo para lamentarme. Ahora mismo, lo que tenía que hacer era salir de allí. Y, en cierto modo, tenía que asegurarme de que no iba a sentirme nunca, jamás, así de indefensa.

Estaba a punto de intentar acceder a mi poder una vez más cuando escuché una voz desafinada que me resultaba familiar desde algún sitio cercano. « ¡'ll

*take you home again, Kathleen, across the ocean wild and wide»* [4], canturreaba lastimosamente. Se oía tenuemente y entrecortado, pero era inconfundible.

—¡Billy! —grité casi con alivio.

El canturreo se detuvo abruptamente.

—Cassie, cariño mío. Ésta es *pa* ti. Se me ocurrió en el pub.

Hubo una vez un fantasma al que Billy llamaban,

Se metió en un buen lío y no se las apañaba.

Cierto buen día topose con muy bella dama

Pasó el tiempo y al ver que el amor ya se mascaba

Descubrió, oh, cruel designio, oh, suerte ingrata,

que lo que él creyó pito tan solo humo echaba

—¿Dónde estamos? —grité—. ¿Qué está pasando aquí?

La única contestación que recibí fue un coro cantado con entusiasmo de «*La bella de la ciudad de Belfast»* [5]. Juro que Billy me hacía desear estrangularle incluso cuando no estaba en la misma habitación que yo.

—¡Estás borracho!

—*Pos sí* —admitió—, pero consciente, que es más de lo que puedo decir de mi amigo naranja. No puede ni sujetar la bebida, el pobre diablo.

—¡Billy!

—Vale, vale, Cass. Para el carro y tu viejo amigo Billy te contará la historia. Nos cogieron los duendes oscuros. Me sacaron a rastras de un pub maravilloso y me trajeron a este agujero húmedo y frío, sin más compañía que la mía propia, a esperar a lo que al rey le apeteciese hacer.

Me recosté aliviada. Al menos no iban a decapitarnos por la mañana o algo igual de medieval. Aquello les daría a los demás algo de tiempo para encontrarnos, suponiendo que siguieran estando libres.

—¿Dónde está todo el mundo? —Esperaba que lo estuvieran haciendo mejor que yo y porque, si no, estábamos en un buen lío.

—Pritkín y Marlowe están intentando convencer al capitán de la guardia, un asqueroso duendecillo para que nos deje salir, pero no sé si están teniendo mucho éxito. —Se detuvo, después me preguntó con un tono de voz diferente—: Oye, Cass. ¿Tú qué crees que me pasaría si me matan aquí? No tienen fantasmas, ¿te has dado cuenta?

Pensé en Mac, con su rostro muerto y abatido, y la mirada apagada. Si hubiera habido rastro alguno de fantasma, un centelleo o algo a su alrededor, me habría dado cuenta. De pronto me entró una nueva ráfaga de escalofríos. Dios mío, ¿qué habíamos hecho?

—¿Y si no volvemos? —insistió Billy—. ¿Y si ahí se acaba todo, me muero y no hay ninguna escapatoria esta vez? ¿Y si...?

—¡Billy! —Traté de no poner una voz demasiado histérica, pero no lo

conseguí del todo. Tragué saliva y lo intenté de nuevo—. No te vas a morir, Billy. Vamos a salir de ésta.

Lo dije tanto para reafirmarme como para calmarle, pero no creo que funcionara en ninguno de los dos sentidos.

Escuché un tintineo de llaves fuera de mi celda y la enorme puerta se abrió de par en par girando sobre sus añejas bisagras. Casi me quedo ciega con la luz del farol que inundó la habitación, pero conseguí pestañear poniéndome los dedos delante de la cara y pude ver a quién traía el guardia.

—¡Tomas!

El guardia, que media tan solo metro y medio aproximadamente, llevaba al vampiro de metro ochenta y pico como si no pesase nada. El tipo soltó la carga sobre el camastro y se giró hacia mí. Por primera vez me percaté de que de su boca ancha sobresalían unos colmillos de verraco. Un ogro, pensé en algún rincón de mi cabeza mientras me empujaba el pecho con un dedo corto y mocho, y soltaba un gruñido. Su voz sonaba como a gravilla aplastada por un tanque y, si se suponía que debía contener palabras, no acerté a comprenderlas.

—Quiere que le cures —musitó una voz procedente de la entrada.

Detrás de la mole del carcelero estaba de pie una morena delgadita que llevaba un vestido verde muy elaborado cubierto por bordados rojos. Tardé un segundo en ubicarla.

—¿Françoise?

Era rarísimo. Cada vez que me daba la vuelta, allí estaba ella. La primera vez que nos vimos fue en el siglo XVII, en Francia, cuando Tomas y yo la salvamos de las garras de la Inquisición. Después volvió a aparecer en el Dante con el duendecillo, justo en el momento en el que estaba a punto de ser vendida a los duendes. La liberé, pero parece que el destino la agarró bien fuerte por los talones, casi igual que había hecho conmigo, porque allí estaba ella de todas formas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté desconcertada.

—Usted y le *monsieur* me *ayudagon* en una ocasión —respondió con premura—. Tenía que venir a, ¿cómo lo *diguían* ustedes? Devolverles el favor.

—¿Y los demás? —respondí enseguida—. Vine con un grupo...

—*Oui, je sais*. El mago llegó a un *acuegdo* con Radella. Es la capitana de los *guagdias* de la noche, *une grande baroudeuse*, una reputada pendenciera.

—¿Qué clase de acuerdo?

—El mago tenía una runa de poder. Ella llevaba tiempo buscando una igual. Ella *queguía* un niño por encima de todo, pero es *inféconde*, estéril. El mago dijo que la *usaguia* con ella si les ayudaba.

—Jera —joder, si al final nos iba a venir bien y todo.

—*C'est ça* —asintió Françoise mirando al ogro, que nos miraba a las dos con

susplicacia. Me dio la impresión de que no hablaba inglés, al menos no tanto como para seguir la conversación—. No saben por qué le *vampire* no se despierta. Yo les digo que vos *égais* una gran *cugandega* y que podéis salvarle.

—Está en trance para curarse. Si todo sale bien, se salvará él solo.

—Eso no es lo que *impogta* —murmuró, sonriendo y asintiendo con la cabeza mirando al ogro—. Sólo *queguía* que ustedes dos estuviesen juntos, cerca del portal. *Volvegué* pronto, después del cambio de *guagdia*.

—¿El portal? Pero...

—*Hagué* lo que pueda —aseguró, mientras el ogro se movía pesadamente hasta ponerse por delante de ella. Por lo que parecía, había decidido que la conversación ya había durado mucho—. Pego prométame que me *llevagá* con usted. Por favor, llevo aquí tanto tiempo...

—Llevas aquí una semana —repliqué, confundida. Quería explicarle que a mí no me hacía falta estar junto al portal. Que necesitaba encontrar a Myra, no volver al mismo sitio del que venía; sobre todo, no con el *geis* aún encima y con el Senado y el Círculo pisándome los talones. Lo peor de todo era que, si volvíamos ahora, Mac habría muerto en vano. Sin embargo el ogro, que se había detenido un momento para dejar el farol en el suelo, empezaba a cerrar la puerta. Françoise me miró por encima del hombro del ogro, con la mirada teñida por el pánico.

—¡Vale, lo prometo! —le dije.

Hasta una semana parecería una eternidad allí dentro y no podía permitir que nadie se quedara allí para vivir lo que había estado a punto de ocurrirme a mí. Me quedé en medio de la celda, escuchando el eco de los pasos del ogro retumbar por el pasillo según se alejaba. Quería ver cómo estaba Tomas, pero tenía miedo. ¿Y si no había mejorado? ¿Y si nunca había estado en trance de curarse y lo único que habíamos estado haciendo era transportar un cadáver de un lado a otro?

Un minuto después me armé de valor y caminé hacia la camilla. Tomas estaba boca arriba, iluminado por la luz del farol, pero no podía verle el pecho ni el abdomen por las vendas que le habían puesto alrededor. Al parecer alguien se había ocupado de ese tema mejor que yo en medio de tantas prisas: desde los pezones hasta la parte superior de sus torneados muslos era prácticamente una momia. Las vendas eran lo único que llevaba puesto encima, pero apenas me di cuenta porque en ese momento vi un destello de sus ojos oscuros detrás de la leve hendidura de sus párpados.

—¡Tomas! —Me incliné hacia él y le noté la piel fría.

Aquello no era una buena señal. No sé de dónde viene el rumor de que los vampiros están fríos. A no ser que se estén muriendo de hambre, tienen la misma temperatura que los humanos; después de todo, se alimentan de sangre humana.

Me quité la manta y se la coloqué encima, intentando tapar la mayor cantidad de piel desnuda posible.

Tomas esbozó una sonrisa y me tiró débilmente de la mano para que me colocara a su lado. Apenas había espacio para los dos en la estrecha camilla, pero Tomas insistió.

—Por fin te tengo desnuda en mi cama y estoy demasiado cansado como para hacer nada —bromeó. Creo que podría haber gritado de alivio.

Le acaricié la cara con mi muñeca, pero él se la apartó. Sabía qué le estaba ofreciendo y lo necesitaba desesperadamente. Volví a ponerle la muñeca sobre su mejilla y le miré con gesto serio.

—Aliméntate. No te curarás si no lo haces.

—Tu fuerza te hace falta.

—Entonces, no te pases, pero cúrate. No sé cuánto tiempo tendremos.

La puerta de la celda era pesada, pero si Tomas tenía su fuerza habitual, podía hacerla saltar en pedazos. Dadas las circunstancias, me conformaba con que pudiese correr o al menos andar cuando volviese Françoise. Al contrario que el ogro, yo no podía llevarle en brazos.

Tomas parecía estar empeñado en no hacerlo, pero al final debió de llegar a la misma conclusión que yo, porque al minuto siguiente noté cómo algo tiraba ligeramente de mi poder. La sensación se convirtió en un fluir firme a medida que su sistema maltrecho comenzaba a revivir y suspiré ligeramente de placer. El proceso por el que un vampiro se alimenta puede ser sensual, pero éste no lo era. Era cálido y reconfortante, como envolverse en una vieja y querida manta en una noche fría. También era una sensación familiar y de pronto recordé otra razón por la que debería estar enfadada con Tomas.

Se había estado alimentando de mí subrepticamente mientras vivíamos juntos, cogiéndome sangre a través de la piel sin dejar marcas que le delatasen y empleando un poder de sugestión suficiente como para nublar-me la vista. Su excusa fue que lo había hecho porque necesitaba seguirme la pista (parte de su trabajo había consistido en garantizar mi seguridad y alimentándose de mí creaba un vínculo entre los dos), pero yo seguía viéndolo como una intromisión en mi intimidad. Técnicamente, podía haber presentado cargos contra él en el Senado, a pesar de que podía haber parecido algo redundante en ese momento. Los miembros del Senado estaban deseando matarle en cuanto le pusiesen las manos encima, así que no hacía falta darles más motivos.

Me observó, con la luz del farol brillando dorada entre sus pestañas oscuras, y una cálida languidez me inundó las venas. A cada instante que pasaba me parecía más difícil enfadarme con él. Después de todo lo que me había ocurrido hoy, una nimiedad como que me hiciera una pequeña succión de poder se me antojaba algo absolutamente carente de importancia, amén de que la sensación de paz y familiaridad era bienvenida, independientemente de qué fuera lo que la

provocaba. Y tampoco teníamos muchas más opciones: si la sangre de los duendes era como el resto de sus fluidos, estaba bastante segura de que no serviría para alimentar a un vampiro. Si era así, Tomas ya se habría alimentado sin que nadie lo supiera.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras me soltaba, mucho más pronto de lo normal para alimentarse en condiciones—. No sabía si estabas en trance para curarte o...

—Estoy lejos de estar bien, pero gracias a ti me recuperaré. —Ya parecía más fuerte, lo cual no debería haberme sorprendido. Tan solo había unos pocos cientos de maestros de primer nivel en todo el mundo y podían hacer cosas que a menudo parecían milagrosas—. Este sitio tiene algo —musitó pensativo—. Es como si cada momento que pasa fuese una hora de nuestro tiempo. Nunca antes me había curado tan rápido.

De repente parecí encontrar la respuesta a un enigma que me había estado taladrando durante dos días. No me podía creer que no se me hubiera ocurrido antes. Si Myra se había estado escondiendo en el Reino de la Fantasía, el sitio donde el curso del tiempo se volvía radicalmente impredecible, entonces en vez de haber dispuesto de una semana para curarse de sus heridas, habría podido tener meses, incluso años. ¡Por eso tenía tan buen aspecto cuando la vi!

Tomas me dio un beso en la cabeza, que era la única parte de mí a la que podía llegar, y me miró con ojos sombríos.

—No deberías haber vuelto a por mí, fue un riesgo terrible. Tienes que prometer que no lo volverás a hacer.

—No tendré que hacerlo —repuse, apartándole el pelo de los ojos. Siempre había sido tan hermoso, largo y negro, y tan suave como el de un niño. Cogi entre mis dedos unos cuantos cabellos con un ligero temblor en la mano. Estaba tan contenta de verle vivo que la cabeza me daba vueltas—. Ya encontraremos alguna manera de esconderte del Senado.

Tomas ya estaba meneando la cabeza desde antes incluso de que terminara la frase.

—Hermosa Cassie —murmuró—. Ha pasado mucho tiempo desde que alguien se ofreció a arriesgarse por mí. Muy pocos lo han hecho alguna vez. En mi memoria estará que tú lo intentaste.

—Ya te he dicho que encontraremos algún lugar para esconderte. ¡Los del Senado no van a encontrarte!

Tomas se rió con levedad antes de detenerse abruptamente, como si aquello le doliera.

—¿No lo entiendes? Esta vez no fueron ellos los que me encontraron. Fui yo el que volví a ellos, a él. Pensé que podría resistirme, pero me equivoqué.

No me hizo falta preguntarle a quién se refería. Louis-César, cedido en préstamo a la Cónsul procedente del Senado europeo, era el maestro de Tomas.

Fue él quien derrotó a su primer maestro, el odiado Alejandro, en un duelo que tuvo lugar hace un siglo. Después, lo reclamó como siervo. Tomas era maestro de primer nivel, pero hasta entre ellos había diferencia de fuerza, y Louis-César era simplemente superior. Tomas nunca había sido capaz de romper el vínculo que había entre ellos.

Entonces noté que Tomas se estremecía ligeramente antes de proseguir. No pude verlo, pero sí pude sentir el leve temblor contra mi cuerpo.

—¿Su voz retumbaba constantemente en mi interior, interminable y profunda, y me volvía medio loco! No había descanso posible para mí, ni siquiera por un momento. Me di cuenta enseguida de que mi voluntad se acabaría quebrando y yo volvería arrastrándome hacia él como un perro apaleado. Me dije a mí mismo que pronto la guerra le distraería y me dejaría marchar. Pero esta noche me desperté en las celdas de aislamiento del Senado y un guardia me informó de que había sido yo mismo quien había entrado en el recinto por mi propio pie y que me había entregado yo solito. ¡Y yo no me acuerdo de nada, Cassie! ¡De nada! —Tomas empezó a temblar con más violencia, mientras un escalofrío le atravesaba visiblemente las extremidades—. Me empujó hacia él como un dueño lo haría con su mascota. Y lo volverá a hacer.

Estaba confundida.

—¿Quieres decir que ahora mismo te está llamando?

Tomas blandió una sonrisa y era de felicidad.

—No. El Reino de la Fantasía tiene algo. Desde que hemos llegado no he percibido nada procedente de él. Como no tenía que evadirme de su influjo, he conseguido curarme mejor, pues ahora puedo emplear toda mi energía en lo que desee. Cuando él me estaba llamando, me resultaba imposible sanar heridas menos graves que estas en una semana; pero lo cierto es que, en esta ocasión, las heridas que tenía se han cerrado en este breve espacio de tiempo.

—¿Aquí no le oyes?

—Por primera vez en un siglo, me siento liberado de él —musitó, con la voz sobrecogida, como si todavía no pudiera creérselo—. No tengo maestro. —Me miró y su rostro transmitía una intensa alegría—. ¡Durante cuatro siglos y medio he sido esclavo de alguien! ¡La voz de mi maestro me controlaba por completo, hasta el punto de que pensé que jamás volvería a recuperar mi libertad! —Tomas miró pensativo a todos lados dentro de aquella pequeña celda húmeda y fría—. Sin embargo, parece que ninguna de nuestras reglas se aplica aquí.

Noté que los ojos me empezaban a arder.

—*Seh*, ya me he dado cuenta. —Si nuestra magia hubiese funcionado aquí, Mac se hubiera despachado a gusto con los duendes.

—¿Qué ocurre?

Meneé la cabeza. No quería pensar en ello, ni mucho menos hablar. Sin embargo, de repente y por alguna extraña razón, todo empezó a brotar de mi

interior de manera natural. Tardé menos de media hora en ponerle al día rápidamente de lo que había pasado desde la última vez que nos encontramos. En cierto modo, parecía que aquello no era muy normal; resultaba extraño que tanto dolor pudiera resumirse en tan pocas palabras. Con todo, tampoco parecía que Tomas comprendiese muy bien lo que le estaba contando.

—MacAdam era un combatiente. Sabía cuáles eran los riesgos y los aceptó. Como todos vosotros.

Le lancé una mirada desolada.

—Sí, y por eso se suponía que no iba a venir con nosotros. El plan no fue nunca éste.

Tomas se encogió de hombros.

—Los planes cambian durante la batalla. Es algo que saben todos los que combaten.

—Si le hubieras conocido, tus palabras no sonarían tan... indiferentes — espeté.

Sus ojos centellearon.

—No me muestro indiferente, Cassie. El mago me ayudó a venir aquí, a escapar del Senado. Le debo tantas cosas que no podré pagárselas nunca. Pero al menos puedo honrar el sacrificio que hizo sin subestimarle.

—¡No lo estoy subestimando!

—¿Ah no? —Tomas me aguantó la mirada sin mover un músculo—. Mac era un veterano combatiente. Tenía experiencia y valor, y sabía lo que se hacía. Y murió por algo en lo que creía: tú. Si ahora pones en duda su criterio, no lo estás honrando en absoluto.

—¡Su criterio hizo que lo mataran! No tenía que haber venido. Y yo tendría que haber buscado a Myra por mi cuenta. Me había prometido a mí misma que nadie más iba a morir por mi culpa, y aún así allí estaba, poniendo otra rayita más en mi lista de bajas.

—No tenía que haber creído en mí. Nadie debería hacerlo —apostillé.

—¿Y por qué no? —Tomas parecía verdaderamente confundido.

Se me escapó una risotada medio amarga, medio histérica.

—Porque acercarse a mí es sacarse un billete de ida a alguna parte en la que hay problemas. Deberías saberlo.

En el caso de Tomas, hay que reconocer que él ya traía un buen puñado de problemas de serie; pero no podía dejar de preguntarme si habría cometido los mismos fallos en caso de no haberme conocido nunca.

Tomas meneó la cabeza.

—Te quieres hacer cargo de demasiadas cosas, Cassie. No todo es culpa tuya, no tienes que encargarte de arreglar todos los problemas.

—¡Eso ya lo sé!

No obstante, por más que me hubiese gustado pensar de otro modo, yo era la

única culpable de lo que le había ocurrido a Mac. Si había venido hasta aquí era por mí, si se había vuelto vulnerable era por mí, y, en última instancia, murió por mi culpa.

—¿De verdad? —noté cómo Tomas deslizaba su brazo a mí alrededor—. Entonces has cambiado —agregó, posando sus labios cálidos sobre mi pelo—. Quizá yo veo las cosas más claras porque llevo combatiendo más tiempo.

—Tampoco se puede decir que yo sea una combatiente.

—Antes yo también pensaba como tú. Pero cuando los españoles vinieron a nuestro poblado, luché con los demás para salvar el maíz que nos daría de comer durante el invierno. Perdí a muchos amigos entonces, Cassie. De hecho, entre ellos había uno que era como un padre para mí y, cuando lo capturaron, como no quiso traicionar a su gente confesando dónde había escondido la cosecha, lo echaron a los perros para que se lo comieran trozo a trozo. Después se llevaron a las mujeres y prendieron fuego al poblado hasta dejarlo reducido a cenizas.

Lo contó de una manera que parecía tan real que me quedé de piedra mirándolo. Tomas sonrió con tristeza.

—Lloré su pérdida honrando aquello por lo que luchó, manteniendo a nuestro pequeño grupo junto y libre.

En ese momento se detuvo y enseguida supe porqué. Aquel relato era una de las pocas cosas que me había contado de su vida. Alejandro acabó rematando lo que los conquistadores habían comenzado, exterminando el poblado de Tomas como si fuera una especie de juego. Nunca había escuchado la historia entera, tan solo pequeños fragmentos, pero tampoco quería hacer que Tomas la reviviera.

Por eso decidí que era mejor cambiar de tema.

—Louis-César dijo que tu madre era noble. ¿Cómo acabaste tú en un poblado?

—Después de la conquista, nadie era noble ni plebeyo. O eras europeo o nada. Mi madre había sido sacerdotisa de Inti, el dios del Sol, y había jurado guardar el voto de castidad durante toda su vida, pero uno de los conquistadores la cogió como botín tras la caída de Cuzco. Mi madre esperaba ser tratada con honor, de acuerdo al código de la guerra, pero aquel nombre no sabía nada de nuestras costumbres y tampoco se habría preocupado por ellas de haberlas conocido. No era más que el hijo de un granjero de Extremadura que había salido a hacer fortuna y no le preocupaba mucho la manera de conseguirla. Mi madre lo odiaba.

—¿Cómo escapó?

—Nadie creía que mi madre pudiera escalar un muro de tres metros estando embarazada de siete meses, así que no la vigilaron de cerca. Con todo, consiguió huir; pero no tenía dinero y su afrenta la convirtió en una marginada social para los de su antigua orden. Tampoco es que aquello importase mucho. El templo fue

saqueado y la tierra quedó devastada por las enfermedades y la guerra. Se marchó de la capital, donde los españoles se estaban peleando entre ellos, pero el panorama que se encontró en el campo no era mejor. —Tomas sonrió agriamente—. Se olvidaron de que el oro no se puede comer. La mayoría de los granjeros que no habían muerto, habían huido. Había hambruna por todas partes. Los cereales se volvieron más valiosos que las riquezas que los conquistadores tanto habían ansiado.

—¿Y aun así tu madre encontró un poblado que la acogió?

—Se escondió en la *chullpa* familiar, una cripta en la que habían dejado comida y ofrendas a los ancestros momificados, y allí la encontró uno de los sirvos de palacio. Aquel hombre la había amado durante mucho tiempo, pero a las sacerdotisas se las consideraba las esposas de Inti. Acostarse con una de ellas era un delito terrible. Por una cosa así te castigaban a ser desollado y encadenado a una pared hasta que te murieses de hambre.

—Así que la quiso en la distancia.

Tomas sonrió.

—Muy en la distancia. Pero, en cuanto se enteró de que había escapado, comenzó a buscarla. Cuando la encontró, la persuadió para que huyese con él hasta el poblado de su familia. Estaba a unos ochenta kilómetros de la capital y era tan pequeño que tenían la esperanza de que los españoles lo pasaran por alto. Allí vivieron juntos hasta que cumplí ocho años, cuando murieron de viruela junto con la mitad del poblado.

—Lo siento.

Según parecía, no había forma de encontrar un tema que no resultase espinoso. Empecé a manosear el colgante del águila que había cogido inconscientemente. No podía presentarme como voluntaria para retroceder en el tiempo y conseguir poner a la madre de Tomas fuera de peligro antes de que la enfermedad se la llevase por delante. Ni siquiera podía ayudar a mi propia madre sin cambiar de forma drástica el curso temporal. Con todo lo grande que se suponía que era mi poder, no parecía ser de mucha ayuda para estas cosas.

Tomas se inclinó para besarme con dulzura. Sus labios eran suaves y cálidos y, antes de que me pudiera dar cuenta, le estaba devolviendo el beso. Lo había deseado tanto tiempo que me parecía tan natural como respirar. Con sólo tocarle se me olvidaban los recuerdos del ataque, me limpiaba una parte de mí que el baño no había conseguido alcanzar. Tomas me besó con más intensidad, hasta el punto de que la sensación se me extendía hasta los dedos de los pies, como si fueran rayos de sol que se enredaban a través de mí. Tomas sabía a vino, oscuro, dulce y ardiente, y me dio la sensación de que nunca podría saciarme de él.

Sin embargo, un momento después, me eché para atrás. No fue fácil: el geis había reconocido a Tomas y el poder de la pitia había aceptado que fuera él quien completase el ritual. El deseo de ambos podía con mi aversión a pensar en

actos íntimos en ese momento. Quería llenarme la cabeza de pensamientos y sensaciones que no implicasen terror y dolor. Quería que me tocase con esas manos largas y elegantes, que me pusiera esa boca caliente y ansiosa sobre la mía.

Tomas me dejó marchar, mientras una expresión que no sabía nombrar le atravesó el rostro.

—Lo siento, Cassie. Sé que no soy yo a quien quieres.

¿Qué sabría Tomas de lo que yo quería? La mayor parte del tiempo, no lo sabía ni yo.

—Lo que yo quiera no es lo importante —repliqué, tratando de ignorar la manera en la que su mano estaba jugueteando con uno de mis costados, desde el pecho hasta la cadera, una y otra vez con un roce perezoso y sensual. Aquello hizo que se me acelerara el corazón y que me resultase más difícil respirar, como si alguien hubiese succionado todo el oxígeno de la habitación. Oh, sí, al *geis* Tomas le gustaba mucho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tomas con la mano clavada en mis caderas. Aquello no hacía que el corazón se me serenase precisamente. Aunque me había echado un poco para atrás, estábamos a menos de treinta centímetros el uno del otro. La manta se había deslizado de la mitad del cuerpo de Tomas para abajo. Sus largas piernas se movieron entre las sombras y entre ellas había una clara prueba de lo recuperado que se encontraba ya.

—No puedo —musité, intentando recordar exactamente por qué. Con los dedos tracé una línea que bajaba desde su frente hasta sus tiernos párpados que palpitaban ante mi roce, pasando por su nariz orgullosa y aterrizando finalmente en sus labios carnosos y cálidos. Era un perfil perfecto, bronce bruñido a la luz del farol como la cara de una moneda antigua, pero no era su apariencia lo que me atraía de él. Era su bondad, su fuerza y, ahora sí que lo pensaba, su honestidad. En ese momento solo tenía ganas de un cuerpo cálido y una piel suave junto a la mía, y una cara que fuera familiar y cariñosa.

—Me salvaste la vida, Cassie, aunque yo puse la tuya en peligro. Permíteme que haga algo por ti.

La voz de Tomas retumbaba como nunca, *güisqui* cargado y ahumado, como si el licor dorado se hubiese convertido por arte de magia en sonido. La voz había sido siempre una de sus características más atractivas, en parte porque, al contrario que los atuendos cuidadosamente artificiales y los intentos descarados de seducción, era inconsciente. Aquel era el Tomas de verdad, y era tan encantador que me preguntaba por qué le daba por perder el tiempo con lo demás. Sin embargo, sabía muy bien cuál era la respuesta: Louis-César se lo había ordenado, después de que Mircea decidiese que tenía que ser él quien completase el ritual. Supongo que les preocupaba que pudiera reconocer a uno de los chicos de Mircea después de estar tantos años con Tony, a quien visitaban con

cierta regularidad. Pero aquello no había sido justo para Tomas y, por primera vez, me preguntaba si estaría resentido por haber sido utilizado.

—No veo qué puedes hacer —musité—, a no ser que quieras convencer al rey para que nos deje marchar o que sepas cómo hacer que mi poder funcione aquí.

Tomas sonrió.

—¿O sepa cómo quitarte el *geis*?

Mi cerebro pegó un sonoro frenazo.

—Repíte eso.

—Me dijeron que se te había puesto un *geis* para proteger tu castidad del mismo modo que tu protección velaba por tu vida. Sin embargo, como precaución por si algo salía mal, se dispuso una cláusula adicional. Si te acostabas con Mircea o con alguien de su elección, el hechizo se rompería.

La cabeza me daba vueltas. ¿Así que eso era todo? ¿Ese era el gran secreto? Parecía ridículamente sencillo, por no mencionar que desprestigiaba todo el asunto.

—Pero, ¿por qué habría hecho eso? ¡Si lo que él quiere es tenerme controlada!

Tomas sonrió amargamente.

—Sin duda. ¿Pero a través de un mecanismo tan chapucero como un hechizo? —Tomas meneó la cabeza—. Eso heriría su orgullo, Cassie. Por no mencionar que controlar a alguien tan poderoso como la pitia con una estratagema tan tosca sería extremadamente peligroso. ¿Por qué crees que los magos cogen a las iniciadas tan jóvenes y les lavan el cerebro durante su infancia? Estoy seguro de que preferirían usar un hechizo para mantenerlas a raya, si es que algo así fuera posible. Sin embargo, el poder de la pitia podría pasar por encima del hechizo y el controlador pasaría a ser el controlado. ¡No me puedo imaginar a Mircea arriesgándose a eso!

—Pero, ¿entonces por qué me puso el *geis* a mí si no tenía intención de usarlo nunca?

—Para proteger tus opciones de convertirte en pitia. Un rollo sin importancia podría haberlo arruinado todo, para ti y para él. El *geis* parecía la manera más simple de asegurarse que algo así no iba a suceder. Además, te granjeaba una protección adicional mientras estuvieras con Antonio. ¿No sabías nada de esto?

—¡Hasta ayer ni siquiera sabía lo del *geis*!

Me incorporé abruptamente hasta quedarme sentada, con la cabeza bullendo por todo lo que aquello implicaba. Podía romper el *geis* con sólo acostarme con Tomas. Era tan sencillo que resultaba absurdo, si es que me estaba diciendo la

verdad. No obstante, lo cierto es que a Tomas no le hacía falta recurrir a las mentiras para meter a una mujer en su cama y su explicación tenía sentido. Todo este tiempo me había parecido extraño que Mircea creyese que necesitaba echar mano de la magia para manipular a alguien tan joven e inexperta como yo, sobre todo teniendo en cuenta que ya estaba locamente enamorada de él. Había maneras mucho más sutiles de ejercer control sobre mí y él las dominaba todas con maestría.

Por supuesto, aunque Tomas tuviera razón, no había forma de saber si la carta de sal-de-la-cárcel-sin-más que Mircea se había guardado en la manga funcionaría con un hechizo duplicado. E incluso si salía bien, había un inconveniente. Si rompía el *geis*, completaría los requisitos del ritual y estaría atada al puesto de pitia de manera permanente. Y eso desbarataría cualquier esperanza de pasarle el poder a alguien o de llegar a algún tipo de acuerdo con el Círculo. Las herederas podían ser apartadas de su puesto, como había podido comprobar Myra, pero la pitia se tenía que quedar con el trabajo de por vida. Si yo completaba el ritual, los magos no tendrían más opción que matarme si querían que su candidata subiese al trono. Y lo mismo ocurría con Pritkin, si realmente estaba del lado de Myra.

Por desgracia, las cosas no pintaban mucho mejor si me quedaba con el *geis*. Casi con total seguridad, el Senado me encontraría tarde o temprano. Tenían demasiados recursos, incluyendo la red de inteligencia de Marlowe, como para que me pudiera hacer ilusiones al respecto. E incluso si Tomas tenía razón y Mircea no podía usar el hechizo para controlarme (un « si » muy grande, en mi opinión), tampoco podría romperlo. El *dúthracht* había estado a la altura de su reputación y se había salido de madre, así que no había forma de saber qué ocurriría si el vínculo se completaba por sí mismo. Se suponía que debería estar bajo el control de uno de los participantes; pero, ¿qué ocurriría si, como parecía ser el caso, ninguno de los dos estaba al volante? No sabía qué sería capaz de hacer un *geis* que tuviese el control sobre sí mismo, pero tampoco lo quería descubrir.

Una cosa estaba clara: si nos volvíamos a encontrar, Mircea y yo seguramente completaríamos el vínculo. Resultaba embarazoso tener que admitirlo, pero la única razón por la que no lo habíamos hecho ya, enfrente incluso de un millar de espectadores, era su capacidad de autocontrol, no la mía. Y eso completaría el ritual, lo cual me obligaría a volver a empezar desde el principio.

—¡Joder!

Ambas opciones resultaban inaceptables, pero no había una tercera. No había forma de deshacerse del *geis* y evitar completar el ritual. O, si la había, no tenía manera de descubrirla, metida como estaba en una celda del Reino de la Fantasía.

Dondequiera que mirase había una pared de ladrillo. Odiaba la idea de no tener más alternativas, de no tener a alguien o algo que decidiese por mí qué hacer con mi vida. Así había sido desde hacía tanto que no me acuerdo. O Tony o el Senado o los putos duendes me habían convertido en víctima, despojándome de mi derecho a decidir. Nunca había tenido el poder suficiente como para rebelarme, forjar mi propio futuro o simplemente para mantenerme a mí y a la gente que me preocupaba a salvo. ¡Si ni siquiera podía apañármelas con una iniciada al margen de la ley! Y me estaba dando cuenta de que, si las cosas continuaban por ese camino, nunca podría hacerlo.

—¿Qué ocurre?

La mano de Tomas me acariciaba delicadamente la parte más estrecha de mi espalda, tratando de tranquilizarme, de reconfortarme. Y era reconfortante, lo admito, pero no me tranquilizaba. Ni al ritual ni al *geis* les importaba lo más mínimo que Tomas pudiese resultar herido, o que yo tuviese mis dudas ante la idea de practicar sexo en una mazmorra fría y húmeda con Billy probablemente escuchándome desde el otro lado. El deseo de darme la vuelta y aceptar el ofrecimiento que Tomas me había estado haciendo desde que nos conocimos era tan fuerte que tenía que sujetarme a la manta áspera que tenía debajo para evitar la tentación de abalanzarme sobre él.

Obligué a mi cerebro a que volviese al problema que nos ocupaba. Me había estado diciendo a mí misma que podría pasarle el poder a alguien más, ¿pero a quién exactamente? No parecía que hubiese más candidatos para el puesto lo suficientemente fiables como para saber que no acabarían cayendo bajo el control del Círculo o de la facción de Pritkín, opciones ambas que no me ofrecían ninguna confianza. Había una guerra en curso y solo pensar que el poder podía caer en las manos de alguien como Myra hacía que me entrasen escalofríos.

Tomas me envolvió entre sus brazos, protegiéndome con el sensual caparazón de su cuerpo. Mi mano se movió por su cuenta para acariciar la piel cálida y dorada de su rodilla, justo donde comenzaba la doblez de aquel músculo largo y fuerte. Sería tan fácil caer en la tentación, saciar el hambre que había sentido durante tanto tiempo. ¿Y realmente sería mucha la diferencia? El Círculo ya estaba intentando matarme. ¿Podía fiarme de ellos si me ofrecían un trato? ¿No sería mejor desde su punto de vista acabar con cualquiera que amenazase con hacerles la competencia a sus iniciadas en lugar de dejar a alguien como yo con vida? Si iban a ir a por mí de cualquier manera, prefería ampliamente estar en una posición lo más fuerte posible. Y aquello era el doble de cierto si lo aplicábamos a mi relación con Myra.

—¿Seguro que te has pensado esto bien? —le pregunté a Tomas seriamente—. Ayudarme a completar el ritual podría traer repercusiones. Los magos...

Tomas saboreó el interior de mi muñeca con la punta de la lengua.

—Seguro.

—¿Pero y los...?

Tomas sonrió irónicamente.

—Cassie, tú ya sabes quién anda detrás de mí. ¿De verdad crees que me preocupa el Círculo?

Ahí tenía razón. Y, por más que no quisiera admitirlo, todavía sentía algo por él; o, para ser más precisa, por la persona que creí que era. La verdad es que dudaba que alguien tan anciano como para recordar la caída del Imperio inca tuviera mucho que ver con el dulce chico callejero que yo había conocido. No conocía al Tomas de verdad, quién era de verdad cuando el Senado no estaba tirando de sus hilos. Pero ahora no estaban allí. Por una vez, los dos nos habíamos librado de ellos, aunque fuera porque estábamos prisioneros en otra parte. Y a pesar de eso, parecía que seguía queriendo estar conmigo.

—Tú eliges, Cassie. Ya sabes lo que siento.

Le lancé una mirada penetrante.

—¿Lo sé? Louis-César te ordenó que vinieras hacia mí. Todos esos meses estabas haciendo un trabajo.

Las manos de Tomas se detuvieron.

—¿Y todavía sigo haciendo ese trabajo, Cassie? ¿Crees que todo esto es un complicado engaño para persuadirte de que aceptes un puesto que no quieres?

—No.

Tal vez los vampiros no tengan la misma reacción al dolor que los humanos, pero ninguno dejaría que le destrozaran así, no al menos si no hubiera una razón.

Me empujó contra él, con los ojos encendidos.

—¿Crees que estoy intentando recuperar el favor de la cónsul completando mi misión original? ¿Es eso?

No respondí inmediatamente. Tomas ya me había traicionado antes y, a pesar de que me había convencido a mí misma de que se había equivocado por una buena razón, ¿qué pasaba si no era así? Sabía por experiencia propia que era un buen actor, como la mayoría de los vampiros antiguos. Si no nacían de ese modo, adquirirían la habilidad a través de años de práctica. Pero no tenía sentido que estuviese jugando conmigo. Incluso aunque el Senado estuviese con ganas de hacer borrón y cuenta nueva y permitiera que volviese, no era lo que Tomas quería. Su principal objetivo era librarse del control de su maestro para poder matar a Alejandro. Daba igual lo mucho que quisieran verme de vuelta, el Senado no iba a empezar una guerra contra otro organismo vampiro soberano; sobre todo ahora que tenían otra entre manos. No podían darle a Tomas lo que realmente quería y tampoco me creía que me fuese a vender por menos de eso.

—No —admití finalmente—. No creo que sea así.

—Pero no te fías de mí.

No era una pregunta, así que no la contesté. ¿Qué podía decir? Tenía razón.

Tomas se rió jubilosamente.

—¿Y cómo te voy a culpar por ello? —continuó—. Depositaste tu confianza en mí en una ocasión y te mentí. Cualquiera cosa que te diga ahora no serán más que palabras.

—Aún así me gustaría escucharlas —repliqué tentadoramente.

Tomas me había dado una explicación por la traición, pero no había dicho nada de nosotros. Necesitaba escuchar que no todo el tiempo que habíamos pasado juntos había sido una mentira.

Me besó ligeramente, justo debajo de la protuberancia de mi cuello.

—Durante toda mi vida sólo he conocido a gente que quería algo de mí. Cuando era joven, buscaban protección y oportunidades de vengarse. Después de que Alejandro me convirtiera, lo que quería era adquirir habilidades de batalla y un conocimiento del terreno que no poseía. Para Louis-César yo era un trofeo andante, una prueba de su poder. —Me acarició el pelo de una forma leve y reverencial—. Sólo tú te has preocupado de mí como persona, sin querer nada a cambio. *Tè amo, Cassie. Tè querré para siempre\**.

Hubo un tiempo en el que habría dado mucho por escuchar esas palabras, en cualquier idioma, pero ahora mis sentimientos estaban tan confundidos como para siquiera empezar a aflorar. No sabía cómo me sentía, ni mucho menos qué decir.

—Tomas, y o...

—No digas nada. Quiero recordar esto tal y como es. Pronto tendré que volver y no quiero llevarme mentiras, por muy dulces que suenen. El Senado nada en un mar de mentiras. Esto —murmuré, apoyando la mejilla contra mi pecho—, esto sí es real.

—¡No tienes que volver, Tomas! Ya te lo he dicho, encontraremos la manera de esconderte.

Tomas se rió y esta vez me pareció más auténtico.

—La pequeña Cassie, siempre preocupándose por todos. Soy yo quien se supone que te está rescatando, ¿no lo sabías? ¿No es así como son los cuentos de hadas? —Su expresión se oscureció de repente—. ¿Pero por qué deberías pensar así? ¡Hasta ahora te he sido de muy poca ayuda!

—Me salvaste de los matones de Tony, ¿o es que eso no cuenta?

Tony me había mandado a sus chicos al bar nocturno en el que trabajaba para sacarme de allí. Si no lo consiguieron fue en parte porque el Senado había asignado a Tomas la tarea de protegerme. Después de todo, aun no me había olvidado de que me había salvado la vida; Sin embargo, parecía que él sí lo había hecho, porque se quitó mérito con una mueca.

—Te las habrías apañado. Siempre lo haces. —Su expresión adquirió tintes más fieros—. Cassie, si tienes dudas sobre lo que siento, ¡déjame que te lo muestre! ¡Déjame que haga esto por ti!

Dejé que mi mano mesase su mata sedosa de cabello. El puesto de pitia

podría ser una jaula, pero al menos tendría algo de voz. Me tendría que quedar con el trabajo, pero también tendría el control sobre el resto de mi vida, algo que el *geis* me iba a negar siempre.

—Te vas a hacer daño —protesté, mientras la respiración de Tomas comenzaba a acelerarse. Un maestro de primer nivel podía curarse de casi todo, pero no había forma de que Tomas se hubiese restablecido ya de sus heridas.

Entonces una carcajada me retumbó en los oídos.

—Lo que sí me hacía daño de verdad era verte todos los días, sentirme envuelto en tu fragancia durante meses y no tener permiso para tocarte. Viví contigo medio año y aun así nunca vi tu cuerpo. Así que esto sí que quedará en mi memoria —explicó maravillado, deslizando su mano por mi costado.

—No me voy a arriesgar a hacerte daño —insistí, tratando de parecer más fuerte de lo que me sentía.

Tomas volvió a reírse y me recostó sobre el camastro. Entonces se inclinó sobre mí, mientras su pelo formaba una especie de tienda de campaña alrededor de nuestros rostros que resultaba más íntima que asfixiante. Tan solo sus ojos se podían ver con nitidez y estaban rebosantes de felicidad.

—Creo que podremos hacerlo —susurró— si prometes tener cuidado.

No pude evitarlo, me reí y un momento después me estaba besando con una intensidad que me dejó sin respiración. Deslicé los brazos bajo la espesa melena de cabellos y me sujeté a ellos tras rodearle primero el cuello. Me sujetaba con fuerza pero al mismo tiempo con cariño y, a pesar de que podía notar su peso contra mi pierna, caliente, duro y a punto, se mantuvo a la expectativa, esperando a que fuera yo quien hiciera el primer movimiento. De pronto ya no hubo más dudas. No es que el *geis* me estuviese empujando. Es que quería encontrar alguna salida en medio de todo aquel lío. Lo deseaba.

—Hazlo —ordené—, rápido, ahora que tenemos tiempo.

—Rápido no es lo que tenía en la cabeza —replicó Tomas frunciendo el ceño—. Sobre todo la primera vez.

—No tenemos tiempo para más —insistí impaciente. Por una vez el *geis*, el poder y yo nos poníamos de acuerdo en algo, y era Tomas el que ponía pegas.

Mi mano se envolvió a su alrededor y obtuvo como premio un intenso escalofrío y la maravillosa sensación de notar la carne dulce y ardiente contra la palma de mi mano.

Tenía unas ganas locas de ver cómo aquel mástil grueso desaparecía en mi interior. Sabía que me iba a ensanchar hasta el límite, que iba a entrar muy justo, con una fricción exasperante, y la verdad es que la idea sonaba fabulosa. Quería sentir cómo se abría paso en mi interior, quería sentir cómo me oprimía, ansiaba el ardor.

—Te va a hacer daño —protestó, con la voz ajada.

Mi respuesta fue deslizar la lengua por su cuello fornido.

—Vamos —alenté.

Tomas estaba temblando, pero se resistía tercamente a ceder. Entonces decidí pasar de la cháchara y comenzar a persuadirle de otra manera. Lo besé, hambrienta como estaba mi boca de él, y después me escurri hacia abajo para apresar con más firmeza entre mis dientes la coyuntura de su cuello y su hombro. Era ahí exactamente donde mordería un vampiro, pero en lugar de eso lo que hice fue succionar parte de aquella piel tensa, dejándole una marca visible. Dejé que mis manos vagasen por donde quisieran, memorizando el contorno de músculos y tendones que yacían bajo aquella piel cálida y satinada. Entonces, sin previo aviso, le mordí.

La respiración de Tomas había empezado a estar salpicada de graves gruñidos; pero en cuanto sintió mis dientes hundiéndose en su carne, no pudo evitar soltar un gemido. A juzgar por la manera en la que su virilidad, oprimida contra mis caderas, experimentó un salto repentino, podía afirmar que el gemido no era de protesta. Sus ojos entreabiertos soltaron un destello cuando, finalmente, le solté el cuello.

—No juegas limpio —se quejó, con la voz oscura y grave. Entonces respiró hondo, exhaló y deslizó un dedo dentro de mí. Se me escapó un jadeo por aquella invasión inesperada y me arqueé, estrechándome compulsivamente a su alrededor—. Nada limpio —añadió con tono áspero.

Mis manos se enredaron entre su pelo al quedar sustituido su dedo por una lengua habilidosa. Mi carne entró en su boca con una succión que arrastró también a mis caderas, obligándome a caer en un ritmo que ni siquiera yo pude pensar que fuese capaz de resistir. Me abrió más las piernas para poder acceder mejor, hasta que una de ellas quedó colgando de manera muy poco elegante fuera del camastro. No me importaba: simplemente verle devorando mi cuerpo me hacía recobrar el aliento casi tanto como la propia sensación en sí.

Todo mi mundo quedó reducido a aquella exquisita boca, aquel serpenteo lento y húmedo, aquellas manos grandes y fuertes. Las palmas de sus manos me acariciaban una y otra vez, cálidas y toscas, los músculos de mi abdomen como si no pudieran parar, hasta que al final se deslizaron hasta mi cadera, amasando lentamente el músculo tembloroso que allí se encontraron. Dios, una chica podía llegar a enamorarse de esas manos.

Su boca parecía un cúmulo de llamas líquidas explorándome, encontrando en mí sitios desde los que me llegaban dosis de éxtasis en oleadas que se repartían por todo mi cuerpo. Jadeé suavemente, sorprendida por la ternura de aquel examen íntimo, por aquel roce tan profundo y a la vez delicado. Me caí de espaldas sobre el colchón, dejando que aquellos roces húmedos me arrastraran hacia abajo. Mi espalda se vio envuelta en oleadas de placer al notar cómo Tomas me acariciaba desde el interior y, de repente, noté que el ángulo y la presión eran perfectos. Daba la impresión de que su boca estaba en todas partes,

paladeando, succionando, tocando, colmando. Cada vez lo hacía mejor, pues era capaz de percibir rápidamente qué es lo que me hacía gritar y, una vez descubierto, lo repetía hasta que el fondo de mis ojos se iluminaba con la eclosión de multitud de llamaradas de placer. Cada movimiento de sus labios prendía una llama en mis terminaciones nerviosas, hasta tal punto que llegué a pensar que tanto placer iba a conseguir que me estallara la cabeza.

—¡Tomas! ¡Por favor!

Antes de que hubiese acabado de hablar, Tomas ya había cambiado de postura y se encontraba justo encima de mí. En ese momento se detuvo, tratando de tomar el control de la situación y yo gemí. Finalmente, se movió hacia adelante, hundiéndose lentamente en mi interior. Y, Dios, era bueno; no, mejor que bueno, a juzgar por el centelleo que chisporroteaba detrás de mis pestañas. Ya me había abierto las puertas a un festival de sensaciones sólo usando la lengua y las manos, pero sentirle moviéndose dentro de mi cuerpo era todavía mejor, notar cómo me estrechaba, llenándome maravillosamente por completo, remodelando mi carne hasta conseguir que se adaptara a él como un guante.

Su amplitud era suficiente como para que encajase a duras penas, pero su carne era tan firme como suave y maleable, lo que conseguía que se amoldase a la mía sin más dolor que el que producía levemente con su movimiento al regresar a las zonas erosionadas. Tomas se mordía el labio para mantener todo aquel poder bajo el control de una fina correa, respirando con jadeos ajados derivados del extremado cuidado con el que estaba haciéndolo todo. No deslizaba más que un centímetro cada vez, lo cual solo servía para calentarme a plazos, cuando lo que de verdad quería yo era sentirle completamente dentro ya. Al final eso fue lo que obtuve, todo su ser acurrucado en mi interior, irradiando calor hasta lo más dentro de mí. Tomas tenía los ojos cerrados, con sus largas pestañas barriendo sus mejillas sonrojadas a medida que reducía su movimiento a cero y se quedaba quieto durante un largo rato. Me dejó sin respiración.

No me dolió mientras entraba dentro de mí, pero estar esperando a que se moviera, a que cambiase de postura, a que hiciese algo antes de que perdiese completamente la cabeza sí lo hacía. Cuando empezó a retirarse de nuevo, con la misma lentitud agonizante, perdí la paciencia. Me enredé a su alrededor según salía y, de repente, le di un empujón para volverme a encontrar con él, hundiéndole completamente en mi interior con un movimiento que nos dejó a ambos jadeando.

La mirada de Tomas era una mezcla de sorpresa y de gran alivio, y su respiración anunciaba un placer sibilante. Después de aquello, Tomas captó la idea y empezó a acelerar los movimientos. Mis caderas empezaron a describir un movimiento de rotación adaptado al lento vaivén circular de Tomas que me acariciaba, me daba placer y me estrechaba en mi interior.

Enseguida me di cuenta de que no podía controlar los sonidos que estaba

emitiendo. Estaba totalmente en llamas y mis jadeos sollozantes se guiaban por la batuta de las sensaciones que estaba experimentando. Estaba a punto de irse me la cabeza, mi respiración era cada vez más rápida, las caderas se me corcovaban y la vista se me empezaba a nublar. En mi interior se estaba forjando una sensación atronadora y, antes de que me pudiera dar cuenta siquiera de lo que estaba pasando, todo mi ser se vio invadido por un orgasmo que me dejó el cuerpo nadando entre espasmos inevitables, mientras Tomas mantenía su cadencia constante. Entonces la habitación se inundó de un maravilloso resplandor amarillo, un color tan puro, tan exuberante que parecía como si la felicidad hubiera tomado forma. Por un momento, pensé que todo aquello era parte de las sensaciones que corrían por mi interior, pero el caso es que aquello siguió fraguándose y acabó por extinguir la luz del farol. Era como si una pequeña estrella hubiese nacido a nuestro alrededor. Por todas partes chisporroteaban unos filamentos flagelantes de energía blanca y dorada, con una intensidad que iba in crescendo hasta que, como un relámpago, me cegó por completo.

Sin previo aviso, el mundo entero se me vino encima. Me vi inmersa en una corriente de imágenes, sonidos y colores, enlazados todos ellos a tal velocidad que resultaba imposible seguirlos. No sentía a Tomas, ni lo veía ni notaba su roce. Lo que sí veía era una vorágine que se acercaba hacia mí a una velocidad aterradora y no podía hacer nada más que dejar que me atrapase.

Entonces, tan rápido como vino, se fue. Cuando el carrusel de imágenes se disipó lo suficiente como para que pudiera ver de nuevo, me encontré sola en una colina, con la vista arriba clavada en un templo. Detrás de él, un océano centelleaba bajo un cálido sol amarillo. Noté el roce de unos labios en mi cuello y escuché el estruendo de una potente carcajada masculina colándoseme por el oído.

—Le doy el visto bueno a mi avatar —dijo una voz. Sabía que procedía del hombre que tenía a mis espaldas, pero parecía reverberar en todas las direcciones al mismo tiempo, como si el templo, el cielo y el océano también estuvieran hablando en ese momento—. El hijo de otra de mis sacerdotisas, sin duda es de muy buen gusto.

Mis ojos pestañearon, entre confundidos e incrédulos, pero la escena permaneció inmutable.

—¿Tu qué? —logré decir finalmente.

—El hombre escogido para la ceremonia se convierte en mi avatar durante una temporada. Su unión con la heredera consuma nuestro matrimonio y la confirma a ella en el puesto.

Casi me atraganto.

—¡Yo no soy tu mujer!

De nuevo entró en escena aquella risa potente y contagiosa.

—No tengas miedo, Herófila. Se trata de una unión espiritual: si estuviera en

mi forma física no te resistirías tanto.

—No tengo miedo —repliqué, y era verdad. En comparación con las visiones que tenía normalmente, esta era como dar un paseo por el parque. Hasta ahora —. Y me llamo Cassandra.

—Ya no.

Traté de darme la vuelta, pero unos brazos fuertes me sujetaron con firmeza. Tenía el color del polen primaveral, un amarillo brillante que centelleaba como si estuviese entremezclado con oro. La luz danzaba sobre su piel del mismo modo que lo hace sobre el agua, deslumbrándome con un reflejo tan intenso que me hacía daño en los ojos. Debería haberme parecido extremadamente raro en un cuerpo humano, pero por alguna razón no lo hacía.

—No te falta ni un cliché, ¿verdad?

—Es tu mente la que elige cómo desea percibirme —me reprendió—. Si hay algún cliché, es tuyo.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Alguien que ha esperado largo tiempo para encontrar a alguien como tú. Al fin, las cosas comenzarán a ocurrir.

—¿Qué cosas?

—Ya lo verás. Tengo una gran fe en ti.

—Entonces estás de la olla —le dije sin ambages—. No tengo ni idea de cómo usar este poder que me acabas de plantar encima y Myra me va a liquidar en cualquier momento.

—Sinceramente espero que no sea así. Por lo que respecta a la otra, el poder va allí donde desea ir. En cierta ocasión lo puse en manos humanas y perdí el control.

—Pero Myra...

—Sí, por ahora, tendrás que apañártelas con tu rival. Cuando lo hayas hecho, volveremos a hablar.

—¡Pero ahí está el quid de la cuestión! Yo no sé cómo...

Nunca llegué a acabar la frase. En ese momento el lugar se vio invadido por un flujo de calor y un torrente de viento, y a mi alrededor brotó un poder antiguo y terrible que retumbó a través del suelo y que me llenó el cuerpo de corrientes chisporroteantes. Acto seguido estaba de vuelta en la celda, pestañeando bajo la luz que súbitamente volvía a ser tenue, sin estar muy segura de lo que había pasado.

Tomas se había dejado ir y las sensaciones que me estaba provocando me hicieron retomar el aliento y olvidar las preguntas que me rondaban la cabeza. Me colocó más cerca de su pecho y no pude evitar jadear al notar que se movía en toda su extensión dentro de mí. Su cabello empapado en sudor caía alrededor de mí y sus dientes se cerraron sobre mi cuello. El cuerpo entero se me encogió un poco y pude escuchar el rugido complacido de Tomas mientras mis músculos

más íntimos se estrechaban a su alrededor. Unas manos grandes me sujetaron las caderas, guiándole hasta tan adentro como pudo llegar. Al cabo, me soltó el cuello sin haber succionado nada de sangre y me dio un lametón con la lengua por encima de la zona erosionada. Entonces sus caderas empezaron a bombear más rápido, el rostro descompuesto por la necesidad, y en ese momento perdí toda capacidad de pensar durante unos buenos minutos.

Terminó dentro de mí con un delicioso torrente que dejaba una sensación abrasadora al entrar en contacto con las esquirlas de hielo que se clavaban tenazmente en lo más profundo de mi interior. Aquello se comió el frío, lo consumió, acabó a llamaradas con los últimos vestigios que de él quedaban y me colmó de una cálida languidez que se me extendió por todo el cuerpo. Mi propio placer era ahora menos abrumador, si bien había adquirido un carácter más profundo, más persistente y dulce. Me sentía ingrátida con Tomas rodeándome como la mejor manta térmica imaginable.

Tras un momento que se hizo bien largo, Tomas se echó hacia atrás para escrutar mis ojos entreabiertos. Trataba de descifrar mi expresión, pero fuese lo que fuese lo que estaba buscando, no pareció encontrarlo. De cualquier forma, me besó y yo me arqueé ante el calor sensual de su boca, sintiéndome en cierto modo huérfana cuando decidió dar por terminado el contacto de manera súbita.

—Lo siento —musitó con dulzura, mientras con el pulgar seguía el contorno de mi labio inferior.

Le acaricé una de sus finas y oscuras cejas.

—¿Qué pasa?

Me cogió la cara entre las manos y me besó gentilmente la frente.

—Todo va bien, Cassie. Todo irá bien.

—¿Qué irá bien? —Mis resquicios de placer desaparecían a marchas forzadas.

Tomas dudó, pero finalmente acabó exhalando un suspiro.

—Todavía siento el *geis* a tu alrededor, como si fuera un nubarrón. —La mandíbula se le tensó—. Parece que Mircea no desea renunciar a su influjo sobre ti.

Meneé la cabeza.

—Hubo una complicación con el hechizo. Mircea tampoco puede quitarlo.

Ya sabía que aquella era una posibilidad, pero así y todo seguía siendo una gran decepción.

Tomas empezó a decir algo más, pero la puerta se abrió de repente hacia dentro y allí apareció Françoise, con los brazos en jarra y aspecto impaciente. Acto seguido, me arrojó un fardo de ropa.

—¡Ya es casi la hora! Se supone que era un ritual, no una maratón.

Me puse de cuclillas, temblando al notar aquel aire frío que chocaba contra mi piel enardecida.

—¿Cómo?

—¡Pues eso, vamos! ¡Vestíos! El rey desea una audiencia y no se le da bien esperar. Hacedle enfadar y ninguno de nosotros podrá salir de aquí.

—¿Françoise? —Aquello me estaba dando muy mal rollo. El acento había desaparecido de repente y la mirada que tenía no me recordaba mucho a los nervios habituales de la chiquilla francesa.

Ante mi pregunta, sonrió forzosamente.

—Françoise no está en casa en estos momentos. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

Antes de que se me pudiera ocurrir ninguna respuesta, hizo una mueca y se abalanzó sobre la pared, con los dedos clavados y blancos por el esfuerzo, como si estuvieran intentando horadar la piedra.

—¡Mierda! ¡Ahora no, chica! ¿Acaso quieres quedarte aquí para siempre?

Tomas nos miraba a la una y a la otra, pero el único mensaje que pude mandar fue menear la cabeza. No tenía ni idea de qué pasaba con ella.

—Esto, Françoise —acerté a decir finalmente, mientras ella empezaba a vibrar como si tuviera el dedo atrapado en un calcetín—. ¿Podemos... hacer algo por ti?

Se paró de repente, quedándose completamente inmóvil, y mirándome mientras la impaciencia le inundaba el rostro.

—¡Sí! ¡Podéis vestiros! ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Me sentía fría sin el calor del cuerpo de Tomas, así que decidí seguirle la corriente. El vestido era demasiado grande y tenía tantos bordados que estaba tieso, pero la lana de color rojo oscuro era cálida. Llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era concentrarme en los problemas de uno en uno y los desvaríos mentales de Françoise no estaban ni por asomo en los primeros puestos de la lista.

—Françoise, ¿tienes amigos aquí? ¿Gente que te pueda ayudar?

Sus ojos se estrecharon.

—¿Por qué?

—Por Tomas... Si se va del Reino de la Fantasía, lo matarán. No puede regresar, pero tampoco se puede quedar en este sitio esperando a que lo ejecuten. ¿Sabes de alguien que pueda esconderlo?

—Cassie. —Tomas me tocó el codo—. ¿Qué estás haciendo?

—Tengo que saber que estás a salvo. ¿Y si el rey ordena que nos deporten de vuelta a la MAGIA? ¿Si vuelves allí, te matarán!

La cónsul me había ofrecido su vida, pero sólo a cambio de una información que no tenía. No le había puesto el *geis* a Mircea a propósito, así que huelga decir que no sabía cómo quitárselo.

—Y si te presentas ante el rey sin mí, te podría culpar de mi huida. No voy a ponerte en peligro más veces —repuso Tomas lisa y llanamente. Me habría

puesto a discutir con él, pero por la forma en la que apretaba los dientes me di cuenta de que sería una pérdida de tiempo. Además, a Françoise parecía que le iba a dar un ataque de furia.

—¿Te preocupas por un vampiro... ahora precisamente? —inquirió Françoise meneando la cabeza—. Cassie, Tomas no es más que un medio para conseguir un fin, eso es todo. Ha servido a su propósito, deja que cuide de sí mismo. Eso se les da bastante bien, ya sabes.

Vale, aquello ya era la gota que colmaba el vaso. Lo que estaba pasando allí no era sólo que a Françoise le estuviese dando el telele.

—Ahora me vas a decir quién eres tú de verdad. Porque a Françoise nunca le dije mi nombre. Por no mencionar que solía hablar solo en francés.

—¡No tenemos tiempo para esto!

Me senté en el camastro y la miré con gesto terco.

—No me voy a ninguna parte hasta que sepa quién eres y qué está pasando aquí. —Ya estaba bien de improvisar. La semana pasada había descubierto de la peor forma posible lo mal que se me daban esas cosas.

La mujer se llevó las manos a la cabeza reproduciendo un gesto que me resultaba extrañamente familiar. En alguna parte había visto a alguien hacer ese movimiento de la misma manera, pero no acababa de caer.

—En cierta ocasión te dije que ibas a ser la mejor de todas nosotras o la peor sin discusión. ¿Adivinas por qué opción me estoy decantando?

Tardé unos segundos en caer, y todavía cuando lo hice, no me lo podía creer.

—¿Agnes? ¿Qué... qué coño haces tú ahí dentro?

—Existir —repuso amargamente—. Algo de vida después de la muerte.

—Pero... pero... ¡Si ni siquiera sabía que pudieras hacer posesiones! Los magos decían que...

—Exacto. ¡Ni que les contásemos todo! —Volvió a poner los brazos en jarra, un gesto que me volvía a resultar inquietantemente familiar—. ¡Cuánto menos sepa el círculo de nuestras capacidades, mejor! ¿De verdad pensabas que tú podías hacerlo y yo no?

—Pero tú no tienes a Billy Joe —protesté. Aquello era algo que me había tenido con la mosca detrás de la oreja, tanto con ella como con Myra—. ¿Cómo puedes moverte en el tiempo sin un espíritu que cuide de tu cuerpo mientras estás ausente?

Agnes se me quedó mirando sin más y después meneó la cabeza.

—Bueno, admito que tu manera de verlo es original —farfulló—. El caso es que regresamos a nuestro cuerpo casi en el mismo momento que lo dejamos, Cassie. Nuestros cuerpos no mueren, porque en lo que a ellos les concierne, nunca llegamos a dejarlos.

—Pero... tu cuerpo... —Me quedé mirándola, preguntándome cómo poner aquello en palabras. No parecía que hubiera muchas opciones—. Agnes, siento

decirlo así, pero... está muerto.

Agnes me miró como si se me hubiera ido la pinza.

—¡Pues claro que sí! ¿Qué te crees que estoy haciendo aquí?

—No tengo ni idea —le confesé sin reparos.

—¡Bueno, está claro que no fue mi primera opción! —parecía enfadada—.

Se supone que esta es mi vida extra, el momento de que sea yo quien me divierta, para variar. Te dejé con la intención de regresar a mi cuerpo para reunir fuerzas suficientes como para emigrar hacia el de una buena chica alemana. Iba a morir aplastada por un corrimiento de tierra durante una excursión, así que me dispuse a ocuparla...

—¿A ocuparla? —No sé qué cara se me quedó, pero a Agnes se le escapó una carcajada.

—¡Se iba a morir, Cassie! ¡En resumidas cuentas, creo que habría preferido compartir una vida conmigo antes que eso!

Me sentía confusa.

—No lo pilló.

Tomas intervino súbitamente, lo que me dejó anonadada.

—Una que sirve, una que vive —murmuró.

Agnes le lanzó una mirada menos que amistosa.

—No sé dónde has escuchado eso, pero límitate a olvidarlo.

—Entonces es cierto —repuso Tomas, aparentemente sorprendido—. Había rumores que circulaban por ahí, pero nadie creía que...

—Y así va a seguir siendo —le interrumpió Agnes enfáticamente.

Ahora era a mí a quien le tocaba mirar al uno y a la otra alternativamente.

—¿Puede alguien contarme por favor qué está pasando aquí?

—Había un viejo rumor —explicó Tomas, ignorando a Agnes, que fruncía el ceño—, según el cual a la pitia se la recompensa al final de sus servicios con otra vida, una especie de compensación por la que ha cedido aceptando la llamada.

Cerré la boca, aunque lo cierto es que lo que ella quería era quedarse abierta por la sorpresa. Por un momento, me quedé únicamente mirando a Agnes.

—¿Es eso verdad? —acerté a preguntar finalmente.

—¿Quieres salir de aquí o no? —preguntó.

—¡Límitate a responder!

Suspiró y volvió a llevarse las manos a la cabeza de nuevo. No sabía si se trataba de una costumbre habitual en ella o si solo le pasaba cuando estaba conmigo.

—Vale, versión abreviada: sí, es verdad. Encontramos a alguien destinado a morir joven y llegamos a un trato con él. Lo poseemos y nos alimentamos de su energía y, a cambio, le ayudamos a evitar cualquier catástrofe que esté a punto de sucederle.

—¡Eso es horrible!

—No, es práctico. Y una vida compartida es mejor que no tener ninguna.

—Pero, si puedes hacerlo una vez —compuso Tomas lentamente—, ¿por qué no puedes seguir haciéndolo vida tras vida, siglo tras siglo?

—Es por estas cosas por las que odio a los vampiros —replicó Agnes, dirigiéndose a la sala en general—. ¡Son tan suspicaces, joder!

—¿Pero puedes hacerlo o no?

—¡Por supuesto que no! —zanjó Agnes—. ¡Piénsalo bien! Una vez que dejamos de prestar nuestros servicios, el poder emigra a otra persona. Sin él, no tenemos manera de saber quién va a morir y, por tanto, no tenemos manera de escoger otro cuerpo. Es una oportunidad que solo podemos disfrutar una vez.

Tomas se rió brevemente.

—¿Esperas que nos creamos que nadie ha intentado engañar a la muerte? ¿Que nadie ha intentado vivir tantas vidas como fuera posible poseyendo a quien quisiera, estuvieran malditos o no?

Agnes se encogió de hombros.

—Esa es una de las múltiples obligaciones de la pitia en ejercicio: asegurarse de que eso no ocurre.

Meneé la cabeza. Todo aquello estaba pasando muy rápido. Mi mente no daba para tanto.

—Pero, ¿por qué Françoise?

—Ya te lo dije, ¡no tuve elección! Empecé a regresar a mi cuerpo pero me di cuenta de que había perdido demasiada energía ayudándote. No entraba en mis planes tener que congelar el tiempo, no es un truco fácil, ¡sobre todo después de un salto de más de trescientos años! Me di cuenta de que no tenía tiempo suficiente como para hacer un último salto de siglos.

—¡Pero yo te podía haber llevado conmigo! —Agnes me había ayudado a derrotar a Myra. Si no hubiese sido por su ayuda, probablemente ya estaría muerta. Sin duda alguna, no le habría negado algo así.

—Por si no lo recuerdas, Cassie, estabas en medio de una sala llena de fantasmas hambrientos. ¡Estaban empeñados en devorar a cualquier espíritu que se cruzase en su camino! No podía arriesgarme. Cuando el tiempo dejó de estar detenido, tenía que salir de allí lo antes posible. Por eso me metí dentro de la única persona de aquella época que sabía que estaba cerca de la muerte y que podía estar deseando aceptar un trato.

—¿Y lo aceptó?

Françoise no era una normal cualquiera; era bruja y, a juzgar por un truco bastante memorable que le había visto hacer, debía de ser poderosa. Y me parecía que se estaba resistiendo.

Como si hubiese escuchado mis pensamientos, Agnes hizo otra mueca y acto seguido ató bien en corto a Françoise.

—Más o menos.

—¿Cómo acabaste aquí? —preguntó Tomas antes de que yo pudiera preguntar algo menos ambiguo.

—Tenía planeado volver a ver a Cassie antes de que se fuera de este siglo, una vez que estuviese en posesión de un cuerpo que mantuviese a los espíritus a raya. Pero entonces se presentaron los putos magos.

—¿Te raptaron para venderte a los duendes —siguió Tomas— y desde entonces has estado aquí? ¡Pero si eso fue hace siglos!

—En realidad años —le corrigió Agnes.

—El tiempo discurre de forma diferente aquí —le recordé. Marlowe lo había dicho, pero no me había dado cuenta de lo grande que podía llegar a ser la diferencia—. ¿Estás diciendo que has estado aquí de continuo, desde que nos fuimos de Francia?

Agnes asintió con la cabeza y levantó la mano para detenerme cuando intenté decir otra cosa más.

—Si nos has visto desde entonces, no me lo cuentes. Françoise puede oírnos y no puede recibir injerencias externas que le permitan saber qué pasará con ella en el futuro.

Su futuro, pensé confundida, pero al mismo tiempo mi pasado. Había matado a un mago oscuro en el Dante hace una semana, lo cual me ayudó a escapar. O, más bien, iba a matarlo... Me empezaba a doler la cabeza.

—¿Quieres salir de aquí o no? —preguntó Agnes.

—Sí, pero hablaremos más tarde —repuse yo. Quizá entonces ya me habría repuesto de alguna de estas cosas y fuera capaz de pensar con claridad.

—Si es que hay un más tarde —añadió inquietantemente—. No te olvides de las protecciones... en menudo lío me metí para conseguirlas.

Agarró el farol y, meneando las faldas, se desvaneció por el vestíbulo. Tomas y yo nos quedamos mirando el uno al otro y después nos apresuramos a seguir sus pasos, Tomas todavía poniéndose la ropa que le había traído y yo guardándome las protecciones en todos los bolsillos que iba encontrándome en mi nuevo atuendo.

Giramos al final del vestíbulo para subir por una larga escalinata que tan solo estaba iluminada puntualmente por antorchas de baja intensidad. Al final de la escalera había otra puerta de roble macizo, pero se abrió fácilmente en cuanto Françoise le puso la mano encima. Pritkin, Billy y Marlowe estaban allí de pie alrededor de un agujero grande y redondo abierto en una pared de piedra, tras la cual había una masa de color envuelta en un caleidoscopio de luz.

—¿Están todos? —preguntó el duendecillo, sin preocuparse apenas de mirarnos—. El ciclo está casi en su punto.

Billy parecía nervioso.

—¿Cass, tú crees que seguiré en este cuerpo cuando volvamos?

—¿Vamos a volver?

—En cuanto esta cosa se vuelva azul. Pero entonces sólo tendremos unos treinta segundos para ir directos al destino adecuado. Vamos a aterrizar en el Dante, pero el Senado está a continuación en la rotación, así que tendremos que saltar rápido antes de que se vuelva rojo.

Me resultaba difícil seguir la corriente.

—¿Por qué nos vamos a ir?

—Porque vas a conseguirme algo —reverberó una voz profunda de barítono contra las paredes.

Poco a poco me di cuenta de que lo que había creído que era una columna envuelta en telas era en realidad la pierna más grande que había visto jamás. Miré hacia arriba y así me quedé durante tanto tiempo que empezó a resultar ridículo. Una cara tan grande como un reflector me lanzó un rayo de luz desde la sombra inmensidad de la sala. El techo debía de tener unos diez metros de altura y, así y todo, estaba agachado como si se fuera a dar con la cabeza de no hacerlo. Miré por segunda vez y después me quedé estupefacta sin más.

La enorme cabeza descendió para poder verme mejor. Los cabellos castaños y encrespados la ocultaban en gran medida y dejaban a la vista únicamente una nariz bulbosa y unos ojos azules del tamaño de una pelota de fútbol.

—Así que esta es la nueva pitia.

—Tenemos que llegar a un acuerdo con el rey —explicó Billy en voz baja—. Nuestras runas se han quedado gastadas hasta dentro de un mes. Pritkin intentó lanzar la Hagalaz y no funcionó: lo único que consiguió fue que la temperatura bajase unos grados y que todos acabásemos metidos en un charco de nieve derretida. Las bombas de vacíos son geniales, pero sólo contra la magia, y aquí nos sobrepasan en número con mucho. A los duendes no les hace falta gran cosa para darnos sopas con honda. Necesitamos más armas y algún que otro aliado; si no, lo único que vamos a hacer aquí es morir. Marlowe ha dado su visto bueno para que cojamos las armas del alijo del Senado cuando regresemos.

—Qué generoso por su parte. ¿Cuál es la contrapartida?

Marlowe, por una vez, no tiró de palabrería para responder. En lugar de eso, se limitó a quedarse de pie mirándome, con gesto atónico. Entonces, lentamente, se empezó a vencer sobre una rodilla.

—El Senado siempre está encantado de ayudar a la pitia —acertó a decir finalmente, después de varios intentos.

—Ella no es pitia —remarcó Pritkin, que por fin reconocía al menos mi presencia. Entonces se quedó quieto como un muerto, con la boca moviéndose, pero sin que de ella saliese sonido alguno. Una mano seguía levantada, o a medio camino de ello más bien, como si simplemente se le hubiese olvidado bajarla.

—Bella dama, ¿cómo deberíamos llamarla? —preguntó Marlowe reverencialmente.

—¡No! —Pritkin salió de su trance y se quedó mirándome a mí y al vampiro

arrodillado—. ¡Es un truco... Tiene que serlo!

Miré a Tomas, perpleja.

—¿Qué pasa?

Tomas sonrió levemente.

—Tu aura ha cambiado.

Traté de verlo por mí misma, pero no me podía concentrar lo suficiente, así que solo conseguí acabar bizca.

—¿Qué aspecto tiene ahora?

Marlowe contestó por él.

—De poder —susurró, con aire deslumbrado.

—Tienes que proclamar un título para tu reinado, Cassie —aclaró Tomas—. Tu mandato no empezará oficialmente hasta entonces. Lady Femoneo adoptó tal nombre a partir de la primera del linaje. Puedes quedarte con el mismo título si lo deseas o escoger otro.

Pritkin había vuelto a la vida y caminaba a zancadas por la habitación, lleno de furia.

—Herófila —espeté rápidamente según me salía automáticamente el nombre de mi visión. Miré a Tomas nerviosamente—. ¿Ese está bien?

La mano de Pritkin, que se había estado dirigiendo hacia mí, se paró de golpe y volvió a ponerse junto a él.

—¿Dónde está el golem? —le pregunté a Billy, sin quitarle un ojo de encima al mago. Tenía el aspecto de un ateo que acaba de recibir la visita de Dios: aturrido, incrédulo y ligeramente mareado.

—No quieras saberlo —replicó Billy, mirando fijamente al portal, con la garganta moviéndosele nerviosamente.

—¿Qué quieres decir?

El rey respondió por él. Resultaba difícil creer que, por un momento, me hubiese podido olvidar de alguien así de grande.

—Se le dio a mi mayordomo como regalo. Y él, muy generosamente, me lo prestó.

—Lo soltaron hace un par de horas —añadió Billy—. Le van a dar una hora más, después irán a por él. Tiene algo que ver con entrenar a sus perros de caza.

—¿Cómo? —estaba horrorizada—. ¡Pero podrían matarle!

—Técnicamente no está vivo —apuntó Billy—, así que no puede morir.

—¡Puede que no haya estado vivo antes, pero ahora sí lo está! —Miré alrededor en busca de alguien que refrendase mi teoría, pero no encontré a nadie. Marlowe se había colocado junto a Pritkin, con gesto de preocupación. Billy estaba mirando el remolino de color que había dentro del portal y se mordía el labio, así que tenía mis dudas de que el destino del golem ocupase un lugar preferente en su cabeza.

—¡No podemos abandonarlo! —insistí.

—Por supuesto —murmuró el rey, emitiendo un sonido tan bajo como el bramido de cualquier otra persona—, puedes salvarlo, si lo deseas.

Aquello me daba muy mala espina.

—¿Y cómo podría hacer eso?

El rey sonrió, mostrando unos dientes del tamaño de pelotas de golf.

—Haciendo un intercambio.

—Cuidado, Cass —musitó Billy—. Quiere algo de ti, pero no nos ha querido decir el qué.

—¡Silencio, despojo! —irrumpió atronador el rey—. ¡Mantén la lengua detrás de los dientes o quizá alguien te la corte!

Entonces su actitud cambió radicalmente en un santiamén y de las amenazas pasó a blandir una sonrisa angelical.

—No es más *qu'un* libro, señorita, algo insignificante —incidió el rey.

—Su destino depende de ello —advirtió el duendecillo.

De repente, Pritkín volvió a la vida.

—¿Dónde está Mac?

Me quedé mirándolo con los ojos en blanco y me di cuenta. Oh, Dios mío. Nadie se lo había contado.

El duendecillo respondió antes de que pudiera empezar a pensar en una respuesta.

—El bosque exigió un sacrificio antes de dejarnos pasar. Fue a por la chica, pero el mago se ofreció en su lugar.

Mi mirada pasó de Pritkín al duendecillo. Debía haber visto a Mac haciendo algo a propósito para atraer la atención sobre sí mismo. Mac había comprendido que el bosque no iba a dejarme marchar, que no iba a dejar de atacarnos hasta que pudiese cobrarse un sacrificio.

Por eso le dio uno.

Tomas me estrechó el hombro transmitiéndome unas condolencias silenciosas, pero apenas lo noté. Cuando nos marchamos no había sangre en el suelo. La tierra la había absorbido, había absorbido a Mac. De repente, las protecciones que tenía amontonadas en el bolsillo me empezaron a pesar como si fuesen ladrillos.

Parecía que a Pritkín la acotación del duendecillo le había dejado confundido, pero fuese lo que fuese lo que vio en mi rostro le sirvió de explicación suficiente. Sus ojos se iluminaron al comprender lo que había pasado.

—Esto lo tenías planeado —musitó con una voz extrañamente muerta—. Nos engañaste para que rescatáramos a esa... cosa y que así pudieras completar el ritual. El *geis* hacía imposible que fuese ningún otro candidato.

—Yo no planeé nada —repuse. Quería decirle lo mucho que lo sentía, deseaba decir alguna cosa que estuviese a la altura de Mac, pero mi cerebro no parecía estar operativo.

—Volviendo al libro —retumbó la voz del rey.

Miré hacia arriba buscando el rostro del monarca, confundida.

—¿Qué libro? —pregunté.

Su rostro se retorció ligeramente y me di cuenta de que estaba intentando aparentar inocencia. No parecía ser una expresión que emplease muy a menudo, a juzgar por el resultado.

—El *Códice Merlini*.

—¿Cómo?

El nombre no me decía nada, pero Pritkin se revolvió violentamente.

Marlowe parecía intrigado.

—Pero si puedes encontrar un ejemplar en cualquier librería mágica.

El rey hizo un sonido similar al de dos piedras rozándose una contra otra. Al final me di cuenta de que se estaba riendo.

—Ese no. El volumen perdido. —Me buscó mirando hacia abajo con ojos hambrientos—. Tráeme el segundo volumen del Códice y tendrás a la criatura. Tienes mi palabra.

—¡No! —me gritó Pritkin con todas sus fuerzas, mostrando un semblante atronador. Un segundo después, estaba derrapando por el suelo a resultas del brutal empujón que le había dado Tomas. Se golpeó contra la pared, pero hizo un salto acrobático hacia atrás y en cuanto recuperó la verticalidad volvió a abalanzarse sobre nosotros. Sus ojos proyectaban un frío polar y prometían repartir dolor por doquier.

—Vuelve a interrumpirme, mago, y haré que me sirvan tu hígado en la cena —advirtió el rey. Su voz no dejaba lugar a dudas de que el aviso no iba de broma. Pritkin frenó en seco.

Mi mirada pasó del rostro furioso de Pritkin al interesado de Marlowe.

—¿Qué me estoy perdiendo? —pregunté.

—El *Códice* es la... la fuente primaria, si quieres llamarlo así, el texto en el que se fundamenta toda la magia moderna —me informó Marlowe—. Fue elaborado por Merlín, en parte a partir de su propio trabajo, y en parte a partir de sus investigaciones de los textos mágicos disponibles en su época, muchos de los cuales no han llegado a nuestros días. Merlín tenía miedo de que el conocimiento se perdiera si no había nadie que lo dejase catalogado para las generaciones futuras. Pero cuenta la leyenda que sólo tenemos la mitad de su trabajo, que originariamente había un segundo volumen —prosiguió, lanzando una mirada al rey—. Incluso aunque todavía existiese, ¿qué bien te reportaría? La magia humana no funciona aquí.

—Alguna sí —replicó evasivamente el rey. Parecía que intentaba hacer ver que la conversación no le interesaba, pero no le salía muy bien, la verdad. Sus enormes ojos estaban casi danzando por la excitación que aquello le producía y las mejillas que se atisbaban sobre la barba rizada estaban sonrosadas.

—Merlín dividió sus hechizos en dos partes por razones de seguridad. Los hechizos en sí estaban en el primer volumen y los contrahechizos en el segundo. La mayoría de los contrahechizos fueron descubiertos por ensayo y error a través de los años, a excepción de un número irregular de ellos, como ese *geis* que tú tienes. Lo que quiero es...

Mi cerebro frenó de repente al escuchar la palabra mágica.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que el *Códice* contiene un hechizo para eliminar el *geis*?

—Se dice que contiene los antidotos para todos los hechizos de Merlín. Fue él quien inventó el *dúthracht*, así que debería estar allí dentro —explicó, escrutándome con la mirada—. ¿Constituye eso un incentivo adicional, vidente?

Puse mi cara de póquer y crucé los dedos para que fuera mejor que la suya.

—En parte. Pero no sé cómo puedo ayudarte. Si el libro se perdió...

—¿Eres la pitia o no? —bramó, haciendo temblar las vigas—. ¡Retrocede en el tiempo y encuéntralo antes de que desaparezca!

Me di cuenta de la impaciencia que estaba escrita en su enorme rostro y tomé una rápida decisión.

—Puedo intentarlo —admití—. Pero el precio que me ofreces es demasiado bajo. ¿Qué más me darías?

Pritkin soltó un improperio y saltó hacia mí. Su cara había adquirido un color rojo remolacha y parecía que le estaba a punto de explotar una vena. Tomas dio un paso hacia adelante, pero fue Marlowe, moviéndose como una centella, el que le cogió por el cuello hasta casi asfixiarlo. Sus ojos verdes, furiosos e impotentes, se cruzaron con los míos. Ya hablaría más tarde con Pritkin, le intentaría explicar todo, pero ahora no era el momento.

El rey parecía estar pensándose si hacer que Pritkin pasase a formar parte del menú vespertino, pero en ese momento le interrumpí.

—Estábamos negociando, su majestad, y no nos queda mucho tiempo —indicé, señalando al portal, en el que refulgía un intenso azul brillante que, al rotar, dejaba entrever fases de azul pavo real, verde azulado y azul marino sobre su superficie borrosa.

—¿Qué quieres? —preguntó rápidamente.

Después de años de observar a Tony y sus tira y afloja en las negociaciones, esto se me antojaba demasiado fácil.

—Tengo que encontrar a un vampiro —le respondí—. Se llama Antonio, aunque puede que esté usando otro nombre. Se dice que está en alguna parte del Reino de la Fantasía. Además del golem, quiero saber dónde está Antonio y que me ofrezcas una ayuda suficiente como para poder llegar hasta él. —Hasta él y hasta cualquiera que estuviese con él, añadí mentalmente—. Amén de un refugio para Tomas, aquí en tu corte, durante todo el tiempo que necesite.

—La vida del golem y el refugio son cosas fáciles —explicó el rey—, pero lo

otro... —Se detuvo, meditabundo—. Sé de qué vampiro me hablas —admitió finalmente—. Pero llegar hasta él será difícil... y peligroso.

—Tanto como encontrar tu libro —señalé.

El rey se mostró dubitativo, pero el color del borde de la espiral estaba empezando a convertirse en púrpura. Estábamos fuera de tiempo y yo era la única que podía conseguirle el libro que tanto deseaba.

—Trato hecho. Tráeme el libro y tendrás a tu vampiro.

Asentí con la cabeza y empecé a caminar hacia adelante, pero me topé con Billy, que estaba dando marcha atrás.

—Te... tengo que pensarme esto mejor —balbuceó—. Me monto en el próximo bus.

—¿Qué pasa contigo? —pregunté.

La cara se le había puesto blanca y las manos estaban dibujando formas nerviosas en el aire.

—¿Y si pierdo mi cuerpo cuando vuelva? ¡Es que acabo de recuperarlo, Cass!

—¡Hace sólo un poco tu preocupación era qué pasaría si te quedabas!

—Y ahora me preocupa lo que me pueda pasar si me voy. —Parecía realmente aterrizado—. ¡No tienes ni idea de lo que puede haber a través de eso!

—¡Billy! ¡No tenemos tiempo para esto! Ya has atravesado el portal para venir.

—¡Exacto, y mira lo que traje consigo! ¡Piénsalo, Cass!

No tenía ni idea de qué estaba hablando y no tuve ocasión de enterarme.

—Métete en el portal, despojo —ordenó el duendecillo—. Aquí no necesitamos a gente de tu calaña.

—No te metas en esto, muñeca de juguete —advirtió Billy, apartándosela con el sombrero.

De repente, una nube borrosa salió disparada delante de nosotros, dirigiéndose a toda prisa hacia el portal. Apenas me dio tiempo a darme cuenta de que era Françoise antes de que una luz cegadora centellease y la mujer desapareciese. El rey soltó un bramido encolerizado.

—¡Traédmela aquí inmediatamente! —ordenó.

El duendecillo desenvainó su minúscula espada. Yo ya había visto lo que podía hacer con ella, pero Billy no y ni siquiera se molestó en esquivarla. Uno de los lados de la espada le dio en el estómago, hasta el punto que llegó a levantarle del suelo y le acabó apartando hacia atrás. Tuve la ocasión de ver sus ojos abiertos como platos por la impresión que aquello le produjo y después desapareció. El duendecillo salió volando detrás de él y se metió en el portal, y sus fognazos se sucedieron tan rápidamente que parecieron casi uno solo.

Me di la vuelta y vi que Pritkin había caído de rodillas, mientras Marlowe seguía a su espalda. Cuando ya me estaba dirigiendo hacia allí para intervenir, de

repente Pritkin le asestó un golpe al vampiro en la sien y, al mismo tiempo, le clavaba salvajemente el otro codo en las costillas. Marlowe le soltó y salió dando tumbos hacia atrás, justo en dirección hacia la vorágine. Pritkin se quedó en el suelo un segundo, con una mano sujetándose su maltrecha garganta, tratando de recobrar la respiración. A juzgar por sus resuellos jadeantes, parecía que la llave de Marlowe había estado a punto de estrangularlo.

—Cassie, tienes que irte —urgió Tomas. Se detuvo, con una expresión extraña, mezcla de ternura y dolor—. Procura que no te maten.

—*Seh*. Lo mismo digo.

Habría preferido tener tiempo para despedirme, pero no quedaba ya. Lo besé rápidamente, empecé a correr y me arrojé hacia el remolino de color. En el último segundo, Pritkin se zambulló detrás de mí. Hubo un foganazo de luz, luego otro, y finalmente solo oscuridad.

Volví en mí porque me reverberaba un latido en la cabeza. En ese momento me di cuenta de tres cosas a la vez: que estaba otra vez en el Dante, que la palpitación que hacía que me retumbara la cabeza procedía de unos enormes altavoces disfrazados de gigantescas cabezas *Tiki* y que Elvis tenía mal aspecto de verdad, incluso para ser alguien que estaba muerto. Pestañeé y Kit Marlowe me puso una bebida en la mano.

—Trata de pasar desapercibida —murmuró, mientras Elvis empezaba a entonar el estribillo de *Jailhouse Rock*.

Miré a mi alrededor aturdida, pero me resultaba difícil concentrarme en otra cosa que no fuera aquel hombre enorme ataviado con lentejuelas blancas que se contoneaba en lo que suponía que debía de ser un ritmo con encanto. La bala que le acababa de arrancar el cuero cabelludo era de gran calibre y no me parecía que el tupé de emergencia se estuviese sujetando demasiado bien. Así y todo, no parecía que las chicas que tiraban de todo sobre el escenario, desde llaves de habitación hasta ropa interior, se estuviesen enterando de la situación. Supongo que el amor es ciego de verdad.

Quería preguntar qué estaba ocurriendo allí, pero mi cerebro y mi boca no parecían estar conectados. Me senté e inicié un ligero balanceo sobre la silla. La mitad del público estaba haciendo lo mismo, pero sus movimientos eran una imitación inconsciente de la actuación y no se debían, como era mi caso, a que tuvieran un concepto difuso de cómo ponerse para mantener la verticalidad. ¿Qué me estaba pasando? Apenas me había invadido ese pensamiento cuando me acordé: el portal. A diferencia de la imperceptible transición que había experimentado al llegar a la *MAGIA*, esta sí que me había dejado huella de verdad. Seguro que era cosa de Tony, que había racaneado todo lo que había podido al construir el portal del Dante. A juzgar por cómo me dolía la cabeza, seguro que había elegido la versión sótano-ganga porque no se había esperado tener que utilizarlo nunca él mismo. Sólo por eso deseé con todas mis fuerzas que a él también le hubiese provocado unas migrañas de campeonato.

Marlowe se quitó de la oreja un tanga azul de encaje, una de las ofrendas al dios del *rock and roll* que no había conseguido llegar al escenario, y la arrojó por

encima de su hombro.

—Tenemos un problema —musitó innecesariamente.

Alcé una ceja. ¿Qué había de nuevo aparte de lo que ya sabíamos? Marlowe empleó su agitador para empujar la cabeza encogida al tamaño de un puño que estaba situada en el centro de la mesa. El hecho de que aquella cosa tan fea estuviese asentada sobre un hermoso nido de hojas de palma de un color verde oscuro y aves del paraíso naranjas no servía en absoluto de ayuda. Entonces un ojo arrugado, con la forma de una pasa, se abrió de mala gana y se giró hacia donde estaba Marlowe.

—¿No puede esperar? Ésta es mi canción favorita.

—Necesito una copa —replicó Marlowe lacónicamente—. Otra de lo mismo.

La cabeza cerró los ojos, pero su boca continuó moviéndose.

—¿Qué... —Hice una pausa para tragar saliva porque me daba la impresión de que el tamaño de mi lengua era el doble del normal y, tras eso, volví a intentarlo—. ¿Qué está haciendo?

—Comunicándose con la barra —respondió Marlowe, mirando subrepticamente a su alrededor.

—Creo que me voy a desmayar ahora mismo —le informé.

Marlowe me lanzó una mirada de reprobación.

—No puedes. El Círculo nos tiene rodeados. Dos de sus espías nos han visto llegar y ahora todos los que se habían ido del casino se han venido para aquí. Están demasiado preocupados por las defensas internas y tus capacidades como para intentar hacer nada sin refuerzos, así que tenemos unos minutos, pero nada más. Tienes que estar lista para moverte.

—¿Moverme hacia dónde? Has dicho que estamos rodeados.

—Casanova está preparando algo para despistarles, pero de momento lo único que podemos hacer es quedarnos aquí sentaditos. Y tomarnos algo —añadió, mientras yo trataba valientemente de evitar caer redonda—. El alcohol normalmente ayuda en estos casos.

Asentí con la cabeza, pero sus palabras dejaban menos huella en mi abrumado cerebro que la pequeña cabeza que parloteaba en el centro de la mesa. Ya había acabado de hablar con la barra y ahora estaba canturreando al son de la música, lo cual no dejaba de ser todo un logro tratándose de una pieza de plástico. Supongo que los turistas normales pensaban que había una especie de micrófono encendido dentro de ellas y que era a través de este sistema como transmitían sus pedidos, pero yo sabía qué eran en realidad. Ya había visto una cabeza de estas antes.

Estábamos en el bar zombi del Dante, conocido como el Camerino de los Artistas por su horripilante decoración y sus estrellas de primer nivel, trágicamente fallecidas todas ellas, eso sí. Por mis experiencias anteriores sabía que las cabezas que hacían las veces de centro de mesa eran falsas, pero no por

la razón que los turistas pensaban. Eran copias encantadas diseñadas para tener la apariencia de la única original que había en aquel sitio, cuyos restos deshidratados estaban suspendidos entre dos máscaras de madera tallada que había detrás de la barra. Se rumoreaba que pertenecía a cierto jugador que no tuvo suficiente inteligencia como para pagar a tiempo una apuesta perdida. Una vez oí cómo advertía a un tipo que en ese casino quien se jugaba el dinero que no tenía iba de cráneo. Supongo que lo de «de cráneo» era literal.

La mujer que había tirado el tanga, una rubia pechugona que se encontraba a unos dos kilos de precisar otro adjetivo, agarró su pertenencia del suelo y le lanzó a Marlowe una mirada de odio. Acto seguido se puso junto al escenario y empezó a agitar la minúscula pieza de encaje como si fuera un pañuelo, pero los ojos de Elvis estaban demasiado vidriosos como para percatarse de nada. Tenía la cara del color de una pared de cemento enmohecida y el tupé negro azabache se le había corrido hacia la derecha, dejando al descubierto una hilera de carne de un color blanco verdusco por encima de su oreja izquierda. Por suerte, la siguiente canción era *Love Me Tender*, así que no hacía falta que se contonease tanto. Después de todo, cabía la posibilidad de que el tupé le aguantase toda la noche.

La cabeza dejó de tararear en cuanto acabó la canción y volvió sus ojos hacia mí.

—¿Te sabes el del cómico que hizo un monólogo en una fiesta de hombres lobo? —cotorreó. Marlowe y yo lo ignoramos—. ¡Se tuvo que dejar la piel para conseguir que se rieran!

Un camarero zombi vestido con una camisa hawaiana que no pegaba para nada con su piel grisácea y unas bermudas que dejaban a la vista sus piernas arrugadas se abrió paso entre las mesas caminando en nuestra dirección. Observé cómo se acercaba y me di cuenta de que, sin percatarme de ello, me había acabado el Martini que me había dado Marlowe. El alcohol parecía haber ayudado algo a mi cabeza, pero no a mi estado de ánimo, que empeoraba a cada minuto que pasaba. Tenía una buena razón para ello: Tomas estaba en lo cierto, el *geis* seguía allí.

Aquella presión miserable y constante estaba de vuelta. Podía sentirla, como un cordel resplandeciente que tiraba de mí desde la MAGIA a través del desierto. Traté de fortalecer mis escudos, pero aquellos hilos brillantes se colaban a través de ellos. Al menos esta vez no había dolor insoportable. Tal vez convertirme en pitia me había hecho ganar algo, después de todo, o tal vez el *geis* sólo necesitaba tiempo para equilibrar mi nuevo nivel de poder. En cualquier caso, se agradecía aquel respiro.

—¿Dónde están los demás? —pregunté. Billy podría sernos de gran ayuda para saber cuándo iban a llegar los refuerzos del Círculo.

—No he visto al duendecillo ni a la chica. Pero el mago atravesó el portal

contigo —apuntó Marlowe, sin quitar ojo a las seis figuras que habían asomado la cabeza a cada lado de la entrada.

Todos estaban ataviados con unos abrigos largos de piel que hasta con el aire acondicionado debían de resultar asfixiantes. Abrigos que parecían copias del de Pritkin. Ahora que me daba cuenta, había varios más en una posición similar cerca de la pequeña salida lateral.

—Me lo encontré inconsciente y lo dejé guardado bajo llave en la parte de atrás —continuó Marlowe.

—Eso no le mantendrá a salvo mucho tiempo —repuse.

—Cassie, si nos quedamos aquí mucho tiempo, Pritkin será la menor de nuestras preocupaciones.

El camarero dejó una bandeja de Martinis y un platito de aceitunas sobre la mesa. Marlowe se apropió de la bandeja y me dejó únicamente un coco que habían tallado de tal manera que se parecía enormemente a una de las cabezas encogidas. La piña colada de su interior posiblemente había tenido una botella de ron sobrevolando el agujero en algún momento, pero el caso es que nadie había acabado de verter el alcohol en su interior. Solté un suspiro y me la bebí de todos modos.

—Venga, va, ahora una adivinanza —balbuceó la cabeza—. ¿Cuál es el mejor camino para llegar al corazón de un vampiro? —Se paró unos segundos—. ¡La caja torácica!

La rubia grandullona, que se había vuelto cada vez más estridente en sus intentos por captar la atención del Rey, decidió finalmente liarse la manta a la cabeza y llegar a gatas hasta el escenario. A pesar de llevar tacones de aguja, consiguió colocarse a escasos centímetros de Elvis antes de que el personal de seguridad del bar, discretamente ataviados todos ellos, la interceptaran. Casanova, que estaba de pie junto al escenario, evitó la posible debacle mandando al frente a un apuesto latino. Aquel hombre, que sin duda estaba poseído por un incubo, se llevó a la mujer fuera del bar con una sonrisa que encerraba la promesa de hacer que se olvidase por completo de cualquier estrella de rock fallecida.

—Si eso era lo que Casanova tenía pensado para despistar, no hace honor a su reputación en absoluto.

—No era eso. —Marlowe parecía seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, o mucho me equivoco, o la caballería ya está aquí.

Seguí su mirada hasta llegar a un trío de griegas terriblemente viejas que acababan de aparecer en escena, blandiendo regalos en alto. No habían entrado por la puerta principal, donde los magos allí presentes ya se habían puesto en tensión nada más verlas aparecer, sino que habían usado la entrada lateral cercana a la barra. Los guardias de esa puerta habían desaparecido. Uno de los

camareros, ataviado únicamente con un salacot y un minúsculo par de pantalones cortos color caquí, avistó al trío y derramó media botella de Chivas sobre la barra antes de darse cuenta.

—Vaya, vaya, así que tenemos un público durillo, ¿eh? —insistió la cabeza—. Vale, ¿os sabéis el del tipo que se quedó sin dinero para pagar a su exorcista? El tío se quedó poseído y sin posesiones. ¡Ja! Venga, éste sí que sí, ¡no me digáis que no es gracioso!

—No es gracioso —espetó Marlowe, desdoblado su servilleta.

—¡Oye, espera! ¡Me sé miles de ellos! ¿Y el de...

Afortunadamente, las pesadas dobleces de algodón de la servilleta interrumpieron a aquella cosa antes de que le pegara una patada que le hiciese salir volando por la sala.

Dino se acercó a nuestra mesa con una sonrisa desdentada.

—¡*Liz'umpleaños!* —vociferó.

Me quedé mirándola sorprendida: eran las primeras palabras que le oía decir en nuestro idioma y resultaba obvio que estaba orgullosa de sí misma por aquello. Hasta yo hubiese sido más entusiasta si su felicitación no hubiese venido acompañada por un cubo de entrañas sangrientas que me soltó encima de la mesa, justo debajo de la nariz.

Miré a Marlowe aterrorizada.

—Por favor, dime que no son...

—No son humanas —certificó, olfateando el contenido—. Son de vaca, creo.

A continuación, Penfredo dejó caer sobre la mesa un periódico lleno de fichas de casino. Ninguna era como las rojas y azules que yo había utilizado: la mayoría eran negras y había algunas de color púrpura de las de quinientos dólares esparcidas por aquí y por allá. Con un solo vistazo conté más de cuatro mil dólares. Cerré los ojos de desesperación: ya solo me hacía falta que la policía humana también me estuviese siguiendo la pista. Para no ser menos, Enio colocó una tarta de tres pisos junto a los otros dos regalos. Estaba cubierta por algo viscoso y verde, que supuse que teóricamente era el glaseado. Llegué a la conclusión de que era mejor no preguntar por qué olía a pesto.

Dino vació la piña colada que quedaba en mi coco y lo rellenó con una ración generosa de sangre y tripas. Le pegó un empujón hasta colocármelo debajo de las narices y me volvió a bramar.

—¡*Liz'umpleaños!*

Por lo menos conseguí que no me dieran arcadas.

—¿Por qué hacen esto? —le pregunté a Marlowe, al que aquello parecía darle tanto asco como a mí. Los vampiros no beben sangre animal. No les hace nada y muchos la encuentran repugnante.

—Si tuviera que imaginarme algo, te diría que te están haciendo una ofrenda. En el mundo antiguo, eran comunes los sacrificios de sangre. Si yo fuera tú,

estaría dando gracias por que no hubieran convertido a una virgen en rebanadas encima de la mesa. Quizá es que no encontraron ninguna en Las Vegas.

—Ja, ja. ¿Y qué se supone que tengo que hacer con...

No pude decir más. Si aquello no me hubiera estado dando tanto asco, seguro que me habría dado cuenta antes de que el zombi de Elvis se había parado a la mitad de una mediocre interpretación de All Shock Up y ahora estaba intentando bajar del escenario.

En ese momento Marlowe se incorporó.

—¡Tenemos que deshacernos del cubo!

Miré a mi alrededor y vi un panorama lleno de mesas muy juntas unas de otras y repletas todas ellas de turistas que ignoraban lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo?

Elvis se había deshecho del puñado de agentes de seguridad que le habían salido al paso y se encaminaba hacia nuestra mesa. Sus ojos habían perdido su aspecto embotado y se habían llenado de un hambre feroz al centrar sus miras en el cubo sangriento. Entonces uno de esos guardias con más músculo que cerebro le cogió por el hombro y trató de hacerle dar la vuelta. Lo único que consiguió fue acabar de quitarle el tupé, lo que dejó a la vista la parte superior de un cerebro al descubierto. Supongo que los tipos que se encargaban del vudú para Casanova se habían visto un poco desbordados de trabajo después del reciente asalto y habían escatimado algún que otro esfuerzo en las labores de reparación. Lo cual probablemente no había sido una buena decisión en términos de negocios.

Ver a un zombi con la cara gris y la quijada abierta de par en par mirando ferozmente mientras los sesos bañados en sangre no dejaban de latirle fue suficiente para que los ocupantes de las mesas más cercanas perdieran los nervios. Varios de ellos empezaron a soltar gritos y acabaron formando una estampida en la que todo el mundo se chocaba con las sillas y entre sí mismos invadidos como estaban por unas ganas locas de huir de allí como fuese. Otros clientes, que estaban demasiado lejos como para que aquello les afectase del mismo modo, empezaron a aplaudir, dando por sentado que aquello era parte de la función nocturna. Me preguntaba si seguían pensando lo mismo después de que Elvis engullera los entremeses y empezara a buscar el primer plato.

—¡Cassie! —tenuemente, como si fuera el eco de un eco, escuché la voz de Billy. Miré a mi alrededor, pero no pude verlo en medio de aquel alboroto.

Marlowe me arrastró hacia atrás, pero todavía no había recuperado el sentido del equilibrio, así que acabé perdiendo pie. Me agarré a la mesa, tratando de estabilizarme, mientras Elvis le echaba mano al asa del cubo. Dino soltó un chillido y agarró su ofrenda, dando pie así a un furioso tira y afloja. Por culpa del dichoso jueguecito, el tablero de la mesa, consistente únicamente en un círculo de vidrio que reposaba sobre la parte superior de la sonriente cabeza de *Tiki*, se

puso perdido de sangre. El precioso vestido de Françoise quedó salpicado de coágulos de sangre, así que agarré instintivamente una servilleta para limpiárselo hasta que un vampiro enfurecido me detuvo.

—¡Olvidate de eso! —Marlowe me dio un pequeño empujón—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Le señalé a la riada de magos que empezaban a aparecer por la puerta. La nuestra no era la única caballería que asomaba por el horizonte.

—¿Cómo? —grité.

—¿No puedes saltar en el tiempo?

Entonces me di cuenta de que ya no había ninguna razón para no usar mi poder. Me gustase o no, era pitia. Asentí con la cabeza, pero antes de que pudiese formarme una imagen mental de la calle que había fuera del casino, escuché de nuevo la voz de Billy, y parecía estar desesperado.

—¡Billy! ¡Métete aquí!

—¿Qué pasa? —preguntó Marlowe

—¡Cállate! —Ya resultaba suficientemente difícil escucharlo así, como para encima tenerle bramando en mi oído. Billy había dicho algo más, pero no lo pude oír bien.

—¡No hagas ningún salto en el tiempo! Estoy atrapado.

—Dice que está atrapado —le comenté a Marlowe, justo en el momento en el que la rubia conseguía soltarse de su captor y corría ansiosa para acercarse a su ídolo. Un guardia la interceptó y, en su intento de escaparse, acabó poniéndome la zancadilla. Perdí el equilibrio y me caí justo en el momento en el que una bola de fuego de uno de los magos pasó silbando por encima de la cabeza. A mí no me llegó a dar por los pelos, pero a Marlowe le dejó el jubón en llamas antes de acabar impactando contra la barra *Tiki*, que quedó destrozada. El vampiro se quitó la prenda en un abrir y cerrar de ojos, y después empezó a mirar frenéticamente a todos lados en busca de algún sitio donde poder arrojarla sin crear más complicaciones. El fuego mágico prende como un fósforo, así que las opciones eran bastante limitadas. Marlowe solventó el problema volviendo a lanzar la bola de fuego al sitio del que había salido, pero acabó descomponiéndose al entrar en contacto con los escudos de los magos.

No parecía que Marlowe estuviese herido, pero ya había sacado los colmillos y la furia se le dibujaba en los ojos.

—Esto se va a poner muy caliente dentro de nada, Cassie. No se me ocurre un momento mejor para que salgamos de aquí. Ya se reunirá el fantasma con nosotros más tarde.

Billy debió escuchar aquello, porque empezó a chacharear como si se hubiera vuelto loco. La mayor parte de las cosas que decía me resultaron indescifrables, pero sí que capté la idea que subyacía bajo aquel parloteo.

—Billy dice que no nos vayamos.

Marlowe parecía incrédulo, pero mi cara debió advertirle de que no debía discutir conmigo.

—Quédate aquí. Voy a por una cosa —espetó abruptamente antes de desvanecerse en una mancha de color.

Me quedé acurrucada bajo la mesa para evitar a la multitud que se batía en estampida. A través del tablero transparente pude ver que la rubia había conseguido finalmente abrirse paso hasta llegar a su ídolo, con un gesto de fervor en el rostro. No me quedó más remedio que aceptar que estaba borracha o ciega de remate, porque su objeto de devoción tenía una pinta que daba un miedo de cojones. No parecía que aquellos ojos encendidos, esos sesos palpitantes y aquella boca que no dejaba de salivar pudiesen atraer a alguien como ella, pero de todos modos siguió abalanzándose hacia él y, justo en ese momento, Dino tiró del cubo con gran fuerza y lo hizo saltar por los aires. La fuerza del movimiento provocó que el contenido acabase cayendo por encima de la mujer, lo que la dejó empapada de arriba abajo y con lo que parecía un trozo de hígado trabado entre su escote.

La mujer pegó un grito, la peor reacción posible, porque consiguió captar la atención del zombi. Después de oír aquello, Elvis dejó de prestar atención a Dino, que vociferaba algo en un lenguaje desconocido y le daba golpes con el cubo en la cabeza una y otra vez. Pero Elvis ya había cambiado de objetivo y ahora prefería centrarse en la chica empapada de sangre.

Casanova estaba tratando de evacuar el salón y mantener la pelea al margen de los normales que quedaban allí dentro.

—¡Traed a los malditos *bocores* aquí! —le escuché gritar, justo en el momento en el que tres miembros del personal de seguridad se echaban encima de Elvis. El zombi cayó sobre el suelo cubierto de sangre y se quedó a un metro escaso de mí, con la mujer debajo de él. Dondequiera que estuviesen los especialistas en vudú que normalmente se encargaban de controlar sus actos, no parecía que se estuvieran dando suficiente prisa como para evitar que la rubia se acabase convirtiendo en el aperitivo de medianoche del Rey.

—¡Ayudadla! —les grité a las Grayas.

A Enio no hizo falta que se lo dijera dos veces. En un abrir y cerrar de ojos se transformó del modo viejecita al de su álter ego, envuelta siempre en su propio manto de sangre. Se supone que tal envoltura contenía despojos de todos los enemigos que había masacrado. El caso es que, ya fuera por la variedad o por la ingente cantidad de los restos, consiguió captar la atención del zombi. Acto seguido Elvis volvió a incorporarse de nuevo, a pesar de tener a tres guardias de seguridad colgados de él. Pese a todo, siguió sin soltar a la mujer; la cogió bajo el brazo y empezó a andar a tientas hacia su nueva presa.

Al ver mi mirada de desesperación, Penfredo salió a por él, le arrebató a la chica y se la pasó a Dino antes de saltar sobre la espalda del zombi. A

continuación, Elvis empezó a emitir un siseo que no sonaba nada musical, lo cual se debía a que Penfredo había aprovechado su nueva posición para comenzar a remover el interior de su cráneo abierto mientras arrancaba a puñados sesos envueltos en sangre. Enio se limitó a mantenerse fuera del alcance de aquella criatura tambaleante mientras la obligaba a seguir su zigzag entre las mesas. Mientras tanto, su hermana proseguía con su lobotomía improvisada.

Marlowe apareció de repente detrás de mí, con el pelo alocado y los pantalones chamuscados, pero intacto por todo lo demás. Lo agarré por la pechera con ambas manos.

—¡Dime que tienes un plan!

—Hay una trampilla bajo el escenario, tan solo tenemos que asegurarnos de que ningún mago nos ve meternos por ella.

No me parecía que aquella fuese la cuestión. No es que los zombis fueran unos virtuosos desplegando técnicas de combate, pero al menos sí sabían cómo resistir. Mientras Marlowe me describía nuestra vía de escape, un mago atravesaba con su brazo el vientre de nuestro camarero. Con todo, y a pesar de que el puño del mago le salió al camarero por el otro extremo del cuerpo, ni siquiera consiguió ralentizar el ritmo del zombi. Elvis, por otro lado, o bien se había cansado o bien había perdido tanta capacidad cognitiva que se había olvidado de lo que había estado haciendo. El caso es que se quedó parado sin más, a unas tres o cuatro mesas de distancia. Enio y Penfredo lo dejaron a un lado y se centraron en los magos, dejando que fueran los nuevos efectivos de seguridad los que se encargaran de lidiar con el Rey.

Casanova se puso al frente del jefe del escuadrón.

—¿A qué esperáis vosotros dos?—chilló con una voz nada sexi—. ¡Vamos!

—Voy a revisar la salida para asegurarme de que no hay sorpresas—dijo Marlowe, deslizándose entre la multitud. Cuando ya me disponía a seguirle los pasos, no pude evitar quedarme paralizada al ver aparecer a alguien con quien no me apetecía encontrarme en absoluto. Allí estaba Pritkin, con la mirada furiosa, de pie entre los restos humeantes de la barra, escrutando la sala. Los pantalones bermellones de Marlowe debieron captar su atención, porque su mirada se quedó clavada en él y, un segundo después viró hacia mí.

O-oh.

Casanova siguió la dirección de mis ojos y profirió algo un poco más fuerte. Acto seguido me lanzó una mirada de pánico.

—¡Mircea me ordenó que te ayudase, pero hay ciertos límites! Encerrar al mago en un despacho mientras se recuperaba era una cosa, pero no puedo infligir dolor de verdad. ¡Eso ni aunque me amenacen con clavarme una estaca!

Me quedé mirándolo.

—¿De qué estás hablando?

No hubo respuesta, porque varios magos consiguieron franquear la barrera de

no muertos y dirigieron sus pasos hacia nosotros. Casanova se movió hacia donde estaba su personal de seguridad, la mitad de los cuales eran vampiros, para interceptar a los magos, pero lo sujeté por el brazo.

—¿Cuándo has hablado tú con Mircea?

—Llamó hace unas horas, después de que montases tu pequeño numerito en la MAGIA. Me dijo que si había hablado contigo y después me preguntó que de qué habíamos hablado. Así que se lo conté todo. —Al ver mi expresión, la suya se volvió aún más irascible—. ¿De verdad esperabas que mintiera? Tal vez esté sirviendo a dos maestros, Cassie, pero intento hacerlo bien.

Con aquel comentario tan críptico, se largó, dejando que fuera yo quien me ocupase de Pritkin por mi cuenta. Evalué mentalmente el estado del camino hasta el escenario y llegué a la conclusión de que no podría abrirme paso hasta llegar allí. Las mesas que no estaban en llamas, estaban volcadas, e incluso había unas pocas que habían empezado a derretirse ante el maremágnum de hechizos, gracias a lo cual empezaba a haber cristal fundido por todas partes.

Estaba claro; a pesar de la advertencia de Billy, iba a tener que dar un salto en el tiempo para sacarnos de allí. Invoqué mi poder, pero su reacción fue muy floja. No estaba segura de si aquello tenía que ver con el hecho de que el portal me hubiese dejado la cabeza nadando en un mar de confusión o con que estuviera viendo el rostro de Pritkin abriéndose paso a tortas en medio del caos. En cualquier caso, si no conseguía concentrarme mejor, estaba jodida.

Noté unos toquécitos en el hombro y, al darme la vuelta, me encontré a Dino con una sonrisa de oreja a oreja. Sus hermanas estaban ocupadas enfrentándose a los magos de la guerra con un regocijo descarado, pero ella se había pegado a mi lado como una lapa. Seguía sujetando a la rubia sollozante y medio loca, y al final me la acabó tirando encima.

—¡'Liz'umpleaños! —exclamó contenta. Según parecía, estaba encantada de haber podido encontrar un sustituto al regalo que me había preparado en primera instancia y que el zombi le había chafado. Meneé la cabeza violentamente. Un sacrificio humano no estaba en mi lista de preferencias.

—¿Sabes por qué las momias no salen de marcha? —preguntó una voz sofocada desde debajo de la servilleta de Marlowe—. Por si no encuentran a nadie que les siga el rollo.

La muchacha, que acababa de desplomarse en medio de un marasmo de temblores, tuvo la feliz idea de tratar de escapar a gatas. Dino observó con gesto exasperado cómo su regalo trataba de huir y aquella pérdida momentánea de concentración le bastó a Pritkin para saltar a por ella y acabar estampándola a toda velocidad contra el grupo de altavoces que había allí cerca. Por un instante me lanzó una mirada fulminante, pero estaba demasiado ocupado lanzando una bola de fuego hacia las espigadas cabezas que se le acercaban como para preocuparse de mí. Acto seguido las cabezas explotaron generando una lluvia de

astillas en llamas y de piezas mecánicas volantes que se dispersaron por el escenario, lo que bastó para chafar las tablas recién brillantadas y dejarla salpicada de marcas chamuscadas. Las llamas convirtieron la zona que rodeaba los altavoces en una hoguera que rápidamente se extendió hacia el piano cercano.

Antes de que pudiera gritar, la cabeza sollozante de Dino asomó entre la masa de objetos en llamas. No parecía haber hecho mucho más que chamuscarse, pero tenía pinta de estar realmente enfadada. Un segundo después, pude comprobar cuál era el horrible talento especial que tenían las Grayas y yo no conocía. No es que Dino cambiase de forma ni que hiciese que Pritkin se disparase a sí mismo, como me había esperado en parte. Simplemente clavó sus ojos ciegos sobre él y Pritkin se quedó parado como si estuviera muerto, como si se hubiese topado con un muro invisible. Tiró al suelo la pistola que había cogido, presumiblemente para usarla contra mí, y se quedó con la mirada perdida en medio de la sala. No parecía que estuviese herido, era más bien como si simplemente no supiera dónde estaba, o siquiera quién era. La parte superior del piano en llamas se derrumbó provocando una explosión musical a sus espaldas, pero Pritkin ni se inmutó.

Dino les dio una patada a las estatuas en llamas que se interpusieron en su camino y se dirigió hacia donde estaba yo. Un mago le lanzó una bola de fuego aprovechando que estaba cerca de ella y Dino se giró hacia él con cara de pocos amigos. Acto seguido le dio unos toquecitos a Pritkin en el hombro y, cuando se dio la vuelta, lo tumbó de un golpe. Como se puso tan cerca de mí, pude ver que esos huecos de piel arrugada que tenía no estaban tan vacíos como yo creía. En su interior se alojaba una neblina oscura y turbia que no se podían llamar ojos ni por asomo, pero que de alguna manera daban la impresión de que le servían para ver.

—Ese truco debe venir realmente bien en medio de un combate —musité, sobrecogida. Debe de resultar difícil lanzar un hechizo cuando no puedes siquiera recordar cómo se hace, o ni siquiera por qué estás peleando. Dino lo celebró con regocijo—. ¿Se le pasará?

Dino me dio largas encogiendo los hombros, después me besó en la mejilla y me masculó un nuevo «*Liz'umpleañós*» al oído antes de salir caminando al encuentro de sus hermanas. Los magos habían hecho pedazos a los zombis, cuyos cuerpos mutilados aún se movían esparcidos por el suelo que había alrededor de la puerta, y ahora se las estaban viendo con los vampiros. Sin embargo, me daba la sensación de que iban a cambiar las tornas.

Traté de seguir el ejemplo de Marlowe, pero de repente Pritkin volvió en sí. Mi mirada pasó de sus gélidos ojos verdes a la pistola que acababa de recuperar.

—Los de mi linaje tenemos una ventaja —siseó—. Los juegos mentales no funcionan con nosotros.

Decidí que era mejor que ni me molestase en intentar entablar un diálogo. Saqué la pierna a paseo y le di en toda la rodilla. En circunstancias normales, probablemente no le habría hecho nada; pero el factor sorpresa, combinado con el manantial de sangre y entrañas resbaladizas que había en el suelo bastó para derribarlo. Tras el golpe, Pritkin salió despedido hacia las mesas apiladas, tumbándolas como si fuese una bola estrellándose contra un juego de bolos. Los tableros de cristal macizo cayeron por todas partes y algunos de ellos fueron a parar a los laterales, pero otros aterrizaron justo encima de él.

Los hechizos naranjas y flameantes volaban ahora con fuerza y a toda pastilla. El último impactó contra la parte superior del escenario, lo que envolvió en llamas el telón de seda que sobresalía ligeramente. Aquello fue la gota que colmó el vaso para aquel escenario de bambú, pues acto seguido se derrumbó como si fuera un Mikado gigante. Si me libré de acabar aplastada fue solo porque conseguí guarecerme bajo una de las pocas mesas que quedaban en buen estado. Me daba miedo que la cubierta de cristal no fuese a soportar aquello, pero ninguna de las columnas maestras la golpearon y el resto se limitó a caer sobre ella sin llegar a quebrarla.

Cuando volvía mirar hacia arriba, Pritkin había desaparecido. Me pareció ver el vestido verde brillante de Françoise por un momento, cerca de la entrada principal, pero entonces se perdió entre el humo negro que inundó las ruinas del club nocturno. Con todo, sí que pude ver otro rostro familiar.

—¡Billy!

La silueta casi transparente de un vaquero había aparecido por la puerta principal. Casi en ese mismo momento me vio a mí y una mirada de profundo alivio le invadió el rostro. Sus ojos se quedaron clavados en mí. Estaba a punto de preguntarle dónde se había metido; pero, sin mediar palabra, se metió dentro de mi piel. En lugar de un saludo o algo, lo único que obtuve fue un parloteo histérico e ininteligible. Después pude ver brevemente lo que acontecía en el fragor de la batalla principal y me olvidé de él.

Casanova arrojó al mago al que había estado estrangulando contra otros dos, después me avistó y pegó un grito. En medio de tanto ruido, no podía oír bien lo que decía, pero tampoco me hacía falta: era obvio cuál era el problema. Las Grays habían abandonado el edificio.

Hice una rápida encuesta mental y me di cuenta de que, hasta hacía unos pocos minutos, Dino era la única que no me había salvado la vida. Enio había mantenido a los magos a raya en el local de Casanova, Penfredo me había ayudado en la cocina justo después y finalmente Dino se había encargado de convertir aquel doblete de salvaciones en un juego de niños. Habían saldado su deuda, así que a partir de ahora tendría que apañármelas yo sola. Casanova estaba gritando algo de nuevo, mientras se esforzaba por tratar de contener a los tres magos a la vez. Seguía sin poder oírle, pero al leerle Los labios una palabra

se dibujó con nitidez: « ¡Vete!»

Asentí con la cabeza. Las Grayas eran responsabilidad mía, pero tendrían que esperar a que llegase su turno. No estaba segura de si era ya el momento de dar el salto en el tiempo o no, y tampoco Billy me estaba ayudando a aclararme. Empecé a huir a gatas, pero enseguida noté que algo me agarraba con fuerza por el pie. Era Pritkin, que se estaba abriendo paso entre la maraña de mesas con una mano y me estaba sujetando con la otra. ¡Joder!

—¡Cassie!

Me di la vuelta al escuchar una voz tan familiar y vi las greñas rizadas de Marlowe asomando bajo los escombros del escenario. No tenía ni idea de qué seguía haciendo allí. Había fuego por todas partes y los vampiros tenían el mismo punto de inflamación que cualquier líquido combustible. Marlowe me hizo señas para que me quitara de en medio y me tiré al suelo sin hacer más preguntas. Al mirar hacia atrás, llegué justo a tiempo para ver que una mano invisible levantaba a Pritkin del suelo y lo arrojaba contra la masa de mesas volcadas, cerca del foco principal de la batalla. Por todo el escenario seguían lloviendo trocitos de seda verde en llamas, creando un campo de minas de fuego mágico. Aquello era tan peligroso para mí como un fuego normal para un vampiro, así que no me podía arriesgar.

Miré rápidamente a mi alrededor, pero no había más opciones. La pelea que estaba teniendo lugar a mis espaldas descartaba directamente la entrada principal, la parte de atrás no tenía salida y la salida lateral estaba en llamas porque una bola de fuego había alcanzado la cortina de bambú que colgaba de ella y había prendido no solo la tela, sino también la mitad de la pared. Como no me quedaban más alternativas, recurrí a lo único que me quedaba y volví a invocar mi poder.

Esta vez llegó presto, surgiendo desde debajo de las yemas de mis dedos como si alguien hubiese abierto una compuerta. Casi me mareo de alivio, pero me recompuse y traté de pensar en cuál sería el mejor sitio al que podía ir. Entonces Pritkin se arrojó por encima de la pila de mesas, con las manos extendidas y yo me pegué tal susto que di el salto en el tiempo sin tener ningún destino en la cabeza. Sólo pensé en encontrar a Myra. Cualquier sitio al que pudiera ir sería mejor que quedarme pululando por el Dante mientras el garito hacía honor a su nombre.

Esta vez no hubo aterrizaje brutal y doloroso, tan solo un oscurecimiento gradual de aquella escena feroz que acabó desapareciendo para ser sustituida lentamente por una calle muy oscura. Un minuto después, mi vista se volvió lo suficientemente nítida como para dibujar un gran edificio con un letrero que lo identificaba como el teatro Liceo. No sabía qué hora era, pero la calle estaba desierta, así que podía estar en cualquier momento que estuviera entre la media noche hasta casi el amanecer.

—Pensé que vendrías acompañada. —Escuché a Myra detrás de mí. Me di la vuelta y mi mano se levantó automáticamente al escuchar el sonido de aquella voz engreída y aniñada. Dos dagas salieron disparadas hacia ella, pero Myra se limitó a quedarse de pie en medio de la calle, despreocupada. Medio segundo después supe por qué había reaccionado así, porque mis propias armas se abalanzaron esta vez hacia mí. No me hicieron daño, pero me golpearon con tanta fuerza que me caí al suelo y salí despedida hacia atrás varios metros deslizándome por aquella calle asquerosa. Myra seguía teniendo la mano en alto. Un brazalete brillante que se parecía un montón al mío colgaba de su fina muñeca. La única diferencia era que, donde el mío tenía dagas, el suyo tenía minúsculos escudos entrelazados.

—Regalo de unos amigos nuevos. Para equilibrar la batalla.

Me incorporé como pude.

—¿Y desde cuando crees tú en las batallas equilibradas?

Myra sonrió abiertamente.

—Buena puntualización. —Su rostro cambió de expresión en cuanto me echó un vistazo de arriba abajo—. Así que te las has apañado para completar el ritual. Enhorabuena. Por desgracia, tu reinado está destinado a ser el más corto de la historia.

Yo también la observé de arriba abajo. Por primera vez, era sólida. Era lógico, teniendo en cuenta que la última vez había sufrido un ataque en forma espiritual. Con todo, llegué a la conclusión de que no por aquello sus ojos daban menos miedo.

—Contéstame a una cosa —musité cansina—. ¿Por qué siempre Londres? ¿Por qué 1889? Empieza a resultar aburrido.

—La convocatoria de este año es en Londres —respondió Myra, dulce y solícita—. Es la reunión bianual del Senado europeo.

—¡Eso ya lo sé!

—Oh, claro. Siempre se me olvida que te criaste en una corte de vampiros, ¿no? Bueno, entonces, quizá sepas esto también. El Senado normalmente se reúne en París, pero este año se han desplazado a Londres para zanjar una vieja cuenta pendiente. Tienen la idea de que los crímenes que los periódicos adjudican a Jack el Destripador fueron en realidad obra de Drácula. Dicen que se escapó de lo que ellos consideraban un manicomio poco antes de que comenzasen a suceder los crímenes, así que parece razonable.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo o con Mircea?

Myra parecía completamente satisfecha consigo misma.

—Todo. Mircea y esa vampiresa del Senado norteamericano a la que enviaron para ayudarlo...

—Augusta.

—Sí. Ellos probaron que los crímenes eran obra de un humano capturando a

un hombre que se hacía llamar Jack

—Y Jack fue castigado. —De eso fui testigo y o en parte.

—Sí, pero parece que Jack se metió en su orgía asesina para intentar impresionar a Drácula, con la esperanza de que aquello le permitiese conseguir un sitio en su nuevo estable. Por eso el Senado culpa a Drácula por lo ocurrido.

—Y quieren verle muerto.

—¡Por fin empiezas a entenderlo! —Myra aplaudió en señal de aprobación—. Mircea se las ingenió para convencer al cónsul europeo de que le diese unos días para poder atrapar a su hermano antes de que se adoptasen medidas más drásticas, pero no todo el mundo estaba de acuerdo con esa decisión.

Parece que Drácula se ganó algún que otro enemigo a lo largo de los años. Me daba la mala sensación de que esta historia ya la había escuchado antes. Y no acababa bien para Drácula. Algunos senadores con memoria suficiente como para acordarse de muchas cosas lo habían linchado una noche al amparo de la niebla de Londres. Esta noche.

—Tienen pensado matarlo.

Myra se rió.

—Van a matarlo. Es parte del curso temporal que tanto te empeñas en proteger, Cassie. Sólo que esta vez, gracias a una pequeña ayudita mía, Mircea lo va a encontrar antes que ellos. Y algo me dice que no les va a temblar la mano para deshacerse también de tu vampiro, si se interpone entre ellos y su venganza.

Y lo haría. Mircea se había pasado años disponiendo las cosas para que yo me pudiese convertir en pitia con vistas a salvar a un hermano suyo. No me daba la impresión de que se fuera a quedar de brazos cruzados mientras mataban al otro.

—Es así de simple, Cassie —explicó Myra alegremente—. ¿Quieres el puesto? Ningún problema. Basta con que seas mejor que yo.

En ese instante, Myra desapareció de golpe y, justo al mismo tiempo, noté que me atacaban por la espalda. Volví a besar el suelo, esta vez con la cara por delante. No obstante, no fue por eso por lo que grité. El *geis* estaba definitivamente todavía allí y no había cambiado su percepción de John Pritkin.

Teniendo en cuenta el latigazo de dolor que saltó de mi cuerpo al suyo, me daba la sensación de que el *geis* había confundido furia con pasión. El mago era demasiado macho como para gritar como una jovencuela, pero aun así me soltó con rapidez.

Al darme la vuelta me lo encontré tendido en la acera, con gesto de aturdimiento. No hizo intento alguno de venir inmediatamente hacia donde estaba yo, pero no se lo tuve muy en cuenta. Probablemente estaba sólo esperando a recuperarse. Según parecía, debía de haberse puesto demasiado cerca cuando di el salto en el tiempo y me lo había traído montado a caballito. Estupendo.

—No permitiré que lo hagas —gritó ahogadamente—. ¡Me da igual el precio

que tenga que pagar!

De repente, di gracias por tener el *geis*, porque parecía que Pritkin tenía realmente instintos asesinos. Sin embargo, sólo porque no pudiera tocarme no quería decir que estuviese a salvo. Todavía me podía pegar un tiro y no sentir nada en absoluto. Decidí salir de allí antes de que aquello le pudiese ocurrir a él también.

Rompí una de las ventanas del teatro y me introduje por el hueco, haciendo así mis primeros pinitos en el asalto de inmuebles. Me corté la mano, me rompí el vestido y casi me disloco el hombro, pero logré entrar antes de que Pritkin me pudiera seguir los pasos. Por desgracia, no conseguí hacerlo de forma silenciosa.

—¿Pero qué tenemos aquí? —La voz de Augusta me retumbó en los oídos un segundo antes de que me levantaran del suelo y me estamparan contra la pared. Una mano minúscula y con venas azules me sujetó allí sin esfuerzo alguno. Acto seguido, con unos pequeños golpes de muñeca, se colocó perfectamente los pliegues de su falda de lana azul. Su elaborado peinado de trenzas negras en la parte de atrás combinaba con el pasador y el broche de azabache de la parte delantera de la falda.

—Bonito vestido —gruñí.

—Gracias. El tuyo también. —Me miró por encima—. Es como de duende, pero tú... —Me miró más detenidamente y a mí se me empezó a nublar la vista —... Tú no lo eres.

No perdí mucho tiempo valorando las opciones que tenía. Augusta podía romperme el cuello con menos esfuerzo que el que yo tendría que hacer para partir un palito. No podía enfrentarme a ella, pero sí podía utilizarla. Pritkin sería un problema mucho menor si tenía la fuerza de Augusta de mi lado.

No me gustaban las posesiones, me dejaban atontada y me hacían sentir ligeramente sucia, lo cual no resultaba sorprendente porque eran, daba igual el nombre que les pusiera para tratar de justificarlas, una violación en toda regla. Mis planes eran evitarlas en el futuro siempre que fuera posible, pero no si era mi vida lo que estaba en juego. La única pregunta era: ¿podía hacerlo?

Ya había poseído a un mago oscuro una vez, aunque había salido expelida de su cuerpo en un par de minutos. Y había tenido a Billy Joe para echarme una mano. Nunca antes me había traído a Billy conmigo en un salto temporal, pero tenía la estúpida esperanza de que pudiera ser un aliado útil. Con todo, en ese momento no parecía que lo estuviese siendo demasiado. Seguía siendo un ente incongruente, así que ni siquiera podía captar su atención, por no hablar ya de pedirle ayuda.

Pero si Myra podía hacerlo, coño, yo también podía.

Por suerte, el conocimiento que Augusta tenía de las protecciones era bastante *amateur*. De hecho, si sabía protegerse con más de un elemento, yo no era capaz de atisbar ninguna señal que lo indicase. Sus escudos tenían una pinta

impresionante (esbeltos bloques de acero remachados conjuntamente como si fuera el lateral de un navío de guerra), pero si se examinaban con detenimiento se veía que había puntos tan debilitados por el óxido que casi resultaban transparentes. Eso le pasaba por no conservar sus escudos con meditación diaria. Si la protección de Augusta hubiera sido tan fuerte como parecía, habría podido expelerme antes siquiera de intentar el asalto. Como no era así, mi fuego logró abrir un agujero en su superficie de metal con una facilidad pasmosa.

De pronto, todo se volvió más claro y más nítido que antes y me encontré observando mis propios ojos aterrados. Me llevé una mano a la boca antes de que Billy Joe pudiese decir nada, pero parece que no fue la decisión más acertada, porque entonces se volvió loco. Finalmente hice de tripas corazón y me abofeteé en toda la cara. Intenté hacerlo suavemente, pero creo que no calculé bien, porque los ojos de Billy se entornaron y durante un segundo creí que se me desmayaba.

—Soy yo —siseé.

Billy asintió lentamente. Un momento después, consiguió hacer funcionar sus labios prestados.

—Necesito un pelotazo —me dijo con voz baja y temblorosa—. Necesito un puto trago.

—¿Estás bien? —No lo parecía. Mi rostro se había vuelto blanquecino y la boca me temblaba—. Si te vas a marear, dímelo ahora.

Billy se rió y en su carcajada había una molesta nota histérica.

—¿Marearme? *Seh*, supongo que se podría decir que me estoy mareando. Fantasma, humano, fantasma, humano; oye, no pasa nada.

Lo miré preocupada.

—No comprendo...

—¿Qué hay que comprender? ¡Que me acabo de morir, eso es todo!

—Billy —musité lentamente—, te moriste hace mucho tiempo.

—Me morí hace mucho tiempo —repitió burlonamente—. ¡Me he muerto hoy, Cass, por si te no te has dado cuenta! ¡Un bis gentileza del Reino de la Fantasía! Dios.

La cara se le arrugó y se hundió en el suelo entre espasmos. Me di cuenta por fin de qué le estaba pasando y lo abracé. Al meterse en el portal, su nuevo cuerpo se había descompuesto. Sabía que era probable que pasase, pero no me había parado a pensar en todo lo que aquello implicaba. Billy poseía a la gente continuamente, yo incluida, pero no parecía que le importase abandonar los cuerpos cuando le tocaba. Sin embargo, supongo que la historia era distinta cuando se trataba de su propio cuerpo. No es que hubiese estado poseído, es que había estado vivo. Y cuando se volvió a meter en el portal, en realidad, había vuelto a morir. Lo abracé más fuerte, olvidándome de quién era la fuerza que tenía en esos momentos, pero aflojé cuando me soltó un gruñido de protesta.

—¡Casi no vuelvo esta vez, Cass! —murmuró débilmente—. No es algo que se haga automáticamente, ¿sabes?

—¿El qué?

—Convertirse en fantasma. No hay nadie que mantenga sus características y, si no es así, yo no me he enterado; ¡pero es raro de cojones! Y yo casi... me perdí... no estaba aquí, no estaba allí, no podía ver nada. Lo único que notaba era que algo me empujaba y trataba de borrarne del mapa, y sólo tenía una cosa a la que aferrarme: el sonido de tu voz. Entonces empezaste a decir que teníamos que irnos, y entonces descubrí que... —Sollozó con un jadeo ahogado.

—Billy... Lo siento. —Parecía realmente inadecuado, pero ¿qué puedes decirle a alguien que acaba de morir por segunda vez? Hasta la educación que me había proporcionado Eugenie se me quedaba corta en estos casos.

Me agarró y en ese momento me di cuenta de lo fuertes que eran mis brazos.

—No. Me. Abandones. Nunca. Más.

Asentí, pero interiormente estaba teniendo una crisis solo ligeramente menos intensa que la de Billy Joe. No podía irme de Augusta a no ser que quisiera tener a una maestra vampira tremendamente enfadada detrás de mí, pero tampoco podía ocuparme de aliviar los traumas de Billy toda la noche mientras Myra andaba por ahí suelta. Había que empezar a hacer algo.

Comencé a levantarme, tirando de Billy hacia arriba al mismo tiempo, cuando alguien me agarró por el pelo y me puso un cuchillo en el cuello. Ese tipo de cosas me mosqueaban tremendamente. Augusta tenía un oído con el que podía escuchar hasta el sonido de las ratas deslizándose por las paredes del teatro, la gotera del techo y la discusión que estaban manteniendo un taxista y un cliente borracho varias calles más abajo. ¿Entonces cómo era posible que no se hubiera percatado de que se me acercaba alguien a hurtadillas?

—Mueve un pelo y te mato —amenazó Pritkin. Miré hacia arriba.

¿Cómo no?

—¿Qué te enseñan en la escuela de magos? —pregunté—. Para matar a un maestro vampiro tienes que clavarle una estaca, y de madera, no de metal; separarle la cabeza completamente del cuerpo, reducir su cuerpo a cenizas o hundirlo en una corriente de agua. Cortarle la garganta no hará más que enfadarlo.

Pritkin me ignoró.

—Tendrás que encontrar a otro del que alimentarte esta noche. La chica se viene conmigo.

—¿Qué chica?

Billy estaba sentado con la espalda sobre la cabina de la taquilla, con las rodillas levantadas y un vestido rojo tan grande que casi se lo tragaba por completo. En ese momento levantó la vista para mirarme y movió ligeramente la boca.

—Se refiere a mí, Cass.

Entonces lo comprendí.

—No sé si el *geis* funciona o no cuando tengo esta forma —le dije a Pritkin—. Así y todo, yo que tú lo dejaría correr si no quieres que nos acabemos enterando por las malas.

Pritkin me soltó tan rápido que me dejó dando tumbos.

—No permitiré que lo hagas —masculló, apuntándome con una pistola.

—Eso tampoco me va a matar —le informé antes de quitarle la pistola de un golpe tan fuerte que la acabó partiendo en dos—. Eso sí, me dejará un agujero muy poco favorecedor.

Pritkin frunció el ceño al observar lo destrozada que se había quedado su pistola y pude observar casi literalmente cómo su cerebro recomponía la situación. Decidí ayudarle a dar el último salto.

—Mira, ahora soy pitia, nos guste o no. Y, para tu información, sean cuales sean mis defectos, al menos estoy cuerda. Lo cual es muchísimo más de lo que podría decir de tu apreciada Myra.

Pritkin parecía estar hecho un lío y, debo reconocerlo, no tenía pinta de que la confusión fuese fingida.

—¿De qué estás hablando?

No me podía creer que ahora le diese por intentar eso.

—Tú querías que Myra fuese pitia. Todo este tiempo he sido perfectamente consciente de cuáles eran tus planes, así que ahora no me vengas con esa miradita de incredulidad.

—Yo hubiera preferido que ninguna de las dos hubiese llegado al puesto. ¡Lady Femonoe debía de estar senil para querer tener algo que ver con cualquiera de vosotras dos!

—¡Entonces Marlowe tenía razón! ¡Estás trabajando con el Círculo! —Todo lo que había ocurrido en el Dante había sido una distracción, al cabo. Meneé la cabeza sin dejar de mirarlo, mitad por incredulidad y mitad por admiración—. ¿Sabes qué? Hay que ser un lunático de verdad para arriesgarse a morir desangrado sólo para conseguir que te creyese.

Pritkin se llevó las manos a la cabeza con el aire de alguien que estaba haciendo esfuerzos por no ponérmelas en el cuello.

—No estoy trabajando con el Círculo —replicó lentamente, como si le estuviera hablando a una niña de cuatro años—. Y solo tengo un plan, como tú lo llamas.

Lo miré con suspicacia.

—¿Y es?

—¡Que cualquiera que ocupe el puesto tenga inteligencia, habilidad y experiencia! —repuso, salvajemente—. ¡Es obvio que Myra está loca y, viendo lo que vi en el Reino de la Fantasía, contigo tengo mis dudas!

—¿Y exactamente qué crees que viste?

Pritkin frunció el ceño.

—Hiciste un trato con el rey duende para recuperar el Códice.

—¿Y qué? Ya lo dijiste tú mismo: la mayoría de los contrahechizos ya han sido descubiertos.

—Pero no todos.

—¿Y qué? ¿Acaso hay algún hechizo misterioso que no quieres que se descubra? —Pritkin se quedó callado como una tumba. Suspiré—. Déjame adivinar. No me lo vas a decir.

—No hace falta que lo sepas. Simplemente no le vas a dar ese libro al rey. Ya encontraremos otra forma de conseguir a tu vampiro.

—Claaaro, como nos salió tan bien la última vez.

Nuestra breve visita había dejado una cosa bien clara: nunca podría sobrevivir en el hermoso infierno conocido como Reino de la Fantasía el tiempo suficiente como para encontrar a Tony sin la ayuda de los duendes. Y sólo había una forma de conseguir aquello. Decidí que lo mejor era intentar razonar con aquel lunático, porque la otra alternativa era la fuerza, algo que me asustaba estando en el cuerpo de Augusta.

—¿No crees que intentar matarme para mantenerme alejada de un libro era una solución un poco extrema? —inquirí.

Pritkin parecía disgustado.

—Si quisiera verte muerta, estarías muerta —espetó rotundamente—. Lo único que quiero es que entres en razón. Ese libro es peligroso. ¡No debe ser encontrado!

—Será encontrado, no me queda otra opción.

Los ojos de Pritkin, normalmente de un pálido color verde gélido, se volvieron casi de color esmeralda por la furia.

—Pero si me ayudas —me apresuré a añadir— dejaré que seas tú quien le eche el primer vistazo. Puedes eliminar lo que quiera que consideres que es tan peligroso, darme el contrahechizo para el *geis* y después le daremos el resto al rey.

Me miró como si estuviese hablando en marciano.

—¿No te das cuenta de lo que hiciste? Le diste tu palabra a los duendes: te obligarán a que la cumplas.

—Dije que les daría el libro. No hice ninguna promesa sobre su contenido.

—¿Y crees que ese argumento tan endeble te va a servir para salir airosa?

—*Seh*. —De verdad que me preguntaba en qué mundo habría estado viviendo Pritkin, porque estaba claro que no había sido en el sobrenatural—. Cualquiera cosa que no quede especificada en un contrato queda abierta a la interpretación. Si el rey no quería que le quitara páginas al libro, debía haberlo dicho.

Pritkin me miró durante un minuto que pareció eterno.

—Una de las funciones de los magos de la guerra es proteger a la pitia a toda costa —aseveró finalmente—. Mac creía en ti; si no, no habría muerto por ti. Sin embargo, a ti te crió un vampiro, una criatura que no se guía por el más mínimo precepto moral y además no has recibido ninguna preparación. ¿Por qué debería luchar por ti? ¿Qué clase de pitia vas a ser?

Era la gran pregunta, la misma que me había estado haciendo yo a mí misma. Si había aceptado el poder era con la esperanza de poder romper el *geis*, o al menos de tener una cierta ventaja con respecto a Myra. Hasta ahora, no había conseguido que me proporcionase ninguna de las dos cosas. La verdad era que no sabía qué clase de pitia iba a ser. Pero sí había algo de lo que no me cabía la menor duda.

—Una mejor que Myra.

—¿Entonces se me está ofreciendo el menor de los males? No es que te estés vendiendo muy bien que digamos.

—Quizá es que tampoco lo estoy intentando demasiado —confesé honradamente. Necesitaba a Pritkin. No sabía casi nada de magia a grandes niveles y no tenía ni idea de por dónde empezar siquiera a buscar el libro. Pero tampoco creía que pudiera apechugar con otro Mac en mi conciencia—. Si eres inteligente, te mantendrás al margen hasta que esto se acabe. Deja que sea yo quien libre mis propias batallas. Puede que tengas suerte y Myra y yo acabemos la una con la otra.

—¿Y por qué no debería mataros yo mismo a las dos y esperar que la próxima en la línea sucesoria sea mejor?

Los ojos de Billy se agrandaron y me di cuenta de que, mientras yo estaba relativamente a salvo en el cuerpo de Augusta, él seguía siendo vulnerable en el mío. Me puse delante de él.

—No hay nadie más en la línea sucesoria —repliqué de manera rotunda—. Si hubiera habido otra candidata que hubiera podido hacerlo decentemente, ¡ya le habría dado el puto poder! Pero el caso es que las iniciadas están todas bajo el control de tu Círculo y, la verdad, no confío más en él que en el Negro. ¡No voy a entregarle un poder que podría hacer volar el mundo a alguien al que se pueda manipular, controlar o corromper!

Pritkin me miró como si me estuviese escrutando.

—¿Esperas que me crea que entregarías el poder, así sin más, si hubiera un receptáculo adecuado en el que depositarlo? ¡Pero si nos arrastraste hasta el Reino de la Fantasía para completar el ritual! Está bien claro que lo quieres.

—¡Yo no os arrastré a ninguna parte! Os prestasteis como voluntarios para ir.

—¡A encontrar a Myra!

Respiré hondo. A Augusta no le hacía falta, pero a mí sí.

—Me metí en el Reino de la Fantasía para encontrar a Myra antes de que fuese ella la que diese conmigo. Me topé con Tomas por casualidad y completé

el ritual en un intento por seguir con vida.

—Le dijiste a Mac que ibas en busca de tu padre.

—Así es. Tony tiene en su poder a mi padre, o lo que quede de él, y quiero recuperarlo. Pero el objetivo principal siempre fue Myra. Tenía razones para pensar que ella estaba con Tony. —Parecía que había conseguido matar dos pájaros de un tiro, pero no debí haberme hecho tantas ilusiones. ¿Desde cuándo mi vida era tan sencilla?—. El caso es que Myra está aquí, intentando matar a Mircea. Si lo consigue, Mircea no estará ahí para protegerme mientras sea pequeña y tengo mis dudas de que en esas circunstancias yo vaya a durar lo suficiente como para llegar a convertirme en tu mosca cojonera, o en la de nadie. Si quieres deshacerte de mí, esta es tu gran oportunidad.

—¿Por qué me estás contando esto? Podría ayudar a Myra a destruirte a ti y a tu vampiro.

—Lo sé.

Y, para ser francos, no me sorprendería. Si me estaba arriesgando mucho era por la fe que tenía Mac en su colega, una fe que podía estar perfectamente infundada. Pero, incluso siendo así, ¿se puede llamar riesgo cuando no te queda otra alternativa? Tenía a Myra y a la mitad del Senado europeo en mi contra. Y el único que estaba de mi parte era un fantasma con un ataque de estrés metido en un cuerpo enormemente vulnerable. ¿Qué más daba tener un enemigo más?

Pritkin me regaló otra mirada de las suyas.

—¿Qué crees que puedes hacer tú sola contra Myra y el Senado?

Así que había escuchado a hurtadillas mi pequeña charla con Myra. Me encogí de hombros.

—Es posible que nada. En cuyo caso, se acabó tu problema. —Bajé la vista para mirar a Billy—. ¿Podrás apañártelas tú solo durante un rato?

Billy se encogió de hombros.

—Claro. ¡Qué coño! Si me muero un par de veces más, creo que podría llegar a acostumbrarme.

—Voy contigo —anunció Pritkin.

—¿Entonces qué? ¿Al final te quedas con el mal menor?

—De momento.

No es que fuese un apoyo incondicional, pero me valía.

—Contratado.

La calle seguía estando oscura incluso para los ojos de Augusta, pero descubrí que había otras maneras de ver. Por todo el camino había gente, escondida al abrigo de la noche, entre las casas, corriendo a toda prisa por la calle o reunida en los pubs. Muchos de ellos eran formas amorfas enfundadas en ropas oscuras que se confundían entre la noche, pero a todos ellos les latía el corazón y eran precisamente aquellos miles de órganos vivientes y palpitantes lo que captaba mi atención como si de cantos de sirena se tratasen. Más allá de la riada humana había puntos más oscuros, tan solo unas cuantas calles más atrás, pero la piel se me puso de gallina al darme cuenta del poder que tenían. Vampiros.

Me alejé para que no pudieran ver a Augusta reflejada sobre el cristal oscuro.

—Hay un montón de vampiros en esta zona —le dije a Pritkin—, tal vez un par de docenas.

Había conseguido terminar la frase sin que se me resquebrajase la voz, pero las palmas de la mano me habían empezado a sudar. Ni siquiera en el cuerpo de Augusta había manera de que pudiese enfrentarme a algo así y Pritkin, a pesar de todo su arsenal de juguetes, no parecía que pudiera hacerlo mucho mejor.

—¿Cuánto tardarán en llegar aquí? —Parecía demasiado práctico para lo agotadas que estaban mis neuronas.

—¿Y eso qué más da? —Hice esfuerzos por no decirle aquello a gritos—. Tenemos que encontrar a Mircea y escondernos... rápido. Ese es el único plan sensato.

Pritkin salió por la puerta del escenario y bajó los escalones. Lo seguí mientras él continuaba su camino hacia la parte delantera del edificio. Una vez allí, se detuvo y empezó a mirar arriba y abajo al camino cubierto de escarcha.

—Sígueme la corriente—musitó.

—Por si te has olvidado, el Senado no es el único problema —le informé, lo suficientemente bajo como para esperar que los vampiros que pasaban por allí no se percatasen del comentario—. No puedo permitir que Myra se escape.

—Entonces no dejes que lo haga. Encárgate de ella. Yo me ocuparé de esto.

—¿Que tú te ocuparás de esto?

Había dejado la mano reposando sobre una farola y no me di cuenta, hasta

que traté de apartarla, de que mis dedos se habían hundido casi por completo en el hierro forjado. Los saqué con cuidado y apoyé el poste contra un edificio para que no se cayese. Enfadarse en el cuerpo de un vampiro obviamente no era una buena idea.

—¡Un cadáver no es un aliado demasiado útil! —le expliqué a Pritkin con franqueza—. Algunos de esos son miembros del Senado. Dudo que puedas siquiera entorpecer su marcha. Tenemos que escondernos.

—Podrían rastrearlos sólo por el olor. Esconderse no es una alternativa.

—¿Y el suicidio sí?

Habría dicho algo más, pero alguien me agarró por detrás. Otra vez. Durante medio segundo pensé que era un vampiro, pero entonces noté el latido de su corazón contra mi espalda y me empezó a llegar un hedor que denotaba que aquel tipo hacía tiempo que no se lavaba y tenía por costumbre atiborrarse a cerveza rancia. Me zafé de su control, pero el hombre decidió seguirme. Entonces le propiné lo que a mí me pareció un suave empujoncito, sin apenas expeler energía alguna, y el tipo salió volando por la calle para acabar estampándose contra el recio ventanal de un pub. Mis nuevos ojos pudieron ver un gesto rígido de congoja en su rostro, la media docena de cristalitos clavados en su piel y hasta el arco de sangre que se dibujó en el aire.

Su amigo, de cuya presencia no me había ni percatado, soltó un bramido de rabia y salió corriendo hacia mí, con el puño hacia atrás como cogiendo impulso. Cuando llegó a mi altura, lo esquivé y me las apañé para reducirlo rodeándole el cuello con un brazo para cortarle el suministro de aire. Resultó absurdamente sencillo, los huesos de su cuello musculado de obrero parecían quebradizos, como si fueran los de una cría de pájaro, y más que resultarme difícil sujetarlo, el reto residía más bien en no romperle nada accidentalmente.

Nunca me había parado a pensar de verdad en lo delicados que son los humanos, ni mucho menos los hombres, la mayoría de los cuales eran mucho más fuertes que yo. De repente descubrí el cuidado que tienen que tener los vampiros para no dejar un rastro de cadáveres a sus espaldas. El hombre estaba haciendo lo que, a sus ojos, probablemente era un esfuerzo titánico por liberarse. Sin embargo, a mí me parecía que aquel ejercicio era más bien como sujetar a una frágil mariposa por las alas e intentar que no se rompiese. Yo me limitaba a ejercer una ligera presión que le cortase la respiración, pero con cuidado, delicadamente, no fuese a ser que la tráquea acabara colapsándose y aquella criatura musculosa terminase machacada entre mis manos como si fuera una hoja de papel arrugada.

Al final dejó de resistirse y yo lo posé sobre el suelo para ver si seguía teniendo pulso. Cuando se lo encontré, respiré aliviada.

—Parece que te las apañas muy bien tú solita —comentó Pritkin.

—¡Contra humanos! No son humanos los que andan detrás de nosotros.

—No, pero el principio es el mismo. Cuando te miraron, esos dos hombres solo vieron a una mujer débil, cuando lo que tenían que haber visto es a una depredadora. —Me lanzó una leve sonrisa amarga—. Yo a menudo me aprovecho de lo mismo.

—¡Pero no vas a poder con todo el mundo, seas un depredador o no!

—El principio es el mismo —repetió, arrancando del suelo la pesada farola que yo me acababa de cargar y ensartándola después con fuerza dentro el agujero.

La tubería del gas que había por debajo de la calle se rompió y prendió fuego soltando una llamarada y lanzando al cielo un penacho encendido. Yo pegué un salto hacia atrás porque el pánico instintivo de Augusta me fluía por las venas. Sin embargo, a un vampiro de cuya presencia no me había ni percatado si que le alcanzó el fuego y salió huyendo despavorido hacia donde se encontraba otro de los suyos. Pritkin sonrió abiertamente, lleno de satisfacción.

—Nunca seas lo que ellos se esperan —agregó.

Dicho lo cual, salió corriendo calle abajo a por los vampiros que habían emprendido su huida, sin dejar de gritar y, en general, de hacer todo el ruido posible. En ese momento, los puntos oscuros de poder que mi visión me permitía percibir empezaron a volverse igual que Pritkin. Los vampiros no sabían qué estaba pasando allí, pero tenían ganas de pelea y Pritkin parecía dispuesto a no dejarles a medias. Y luego me llamaba a mí loca.

Me dirigí hacia el teatro a la carrera y por el camino me encontré a Billy encogido detrás de la taquilla. Asentí con la cabeza en señal de aprobación. No había ningún lugar que pudiera considerarse seguro en esos momentos, pero desde luego era mejor que venirse conmigo o con el lunático que estaba ahí fuera.

Mi atención se centró entonces en buscar a Myra. Había tres personas en el edificio y solo una era humana. Podía escuchar sus latidos fuertes y regulares, podía sentirlos en la parte de atrás de mi garganta como si fuese algo dulce y espeso. Los vampiros no se andaban molestando con trivialidades como tener pulso, pero lo cierto es que podía olerlos. A esta distancia, la avezada nariz de Augusta podía captar hasta el fresco aroma a pino.

Me dejé guiar por el apetito de Augusta mientras me movía entre bambalinas, intentando dar con la ubicación exacta de Myra, pero el sitio era un laberinto lleno de minúsculas habitaciones y pasillos sin salida con material de atrezo disperso sin ton ni son por todas partes. Caminé a tientas por un bosque de árboles pintados hasta que llegué a los bastidores de la escena. El teatro estaba oscuro, tanto que unos ojos humanos apenas podrían haber visto nada. Yo pude discernir unos cuantos accesorios que sin duda estaban ahí a la espera de la próxima representación: un cofre, un par de banderas y alguna que otra lanza de punta roma. Sin embargo, no había señal de actividad y los latidos humanos

estaban todavía bastante lejos.

Finalmente localicé a mi objetivo en una habitación que había detrás del escenario, bajando por una escalera cubierta de polvo y armaduras viejas. Bajé por ella sin quitarles el ojo de encima a aquellos caballeros abollados, pero lo cierto es que ninguno se movió de manera significativa. La primera habitación a la que llegué estaba dispuesta como un comedor, con una mesa de madera grande y brillante que tenía un olor a cera de abeja que casi atufaba. Era roble y hacía juego con los paneles de las paredes y las vigas del techo. Había un puñado de retratos esparcidos por ahí y una gran chimenea de piedra. Tenía un aire gótico tal que daba la impresión de haber podido servir perfectamente para acoger a un par de vampiros, pero lo cierto es que no había ninguno.

Las brasas, aún incandescentes de la chimenea, y el decantador y los dos vasos usados sobre la mesa me indicaban que no andarían muy lejos. Me metí en la habitación contigua, que desprendía un olor extraño, y me encontré al humano allí. No era Myra.

Un tipo alto y corpulento de pelo oscuro y, curiosamente, barba pelirroja, estaba de pie junto a un mostrador, con una camisa abierta que dejaba entrever una barriga peluda y pálida. Llevaba una vela en la mano y de repente identifiqué el olor: carne humana chamuscada. Parecía que había estado intentando fundir la piel de su pecho y vientre, y por eso había trozos que tenían ya un color rojo flameante como si fuera un cangrejo. De algunos de ellos, sobre los que se debía de haber estado concentrando especialmente, empezaban a brotar ampollas. Lloraba en silencio, con unas lágrimas que le bajaban por las mejillas hasta acabar empapándole la barba, pero no se detenía.

Corrí hacia él y le aparté de un golpe la vela, que salió rodando por el suelo mientras él la miraba con los ojos en blanco. Entonces se giró hacia la estantería que tenía a su espalda, cogió otra e hizo ademán de encenderla, pero yo se la volví a quitar de golpe. Escruté en el interior de sus ojos, pero no había nadie en casa. Alguien había empleado técnicas de sugestión con él, de las buenas, además. Le di una bofetada, pero no pareció ser de mucha ayuda. Intenté que me mirase, pero resultaba difícil conseguir que se centrara en algo lo suficiente como para captar su atención. A los vampiros les cuesta mucho trabajo ejercer su influencia sobre gente que está borracha, colocada o loca de remate, porque la cabeza no les funciona de manera normal. Según parece, también era aplicable a aquellos que habían sido sugestionados previamente.

Finalmente, conseguí captar su atención arrojándole las velas y las cerillas al cubo de la basura y bloqueándole el paso para que no pudiera recuperarlas. Fue entonces cuando se despertó lo suficiente como para darse cuenta de que estaba allí y, al volver en sí, hizo una mueca de dolor. Aquello no iba a hacer sino empeorar a medida que a su cerebro se le fuese pasando la empanada, pero de momento no tenía más que una ligera sensación de incomodidad.

—¿Dónde está Myra? —pregunté. Me miró como si le costara acordarse de hablar mi idioma—. ¿Has visto a una chica, más baja que yo, de ojos raros...?

—El maestro y lord Mircea están batiéndose en duelo —repuso con tristeza. Traté de repetirle la pregunta, pero se limitó a quedárseme mirando.

Sólo tenía una cosa en la cabeza, y no era Myra.

—¿Dónde es el duelo? —No me hacía falta encontrar a Myra; si daba con Mircea, ella me encontraría a mí.

—En el escenario.

—Acabo de estar allí... está vacío.

—Fueron a los aposentos de lord Drácula a por las armas.

Su rostro se retorció de dolor, pero creo no se debía tanto a las heridas como a la idea de que su maestro estuviera en peligro. Nunca había llegado a cruzarme con el tristemente célebre hermano pequeño de Mircea y lo cierto es que tampoco me entusiasmaba la idea. Sin embargo, lo que me preocupaba de verdad era el combate. ¿Medio Senado estaba detrás de ellos y ahora les daba por perder el tiempo batiéndose en duelo?

—¿Por qué se pelean?

—Si vence mi señor, quedará libre, su hermano lo ha jurado. ¡Pero si es lord Mircea quien vence, volverá a estar preso, tal vez para siempre!

El hombretón empezó a sollozar como si se le fuera a romper el corazón. Suspiré. Debí habérmelo imaginado. Estaba claro que Drácula no querría volver a la cárcel o al manicomio que el Senado tuviese estipulado para internar a los vampiros dementes. Sin embargo, mientras él y Mircea lo dirimían en duelo, Myra y sus nuevos colegas aparecerían para terminar la disputa matándolos a los dos.

Giré la cara de aquel hombre enorme para que me mirase.

—¿Por qué te estás quemando?

—Lord Drácula me lo ordenó, porque fui incapaz de evitar que lord Mircea supiese dónde estaba. Vino aquí hace una hora, yo no quería decirle nada, pero entonces todo me salió de forma natural.

—Mircea puede ser muy persuasivo.

—Mi señor fue muy generoso al decidir no acabar con mi vida por tal incompetencia.

Sus ojos tenían el brillo de quien realmente creía lo que decía. Yo ni siquiera traté de convencerle que su dios era en realidad un monstruo.

—¿Cómo te llamas?

—Abraham Stoker, señora. Soy el responsable del teatro.

Tuve que pensar dos veces en lo que había oído para asegurarme de que era cierto. Vale, aquello explicaba muchas cosas.

—Debe de ser tarde. Vete a casa y haz que un médico te mire las quemaduras. Si alguien te pregunta, diles que estabas probando una salsa en la

cocina y que te saltó al cuerpo.

Stoker asintió con la cabeza, pero parecía ido, así que reiteré mi invitación de manera más enérgica a sugerencia de Augusta. Aquello me hizo gastar muchas fuerzas, por lo que tuve que resistir mi impulso de pegarle un muerdo rápido. Estar metida en el cuerpo de un vampiro tenía sus inconvenientes.

Stoker empezó a marcharse, pero cuando estaba a medio camino de la puerta experimentó una violenta sacudida y se quedó quieto. La cabeza le giró lo suficiente como para poder mirarme, a pesar del hecho de que su cuerpo seguía estando posicionado en dirección a la puerta. Un centímetro más y se rompería el cuello.

—Dígame, si es posible, ¿qué clase de espíritu es usted que puede poseer tan fácilmente a un maestro vampiro?

—¡Te he dicho que te marches a casa!

Lo miré con cautela. Su voz había tenido un deje divertido, más grave y más propio de alguien que tiene todo bajo control.

—Y yo le he dicho que se quede. Parece que sabemos quién es el más fuerte aquí, ¿no?

Aquello me estaba dando muy mala espina.

—¿Quién eres?

—Un hombre con tan mala fortuna que, para mejorarla o acabar de una vez, arriesgará su vida en cualquier lance.<sup>[6]</sup>

Pestañeé.

—¿Cómo?

Él se rió y la carcajada fue a pleno pulmón, un sonido sexi que estaba bastante segura que no podía proceder del tipo que minutos antes había estado lloriqueando con las velas en la mano.

—¿Ya te has olvidado de mí tan pronto? Si nos conocimos anoche.

—¿Anoche? —Tardé un segundo, pero luego se me encendió la bombilla—. ¡Eres el espíritu del baile!

—Íncubo, por favor, señorita —me corrigió ante mi sorpresa. Así que era eso lo que era. Había visto un montón de íncubos, pero nunca fuera de un huésped—. ¿Puedo presuponer que entre nosotros hay suficiente confianza como para que pueda preguntarle qué hace aquí?

—Tú primero.

Suspiró.

—Preferiría no usar este cuerpo más tiempo del necesario. Está en una situación de gran malestar. Confía tan ciegamente en el dictado de su maestro que sería capaz de desbaratar mis planes antes siquiera de saber cuáles son.

—¿Qué planes? —Me dolía el cuello solo de mirarlo. Me moví para que la cabeza de Stoker no siguiese estando en ese ángulo aberrante ni un segundo más.

—Bueno, eso es lo que tendríamos que debatir.

—¡Mira, la verdad es que no tengo tiempo de andar de cháchara! —Intenté dejarle atrás, pero su enorme cuerpo bloqueaba la puerta—. Apártate de mi camino.

Podía moverlo yo, por supuesto. Aunque Augusta no se hubiese alimentado recientemente, seguía siendo más fuerte que un humano, pero no quería hacerle daño a Stoker. Ya había tenido suficiente por aquella noche.

—Me temo que no me voy a apartar. Si no recuerdo mal, te hice una especie de favor la última vez que nos vimos. Espero que me lo devuelvas.

—¿Devolvértelo cómo? —No me gustaba hacia dónde se encaminaba la conversación.

—Necesito un cuerpo para la noche y este se ha revelado inútil. Se va a derrumbar en cualquier momento. Necesito un cuerpo fuerte y el tuyo iría muy bien.

Di un paso atrás.

—No puedes invadir vampiros.

—No, pero tú puedes verme incluso aunque no esté en ningún cuerpo, como demostraste la primera vez que nos vimos. Está bien. Te daré instrucciones y tú las seguirás, y así dejaremos que este pobre hombre se vaya a su cama mullida con su mujer regañona.

—No tengo tiempo para ayudarte. Tengo que hacer mi propio trabajo.

El incubo sonrió con dulzura.

—Sí. Deseas ayudar a lord Mircea para que pueda apresar a su ruin hermano y así pueda mantener a Europa a salvo de sus diabluras una vez más, ¿estoy en lo cierto? —Al ver mi expresión se echó a reír y, de nuevo, volvió a ser ese sonido que ponía la piel de gallina—. Te vi con Mircea en el baile. Ahora mismo veo su marca en ti.

El incubo se detuvo porque los dos escuchamos al mismo tiempo el sonido del acero contra el acero procedente de algún lugar cercano. ¡Era lo que me faltaba, que Drácula se cargase a Mircea antes de que Myra tuviese siquiera la opción de hacerlo! Empujé al incubo para quitármelo de encima, pero él me agarró por el brazo.

—Contesta, ¿estoy en lo cierto? ¿Estás aquí por eso, para salvarle la vida?

Lo aparté violentamente, sin preocuparme en ese momento demasiado por que la mano del pobre Stoker se estampase contra la pared emitiendo un estruendo que hacía pensar que algún hueso se había roto.

—¡Sí! ¡Y ahora apártate de mi camino!

Lo dejé atrás y volé casi literalmente hacia el escenario. Llegué a los bastidores en tiempo récord. Sobre las tablas, dos siluetas estaban enzarzadas en una pelea a espada como no había visto nunca. El poder chisporroteaba alrededor de los dos y brillaba más que las propias chispas que salían a cada choque de los aceros. Miré con más atención a Mircea, pero, si lo habían herido, no había

ninguna señal que lo indicase. Llevaba puesta una camisa blanca abierta en el cuello y no había manchas de sangre, al menos que yo pudiera ver. El cabello se le había salido de su horquilla habitual y ahora seguía sus movimientos como si fuera un látigo que azuzaba su estilizada silueta a medida que ejecutaba complejos movimientos con una certera gracia. Pestañee y miré hacia otro lado para obligarme a concentrarme. Cuando volví a mirar aquella escena, vislumbré por primera vez a su legendario hermano.

Normalmente, siento un cosquilleo por la espalda cuando veo a un vampiro, pero esta vez no sentí nada. No estaba segura de si eso se debía a que estaba en el cuerpo de Augusta o porque mi cerebro estaba demasiado ocupado dando gritos como para preocuparse por ese tipo de cosas. Aquel vampiro desprendía una sensación de que algo iba mal y era tan fuerte que no se parecía a nada que hubiera sentido anteriormente. Era como si el peligro de la habitación se hubiese condensado en una suerte de neblina roja, como si la sangre estuviese en el aire. Aquello pegaba bastante con su rostro blanco como la muerte y sus ojos verdes encendidos, el color de las esmeraldas en llamas. Con lo que no iba tan bien era con el instinto de Augusta, que prácticamente me estaba implorando que saliese corriendo.

Los dos vampiros se deslizaban por la coreografía de movimientos de la batalla como si aquello fuese poesía silenciosa y mortal. Hasta con los sentidos de Augusta tenía problemas para seguir aquellas espadas que volaban a uno y otro lado con tanta rapidez. El sonido del metal al golpear uno contra el otro reverberaba por todo el teatro como si fuesen ametralladoras y cada vez que pestañeaba se habían desplazado varios metros del punto en el que los había visto por última vez.

Agarré las cortinas mientras observaba con un nudo en la garganta cómo Mircea se tiraba al suelo, esquivando por poco un salvaje embate de la espada de su hermano. En ese momento ejecutó con su propio sable un golpe a la altura de los tobillos de su atacante, pero Drácula saltó y neutralizó el peligro con facilidad. Cuando volvió a aterrizar, Mircea ya se había incorporado de nuevo y ambos volvieron a reanudar las hostilidades.

—¡Extinguete, fugaz candela! La vida es sólo una sombra errante, un pobre actor que se pavonea y retuerce una hora sobre la escena y después calla para siempre.<sup>[7]</sup>

Me había centrado tanto en el combate que no me había percatado de la llegada de Stoker hasta que empezó su declamación.

—¿Qué quieres?

—Ya se lo dije, querida señora: su ayuda.

—Estoy ocupada —espeté.

Drácula saltó por encima de la cabeza de su hermano con la espada apuntando hacia abajo y, si Mircea no se hubiese movido más rápido que lo que

Augusta era capaz de ver, todo habría terminado.

—¿Tu plan es quedarte ahí mirando mientras se matan el uno al otro?

La espada de Drácula había impactado en el brazo izquierdo de Mircea, razón por la cual el hombro y el pecho se le habían teñido de rojo. No me daba la impresión de que fuese a ser la última vez que aquello ocurría. Se rumoreaba que Mircea era un duelista mejor que la media, pero me parecía que su hermano pequeño era el más rápido de los dos. Se trataba de una diferencia minúscula, una fracción de una fracción de segundo, quizá provocada por la herida que Dmitri le había infligido la noche anterior. Sin embargo, más tarde o más temprano sería suficiente. Y si Mircea perdía, algo me hacía pensar que no era la cárcel lo que Vlad tenía en mente para su hermano.

—¿Quién se iba a imaginar —murmuró delicadamente el íncubo, como si fuera un susurro sedoso que se colaba entre mis oídos— que el viejo tuviera tanta sangre en el cuerpo?<sup>[8]</sup>

Sus sombras aparecían y desaparecían por el escenario, proyectándose contra la pared negra en una danza mortífera. Entonces algo hizo clic en mi interior mientras los observaba. Esto ya lo había visto antes. Era la misma escena que aparecía en mi visión, la misma que acababa con la horrible muerte de Mircea. Tragué saliva con dificultad y me volví hacia el íncubo.

—¿Cuál es tu plan?

El íncubo señaló hacia una caja que había detrás del telón y que me resultaba muy familiar. La cogí y experimenté una sensación de profundo alivio. Todo este tiempo me había estado preguntando qué iba a hacer con Myra ahora que me había dejado mi caja en una mochila en alguna parte del Reino de la Fantasía. Tal vez ella estaba apurando sus últimas opciones, pero a mí no me entusiasmaba volver a tener que cargar con otra muerte. Ni siquiera la suya.

—¿Qué interés tienes en esto? —le pregunté cuando volví con la trampa.

—El mismo que tú. Me da a mí que tenemos muchas cosas en común. Los dos amamos a las criaturas peligrosas.

—¿Eres el amante de Drácula? —parecía que Stoker había acertado en algo, después de todo. Lo único que en su novela aparecían súcubos. Una concesión a la moralidad decimonónica, supongo.

—He esperado tantos años a que mi maestro fuese liberado —explicó el espíritu—; pero no nos servirá de nada a ninguno de los dos si lo matan poco después. El Senado sabe que está cerca; me he pasado la mayor parte de la noche dejando pistas falsas, pero no servirán eternamente. Se acercan. Mi maestro no tiene la impresión de que la privación de libertad sea mejor que la muerte, pero mi parecer va por otros derroteros.

De repente, las cosas empezaron a tener mucho más sentido.

—Por eso me ayudaste en el baile. Querías que Mircea siguiera vivo para poder así atrapar a Drácula.

El espíritu hizo que Stoker me guiñara un ojo.

—El próximo año o la próxima década ya encontraré una manera de liberarlo de nuevo. Mientras esté vivo hay esperanza.

—¿Entonces lo que quieres es apresarlo para salvarlo? No creo que te lo vaya a agradecer.

—Tal vez, tal vez no. ¿A ti que más te da?

Ahí tenía razón. Y con Drácula a buen recaudo, Mircea no tendría motivos para merodear alrededor de la trampa mortal que le habían preparado. Saqué la caja.

—Está bien, entonces dime cómo puedo hacer funcionar esta cosa.

Un par de minutos más tarde entré a gatas por la parte trasera del escenario, con la caja en el bolsillo y un puñado de dudas en la cabeza. Si el íncubo me la estaba jugando, me estaba metiendo en un buen lío; si no, seguía metida en un buen lío, pero al menos un problema quedaría resuelto. Por supuesto, debí habérmelo imaginado, en mi vida nunca desaparece ningún problema antes de que aparezca otro.

Esta vez tampoco fue diferente. Myra apareció de repente tan cerca del lugar donde estaba desarrollándose la pelea que habría acabado ensartada si los dos contrincantes no se hubiesen apartado en ese mismo instante en busca de resuello para acometer nuevas embestidas. Drácula hizo algo que dejó a Mircea dando tumbos (fue tan rápido que no pude verlo) y aquello le dejó frente a frente con una nueva amenaza. Pero antes de que Mircea pudiese ir a por Myra, una sombra oscura cayó en picado desde las vigas que pendían sobre nuestras cabezas. Su incursión fue tan rápida que habría acabado desplomándose sobre Mircea como si fuera un yunque, de no haber sido por los rápidos reflejos del vampiro.

—¡Pritkin!

A mi grito, el mago se percató de mi presencia.

—¡Vienen hacia aquí!

—¡Oh, mierda!

Miré a mi alrededor, pero no vi hordas de vampiros por ninguna parte. No obstante, Pritkin había desplegado todo su arsenal y activado todos sus escudos, lo cual no era algo que hiciese normalmente a la ligera. Al final tuve la oportunidad de ver la obra de Mac en acción. La espada que danzaba alrededor de la cabeza del mago tenía el mismo diseño que la que había visto labrar meticulosamente a Mac sobre la piel de Pritkin. La diferencia es que ahora era más grande (era fácil que su tamaño fuese más o menos la mitad del mío) y tan sólida y brillante como un arma real. También parecía tener bastante vigor. De una embestida, Drácula salió despedido a una distancia de más de tres metros y eso que, si no la hubiera conseguido esquivar mínimamente, le habría bisecado sin problemas.

De repente, Drácula y Mircea aparcaron su litigio ante la presencia de una

amenaza común y empezaron a luchar en el mismo bando. Por suerte, los dos hermanos estaban tan ocupados con el mago y su bandada de armas voladoras que no se percataron de mi presencia. Por desgracia, también se olvidaron de Myra, que había retrocedido unos pasos al ver la pelea, pero que apretaba las manos como si tuviera algo entre ellas. Cuando llegué hasta donde estaba ella, Myra acababa de tirar la esfera que llevaba en la mano izquierda. A resultas del impacto se generó una oleada que me dio de lleno. Mira qué bien. La pequeña Myra había conseguido hacerse con una bomba de vacío para ella solita.

Las dos nos caímos al suelo y quedamos enredadas entre las faldas voluminosas de Augusta, Myra gritando y yo blasfemando. Lo que llevaba en la otra mano resultó ser otra esfera, en esta ocasión de un color negro mate y del tamaño de una pelota de fútbol. No la supe identificar, pero si era mágica, no iba a funcionar en ese momento, así que opté por ignorarla. Myra me hundió sus uñas en mis mejillas con una fuerza tal que casi provoca que Augusta se pasara el resto de la eternidad con un ojo a la virulé, que quedaba de todo menos bien. Menos mal que giré la cara en el último segundo, evitando así lo peor, pero aun así los arañazos dolían de cojones.

—Querida mía —le dije, mientras pestañeaba para deshacerme de la sangre que me obstruía la visión—, hoy no es el mejor día para que me andes jodiendo.

Los ojos de Myra se abrieron como platos y, un instante después, su expresión adquirió tintes asesinos.

—¡Tú!

A Myra no parecía gustarle el hecho de que hubiera sido capaz de apropiarme de un cuerpo más fuerte, porque se fue a por mi garganta con las manos dispuestas como garras. Me las apañé para deshacerme de su embestida sin provocar grandes daños a ninguna de las dos, pero lo único que conseguí a cambio fue un gruñido y una patada que me dio en toda la espinilla.

Entonces le di una bofetada tan fuerte que la cabeza le salió disparada hacia atrás y los ojos parecieron desvanecerse momentáneamente. La espada mágica había desaparecido y algunos de los cuchillos de Pritkin estaban en el suelo, inertes por los efectos de la bomba de vacío. Los vampiros se habían encargado del resto simplemente dejando que se insertaran tan dentro de sus carnes que les resultase imposible volver a salir de allí. A estas alturas, tanto Drácula como Mircea estaban hechos unos guiñapos sangrientos, pero seguro que iban a sobrevivir. En cuanto a Pritkin, ya tenía más dudas. Se había sacado el revólver, pero las balas de acero no iban a servir de mucho contra unos maestros vampiros, y eso dando por supuesto que los proyectiles llegaran a impactar contra ellos.

De repente, Billy apareció caminando por el escenario, en mi cuerpo, pero con su pavoneo habitual. Miraba hacia arriba, igual que Myra, que además se estaba riendo. Eché un vistazo y enseguida comprendí el motivo de aquella

felicidad: de pronto las vigas estaban atestadas de vampiros; Dios mío, tendrían que ser unos cien por lo menos. Me quedé mirando entre estupefacta y acongojada. La voz de Augusta en mi cabeza me repetía lo que yo ya sabía. Estábamos jodidos.

Entonces un vampiro cayó justo delante de mí, sobrevolando en picado los tres pisos que había desde las vigas del techo hasta el suelo sin siquiera perder pie en el aterrizaje. Antes de que pudiera verlo con nitidez, Billy rebuscó algo en su bolsillo y nos lo tiró. Lo único que vieron mis ojos fue un reflejo dorado que salía despedido de una minúscula figura que describía un arco en el aire justo antes de cambiar de forma.

Entonces el águila de Mac emprendió un hermoso vuelo en picado y, aunque sus plumas grises se fundieron en una mancha oscura con la penumbra del teatro, sus ojos seguían brillando tan centelleantes como siempre. Tras aquello, en un visto y no visto, el vampiro simplemente dejó de estar allí. Sólo se oyó un grito, después un ruido sordo y, acto seguido, el vampiro acabó aterrizando delante de mí de nuevo, esta vez con una buena parte del cuello desgarrado. Era un maestro, sobreviviría pues, pero no iba a poder meterse en ninguna pelea a corto plazo.

Los vampiros se dispusieron a atacar entonces en bandada, inundando el escenario. Ante la que se avecinaba, Billy lanzó las protecciones que le quedaban al aire, formando con ellas un arco refulgente que quedó suspendido. Un instante después, una hornada de bestias que aullaban, rugían y siseaban se abalanzó sobre los vampiros. Algunas de ellas formaron un tornado en miniatura que se deshizo de media docena de vampiros, llevándose por delante también una de las vigas y dejando un rastro de cuerpos por todas partes antes de desaparecer. En otro sitio, una serpiente del tamaño de una anaconda se enroscó alrededor del cuello de otro vampiro tapándole hasta los ojos, lo que provocó que acabase dando tumbos hasta caer en el foso de la orquesta. No muy lejos, un enorme lobo saltó encima de otro vampiro, gruñendo y arrancando enormes pedazos de carne de su torso, mientras una araña del tamaño de un escarabajo (pero de los de Volkswagen) envolvía a otro en un manto de seda hasta dejarlo pendiendo de las vigas mientras lo miraba con un gesto mezcla de satisfacción y concentración.

Myra me hizo bajar de las nubes enseguida al intentar clavarme una estaca mientras yo observaba todo aquello. Menos mal que Augusta era adicta a los corsés y no dejaba de ponérselos (en cantidad, además) mientras estaba de viaje. Fue exclusivamente por aquello por lo que yo acabé solo con una contusión en la costilla y Myra con una estaca rota. Acto seguido se la quité de las manos.

—¡Yo ya soy pitia! ¡No vas a poder cambiar eso!

Myra se limitó a soltar una carcajada.

—Ya he matado a una pitia —musitó cruelmente—. ¿Qué importa una más?

—¿Tú mataste a Agnes? —La sorpresa hizo que casi se me escapase la pregunta. No es que fuese sorprendente que fuera capaz de hacerlo, pero ¿y la

prohibición?—. ¿Entonces por qué sigues yendo detrás de mí? ¡Aunque yo muriera, tú nunca llegarías a ser pitia!

—Si eres inteligente, verás que hay formas de rodear casi cualquier problema —repuso ella, mirando a los combatientes—. ¡Ya veremos lo que se puede cambiar!

La otra bola se quedó enredada entre mis faldas, pero Myra le dio una patada y comenzó a rodar lentamente por el suelo hacia el sitio en el que se estaba desarrollando la pelea. Finalmente conseguí cogerla agarrándola por el pelo; pero, a pesar de que aquello debió de dolerle, seguía sonriendo mientras contemplaba la pelota negra como si en su interior estuviese el secreto que haría realidad todos sus sueños. Teniendo en cuenta que sus sueños implicaban buenas dosis de caos y muerte, y que probablemente había conseguido aquella cosa de su gran amigo Rasputín, llegué a la conclusión de que no estaría nada bien que la esfera llegase a su destino.

Era todo como en mi visión: Mircea cubierto de sangre, luchando por salvar la vida, y alguien que aparecía entre las sombras para arrojarle un arma. Ya sabía lo que venía después, pero con Myra interponiéndose en mi camino a cada momento, no iba a poder detener la bola a tiempo. Por eso la aparté a un lado y corrí a por su pequeño artefacto.

No había dado dos pasos cuando Myra me hizo un placaje. Era como tratar de escapar de un pulpo enfurecido: daba igual adónde me moviera, Myra parecía estar allí siempre antes. En condiciones normales, Augusta habría sido capaz de ponérsela debajo del brazo y correr con ella a cuestras o simplemente golpearla hasta dejarla inconsciente. No obstante, la primera opción no haría más que ralentizar mi marcha y la segunda no era viable porque yo no sabía controlar lo suficientemente bien la fuerza de Augusta como para arriesgarme.

Medio a pie, medio a gatas, conseguí moverme lentamente hacia la bola, pero estaba tardando una eternidad en hacerlo. En ese momento, vi por el rabillo del ojo un fognazo azul y no me lo pensé dos veces.

—¡Va a destruir el teatro! —grité, señalando hacia Myra.

Myra se me quedó mirando como si estuviera loca, pero por aquel entonces los fantasmas del teatro ya me habían escuchado perfectamente. La cara de aquella mujer ya se había teñido antes con el rictus de sufrimiento de quien ve cómo destruyen su amado escenario, pero al menos ahora ya tenía alguien a quien poder echarle la culpa. Inmediatamente lanzó la cabeza decapitada, que de pronto ya no parecía tan alegre, directamente hacia Myra. Cuando la alcanzó, Myra soltó un chillido y empezó a temblar como una posesa. Yo aproveché el momento para quitármela de encima, justo en el momento en el que la mujer se unía a su pequeño compañero. Entonces aquello dio paso a un torbellino de tal intensidad que me impidió ver otra cosa que un remolino borroso de azul y blanco.

Aquello no era un mero asalto: era obvio que los fantasmas habían dado todas las advertencias que cabía esperar y ahora se habían arremangado y metido en faena directamente. Una persona viva debería haber sido más fuerte que ellos, pero eran dos contra uno y estaban en un terreno que hospedaba a generaciones y generaciones de los cuerpos de sus ancestros, lo cual representa una especie de energía adicional para un fantasma. Myra se lo debió haber imaginado. Gritó al notar que los fantasmas se volvían a zambullir en ella, mitad por miedo y mitad por furia, y se desvaneció.

Yo seguí tratando de capturar la bola, pero un vampiro se cruzó en mi camino. Le arrojé la estaca, más como mecanismo de distracción que como otra cosa, porque mi objetivo era el que era. Sin embargo, parece que Augusta no aparca nunca la puntería, porque el caso es que le dio de lleno.

En ese momento, Stoker, con la cara blanca y el gesto tembloroso, apareció por los bastidores, caminando a trompicones hacia la bola todo lo rápido que sus piernas nada estables le permitían. Y, claro, aquello no fue lo bastante rápido. La pequeña esfera había llegado ya al lugar de la pelea y rodaba de un lado a otro de los pies de ambos contendientes, que ahora luchaban contra un círculo de miembros del Senado. A medida que arrastraban los pies y daban saltos de un lado a otro, la bola se movía en una y otra dirección. Me bastó con ver la cara de pánico absoluto de Stoker para correr con todas mis fuerzas hacia la bola.

Llegué justo a tiempo para que me diese en la cara un saco de arena colgado de una cuerda que se había caído de las vigas del techo. Era uno de los cuatro que pendían a uno y otro lado, y que eran esquivados con facilidad por la mayoría de los vampiros... excepto por la única que no había estado prestando atención a la jugada. Debía de pesar más de veinte kilos y había alcanzado ya un gran impulso del vaivén a uno y otro lado. Cuando me percaté de su presencia, no tenía margen para hacer mucho más que aguantar el golpe. Del impacto perdí la verticalidad y salí despedida varios metros deslizándome sobre la espalda.

—¡Dislocador!

Stoker se había desplomado sobre el escenario y, por desgracia, había sido boca abajo. No dejaba de gritar, pero siempre era esa palabra extraña, una y otra vez.

Volví a incorporarme justo en el momento en el que los duelistas se detuvieron a mirar la pequeña esfera que tenían a sus pies. Todo el mundo se quedó parado durante medio segundo. Entonces los Senadores se esfumaron del teatro tan rápido como habían llegado. Mircea agarró a Billy y pegó un salto hacia las vigas del techo, mientras Drácula corría hacia nosotros después de haberse hecho con Stoker. Pritkin me rodeó con un brazo por la cintura y dio un salto volador para sacarnos del escenario. Acabamos aterrizando en el foso de la orquesta y, como me cogió en el último instante, se llevó lo peor del impacto.

El golpe le dejó fuera de combate y a mí me dejó tiritando. Un segundo

después, una oleada de poder salió disparada por encima de nuestras cabezas al nivel del escenario. La bomba debió haber encontrado algo sobre lo que cebarse, quizá alguno de los vampiros caídos en combate. Si era así, no me daba la impresión de que se fueran a levantar nunca más. El impacto no tenía nada que ver con el de la bomba de vacío. Era más oscuro y casi viscoso, y de ninguna forma podía confundirse con el efecto de un arma defensiva.

Levanté la cabeza y me di cuenta de que tenía a Drácula casi en las mismas narices. Parecía extrañamente encantado de verme, y entonces fue cuando me quedé mirando al cuchillo que sobresalía de mi pecho, justo entre la tercera y la cuarta costilla. Dolía, pero no como me esperaba. No era un dolor agudo y abrasador, y además había muy poca sangre. Aquello podía deberse a que Augusta no se había alimentado recientemente o a que aquel cabrón no le había dado en el corazón por escasos milímetros.

Vlad estaba preparándose para arrancarle la cabeza, el motivo lo desconozco. ¿Quizá porque Augusta había estado ayudando a Mircea? ¿Quizá porque era tonto del culo? ¿Quién sabe? El caso es que se estaba tomando su tiempo en desenvainar el cuchillo que tenía a su lado. El que me había metido a mí era uno de los de Pritkin, seguramente se lo había sacado de su propio cuerpo; pero este parecía una reliquia familiar, con incrustaciones en la empuñadura y una hoja fina y bien pulida. Una pena que no fuese a tener oportunidad de usarla.

—¡Billy, estás a punto de tener compañía! —Mi bramido reverberó por las paredes del teatro—. Ven aquí abajo.

—Me has causado muchos problemas —me explicó Drácula mientras mi cuerpo corría por el escenario hacia nosotros—. Voy a disfrutar con esto.

—Lo dudo —repuse, girándome.

Una confusa fracción de segundo después, estaba corriendo sobre el escenario. Billy no dejaba de pegar gritos dentro de mi cabeza hasta que frené en seco justo en el borde. En ese momento pude ver perfectamente a Drácula entreteniéndose con Augusta, pero la de verdad, la que ocupaba un asiento en el Senado. El hermano de Mircea debió haberla decapitado sin tanta alharaca cuando tuvo la oportunidad. Como no lo hizo, Augusta le ofreció encantada una demostración de la razón exacta por la que ella había llegado al Senado antes que él. Y es que, todo lo que le faltaba de técnicas de combate, le sobraba de crueldad y practicidad sin concesiones. Se sacó el cuchillo de Pritkin del pecho, haciendo caso omiso al sonido desgarrador que hacía al salir, y se lo clavó a Drácula mientras el rumano seguía glosando lo maravilloso que iba a ser su crimen.

Y, al contrario que él, Augusta no falló.

Entonces pude ver cómo la cara de Drácula se quedaba petrificada por la sorpresa al notar cómo le atravesaban el corazón. Hasta escuché el sonido del metal rajando la madera en el momento en el que el puñal impactó contra el

suelo, porque Augusta se lo había clavado tan dentro que, al caer al suelo, Drácula acabó ensartado como si fuese un gusano atrapado en un alfiler. Acto seguido, arrancó un brazo de uno de los asientos de primera fila que había allí cerca y utilizó la reliquia de Drácula para afilar el borde y convertirlo en una punta dentada. El cuchillo no bastaría para acabar con él, aunque tampoco parecía que le estuviese haciendo demasiado bien, pero la estaca sí que sería suficiente. Augusta miró hacia arriba, como si estuviese esperando a que interviniese, pero yo me limité a mirarla a ella. Ya había salvado la vida de uno de los dos hermanos de Mircea, no le debía dos.

Entonces los brazos de Augusta se precipitaron sobre el cuerpo de Drácula y lo hizo tan rápido que fue imposible ver el movimiento. Sin embargo, la estaca improvisada no hizo sino golpear el suelo del teatro, con una brutalidad tal que el sonido del impacto acabó reverberando en un festival de decibelios por todo aquel hueco. Simplemente, Drácula ya no estaba allí. Yo no entendía qué estaba pasando y Augusta tampoco, pero entonces vi que Stoker sujetaba una pequeña caja negra. Me sonrió ligeramente y después desapareció. El incubo emergió de su pecho, con un aspecto tan altivo como solo un espíritu sin apenas facciones podría tener.

Augusta agarró la caja, pero le entraron las dudas cuando vio cómo le cambió la cara al espíritu. Su mirada se trasladó del rostro del demonio hacia mí y entonces volvió a hacer alarde de su practicidad. Dejó caer la cajita y se largó corriendo.

Miré a mi alrededor, pero no se veía a ningún vampiro por allí. Por extraño que pareciese, aparte de por el brazo del asiento y por las manchas de sangre del escenario, parecía que no hubiese pasado nada en el teatro. Con todo, faltaba algo.

—¿Dónde están las protecciones? —le pregunté a Billy.

Billy fue saliendo de mí lentamente, como si fuese reacio a abandonar el refugio que representaba para él mi cuerpo. Echó un vistazo a su alrededor, pero no había señal que indicase la presencia de los fantasmas del teatro. Probablemente se estaban recuperando del gasto de energía que les habría supuesto hacerle lo que le hicieran a Myra.

—Destruídas. El dislocador acabó con ellas.

—¿Destruídas? ¿Todas?

—No habrían durado mucho de todos modos. No eran protecciones ofensivas. Fueron diseñadas para funcionar como defensas en un cuerpo, como escudos, no como armas. Lo que viste era cómo se autodestruían.

Pensé en el águila zambulléndose en su vuelo en picado final y noté cómo se me hacía un nudo en la garganta.

—¡Cassie! —La voz de Billy me sentó como una bofetada—. No empieces... ¡Ahora no! No nos quedan más protecciones y los vampiros regresarán en

cualquier momento. Tenemos que irnos.

Miré a mi alrededor a ver si veía a Myra, pero, sin los sentidos de Augusta, fue inútil. No me creí ni por un segundo que los fantasmas la hubieran matado. Por un lado, haría falta mucho más que un fantasma, o incluso que uno y medio, para secar a un humano en plena forma. Por el otro, simplemente no suelo tener tanta suerte. Durante un breve instante contemplé la posibilidad de dar marcha atrás en el tiempo para poder atraparla justo antes de que se fuese por la puerta grande, pero la existencia de esa otra bomba me hizo dudar. Ya había visto qué podía hacer el dislocador en mi visión, no quería experimentarlo en primera persona.

Me bajé del escenario con bastante menos gracilidad que la que hubiera tenido Augusta y cogí la caja negra del suelo. No pesaba más que antes. La agité con reparos, pero el espíritu no hizo más que sonreír. Su aspecto era extraño, con esos ojos y colmillos teñidos de sangre.

—Drácula está ahí dentro, te lo aseguro.

—¿Y ahora qué? —le pregunté, mientras sus facciones volvían a adquirir una vaga benevolencia.

—Ahora me toca esperar —repuso, con mucha más serenidad de la que yo habría tenido de estar en su lugar. Con todo, si se es inmortal, supongo que la perspectiva de unas pocas décadas de espera no te impresiona demasiado.

Las pestañas de Pritkin no dejaban de batir.

—Myra se ha ido —le avancé antes de que pudiera preguntar nada. Volví a mirar hacia arriba en busca de mi nebuloso aliado—. ¿Has visto a Mircea?

Había dado por supuesto que había sobrevivido, desde el momento en el que la secuencia de eventos que se sucedían en mi visión quedó interrumpida, pero tenía que asegurarme.

—Vendrá pronto. —Empezó a desvanecerse y yo saqué una mano para tratar de evitarlo.

—Gracias por tu ayuda. Sé que no lo hiciste por mí, pero... bueno, en cualquier caso. —De pronto me di cuenta de algo—. Ni siquiera sé cómo te llamas. Yo soy Cassie Palmer.

En ese momento su color se tornó hacia una tonalidad rosa palo.

—Son tan pocos los que se molestan en preguntar —replicó, con voz agradecida—. He empleado muchos nombres a lo largo de los siglos. Varía en función del sexo y la cultura del cuerpo en el que habito. Fui Aisling en Irlanda, Sapna en India, Amets en Francia. Llámame como quieras, Cassie.

Entonces de él volvió a surgir una sombra más oscura, casi en forma de rosa, lo cual supuse que era una buena señal porque empezó a citar a Shakespeare.

—¿Cuándo volveremos los tres a vernos, bajo lluvia, rayo y trueno? Cuando acaben brega y bronca y haya derrota y victoria.<sup>[9]</sup>

Su imagen empezó a desvanecerse una vez más y en esta ocasión lo dejé

marchar.

Pritkin se agarró al lateral del foso de la orquesta y se encaramó al escenario. Una vez arriba, miró hacia abajo y me tendió la mano, pero yo ignoré su ofrecimiento. Mi cabeza le estaba dando vueltas a algo. Era como si hubiese estado llevando una pieza de puzle encima todo este tiempo sin saber qué era o dónde debía ir.

—¿Estás herida? —La voz de Pritkin salió flotando hasta llegar donde yo estaba.

—No.

Al final me agarré a su mano y volví a subirme a gatas sobre el escenario. Casi en el momento en el que lo hice, emergió un cúmulo de chillidos histéricos del foso que acababa de abandonar. Stoker había despertado y, sin incubo alguno que distorsionase la sensación, todas sus heridas se hicieron notar al unísono sobre él. Las quemaduras son de por sí dolorosas, pero las que él tenía debían de ser insoportables. Pritkin volvió a saltar al foso, pero los gritos lastimeros de Stoker no cesaron.

Estaba a punto de ir detrás de Pritkin cuando una caja negra empezó a tintinear delante de mis narices y me copó todo mi ángulo de visión. En ese mismo momento, una voz grave y sonora empezó a ronronearme al oído.

—Buenas noches, problema mío.

Yo no respondí nada porque me había quedado momentáneamente bloqueada por la inmensa oleada de alivio que me invadió al escuchar aquella voz, que constataba que su poseedor estaba vivo y en buen estado. Controlé mi gesto, esperando que fuese el *geis* el que entrase en acción, pero no ocurrió nada. Lo único que había era un cálido torrente de placidez, un cosquilleo de felicidad que se expandía por mi piel con sólo estar cerca de él, pero nada extremo. Entonces me di cuenta de que me había olvidado de un dato clave: en esa época, aquella cosa tan horrible estaba como nueva. No había tenido tiempo de echar los dientes.

Pero ya le saldrían. Y bien grandes.

Cogí la caja. Parecía exactamente igual que la mía.

—¿Qué es esto?

Sus ojos oscuros se fundieron con los míos, brillando maliciosamente.

—Te propongo un cambio.

De repente, Stoker, poseído por el dolor, salió a gatas del foso y se dirigió hacia el pasillo central. Pritkin salió detrás de él, aunque desconozco los motivos. Tal vez para que Mircea tuviese tiempo para borrarle todo aquello de la memoria, aunque no parecía que fuese necesario. Cuando años después escribí una confusa versión de todo aquello, la gente ya lo compraba como obra de ficción.

—¡Rápido! —impelí yo, mientras Pritkin agitaba un brazo antes de desaparecer entre las puertas del vestíbulo.

Mircea sonrió, y el resultado no fue nada malo, a pesar de estar cubierto de sangre, en gran parte suya.

—¿Ya no tienes interés por continuar tu contienda con la joven histórica que estaba aquí antes?

—¿Cómo? —Me quedé mirando a la caja un momento, sin comprender muy bien qué quería decir. Entonces sus palabras cobraron sentido. No. No podía ser. ¿Tanto tiempo intentando encontrar a Myra y ahora me la ponían en bandeja? ¿O, para ser más exactos, me la ponían delante de las narices?

Todo era muy extraño.

—Ideé la trampa para mi hermano —me explicó Mircea—. Pero cuando vi

que ya había sido capturado, decidí utilizarla para otros menesteres. Esa... joven... cometió el error de correr hacia el palco para contemplar los efectos de su artefacto. Allí fue donde la encontré.

Mircea colocó la caja en la que estaba Myra sobre las tablas y puso una mano sobre la de Drácula.

—Los senadores volverán en cualquier momento —musité, sin poder apartar la vista del pequeño receptáculo negro en el que habían atrapado a mi rival. Por alguna razón, me pitaban los oídos—. Lo van a matar de cualquier forma.

—¿Matar a quien? —Mircea mostraba cierta curiosidad—. No puedes estar refiriéndote a mi hermano. Por desgracia, murió a consecuencia de la explosión.

—Olerán su rastro.

—No dentro de esto.

Las palabras de Mircea daban a entender que sabía de qué hablaba. Y no parecía razonable que fuesen a ir a por él por una simple caja. Podrían arriesgarse a provocar una guerra por Drácula, ¿pero por una mera sospecha? No creo.

—¿Por qué lloras? —preguntó de repente, colocándome la mano sobre la mejilla. Con su pulgar me apartó una lágrima que ni siquiera me acordaba de haber derramado. Por muy liviano que fuera el roce, despertó el *geis*. Respiré hondo y los ojos de Mircea se abrieron aún más.

Viendo todo aquello, me aparté.

—Por favor... no.

Al contrario que en mi propia época, al retirarme no sentí nada de dolor físico. Pero el daño emocional seguía estando allí, y era alto.

Mircea se quedó a la expectativa, pero yo no le di más explicaciones. Para mi sorpresa, lo dejó correr.

—Si no me equivoco, has sido tú quien ha salido victoriosa —fue lo único que apuntó—. La victoria es normalmente un motivo para la satisfacción, no para las lágrimas.

—La victoria tuvo un precio muy alto.

Y tanto.

—A menudo es así.

En ese momento algo se movió en mi brazo y yo pegué un bote. Al mirar hacia abajo, me encontré un pequeño lagarto verde sobre mi antebrazo, temblando de miedo. Me miró con sus grandes ojos negros y después corrió a toda prisa hasta esconderse debajo de mi codo. Mircea se rió.

—¿De dónde ha salido eso?

Me había dado tiempo a reconocerlo: era una de las protecciones de Mac.

—Habrás conseguido esconderse antes, Cass —murmuró Billy—. Supongo que se aferró a mí cuando tiré las demás. Parece que, después de todo, hemos conseguido salvar algo.

Según subió más arriba por mi brazo sentí que su cola me hacía cosquillas, pero no hice nada que pudiera molestarle. Hace tiempo que había aprendido una lección: por muy pequeño que fuera, era mejor que nada.

Pritkin abrió las puertas del teatro de par en par arrastrando el metro noventa de Stoker y yo agarré la caja de Myra. Mircea cogió la que contenía a su hermano y yo no protesté. Por mi experiencia sabía que así era como habían sucedido siempre las cosas. Tal vez Mircea se llevaría a su hermano a casa en secreto y dejaría que todos pensaran que el linchamiento había transcurrido según lo previsto. En cualquier caso, no tenía sentido iniciar una disputa que no habría podido vencer y por la que Pritkin no podía arriesgarse. Fue él quien dijo que no quería que Myra fuese pitia y, después de todo lo que había hecho esa noche contra nosotros, supongo que ahora lo pensaba de verdad, si es que alguna vez tuvo dudas. Aún así, no me acababa de fiar de él. Todavía quedaban muchas preguntas sin responder sobre el mago Pritkin.

Me metí a Myra en un bolsillo de las voluminosas faldas de Françoise, para que no quedase a la vista. Mircea lo vio, pero no dijo nada. Se encaminó hacia el borde del escenario y cogió el cuerpo inconsciente de Stoker de las manos de Pritkin, izándolo por encima del foso como si no pesase nada.

—Una cosa más —añadió, después de dejar a Stoker sobre las tablas. Acto seguido se sacó algo del abrigo y lo dejó caer hasta ponérmelo encima del pie.

—¡Mi zapato! —exclamé.

Brillaba todo lo que se podía esperar de un producto comprado en oferta a 14,99.

—Se te cayó la primera vez que nos vimos, por las prisas al marcharte. Algo me dijo que tendría la oportunidad de devolvértelo. —Sus ojos se encontraron con los míos y el gesto de su rostro amenazó peligrosamente con convertirse en una sonrisa de oreja a oreja—. Llevas un vestido precioso, pero he de confesar que prefería tu otra indumentaria. O la falta de ella.

Le lancé una sonrisa irónica y me quité el zapato. Con el ritmo de vida que llevaba, iba a necesitar botas militares, no tacones. Además, esta Cenicienta tenía que verse las caras con el Círculo, el Senado y los duendes oscuros. No era paz y tranquilidad precisamente lo que se dibujaba en mi futuro próximo, así que se lo devolví, con cuidado para evitar cualquier tipo de contacto físico con él.

—Quédate lo.

Mircea se me quedó mirando con cara de intriga.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

Me encogí de hombros.

—Nunca se sabe.

Mircea me miró a los ojos un instante y después se movió como si fuera a cogerme la mano. Al retirar yo la mía, frunció el ceño.

—¿Debo dar por sentado que nos volveremos a ver?

Tenía dudas sobre qué decirle. Por supuesto que me volvería a ver y que volvería a cometer el error que nos conduciría a esta situación. Que yo fuera a verlo en mi futuro era otra historia. Si no conseguía romper el *geis*, no podría volver a arriesgarme y, solo de pensarlo, se me hacía un nudo en las entrañas. Estaba tan cerca de caer en la tentación de decirle que no me echara el *geis* en el futuro que me tuve que morder la mejilla por dentro para seguir callada. No obstante, por mucho que lo odiase, el puto *geis* había tenido mucho que ver en todo lo que me había pasado y lo que me había llevado hasta allí. A mí me había protegido de acercamientos no deseados mientras era adolescente, y a Mircea le había ayudado a encontrarme antes de que lo hiciera Tony siendo yo ya adulta; además, fue el propio *geis* el que le convenció para que me dejara entrar en la cámara del Senado. Si me daba por intentar cambiar aquello, ¿cómo sería entonces mi vida? No tenía ni idea.

Finalmente decidí inclinarme por una respuesta que se ajustase literalmente a lo que iba a suceder.

—Seguro que sí.

Mircea asintió con la cabeza, levantó a Stoker y me regaló una reverencia. No sé muy bien cómo, pero el caso es que consiguió hacerlo grácilmente a pesar de llevar al hombro a un tipo de unos ciento quince kilos.

—Esperaré ansioso, brujilla.

—No soy una bruja.

Mircea sonrió levemente.

—Lo sé.

Acto seguido se marchó a pie del escenario sin decir nada más. Mantuve los dientes apretados y lo dejé marchar.

—Te rodeas de unos aliados interesantes —comentó Pritkin, encaramándose al escenario—. ¿Cómo lograste persuadir a esa criatura para que te ayudase? Por lo general son extremadamente egoístas.

En un primer momento pensé que se refería a Mircea, así que me dispuse a explicarle lo enormemente insensato que resultaba referirse a un vampiro, especialmente a un maestro, en esos términos. Al ver mi expresión, Pritkin se explicó.

—El incubo, ese al que llaman Sueño —añadió.

Mi cerebro frenó de golpe.

—¿Cómo? —pregunté yo.

—¿No sabías lo que era? —preguntó Pritkin incrédulo—. ¿Acaso tienes por costumbre aceptar sin más la ayuda de espíritus a los que no conoces?

Billy se reía.

—No —respondí, ignorándolo—. El nombre... ¿cómo llamaste a ese tipo?

—A esa cosa —me corrigió Pritkin.

—Pero el nombre...

—Muy adecuado —prosiguió—, un incubo llamado Sueño. —Mis ojos se abrieron como platos y Pritkin frunció el ceño—. Eso era lo que significaban los nombres que te dijo. Todos ellos son variantes de la misma palabra. ¿Por qué lo preguntas?

Me quedé sentada y perpleja mientras mi cerebro recreaba aquel marcado acento hispano diciéndome que se llamaba Chávez. Ahora caía en que aquel nombre también significaba lo mismo. Me recosté sobre la espalda, con la mirada perdida en el techo. Cuando estábamos en la pista de hielo, le había depositado sobre sus manos, perfectamente cuidadas, las tres cajas que había cogido en la prisión del Senado. Sería mucha casualidad, por supuesto, que ninguna de las tres contuviera a Drácula en su interior.

Por un breve instante me pregunté si el incubo había estado jugando conmigo todo ese tiempo o si simplemente había tenido la suerte de acabar siendo mi chófer en ese momento. No es que importara mucho; fuese como fuese, ya estaba jodida. A estas alturas, no me cabía duda de que las cajas nunca habían llegado a estar en posesión de Casanova. Lo cual significaba que, en mi época, Drácula volvía andar suelto por ahí. Y encima por mi culpa.

—¡Por fin! —gritó alguien a mis espaldas. Al principio no le presté atención. Estaba demasiado ocupada añadiendo a Drácula a mi lista de quehaceres y tratando de no pensar en lo larga que se estaba convirtiendo tal lista. Sin embargo, aquella voz tenía un deje que me resultaba familiar—. ¡Pensé que ese vampiro no se iba a marchar nunca! Ahora sí, acabemos con esto.

Al darme la vuelta me topé con una silueta fantasmal de una joven morena que levitaba unos cuantos centímetros por encima del escenario. Aquellos grandes ojos azules y aquel largo vestido blanco me sonaban bastante, concretamente de la última vez que aquel espíritu tan peculiar se cruzó en mi camino. En aquella ocasión me dijo que prefería presentarse con la forma que tenía cuando viajaba en forma espiritual en lugar de reproducir su apariencia de verdad. A resultados de eso, ahora parecía que seguía teniendo quince años.

—Agnes. —Por alguna razón, aquello ni siquiera me sorprendió. Quizá mis nervios estaban demasiado agotados como para reaccionar ostensiblemente por nada—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Se montó conmigo —musitó Billy apenado—. No me dejó que te lo dijera, pero ya estaba en el colgante cuando traté de volver a tu cuerpo. Debí de haber andado merodeando alrededor del Camerino de los Artistas, justo antes de saltar de Françoise a ti.

—¿Por qué? —pregunté yo.

Billy se encogió de hombros.

—No hemos hablado mucho. Si me pides mi opinión, te diría que su motivación son las ganas de venganza. Para mí que los tiros van por ahí.

—Y tanto —asintió Agnes antes de volver la vista hacia mí—. Suéltala.

Era una orden, pronunciada además por alguien que estaba acostumbrada a que la obedecieran de inmediato.

Ni siquiera me molesté en fingir que no la entendía.

—Así que tú también vas a por Myra.

Agnes cruzó sus brazos transparentes y me miró con el ceño fruncido.

—Que me asesinen es algo que tiende a irritarme. Supongo que te podrás hacer una idea.

Yo meneé la cabeza.

—He escuchado su confesión, pero todavía no sé cómo lo hizo.

—Pues mira. Antes de desaparecer, Myra me hizo un regalo con motivo del solsticio. Para mantenerme a salvo de todo mal, me dijo. —Los labios de Agnes se retorcieron sardónicamente.

—El medallón de san Sebastián, lo sé. Tenía arsénico en su interior. Los magos lo encontraron y lo abrieron. Pero sigo sin comprender cuál era el peligro para ti. ¡El veneno estaba dentro y el medallón estaba soldado!

—Claro, pero el tema fue que Myra le hizo un agujero minúsculo en la parte de arriba antes de dármelo. Conocía de sobra mis hábitos; sabía que, antes de beber nada, siempre metía un colgante o un talismán de cualquier tipo en la bebida. Esa costumbre la heredé de mi predecesora, ¡y mira que me dijo veces que si no me andaba con cuidado acabaría muriendo envenenada! Claro que —prosiguió Agnes, acercándose un poco más a mí— también me dijo que comprase acciones en el 29. Herófila estaba como una cabra.

—¿Herófila?

—Sí, recibió ese nombre por la segunda pitia de Delfos. Según se sabe, aquella también estaba de la olla.

Perfecto. Mi nombre hacía homenaje a una tarada. ¿Por qué sería que no me sorprendía?

—Aun así, sigo sin entender por qué Myra querría verte muerta. Si el poder no puede ir a parar a alguien que haya asesinado a la pitia...

—Técnicamente, ella no me asesinó.

—¡Pero si te dio un medallón envenenado sabiendo qué ibas a hacer con él!  
—A mí eso me sonaba a asesinato.

—Pero no me obligó a que lo usara —señaló Agnes. Cuando vio que hacía amago de protestar, levantó la mano—. Que sí, que ya lo sé. Cualquier juez de hoy en día la declararía culpable, pero el poder proviene de una época anterior a las pruebas circunstanciales y la duda razonable. No me puso una espada en el cuello ni me dio con un garrote en la cabeza. Ni siquiera me echó veneno en el vino, fui yo la que me encargué de hacer eso. Desde el punto de vista del poder, no hay nada de lo que se pueda culpar a Myra.

—¿Y, entonces, ahora qué? —No sabía qué pretendía conseguir Agnes zanjando la historia así, pero me daba mala espina.

—He dicho que el poder considera a Myra inocente, no que yo la considere inocente —añadió con fiereza—. Esa pequeña puta me asesinó. ¿Por qué crees si no que estoy aquí?

—¿Y tu plan ahora es...? —Ahora que era un espíritu desprovisto de cuerpo, sus opciones parecían muy limitadas.

—Suéltala y lo sabrás.

De repente se me ocurrió que sí había un sitio por el que podía salir Agnes. Si podía poseer a Myra, podría utilizar su poder para regresar y tratar de cambiar las cosas. Deseaba de verdad que ese no fuera el plan, porque no tenía ni idea de cómo se suponía que iba a pararle los pies si era eso lo que tenía entre ceja y ceja. Sólo el trato cara a cara con ella me había dado ya muchos problemas; así que no había duda de que, en cuanto le diese la gana, Agnes podía empezar a torearne en cualquier momento.

—No puedes estar pensando en interferir en el curso temporal —murmuré lentamente—, ¡menos aún después de llevar toda una vida protegiéndolo!

—¡No me vengas a dar sermones sobre el curso temporal! —espetó.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Pritkin.

Suspiré. Me había olvidado por un momento. Agnes era un espíritu, así que Pritkin no podía verla ni escucharla mejor de lo que podía percibir la presencia de Billy.

—No me creerías si te lo contara.

—Inténtalo —insistió, mientras trataba de limpiarse la sangre que le salía de un corte que le habían hecho justo encima de su ceja derecha. Supongo que su intención era quitársela de la cara, pero al final lo único que consiguió fue esparcirla más. Cuando acabó, daba la impresión de que llevaba pinturas de guerra, así que llegué a la conclusión de que era mejor no seguir discutiendo con él.

—Está bien. Agnes está aquí en forma de espíritu y planea vengar su propia muerte. ¿Contento?

—Sí —afirmó, hincando inmediatamente una rodilla—. Lady Femonoe, es un honor como siempre.

Al ver aquello fruncí el ceño. No hace falta decir qué sería yo para Pritkin si su manera de comportarse con la anterior pitia era aquella.

Agnes apenas le dedicó una mirada. Me lanzó una sonrisa, pero no era demasiado reconfortante.

—Myra se llevó mi vida por delante. Tal y como yo lo veo, me debe otra.

Por fin, las cosas empezaban a cobrar sentido.

—¿Fue ese el acuerdo al que llegaste con Françoise? ¿Querías que te trajera a este momento para que pudieras cambiar su cuerpo por el de Myra? —proseguí, cerrando mínimamente los ojos—. ¿Sí o no? ¿Ella estaba de acuerdo?

—Françoise nunca habría escapado de las garras de los duendes de la luz sin

mi ayuda —repuso Agnes, evadiendo mi pregunta—. ¡Probablemente ni siquiera habría sobrevivido! Mi experiencia nos mantuvo a las dos con vida. ¡Creo que me debe unos cuantos años por aquello!

—¡Eso no es propio de ti!

—Y hablando de deudas, ¿quién te crees que mandó antes a todas esas protecciones al rescate? Tu fantasma no sabía cómo funcionaban. Fui yo la que te salvó. Otra vez —agregó, sin dejar de mirarme—. ¡Así que suéltala!

Sujeté la caja fuerte contra mi costado y me di cuenta de que podía sentir un minúsculo pulso laténdome en la base de la garganta.

—¿Y si no puedes controlarla? Se supone que puedes meterte en el cuerpo de una persona normal, no de alguien como ella. Hasta Françoise te puso en aprietos en ciertos momentos. ¿Qué crees que podría hacer una vidente con el poder de Myra?

—Ese es mi problema.

—¡No si se te escapa! —Saqué la caja y la agité en su presencia—. ¿Tienes idea de lo que he tenido que pasar para conseguir esto? Myra intentaba matar a Mircea para que no pudiese estar ahí para protegerme más adelante. ¡Y casi altera toda la línea del tiempo para conseguirlo! ¡Casi me mata! ¿Y ahora me dices que no es mi problema? —acabé gritando, pero no me importaba.

—Déjala salir, Cassie —me advirtió Agnes.

—¿O si no, qué? ¿Me harás lo que le hiciste a Françoise?

—No seas ridícula, a ti no podría mantenerte a raya.

—¿Y a Myra sí? —Meneé la cabeza—. No lo creo. Esa mujer es peligrosa, Agnes. Si yo he conseguido meterla aquí ha sido más por suerte que por cualquier otra cosa. De ningún modo voy a permitir que salga.

Agnes suspiró.

—Tú no lo entiendes...

Sus explicaciones se vieron interrumpidas porque, de repente, Pritkin me arrebató la caja de las manos.

—¡Pritkin, no! —Traté de recuperarla, pero antes de que pudiera ponerle siquiera un dedo encima, noté que el lugar se veía invadido por un fognazo que me resultaba familiar y, de pronto, allí estaba Myra de nuevo.

Agnes no perdió ni un segundo. En cuanto apareció su antigua aprendiz, pasó como una exhalación a mi lado y se chocó contra los escudos de Myra. Sus chisporroteos eran cada vez mayores a medida que la lucha se volvía más encarnizada: Myra tratando de repeler el ataque y Agnes intentando encontrar un lugar por el que colarse dentro de ella.

—¿Tú sabes lo que has hecho? —le pregunté a Pritkin, aún paralizada—. No va a poder contenerla. No siempre.

—No le va a hacer falta —replicó, observando la pelea con gesto adusto.

Antes de que le pudiera preguntar qué quería decir con aquello, Myra soltó un

grito y Agnes desapareció, colándose por cualquiera que fuera la grieta que encontrara en la armadura de su antigua pupila. El cuerpo liviano de Myra se estremeció una vez de manera brutal y después miró hacia arriba tranquila. De pronto me di cuenta de que, excepción hecha de su color de pelo y de unas mínimas diferencias faciales, las dos mujeres podían haber sido gemelas. Tenían la misma constitución fina y una estructura ósea delicada, el mismo aire de niña pequeña, en suma. Pero los ojos que parecían fríos y opacos cuando el cerebro de Myra estaba tras ellos, danzaban ahora repletos de vida.

—¡Lo conseguí! —anunció Agnes a bombo y platillo, como si hubiese algo que celebrar. Me lanzó una sonrisa que yo no le devolví. Todo aquel trabajo, todo aquel sacrificio había sido en balde. Agnes podía ser poderosa, pero no era su cuerpo. Antes o después dejaría de poder tener a Myra bajo control, aunque solo fuese durante un instante. Y con eso bastaría.

—Estás loca —le dije.

Pritkin hizo ademán de acercarse hacia ella, pero Agnes lo detuvo alzando una mano.

—No tienes derecho —se limitó a decir Agnes.

Sus ojos se centraron en mí y frunció el ceño.

—No va a ser ella.

—Tiene que serlo —puntualizó Agnes con voz calmada—. Hiciste un juramento.

Pritkin dio unos cuantos pasos y acabó arrodillándose a mi lado. Noté que algo frío me tocaba la piel y, al mirar hacia abajo, vi que me ponía uno de sus cuchillos en la mano.

—Hazo rápido —musitó con voz grave—. Un solo corte, directo a la yugular.

Me quedé mirándolo.

—¿Cómo?

Pritkin cerró mi mano en torno a la empuñadura del cuchillo.

—Myra se condenó a sí misma por su propia boca. Ya la escuchaste. Ante cualquier ley, ya sea de humanos, magos o vampiros, merece la muerte.

De repente todas las piezas encajaron. Y la imagen que formaban no me gustaba mucho, la verdad.

—¿Era por esto por lo que querías que estuviera aquí, no?

Ni siquiera intentó negarlo.

—Hice el juramento de proteger a la pitia y a su heredera, con mi vida si fuera necesario. El Círculo creía que, si ellos me lo pedían, me olvidaría del juramento; que mataría a Myra aunque no hubiese nada que demostrase su culpabilidad. Pero cuando doy mi palabra, la mantengo. —Sus labios se retorcieron hasta formar una sonrisa amarga—. Razón por la cual no la doy muy a menudo.

—No me trajiste aquí para evitar que Myra hiciese un salto en el tiempo —

seguí con mis acusaciones—. ¡Esperabas que la matase!

La expresión de Pritkin no se vio alterada. Era como si estuviésemos discutiendo de cualquier cosa: el tiempo, un partido de fútbol... era surrealista.

—Si pudiera hacerlo por ti, lo haría —continuó con calma—. Pero Agnes está en lo cierto. Solo la pitia puede castigar a una iniciada.

—¡No estamos hablando de un castigo! No se trata de mandarla a la cama sin cenar. —Miré a Agnes, con la esperanza de encontrar en ella algo de apoyo—. ¡Es una cuestión de vida o muerte!

Agnes encogió los finos hombros de Myra y dejó la mirada en blanco. Durante años fue ella quien la preparó y es posible que en cierta ocasión estuvieran cerca la una de la otra, pero ahora su rostro ya no mostraba signo alguno de pesar.

—Ya lo dijiste tú misma. No podré sujetarla. No mucho más tiempo.

—Si esto es lo que te ha deparado este trabajo —espeté bruscamente—, ahora sé que no lo quiero.

Sus ojos azules se encontraron con los míos y de repente vi en ellos un halo de tristeza.

—Pero el caso es que ya es tuyo.

Noté cómo la hoja del cuchillo me mordía en la palma de la mano; porque, al abrirla ligeramente, el arma se me había deslizado desde la empuñadura hasta algo más abajo. Al notar el dolor, mi cerebro volvió a tenerlo todo muy claro.

—No. Ya encontraremos otra manera de hacerlo.

Agnes me miró con dulzura. Resultaba extremadamente extraño ver esa expresión en el rostro de Myra.

—No hay otra manera. ¿O qué planes tienes tú? ¿Metértela debajo de la manga? ¿Llévartela a todas partes? Antes o después, conseguiría liberarse. Le he enseñado demasiadas cosas como para dudar ahora de lo que sería capaz. —Su expresión se volvió más severa—. Y ocuparte de las que se quedan al margen de la ley es parte de tu trabajo. Esas son las normas.

—No son mis normas —repuse con voz ronca.

—Alguien tiene que hacerlo —insistió Agnes implacablemente—. Alguien tiene que asumir la responsabilidad. Y, te guste o no, ese alguien eres tú.

Al oír eso se me formó tal nudo en la garganta que me hacía difícil tragar saliva. Las lágrimas que no había derramado antes caían ahora por mi cara, pero me daba igual. ¿Una muerte más, y esta vez no solo por mi culpa, sino también con mis propias manos? Este sí que no era el plan. De hecho, era justo lo contrario al plan. Yo quería salir victoriosa, pero no de esta manera. Estaba harta de ver muertes; sobre todo, muertes que sucedían en parte por mi culpa. La boca se me llenó de un sabor amargo.

—No puedo.

Agnes se inclinó y, con una mano, me acarició la cara con ternura.

—Todavía no has empezado a descubrir siquiera una mínima parte de lo que puedes hacer. Pero lo harás. —Se apartó de mí, con una sonrisa leve y triste en el rostro—. Me habría gustado ser yo la que te preparase, Cassie —añadió, para después girar la vista hacia Pritkin—. Va a necesitar ayuda —dijo sin más.

Pritkin volvió a arrodillarse, con la cara pálida.

—Lo sé.

Agnes asintió y volvió a mirarme nuevamente a mí. Un espasmo le atravesó el rostro por un instante, pero enseguida consiguió volver a hacerse con las riendas de aquel cuerpo.

—Nunca podré enseñarte la mayor parte de las lecciones que te van a hacer falta —continuó—, pero creo que sí me va a dar tiempo a darte una.

Me di cuenta de que el cuchillo ya no estaba en mi poder cuando vi que era su pequeña mano la que lo empuñaba.

—¡Agnes, no! —grité, mientras me abalanzaba a gatas hacia ella. Demasiado tarde. No dudó ni un segundo. Cuando llegué donde estaba ella, Agnes ya había hincado las rodillas y el pristino vestido blanco de Myra estaba empapado de sangre. Su forma de colocarse en el suelo no perdió un ápice de gracilidad, con su cuerpo convertido en una mancha pálida en medio de todo aquel color vívido.

Miré compulsivamente a todas partes, pero no había ni rastro de su espíritu. Ni del de ella ni del de Myra. Me di la vuelta para ver a Pritkin, que seguía de rodillas, observando cómo la sangre se derramaba por las tablas formando un charco cada vez más grande. Por un segundo, pareció estar ido, como un niño desconcertado. Pero, de repente, la expresión desapareció tan rápido que hasta me entraron dudas de que hubiera existido alguna vez.

—¿Dónde está Agnes? —pregunté con una voz chillona envuelta en pánico—. ¡No la veo!

Pritkin miró hacia arriba, buscándome, pero casi daba la sensación de que, por un momento, sus ojos no sabían cómo enfocar correctamente. Volví a mirar la silueta arrugada de Myra y la vista se me nubló hasta tal punto que me resultaba difícil decir dónde acababa la sangre y dónde empezaba la tela roja del vestido.

—¡Pritkin! —insistí.

—Se ha ido.

Empecé a dar vueltas a su alrededor, aturdida e incrédula.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? ¿Adónde? ¿A buscar otro huésped?

—No —se limitó a decir.

Tras aquella respuesta, Pritkin se levantó, se acercó al cuerpo y, tras susurrar una palabra, todo lo que había a su alrededor quedó engullido por un ejército de llamas carmesíes. Después, sobre las viejas tablas se formó un resplandor rojizo y empezaron a saltar chispas doradas del marco del escenario, pero aquello no era como un fuego normal. La figura delgada que había en el centro de las

llamas se convirtió en cenizas en cuestión de segundos, y en su lugar tan solo quedaron tabloncillos chamuscados. Pritkin se volvió hacia mí, con los ojos envueltos en dolor. Fue esa mirada, más que sus palabras, lo que me hizo comprender todo.

—Se ha ido, sin más.

Meneé la cabeza sin querer creérmelo.

—¡No! Podíamos haber encontrado algún sitio seguro para encerrar a Myra. Agnes podía haber encontrado otro cuerpo en el que hospedarse. Yo la habría podido ayudar. ¡Las cosas no tenían por qué terminar así!

Entonces Pritkin me sujetó por los brazos tan fuerte que no pude evitar que me dolieran.

—¿Todavía no lo comprendes?

—¿Comprender qué? ¡Agnes ha muerto para nada! —grité, si bien lo que me nublabla la vista era el pánico, que conseguía que el mundo que me rodeaba quedase limitado a una colección de hileras de color. No podía ser que Agnes se hubiese ido. Antes de que pasara todo esto, ya tenía la sensación de estar sola ante el peligro, pero no había llegado a captar por completo hasta qué punto tenía todo en mi contra. Ahora que empezaba a darme cuenta, sabía que conmigo solo no sería suficiente.

—Volveré atrás en el tiempo, la salvaré...

Pritkin me interrumpió y me sacudió tan fuerte que me dejó con los dientes castañeteando.

—Lady Femonoe murió cumpliendo con su deber. Fue una de las más grandes de su stirpe. ¡No serás tú quien la deshones!

—¿Deshonrarla? ¡Yo hablo de salvarle la vida!

—Hay ciertas cosas que ni siquiera la pitia puede cambiar —me explicó, suavizando su expresión—. Myra tenía que morir, y alguien debía asegurarse que no podría utilizar su poder para saltar a otro cuerpo antes de que su espíritu fuese eliminado. Y el único modo de conseguir eso...

Por fin lo entendía.

—Era que alguien se fuese con ella —susurré.

Me quedé mirando a las tablas achicharradas por el fuego, sin creérmelo todavía muy bien. Todo había sucedido tan deprisa. Quizá una pitia perfectamente preparada no se vería atosigada por las dudas o la preocupación, no se replantearía sus decisiones una vez tomadas ni se preguntaría qué derecho tenía a detentar el poder que tenía. Tal vez, pero yo no había sido preparada y no sabía qué hacer. El pánico me había paralizado la garganta y había provocado que mis neuronas se quedaran congeladas. Estaba sola ante el peligro y me daba pánico sólo de pensarlo.

—¿Debo entender que vas a buscar el Códice independientemente de lo que yo decida hacer? —inquirió Pritkin.

Mi cerebro tardó unos segundos en conectar con mis oídos. Y ni siquiera

entonces entendí lo que me estaba diciendo. ¿Por qué le daba por preguntar eso ahora? Tenía un centenar de problemas acosándome, tirando de mí en diferentes direcciones, hasta el punto de que me resultaba difícil pensar con claridad sobre ninguno de ellos en concreto. Lo único que sabía era que Agnes se había ido. Y que ahora toda la responsabilidad caía sobre mis hombros.

—¿Qué? —pregunté estúpidamente.

—El *Código* —repetió pacientemente—. ¿Estás convencida de ir a por él?

—No me queda elección —respondí, confusa—. El geis no va a remitir. Y no podré operar con normalidad si va a peor.

En ese momento no estaba segura de que pudiera operar de ningún modo.

Pritkin asintió con la cabeza una vez, arriba y abajo.

—Entonces te ayudaré.

En ese momento sentí que las lágrimas caían por mi rostro, pero no podía andar molestándome en quitármelas.

—Siempre me pregunté si tenías un deseo antes de morir. Supongo que ahora ya lo sé.

—Le prometí a lady Femonoe que te ayudaría.

Me aparté de él en un arrebato de furia.

—¡Agnes se ha ido! Y no quiero tener otro cadáver entre las manos. ¡Ya son suficientes, joder! —grité, mientras trataba de echarme hacia atrás para escapar de aquellos tablones ardientes, pero el pie se me trabó con el dobladillo del vestido y acabé dando con mis manos y mis rodillas sobre el suelo.

—No te estaba pidiendo permiso —me informó fríamente.

Miré hacia arriba buscando su mirada entre la cortina de pelo enredado que tenía en mi cara.

—Nunca seré la pitia que ella fue —le advertí—. Es más, es posible que ni siquiera sea una buena pitia.

Por primera vez, vi algo que se parecía bastante a una sonrisa de verdad en el rostro de Pritkin

—Pues eso es bastante esperanzador —dijo, ayudándome a incorporarme—. No se debería permitir que nadie que deseara el poder tuviese la posibilidad de ejercerlo.

—En ese caso seré una pitia estupenda —agregué amargamente—, porque posiblemente nadie querría el poder menos que yo.

Pritkin no contestó. En lugar de eso, para mi sorpresa, hincó una rodilla y se puso delante de mí. Su ropa estaba desastrada y llena de sangre, la cara la tenía cubierta de polvo, pero aun así seguía habiendo algo en él que impresionaba.

—No recuerdo las palabras exactas —comentó—. Y tendría que haber testigos.

—¿Y yo qué soy? —preguntó Billy, indignado, mientras se volvía a meter en mi colgante.

Pritkin se limitó a ignorarlo.

—Bueno, da igual, creo que era algo así: juro defenderte a ti y a la sucesora que sea designada como tal contra todos los malhechores presentes y futuros, en tiempos de paz y de guerra, mientras yo siga con vida y tú continúes siendo fiel a los ideales de tu puesto.

Me quedé mirándolo desde arriba y, de repente, sentí como que me quitaban un peso de encima. Con todo lo exasperante, molesto, y de instintos asesinos que fuese Pritkin en ciertas ocasiones, era alguien lo suficientemente valioso como para querer contar con él en la batalla. Y tenía la sensación de que nos quedaban muchas por delante.

—¿Entonces deduzco que a partir de ahora me llamarás lady Herófila Segunda?

—Séptima. —Seguía estando de rodillas, pero sus ojos verdes no dejaban de mandarme esa mirada arrogante a la que me tenía tan acostumbrada—. Y no cuentas con ello.

La puerta principal se abrió de par en par y una horda de vampiros con ojos asesinos entró por ella. Agarré a Pritkin por el hombro y le sonreí con gesto cansado.

—Podré soportarlo —le dije, antes de emprender un nuevo viaje en el tiempo.



KAREN CHANCE nació en Orlando, Florida y ha vivido en Francia, Gran Bretaña, Hong Kong y Nueva Orleans, donde ha ejercido la enseñanza como profesora de historia. Actualmente vive en DeLand, Florida.

Hasta que un buen día se planteó dedicarse a la novela romántica y de aventuras hasta que consiguió que publicaran la primera entrega de una serie paranormal en donde sumergió a los lectores en un fascinante mundo lleno de vampiros.

Con sus libros ha conquistado a los lectores de habla inglesa permaneciendo durante muchas semanas en las lista de los libros más vendidos en el *New York Times* y el *USA Today*.

## Notas

[1] Las palabras seguidas de asterisco están en español en el original. <<

[2] La autora hace un juego de palabras con « Magic» (« magia» ) y « Mag Ink» (« Tinta Mágica» , en alusión a la tinta que se emplea para hacer tatuajes).  
(N. del T) <<

[3] « I'm a rover and seldom sober» . Verso de una canción tradicional irlandesa.  
(N. del T) <<

[4] « Volveré a llevarte a casa, Kathleen, atravesando el amplio e inmenso océano» . Contrariamente a lo que se cree, « I'll Take You Home Kathleen» no es una canción de origen irlandés. Fue escrita en 1875 por Thomas Westendorf, un profesor de música de Plainfield (Illinois). Westendorf la escribió para su esposa Jeanie mientras ella se encontraba en su ciudad natal, Ogdensburg (Nueva York). Fue una de las dos canciones más famosas en Estados Unidos durante el año 1876. *(N. del T)* <<

[5] « The Belle of Belfast City» (como aparece citado en el texto original) es una canción infantil irlandesa también conocida como « I'll Tell Me Ma» . (*N. de T*)

<<

[6] Se trata de una cita de Shakespeare (Macbeth, acto 3, escena 1): « I am one whom the vile blows and buffets of the world have so incensed that I am reckless what I do to spite the world» . (*N. del T.*) <<

[7] De nuevo la cita remite a Shakespeare (Macbeth, acto 5, escena 5): « Out, out, brief candle! / Life's but a walking shadow, a poor player / That struts and frets his hour upon the stage / And then is heard no more » . (*N. de T.*) <<

[8] El incubo continúa recitando a Shakespeare (Macbeth, acto 5, escena 1): « Yet who would have thought / the old man to have so much blood in him?» (*N. de T.*)

<<

[9] La cita hace referencia, de nuevo, a Macbeth (acto 1, escena 1): « When shall we three meet again, in thunder, lightning, or rain? When the hurlyburly's done, when the battle's lost and won» . (*N. de T.*) <<